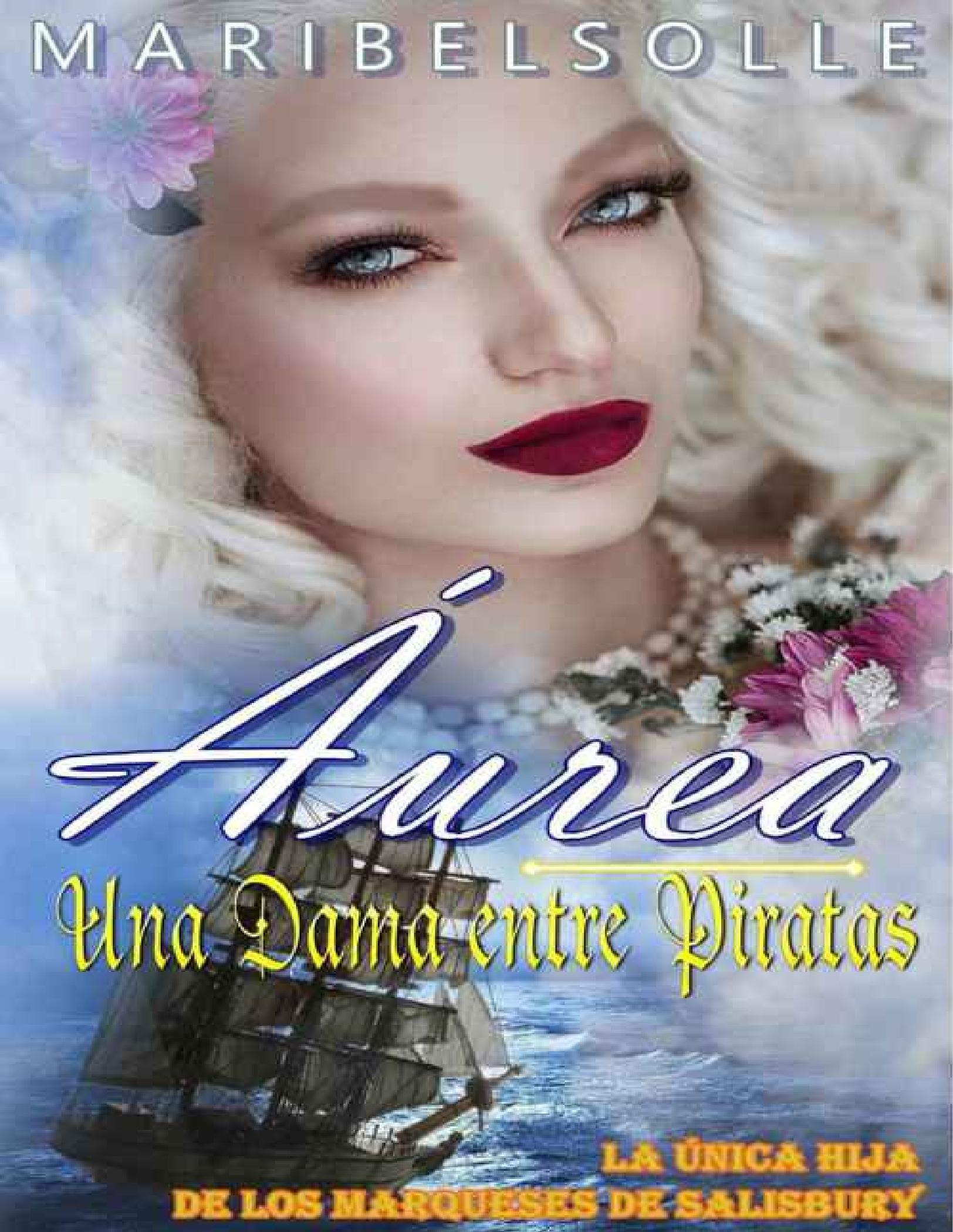


MARIBELSOLLE



Aurea
Una Dama entre Piratas

LA ÚNICA HIJA
DE LOS MARQUESES DE SALISBURY



ÁUREA

LA ÚNICA HIJA DE ELIZABETH CAVENDISH



Se prohíbe la copia total o parcial de la obra, ni su incorporación a un sistema informático o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede constituir un delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y Siguietes del Código Penal).
Obra registrada con todos los derechos reservados.

Nota del autor: Todos los hechos que se relatan en esta obra son ficticios.
(Para comprender esta obra en su totalidad es necesario leerla hasta el final)

Primera edición en Mayo, 2019
©2019, Maria Isabel Salsench Ollè

No te olvides de unirte a mi grupo de Facebook: <https://www.facebook.com/groups/271941016872126/?ref=bookmarks>

Puedes seguirme en Instagram: @maribelsolle



ÍNDICE

La formidable Saga de Los Devonshire

CAPÍTULO 1—NO QUIERO A PETIMETRES

CAPÍTULO 2 —LUZ Y OSCURIDAD

CAPÍTULO 3—CONOCIENDO AL ENEMIGO

CAPÍTULO 4—MAESTRO DE SABLE, APRENDIZ DE PISTOLA

CAPÍTULO 5—ALGODÓN Y CUERO

CAPÍTULO 6—AHOGADOS

CAPÍTULO 7—TORTUGA

CAPÍTULO 8—DE GORRIÓN A ÁGUILA

CAPÍTULO 9—TIRAR DE LA PALANCA

CAPÍTULO 10—UNA LÍNEA RECTA EN EL MAPA

CAPÍTULO 11—ESCRIBE SOBRE NOSOTROS

CAPÍTULO 12—LA EXPEDICIÓN

CAPÍTULO 13—LA VELETA

CAPÍTULO 14—CONFESIONES DE UN AMANTE TRAICIONADO

CAPÍTULO 15—PLATILLOS DE UNA BALANZA

CAPÍTULO 16—MANTENTE A SU LADO

CAPÍTULO 17—CONOCIENDO AL AMIGO

CAPÍTULO 18—NADA SERÁ LO QUE PARECE

CAPÍTULO 19—ASÍ NO SE TRATA A UNA DAMA

CAPÍTULO 20—HECHA DE ESPUMA

CAPÍTULO 21—EL ORIGEN DE LA LEYENDA

CAPÍTULO 22—LA REINA DE LOS FORAJIDOS

CAPÍTULO 23—UN DESAFÍO A LA TIRANÍA

CAPÍTULO FINAL

EPÍLOGO

La Formidable [Saga de Los Devonshire](#)



PD: Encontrarás los libros en todos los mercados de Amazon.

¡Lee las reseñas de mis libros en GOODREADS!

<https://www.goodreads.com/book/show/41814613-piel-de-luna>



CAPÍTULO 1

NO QUIERO A PETIMETRES

—La piratería se dio por concluida en el año mil setecientos noventa y cinco. Hace sesenta y seis años, los piratas fueron sentenciados a muerte por las grandes potencias europeas. La corona inglesa fue una de las mayores fuerzas en contra de esa plaga de ladrones marítimos... ¿Me está escuchando señorita Talbot? —inquirió Emma Rothinger al notar a su oyente abstraída. Apretó sus impertinentes sobre el puente de la nariz con ahínco, como si con aquel gesto pudiera hacer que Áurea se convirtiera en una alumna aceptable, ya no dijéramos excelente.

—¡Oh! ¡Por supuesto señorita! —exclamó Áurea, estrechando sus pupilas sobre la institutriz, dejando marchar aquellos sueños en los que se había perdido en medio de la clase.

Áurea Talbot era singular en la gran mayoría de los aspectos de su vida. En su rostro contrastaban las delicadas facciones de su madre, una dama de alcurnia inglesa, con las rudas de su padre, un escocés adiestrado. Aún con esa extraña mezcla, poseía uno de los semblantes más bellos del marquesado. Sus ojos eran de un azul grisáceo, con mezcla de morado, iluminados por blancas y curvadas pestañas. Sobre ellos, unas pálidas y casi inexistentes cejas, en forma de media luna, se dibujaban sobre la piel perlada. Su cutis era celosamente cuidado y protegido, sobre todo del sol, con grandes velos y guantes hasta las puntas de los dedos.

Sentada en una de las habitaciones de Carlisle, el castillo de su padre, aquella tarde de 1861, la futura debutante ya no tenía deseos de seguir con las clases de la señorita Rothinger. Bajo su criterio, ya no tenía nada más que aprender. Lo que no hubiera aprendido en diez años no lo aprendería en aquellas dos últimas horas de clase y sólo podía pensar en la fiesta de esa noche. En su debut social.

—Entonces, si me estaba escuchando... Dígame, ¿en qué año se terminó con la piratería?

—¿Piratas? —esbozó una mueca de confusión—. No lo sé señorita Rothinger, ¿no eran una leyenda?

—¡Por Dios! —se exasperó Emma cerrando el libro de un golpe seco y sonoro para dejarse caer sobre la silla que había ocupado en la última década—. No sé qué he hecho mal... He tenido diez años para corregir su mala actitud pero...

—¡Señorita Rothinger! —se levantó de un salto la joven, llena de vitalidad y fiereza, dibujando un puchero mal interpretado con su boquita de cereza—. Usted no ha hecho nada mal —se arrodilló a su lado y la miró con los ojos llenos de esperanzas y fantasías—. Usted ha sido la mejor profesora que he podido tener —apretó el brazo de Emma con afecto, suavizando la dureza de su expresión.

—Prefiero quedarme con esa parte de la historia —le devolvió el apretón junto a una sonrisa

conformista—. Pero recuerde señorita Áurea, no se deje guiar por la maraña de sueños utópicos en los que se pierde. Ahora empezará a tener contacto con la vida real, con la sociedad... Deberá estar preparada, saber escoger a sus amistades y sobre todo, no debe dejarse embaucar por ningún caballero...

—¡Por supuesto que no lo haré! —exclamó extrañamente dolida, señalando a la señorita Rothinger su error.

—No me refería a su aspecto señorita... —le levantó la barbilla, buscando su mirada—. Los hombres pueden ser verdaderamente egoístas, sin importar qué aspecto tenga una dama. ¿Entiendes?

—Lo entiendo.

En realidad no había entendido nada.

Áurea estaba demasiado nerviosa. Toda una vida preparándose para ese día y estaba más confundida que nunca. Aunque papá no le hubiera mencionado el hecho de que muchos caballeros habían pedido su mano mucho antes de ser presentada, se había enterado de ello a través de la señorita Murray. La señorita Murray, a quienes todos llamaban Briana, era una de las doncellas más antiguas de la casa y siempre se había comportado con ella indulgentemente. Por eso, había podido sonsacarle el contenido de aquellas cartas selladas desde diferentes condados, marquesados y ducados. ¡Sólo la querían por su aspecto! ¿Por qué sino? No la habían visto, ni si quiera habían hablado con ella.

Era absolutamente magnífica la habilidad de la sociedad para hacer correr cualquier asunto que saliera de su aburrida y ociosa vida. ¡Un espectáculo! Eso sería ella en cuanto pisara el salón y fuera anunciada. Hubiera podido pedirles a sus padres no hacerlo: quedarse en casa. Y de seguro que se habría salido con la suya. Pero un extraño empoderamiento, nacido de una rebeldía innata, la obligaba a hacer frente a la situación. ¿Escondarse? ¡Jamás! No era la mujer barbuda ni ningún otro componente del circo, con mucho respeto hacia ellos puesto que eran gente tan honrada como el resto de los mortales. Pero ella era una dama, la hija de un Marqués. Y como tal, afrontaría la situación.

—¿Preparada hermanita? —la voz de Rony sonó desde el resquicio de la puerta, lugar en el que estaba apoyado con esa sonrisa taimada que le gustaba llevar.

—¡Rony! ¡Has venido! —se incorporó para observarlo con mayor detenimiento, amándolo desde la distancia. No había nada en el mundo que Áurea no hiciera por su hermano, y viceversa. Se habían criado el uno con el otro, y al no tener a más hermanos, todo el amor se había concentrado entre ellos.

El heredero del marquesado dio dos pasos hacia Áurea y la abrazó, reteniéndola entre sus brazos como cuando eran niños. A pesar del gran amor que les unía, no podían ser más dispares. A parte de las evidentes diferencias que existían entre el hombre y la mujer, Rony era un trocito de canela mientras que Áurea lo era de azúcar. Pero no importaba, ninguna diferencia era palpable en aquel hogar dulce y estable.

—Pensé que te quedarías en Londres, con tus amigos de la Universidad... —musitó todavía pegada al torso de Rony.

—¿Y perderme tu debut? Para nada del mundo.

—¡Hijo! —entró Robert Talbot, el Marqués de Salisbury, para saludar a su heredero.

—¡Rony! Ni si quiera nos has saludado...—se aquejó Elizabeth, que entraba siguiendo a su esposo.

—Quería ver a Áurea.

—Será mejor que me retire —recogió sus bártulos Emma, incomoda al verse en medio de la

familia.

—Señorita Rothinger —Áurea se separó de Rony y paró a la institutriz cogiéndola por el brazo —. Muchas gracias por todo.

—De nada niña —sonrió afectuosamente y salió tras las formalidades necesarias en ese caso.

—Esta ha sido tu última clase... —convino la Marquesa.

—¡Oh, mamá! ¡Estoy tan nerviosa!

Elizabeth miró a su única hija con la mirada empapada de orgullo. Y al mirarla, recordó cada instante a su lado desde que se quedó embarazada de ella.

—Lo harás mejor que yo, estoy segura... ¿Quieres que te cuente como fue mi debut? ¡No paraba de tartamudear!

—¿En serio mamá? ¡No me lo creo!

—Créetelo. Despídete de tu padre y de tu hermano, tenemos muchas cosas de las que hablar y, lo más importante, tenemos que prepararte.

"Prepararte".

Con que facilidad decía aquello su madre, y con qué dificultad se lo tomaba ella. La inquietud se apoderaba de su ser malévolamente. No era una inquietud bloqueadora, inhibidora, sino todo lo contrario. Cuanto más ansiosa se sentía, más energía y vitalidad poseía. Como si se alimentara de sus propios miedos.

Eran las siete de la tarde de un templado día de Abril y el sol estaba a punto de extinguirse, aun así conservaba el suficiente fervor como para invadir el carruaje de los Talbot a través de sus cortinas azules.

Iban de camino a la mansión de los Bennet, los Condes de York. Ahí, Helen Ravorford, ofrecía la primera fiesta de la temporada.

Áurea mantenía la vista puesta en el exterior, soñando como siempre. En su nube de cosas imposibles.

—Estás preciosa —la sacó de sus pensamientos Rony.

—¿Tú crees? —preguntó un tanto avergonzada, aunque el rubor no aparecía en sus mejillas y era imposible saberlo.

Tras mucho deliberar había optado por un vestido de tafetán blanco con pequeños adornos de color azul. Con los años había descubierto que, paradójicamente, el color que mejor le sentaba era el blanco. El motivo de ello era que su piel se veía más rosada en comparación con la tela y resaltaba su silueta con mejor gracia. Junto con eso, había aplicado algunas técnicas de maquillaje que su tía Karen le había enseñado: delinear los ojos con ese mejunje negro traído de India y espolvorear algunos polvos de tono salmón por sus mejillas. De esa forma, sus encantos naturales, se veían resaltados. O eso le había dicho su tía y ella tenía creerla.

Era imposible no creer a su tía Karen. Ella era fuerte, decidida y enérgica. Nunca aceptaba un *"no"* por respuesta. Y en gran parte, se había convertido en un modelo a seguir para su sobrina. Karen Stanley era la hermana de su madre, la Condesa de Derby y la directora de la primera escuela femenina de Londres. Además de todo eso, y como si no fuera suficiente para tenerla en gran estima, la había salvado de una muerte segura. Al nacer, su madre Elizabeth, tuvo muchas complicaciones para tenerla. Y fue Karen quien intervino, con toda su fiereza, para que todo terminara bien. Sin embargo, y aunque le hubiera encantado que así fuera, esa noche Karen no estaría. A Anne, su prima, todavía le faltaban tres años para su debut. Y su tía no era amante de las fiestas si no eran estrictamente necesarias. Decía odiar todo ese protocolo y sinfin de hipocresías.

—¡Ya veo el carruaje de Edwin! —exclamó la Marquesa, señalando el vehículo de su cuñado.

—Mary y Alice también estarán —recordó Áurea.

—Claro, Alice también debuta hoy.

—Mary lo hizo hace dos años —añadió Rony, provocando una mueca en su padre y una mirada esquiva en su madre. Los jóvenes no solían recordar aquellos asuntos femeninos.

El patio de los Bennet estaba abarrotado de gente, y aunque fuera demasiado presuntuoso pensarlo, Áurea notó todas las miradas sobre su vehículo. El emblema de su padre se mostraba orgulloso en las puertas del mismo, y estaba convencida de que estaban esperando para verla. Ni si quiera nadie la había anunciado, pero sabían de su existencia. Sabían que existía una mujer tan pálida como un sorbo de leche. Deslizó sus ojos a través de la cortina y sus presentimientos no eran infundados. Mujeres con plumas en la cabeza, hombres con pajarita y jóvenes de todos los aspectos, miraban de reojo hacia su posición. Y juraría que muchos no entraban en el edificio, retrasando su comparecencia en el salón, para ser los primeros en ver a la hija de los Talbot.

Áurea envió una mirada cansada a su madre. Ella se la devolvió, pero llena de valor y de confianza.

—Me parece que la hora de mi debut será adelantada —se atrevió a bromear, con su despreocupado atrevimiento, que le era hereditario.

—¿Para qué retrasar lo inevitable? —saltó Rony al exterior después de sus padres, extendiendo la mano hacia su hermana.

Áurea se apoyó en la mano tostada que le había sido ofrecida, mostrando al mundo aquel primer pedacito de su ser. Aunque iba enguantada y con mangas largas, los presentes buscaban rastros de aquello que habían oído debajo de la tela. Las miradas disimuladamente descaradas se clavaron en el descenso de la pequeña Talbot al mundo terrenal.

Lo segundo que vieron de ella fue un botín parcialmente cubierto por el largo de la falda perlada, y lo tercero y, por fin, el rostro de la joven. Quedaron boquiabiertos. Habían existido beldades y siempre existirían. En cada temporada se catalogaban las debutantes más bellas. Las había rubias con los ojos azules, con el pelo negro e incluso pelirrojas. Pero jamás habían visto a alguien igual y nunca lo volverían a ver. La hija de los Marqueses era una pieza única, un ser astral. Aunque muchos habían temido rechazarla por su aspecto, sus miedos se vieron soterrados bajo una capa de admiración.

El alboroto general enmudeció, y las miradas esquivas pasaron a ser directas. No creían lo que veían, ni la expectación que aquella joven dama causaba. Las señoritas casaderas llegaron a sentirse celosas, ningún caballero, ni si quiera el que estuviera prometido, era capaz de mirar hacia otro lado que no fuera el de Áurea. Un embrujo sobrenatural había caído sobre los británicos. "*La hija del sol*", algunos pensaron en su profundidad poética.

Haciendo alarde de su inmensa capacidad de ignorar a quienes embrujaba, pasó a través de la multitud cogida del brazo de su padre como si nada estuviera pasando. Elizabeth se fascinó con su hija, tal y como lo había predicho: lo estaba haciendo mejor que ella. Con el mentón alto y su mirada azulada al frente, la postura erguida y los pasos firmes.

—¡Qué envidia primita! —acusó Alice Seymour al ver a Áurea rodeada de caballeros.

Alice era la última hija de sus tíos Edwin y Audrey. Siguiendo el patrón familiar, era hermosa. Cabello castaño claro como el de su padre, ojos celestes y facciones pequeñas. Todo en ella podía ser considerado encantador: nariz diminuta, boquita de piñón y barbilla puntiaguda. Parecía sacada de uno de esos cuentos de hadas que se explicaban a las niñas. Tan armoniosas eran sus

facciones como sus actitudes. Aunque juraba tener temperamento, y pretendía demostrarlo, su naturaleza afable era más poderosa y sobresaliente.

—Como si tú tuvieras la tarjeta de baile vacía —Mary le dedicó una mirada de soslayo de las suyas. Una de esas que amenazaban con ser peligrosas pero que rayaban la sorna.

La hermana mayor de Alice era confusa, de carácter ambiguo. Nunca sabías si hablaba en serio o si pretendía tomarte el pelo. Y si a eso le sumabas la frialdad con la que acostumbraba a desenvolverse, entonces estabas perdido. Era mucho más sensual que su hermana menor. Sus rasgos acusados junto al contraste de colores entre sus ojos y su pelo, eran una magnífica combinación cautivadora.

—Odio toda esta situación —gritó en un susurro Áurea, tratando de que ninguno de los jóvenes pudieran escucharla—. Me siento un objeto al que poseer.

—¡Eres una tonta! —se recolocó la cinta del pelo Alice—. Ojalá estuviera en tu lugar... Tienes al Duque de Westminster comiendo de la palma de tu mano.

—¿Y tú que vas a entender? —espetó Mary—. Revoloteas alrededor del primer duque que encuentras. Y tan sólo es tu primer día...No quiero imaginar que harás cuando pasen unas semanas.

—¿Y qué tiene de malo eso? ¿Acaso no pretendes casarte? Porque yo sí. Mi sueño es casarme con un duque como papá... Y ser duquesa... —levantó los ojos al cielo, como si el hombre con el que soñaba tuviera que caer de él—. Y no pienso quedarme dos años en el banquillo como otras —apretó los ojos hasta que solamente una línea celeste quedó visible. Mary hizo un gesto con la mano y la ignoró. No acostumbraba a entrar en las pullas de su hermana menor.

—¡Qué bobadas! Eso del príncipe azul ha quedado muy antiguo —rio Áurea observando como su padre hablaba con los pretendientes y apuntaba nombres en la tarjeta de baile—. Ahora están de moda los hombres malos.

—¡Áurea! —se llevó la mano sobre la boca Alice, abochornada—. ¿Qué quieres decir con malos?

—Sí, yo quiero un hombre aventurero. Uno que no tenga miedo de nada ni de nadie. Un nuevo rico quizás... No lo sé... Uno de esos que han amasado su propia fortuna. No me apetece pasar la vida al lado de un insulso petimetre empolvado.

—¿No quieres tener un título? —se horrorizó Mary, quien a pesar de sus reticencias para casarse seguía valorando los títulos. Una de sus tantas contradicciones.

—¿Para qué? —removió su melena blanca llenando el ambiente de flores frescas, haciendo bailar sus ojos de azul lirio con excitación.

—Perdona primita, pero eso sí que es una bobada. Tus padres no accederán a que te cases con ningún hombre que no tenga título. Yo misma me opongo a ello... Mi prima una don nadie... ¡Qué vergüenza!

—¿No sabes la historia de tía Eliza?

—Tío Alexander es el Duque de Hamilton.

—¡Pero no lo sabían antes de enamorarse!

—Eso solamente pasa una vez en la vida...

—Dejad de discutir, ya empieza la primera pieza —las amonestó Mary golpeándoles suavemente el brazo con el abanico cerrado.

—Señorita Talbot, su padre me ha dado permiso para bailar con usted esta pieza. Soy el Barón de Clinton.

Áurea no era una buena bailarina, ofrecía más de un pisotón a su acompañante y apenas era capaz de seguir el ritmo. Pero eso no parecía importarle a nadie. Uno tras otro, bailar y bailar.

Tenía que admitir que al final lo hacía adrede. Daba los pisotones más fuertes y erraba en los saltos haciendo perder el compás. Pero no conseguía que ese desfile de jóvenes, y no tan jóvenes, cesara.

—Mary —dijo Áurea extasiada después de cinco piezas seguidas y tras haber huido de la que había prometido en esos instantes—. ¿Quién es ese hombre detestable que me mira todo el rato como si estuviera desnuda? —apretó los iris contra la parte derecha de su ojo para indicar al sujeto de la conversación.

—¿Cómo, no lo sabes, primita? Es el Teniente Coronel de la Marina. Tiene la reputación más terrible del mundo, aunque no han querido contarme los motivos, pero puedo imaginarme que son asuntos de faldas. Será mejor que te mantengas alejada de él.

—Por descontando, ¿pero cómo se llama? —enarcó una ceja picarona.

—Richard Withian, también es el Conde de Dorset. Sólo conozco uno de los motivos por los que fue confinado al mar, pero no se si debo contártelo... —sonó demasiado excitada para creer sus palabras.

—¡Cuéntamelo!

—Fue expulsado de su propia casa, por su propia madre.

—¿Qué me dices?

—Sí, fue un día en el que se presentó completamente ebrio con dos mujeres de vida fácil... Una de cada brazo.

—¡Oh! ¿Delante de su madre? ¡Qué sinvergüenza!

Aquello fue suficiente para que Áurea dedicara miradas poco amistosas a Richard Withian durante toda la noche y en respuesta a sus miradas lascivas. Había algo extraño en él, sólo la miraba. Ni si quiera se había acercado para pedirle un baile u ofrecerle un refrigerio. No era más que un bribón y ya le caía verdaderamente mal sin haberle conocido. Un petimetre disfrazado de bravucón. No quería más remilgos, ni sentidos de superioridad enmascarados. Buscaba un hombre, un hombre de verdad.





CAPÍTULO 2

LUZ Y OSCURIDAD

Áurea telegrafió el agotamiento a su madre, estrechando las cejas hasta formar un pequeño bulto de carne sobre el puente de la nariz. Elizabeth se abrió paso entre el barullo para coger a su hija del brazo y salir del salón tras las excusas pertinentes.

—Tengo ampollas en los pies y mis tobillos están a punto de desfallecer —informó a modo de necesidad más que de queja.

—Tranquila, ahora Briana te calmará los pies con agua templada. Lo has hecho muy bien, no ha habido mujer en el salón que no alabara tus modales. Aunque no creas que no me he fijado en los pisotones deliberados.

Áurea fingió no haber escuchado nada y se tiró sobre el lecho para que Briana le sacara los botines y le masajeara los pies. Estaba exhausta. Exhausta de tanto baile, cortejo y atención. Desde pequeña su vida había sido de ese estilo. Siempre en el centro de las miradas. Cerró los ojos y se imaginó lejos de ahí. En una cordillera o en una playa, donde no hubiera nadie. O hubiera gente como ella. ¿Existiría en el mundo alguien igual? La señorita Rothinger le había dicho que sí. Que figuraban algunos escritos del años mil setecientos donde los portugueses nombraban a personas extremadamente blancas: “albinas”. ¿Era una albina entonces? ¿Y qué rayos significaba eso? ¿De alba? ¿De amanecer?

—Deberíamos volver —la interrumpió su madre, con la voz indulgente que solía entonar al hablar con ella.

La buscó hasta dar con su silueta. Era bella, de pelo dorado y ojos claros. Cálida y afectuosa.

—Estoy demasiado cansada... ¿Sería posible continuar mañana?

La marquesa negó con la cabeza y luego accedió con un asentimiento de cabeza.

—Yo saldré y daré las explicaciones oportunas. Es comprensible que una debutante se retire antes de hora, nada fuera de lo habitual. Briana, prepara a la niña para dormir.

—Sí señora.

En cuestión de minutos Áurea estaba en camisola, con los candiles sofocados y una vela que brillaba sobre su piel. Lista para entrar en un estado de seminconsciencia.

—¿Dónde está Áurea? —preguntó Robert al ver a su esposa sola.

—Está durmiendo. Ya ha hecho suficiente por hoy...

—La consientes demasiado... Les consientes demasiado. Mira a Rony, otra vez detrás de Mary —se pasó la mano nervioso por la barba.

—Y tú eres demasiado duro. Deja que sean ellos mismos por un rato...—sonrió amorosamente, suavizando el temperamento del Marqués.

En medio de la oscuridad de la noche, cuando los invitados seguían en los salones de la planta de abajo, dos hombres como dos montañas daban pasos estudiados en medio de una habitación acomodada. Su objetivo resplandecía entre las sabanas satinadas cual sirena en una roca.

Áurea notó una presencia extraña a su alrededor, una corriente empapada de un aroma desconocido. En medio del profundo sueño en el que estaba embargada, se agitó para obligarse a mover los párpados. Pero para cuando consiguió abrir los ojos, ya estaba envuelta por una fuerza superior a la suya. Pataleó y gimió sin resultado hasta que le cubrieron la nariz con un potingue que la dejó dormida de nuevo.

El traqueteo de los carruajes, el relinchar de los caballos y las voces de los secuestradores resultaron ser la banda sonora del letargo en el que la habían obligado a sucumbir durante días. Cada vez que abría un poco los ojos, volvía a ser bañada con ese fuerte olor. La cabeza le dolía sin compasión alguna y el corazón amenazaba con detenerse en cualquier instante. Tenía pesadillas, sudores fríos y temblores. Pero nada de eso era relevante, puesto que cuando se despertaba, la situación estaba peor. Llegó un punto en el que prefirió no despertarse, en el que deseaba quedarse dormida. Las pesadillas eran más placenteras que aquello que estaba viviendo. ¿Era real? ¿Habría muerto y estaba en una especie de trance? ¿Estaría experimentando la pesadilla más larga de la historia? ¿Dónde estaban sus padres? ¿Y Rony? ¿Sus primas?

—No puede ser que todavía no la hayan encontrado —dio un golpe contra la mesa el Marqués, mientras su esposa lloraba a mares en un rincón.

—Mis mejores hombres la han buscado y no encuentran ninguna pista —adujo Edwin, el tío de Áurea y por consiguiente, el padre de Mary y de Alice.

—¡Oh, papá! ¿Dónde estará nuestra querida prima? —se acongojó Alice, llevándose la mano sobre el pecho.

—Hija, será mejor que salgas del despacho. Son asuntos serios de los que debemos hablar los más adultos. Ve con Mary y Rony, ellos están en el salón principal.

—De acuerdo papá —accedió una resignada joven, a quien le hubiera gustado quedarse para ayudar en la búsqueda de Áurea.

Desde que Áurea había desaparecido, nadie sabía nada de ella. Y de eso ya hacía cinco días. Ni si quiera los Bennet eran capaces de dar una explicación. Los Condes de York aseguraban haber tomado todas las medidas de seguridad necesarias así como apelaban al conocimiento de todas y cada una de las personas que habían entrado en su propiedad. Incluso insinuaron que Áurea habría podido escaparse. No obstante, Robert no permitió que aquella injuria se mantuviera en pie más allá de lo que le había costado a Helen soltarla. Y nadie más se atrevió a dudar de que se trataba de un secuestro.

Con la desgracia latente, las fiestas se vieron postergadas por respeto a los Marqueses de Salisbury y casi todos los invitados ya habían abandonado la propiedad en la que habían sido invitados. Un sabor ácido recorría los pasillos, llenándolos de caras defraudadas y un desconsuelo general. Era inconcebible que un miembro de la realeza británica hubiera sido secuestrado. Y para algunos, era mucho más inconcebible que la fiesta hubiera tenido que detenerse. Todo el año esperando para ese desastre, en lugar de estar disfrutando de picnics y bailes.

—Podéis quedaros aquí hasta que la encontremos —convino la Condesa de York, saliendo del despacho detrás de Alice.

—Gracias Helen —agradeció la Marquesa a su prima, entre sollozos. Elizabeth y Helen eran

primas por parte de los Cavendish. Helen respondió con una sonrisa lastimera antes de abandonar por completo la estancia. Nadie se hubiera esperado ese inicio de temporada, y mucho menos nadie hubiera deseado semejante desgracia a la buena de Bethy Cavendish, quien era ahora Elizabeth Talbot.

—¿Puedo pasar? —preguntó alguien ajeno a la familia tras unos toques sobre la puerta del estudio.

Los hombres presentes, Edwin y Robert, alzaron la vista para enfocar al personaje que acababa de cuestionar semejante desfachatez por ser quien era. No era ni más ni menos que el Teniente Coronel de la marina, Richard Withian.

—Pase —permitió quien fuera teniente en el pasado, Edwin, con una ceja enarcada y una sonrisa cínica.

—Sé que puede extrañar mi interés por el caso —se aclaró la garganta—. Pero como miembro de las fuerzas armadas del país, me siento con el deber de ofrecer mi ayuda.

—No creo que se la hayan llevado por el mar —se burló Robert presionando los labios. Mirándolo con una mueca torcida.

—Gracias Teniente Coronel. Si llega a enterarse de algo, no dude en hacérselo saber. No se trata de un ataque contra los Talbot, sino de un ataque contra toda la familia y un ultraje a la realeza inglesa —abogó Lord Seymour, haciendo uso de la diplomacia que su difunta esposa le había enseñado.

—Por supuesto, no podría estar más de acuerdo con usted —trató de ser cordial con un intento de sonrisa que se quedó en un esfuerzo por señalar sus líneas de expresión.

Los hombres de mar solían tener la piel rasgada, desgastada por el sol y la humedad salada. Y el Teniente Coronel había pasado demasiados años en el mar como para que no le salieran a relucir sus arrugas con más pesadez.

—¿Por qué lleva pendientes en las orejas? —cuestionó en un susurró Elizabeth, en cuanto el comodoro hubo salido.

—Sinceramente Bethy, no me interesan lo más mínimo los atuendos del señor Withian —concluyó el Marqués, que no había podido dormir desde que su única hija había desaparecido. ¡Su querida y amada Áurea! ¡Secuestrada! Desde que nació temió por ella. Incluso hubo un día en el que se planteó encerrarla en casa. Pero conforme iban pasando los años, y la veía tan llena de vitalidad y fortaleza, le resultó claramente imposible tratarla diferente de los demás. ¿Por qué ella no podía acudir a fiestas? ¿Por qué ella no podía casarse? Era una joven común, sólo que con un aspecto atípico del que ya él no se acordaba. Ya no tenía en cuenta su albura, sólo veía a su hija.

—La encontraremos —declaró Edwin, esbozando ese gesto temerario que esbozaba cuando alguien tocaba a los suyos.

Edwin no era un tío común. En el pasado, había sido el tutor de todas y cada una de las hermanas de su esposa. Y como tal, sentía un profundo afecto por ellas y su prole. Tanto era así, que a pesar de estar viudo por más de trece años, no se había vuelto a casar. Completamente entregado a su familia.

—Si estuviera Audrey... —se lamentó Elizabeth, recordando lo implacable que era su hermana en esos casos.

—Lo conseguiremos —una voz de soprano se filtró entre las fisuras que el recuerdo de Audrey había provocado.

—¡Karen! —se alzó del sillón la Marquesa para correr a abrazar a su hermana menor. Aunque lo de menor era un decir, porqué era más alta y robusta que ella.

—He venido en cuanto prima Helen me ha mandado la misiva. Creo que Gigi también está en

camino.

Elizabeth volvió a romper en llanto, abrazada a la energía de Karen.

El chasqueo de la madera y un fuerte olor a humedad fueron las primeras sensaciones que obtuvo al despertar. Esperó a que el manazas le cubriera la nariz con aquella apesetosa pócima de la que empezaba a ser adicta, pero no hubo ningún movimiento ni respiración desconocida a su lado. Miró a la derecha y a la izquierda sin mover nada más que los glóbulos oculares. Y al hacerlo, sintió un agudo dolor en las sienes y por qué no decirlo, en cada parte de su cuerpo.

Estaba maniatada, con una mordaza. Mal apoyada sobre un conjunto de esponjas de mar disecadas. ¿Dónde rayos estaba?! ¿Y por qué estaba ahí? ¿Por qué se tambaleaba el suelo como una mecedora?

—¡Levantad el ancla! ¡Izad las velas! ¡Tenemos el viento a favor!

¿Ancla? ¿Velas? ¿Estaba en un barco? ¡Era imposible! Ella nunca había subido a uno, ni si quiera sabía qué aspecto tenían más allá de los dibujos en los libros de la señorita Rothinger.

Aún con su poca capacidad de análisis y de observación, se dio cuenta de que estaba en la parte inferior de ese condenado chisme. Básicamente porque las botas marineras estaban repicando sobre su cabeza y porque, si se esforzaba un poco, podía ver las suelas de las mismas a través de las rendijas de los tablones. Si hubiera escuchado un poco más a la pobre señorita Rothinger, de seguro que sabría adivinar en qué lado del barco se encontraba.

—¿Dónde está la mujer? —escuchó preguntar a una voz profunda, desgarrada por unas cuerdas vocales oxidadas por la salitre.

Giró el cuello hasta hacerlo crujir para dar con el origen de esa voz, y dio con una puertezuela mal pintoreada de blanco.

—Aquí dentro señor —esa voz ya le era más familiar. Era de uno de los dos perdonavidas que la habían secuestrado.

El volteo de una cerradura mal lubricada y la aparición de una sombra alta y corpulenta con un gorro peculiar. Un corro de capitán de barco.

—¡Tú! —exclamó Áurea, sin importarle que tenía el cuello girado en un ángulo de más de ciento ochenta grados.

—¿Sorprendida? —sonrió haciendo brillar a dos dientes de oro.

—No me sorprende que seas tan mezquino como para esto —escupió con la baba cargada de veneno—. Pero sí me sorprende que un integrante de las fuerzas armadas inglesas se dedique a secuestrar a jóvenes aristócratas. ¿Qué quieres de mí?

Richard Withian carcajeó como un Conde nunca lo haría. Un déspota mal nacido, eso era él.

—¡Vaya! Se nota que la sangre escocesa corre por tus venas. Esperaba a una damisela acongojada al borde de un ataque de pánico.

—Siento decepcionarte —marcó las venas azuladas contra la frágil piel de su frente.

—Pagarán mucho por ti, y los que paguen por ti, se encargarán de adiestrarte.

—¡Oh! Con que eso pretendes... ¡Venderme! ¿A un circo? No creo que tengan tanto dinero como para satisfacer tus esfuerzos. Menuda pérdida de tiempo.

—Oh —rebuscó en una caja hasta sacar una botella para darle un buen trago—. No miladi, no vamos a ningún circo. Hay alguien que pagará más por ti.

—Eres un ser despreciable.

—Gracias por el cumplido. En fin, ya tengo lo que venía a buscar —alzó la botella de ron y salió dejándola sola.

—¡Piratas! Y decía la señorita Rothinger que eran una leyenda...

Le rugieron las tripas, estaba hambrienta, y lo peor de todo es que ni si quiera podía moverse.

—¡Señor matón! ¡Señor matón!

—¿A quién llamas señor matón? —masculló un gigante vestido de grumete.

—Ay perdón, ¿cómo se llama?

—No le incumbe.

—Está bien... —aceptó la incoherencia—. ¿No tendría usted algo para comer?

—Tengo que pedirle permiso al capitán —y con esas se fue cerrando la puerta con llave otra vez.

—Pedirle permiso al capitán —musitó ofendida—. ¿Qué capitán? Esto no es nada más que una jauría de perros jerarquizada.





CAPÍTULO 3

CONOCIENDO AL ENEMIGO

El galeón tenía su propia sonata. Una que nadaba entre lo temerario y lo poético, los tablones chirriaban, las olas chocaban con los costados y la proa saltaba victoriosa sobre los golpes que el mar ofrecía. El viento repicaba sobre las velas y los marinos lanzaban cantos en honor a la vida que gustosamente llevaban.

El agua empezaba inundar la bodega y las esponjas deshidratadas que hacían de cojín a Áurea, ya no estaban tan secas como le hubiera gustado. ¿Se estaban hundiendo?

—¡Auxilio! ¡Auxilio! —alertó en cuanto vio correr a una rata más cerca de lo que jamás hubiera pensado que correría una.

—¡Calla insensata! —entró el matón gruñendo al paso de sus botas enormes.

—¡Nos estamos hundiendo y las ratas pretenden tomarme como bote!

Por lo visto su miedo servía de chiste a aquel hombre falto de dientes, respeto y moral alguna.

—Has viajado poco en barco pececillo de agua dulce.

—Nunca lo había hecho —sinceró en un tono de dignidad ofendida—. Ni pretendía hacerlo, si no hubiera sido por vuestra amable invitación.

—¿Qué ocurre aquí? —entró Richard Withian que, sin que nadie supiera cómo, siempre estaba informado de todo cuanto sucediera en su navío. No importaba que estuviera dormido, con una borrachera de ron a punto del paro cardíaco o en medio de una batalla. Si había un nudo fuera de lugar en su proa, era él quien mandaba a ponerlo en su sitio desde estribor.

—La princesa teme morir ahogada —señaló el agua sin perder la sonrisa burlona que se había encasillado en su cara.

—Miladi —inició con tono aburrido, cogiéndose al cinturón y mirándola con cierto hastío—. Las bodegas se llenan de agua, siempre. No se preocupe, no he hundido un barco en treinta años y no será esta la primera vez, aunque muchos digan que llevar una mujer a bordo sea de mal fario. Y esto me recuerda —se dio un golpe teatral al sombrero—. Que tengo a noventa hombres allí arriba —señaló el techo, indicando la cubierta—. Y que ninguno tendrá contacto con una mujer por más de dos meses. ¿Qué cree usted que sucederá si la descubren? Exacto querida. No pretendo asustarla, pero tenga un poco de compasión hacia un pobre capitán que hace todo lo posible para dirigir un navío.

—¿Compasión? ¡Estoy helada! —señaló la camisola, lo único que se había podido llevar de su hogar—. Tengo hambre, y por si esto no fuera poco, las ratas me asedian. Quiero mejores condiciones.

Richard se tambaleó como solía hacerlo por el exceso de alcohol en sus venas. Luego dirigió

una mirada incrédula al oficial. Incluso llegó a enarcar una ceja, para asimilar las exigencias de la pececilla.

—Llévala a mi camarote a través del pasillo de babor, yo me encargaré de que nadie pase por ahí.

—Sí mi capitán.

Áurea fue conducida con malas ganas a través de pasadizos oscuros, húmedos y repletos de algas. Lo peor de todo era que ni si quiera portaba calzado y chocaba con los tablones, erizos y cuanto fuera menester. Subió una angosta y empinada escalinata, pasó por una escotilla y entonces llegó a lo que ella comprendió que debía ser la cámara del capitán.

Parecía el salón de una casa acomodada. Muebles tallados con relieves ostentosos, una gran mesa central y candelabros de bronce. Las velas se esforzaban por iluminar pero la oscuridad se hacía más fuerte y ganaba la batalla a la luz.

Corrió al lado del fuego a tierra que había en un rincón, acariciando el ardor de la leña con sumo gusto. Había pasado demasiadas horas envuelta por la frialdad y la humedad. Sentía las articulaciones tensas, sus músculos agarrotados y si se miraba las manos, tenían un tono azul bastante inusual.

—Pórtate bien —la avisó el matón llevándose un dedo índice sobre los labios, desapareciendo escotilla abajo. Escuchó como pasaba la llave. Un poco de tranquilidad, al fin.

Estaba segura de que su familia la encontraría. Era cuestión de esperar, de mantener la calma. De sobrevivir. Las historias de sus tías le venían a la mente, recordándole quien era y de donde provenía. ¡Era mitad Cavendish! Y las Cavendish nunca se rendían.

Debía reconocer que ni en sus mejores sueños se habría imaginado semejante aventura. Sólo esperaba y rogaba a Dios que se quedara todo en un susto. Seguro que su tío Edwin ya le seguía la pista, y mandarían al ejército británico para salvarla. ¿Pero cómo sabrían que el Teniente Coronel estaba detrás de aquel secuestro? Era un traidor, un traidor a la patria y a todo lo referente a las leyes inglesas.

—Veo que ya se ha puesto cómoda, señorita Talbot—entró de forma impertinente el Conde de Dorset, aunque Áurea tenía serias dudas acerca de la veracidad de esa información.

Dejó su catalejo sobre una cómoda y luego se giró hacia ella.

—Le he traído un regalito —le tiró un vestido con apariencia de ser bastante térmico.

No estaba en condiciones de hacerse la exquisita, así que se lo puso por encima, agradeciendo el tacto seco y caluroso que le ofrecía la tela. Por no mencionar, que era un gran alivio dejar de ir en paños menores.

—¿Por qué me ha traído a su camarote? —se asustó de repente al notar la mirada celeste del capitán sobre ella.

—Oh no querida, no me interesas para nada. Sinceramente no sé qué es lo que ven en ti. Yo sólo veo a una mujer insípida, apenas tienes...—señaló la zona de los pechos—. Ya sabes. Me gusta una buena moza que tenga por donde cogerla. No eres mi tipo, así que puedes estar tranquila. No te tomaría ni aunque anduvieras desnuda frente a mis narices.

—Bien —convino aliviada aunque algo en su profundo ego se vio dolido—. Mucho mejor —tragó saliva.

—Pronto traerán la cena —le dio la espalda y se centró en los mapas que tenía extendidos sobre una mesa robusta, hecha de ébano. Ignorándola.

—Está perdiendo el tiempo señor —arrastró el señor hasta hacerlo sonar como un insulto.

—No te he traído aquí para hablar —gruñó todavía de espaldas a ella.

—Mi familia interceptará esta barquita y me rescatará. Usted será puesto en la cárcel,

sentenciado a muerte. Y yo estaré comiéndome una manzana muy gustosamente mientras veo como una bala le perfora el cráneo.

El capitán Withian se giró de un movimiento rápido, con el entrecejo apretado y con las líneas de expresión más marcadas de lo que recordaba haber visto Áurea.

—No sé si eres demasiado valiente o demasiado estúpida —dijo pasos sonoros, haciendo retumbar la alfombra que descansaba sobre los tablones hasta llegar a escasos centímetros de sus labios. Esbozó una sonrisa que más que afable era una clara muestra de peligro. Áurea concentró los ojos sobre su pendiente de la oreja derecha. El que tenía forma de aro, si lo miraba directamente a los ojos le demostraría el terrible pánico que en realidad sentía—. Estás en un navío capitaneado por un Teniente Coronel de la Armada Inglesa. ¿Crees que alguien sospechará de nosotros? No llevamos una calavera ondulando arriba del mástil, surcamos los mares en nombre de la reina. Te llevaré a las costas africanas, al mercado de personas, alguien me dará una gran y sabrosa cantidad de dinero por ti y volveré victorioso a tu querida Inglaterra. Yo sabía que una especie humana... —la miró de arriba a abajo con asco—. Diferente, debutaba en la propiedad de los Pembroke este año. Llevo meses preparando esto... Técnicamente, estamos en una expedición de control marítimo.

—¿Por qué me cuenta todo esto? —lo encaró, pretendiendo ahogarle en la infinidad de sus pupilas añiles, pero no sospesó que la mirada a la que pretendía ganar era mucho más profunda que la suya.

—Porque no tendrá la oportunidad de contárselo a nadie a quien le interese.

A Áurea le ardió la sangre hasta el punto de considerar que su piel se había tornado de color rojo por completo. Buscó a su alrededor rápidamente hasta dar con un sable sobre la pared.

Richard Withian le leyó las intenciones pero tenía curiosidad por ver cómo terminaba aquello. Áurea emprendió una carrera perseguida por nadie, se subió a la silla más cercana y cogió el arma. La desenfundó y la blandió en dirección al capitán, que seguía en el mismo sitio con expresión divertida.

—¿Quién te ha enseñado eso?

—¡Mi padre! —rugió dejando caer la cabellera blanca sobre su hombro izquierdo de un movimiento enérgico.

—Pero tengo una pregunta... ¿Qué piensas hacer cuándo me mates? —señaló la puerta que amortiguaba el barullo de la tripulación. Creo que has resuelto mis dudas. Posees una extraña mezcla de valentía provocada por la estupidez.

Áurea miró a la puerta para luego volver a mirar al capitán, repitió aquello dos o tres veces hasta que tiró el sable con una mueca infantil.

—Señor, la cena —se escuchó decir tras unos golpes nada cautelosos ni respetuosos. Propios de gente de baja ralea.

El miedo se apoderó de la faz de la dama y el capitán señaló su armario en respuesta a ello. Se ocultó entre el ropaje del traidor y espío a través de los respiraderos que, curiosamente, había en la puerta. ¿Habría habido alguien más en su misma posición?

Dos hombres con barbas y extraños pelos aglutinados en tubos entraron con los platos. ¿No deberían ser oficiales de la marina? Aquellos tenían pinta de todo menos de soldados.

—Ya puede salir, deberá estar hambrienta.

Sobre la mesa había bandejas repletas de todo tipo de manjares. En una de ellas un enorme pez asado estaba rodeado por crustáceos que habían corrido una suerte similar; en otra, un pequeño ternero con pan y frutos secos. Para nada mal. Se sentó en silencio en la silla más lejana y tomó un poco de lechal sobre el primer plato que encontró. Trató de usar los cubiertos que habían traído

pero el hambre era más feroz que las apariencias, así que terminó tirándose sobre la piernecilla del cordero como un lobo hambriento.

—Aún no tengo nada en claro —dejó el hueso sobre el plato, con la barriga llena y buscando la mirada del señor Withian quien estaba ocupado con el pescado—. ¿Sois piratas? ¿Piratas de aquellos que cuentan las leyendas? ¿Con patas de palo y monos adiestrados? ¿O un loro hablante? Buscó la jaula con la vista.

—¿No le han dicho que es de muy mala educación hablar en la mesa?

—Algo me dijeron...Pero nunca he sido una buena alumna —se lamentó por ello. De lo contrario recordaría la clase en la que la señorita Rothinger le habló de esa plaga de ladrones de mar.

—La piratería se dio por terminada hace sesenta años, más o menos. Dijéramos que somos...

—¿Pero hay soldados? ¿Ahí afuera?

—Deberías dejar hablar a los mayores...

—Es verdad, podría ser usted mi padre. ¿No le da vergüenza? ¿Qué son entonces? Perdone...Continúe por favor.

—En mi tripulación hay todo tipo de hombres. Algunos son soldados, otros marinos... Hay grumetes, aprendices, pajes e incluso niños.

—¿Niños?

—Niños que aprenden, sí. Todos y cada uno de ellos han sido seleccionados bajo mi criterio, y todos y cada uno de ellos cumplirían mis órdenes con los ojos cerrados.

—Entonces... Son una organización criminal. Corruptos...

—Llámalo como quieras... —dejó el cuchillo y se lavó las manos en un cuenco, se le había quitado el apetito.

—¿Por qué lleva tantos pendientes y anillos?

—Para que paguen mi funeral si me encuentras muerto en una orilla. Son leyes de marineros, no voy a explicarte todo el código ahora —se levantó molesto.

—¿A dónde va?

—A dormir. Y te aconsejo que hagas lo mismo si no quieres que te tire por la borda y decida buscar fortuna en otro menester.

—No, no será necesario —se imaginó nadando en medio de aquel tumulto de agua que se oía—, me callaré —lo imitó lavándose en un cuenco y buscó un sitio en el que acomodarse.

Richard Withian la miró de reojo. ¿Qué tenía esa mujer que causaba tanta sensación? Él no le veía nada. Pelo blanco, cejas blancas, todo blanco... ¿Y qué? En fin, si le pagaban por ello... Era suficiente.

—¿Y sería mucho pedir unos zapatos? —se tocó la sedosa piel magullada, rota y ensangrentada.

—Te daré unos zapatos... Ahora duérmete —se giró, dándole la espalda otra vez.

Áurea levantó los hombros sin comprender su mal humor y se apoyó en uno de los sillones que había en el salón, acomodándose entre los pliegues del terciopelo. Pero fue incapaz de dormir en toda la noche.

—¿Tiene familia? —preguntó en el séptimo día, cuando creía haber ganado una pizca de confianza con el traficante de mujeres.

—No me molestes.

—¿Otra vez mirando esos mapas? ¿Para qué los mira tanto? ¿Acaso no sabe a dónde vamos? —

se acercó a la mesa, percatándose de lo enorme que era y de las dimensiones de aquellos pergaminos.

—Apártese de aquí o la volveré a encerrar en la bodega.

—¿Y estropear a su maravillosa mercancía? ¿Cuánto cree que pagarán por mí si llego con una neumonía y mordisqueada por roedores? Además, como si yo pudiera comprender algo... —observó aquellas líneas con coordenadas y dibujos sobre continentes—. ¿Esto es una rosa? —señaló un boceto peculiar en medio del mar caribeño.

Richard se tiró sobre el punto donde había señalado, estrujó el papel entre sus manos y lo puso a contraluz. Unas letras en latín aparecieron.

"Al norte desde este punto, llegando a isla tortuga por cabo menor".

—¡Y decían que las mujeres traían mala suerte en un barco! —la miró repleto de esperanzas y agradecimiento, con vetas de perversidad y malicia.

Por mucho que Áurea intentara encontrar algo de bondad en Richard Withian, le era imposible. No solamente por el evidente hecho de que la había arrancado de su familia y pretendía venderla al mejor postor, había delincuentes con buenos fondos. Pero él no. La codicia comía el corazón del capitán y no había cura para ello.

—¿Ahora me dirá si tiene familia? Me gustaría saberlo —quiso ahondar en su corazón mohoso.

—Bueno, supongo que mereces una recompensa. Tengo una madre y también tengo hijos...

—¿Hijos? ¿En plural? ¿Tiene esposa?

Otra vez aquello que había dicho parecía ser un chiste. La risa asomó en Withian.

—No lo entenderías, eres demasiado joven todavía y... inexperta —declaró dando a entender la procedencia de aquellos vástagos, haciendo que Áurea se arrepintiera por su osadía.

—Pensaba casarme señor Withian... Me ha destrozado la vida —se sinceró con su captor.

—Si pretendes manipularme con tretas femeninas no te servirá. Aunque sí retrasaremos tu destino —salió con una ráfaga de viento—. ¡Todo a estribor! ¡Qué corra el ron! ¡Tenemos la fortuna de cara! —le escuchó gritar.

—¿A dónde vamos? —preguntó en cuanto volvió a entrar.

—A por el tesoro de Cortés. Oro azteca —sus pupilas se dilataron y brillaron como si el oro del que hablaba se viera reflejado en ellas.

—¿Y yo he descubierto eso? —se asombró.

—Dijéramos... Que has construido levemente a mi búsqueda.

—Entonces, ¿me toca una parte del botín?

—¿Acaso olvidas por qué estás aquí? No te confundas niña. Que te deje estar aquí no es por otro motivo que el de salvaguardar mis intereses. Cuando no seas beneficiosa para mí o cuando yo considere que es el momento de deshacerme de ti, no me importará el aleteo de tus pestañas suplicantes ni mucho menos tu voz cargante implorándome compasión. Soy lo que soy, y jamás cambiaré.

—Siento verdadera lástima por ti —fue toda su respuesta antes de sentarse en el sillón que solía ocupar.

—Soy un maldito pirata, hijo de un ladrón y nieto de otro pirata. Los galardones, esto —se estiró las insignias del chaqué— No son más que una tapadera.

—¿Pero no eras Conde?

No consiguió respuesta y, sinceramente, ya no le importaba. Con los cambios de rumbo consideraba extremadamente difícil que pudieran encontrarla, sólo había empeorado las cosas con sus impulsos. Si tuviera la boca cerrada... ¡Richard Withian era una alma maldita! Corrompida por la avaricia. Estaba segura de que vendería a su propia madre si le pagaran por ello.

Pasó las días clausurada, escondida en las dependencias del Conde de Dorset. Richard cada día hablaba menos con ella y ella se había, relativamente, acostumbrado a él y a su silencio.

¿Cuándo irían a buscarla? ¿Cuándo la encontrarían? Si llegaban a tierra y la vendían, estaría perdida. Sería mucho más difícil que la encontrarán. ¿Qué le harían los que querían comprarla? ¿Para qué la querían? Aquellos maleantes pretendían que odiase su apariencia, pero no lo conseguirían. Sus padres siempre le habían recalado que ella era una dama como otra. Y que si de algo debía diferenciarse del resto, era de su extraordinaria belleza.

—¿Otra vez mirándote en el espejo? —escupió Richard entrando impetuosamente al camarote.

—Me estaba analizando.

—Analizar no es tu fuerte, corre y métete en el armario —su voz sonó imperiosa, rayando a la súplica.

Se escuchó el trote de un grupo de bravucones oficiales y Áurea obedeció.

—¡Capitán! —demandó el segundo a bordo. Un hombre alto, con planta y bien vestido con un chaqué rojo—. Se acerca un navío.

—¡Lo he visto! —repuso Richard asfixiando el tono imperativo del oficial entre sus ojos. Unos ojos que contenían el mar encerrado.

—Disculpe señor —dijo dos pasos atrás y se cuadró, asustado—. ¿Órdenes?

—Si giramos tendremos que cambiar la ruta.... Debemos hacerles frente. Preparad las gavias y pongámonos en posición.

—¿Atacaremos?

—Nos defenderemos. No buscan vendernos una mula ni preguntarnos qué hora es, oficial. Buscan pillar, saquear....

—¿Piratas?

—De los auténticos, de los que asaltan barcos y roban —se acercó al armario donde estaba Áurea y lo cerró con llave para salir de la recámara seguido del contra maestre y del resto de encargados.

¿Pero qué ocurre aquí?! Se indignó la dama. ¿No los habían colgado a todos? ¡Menudo vacío legal! Si salía de esa, lo primero que haría sería exponer su indignación a la Corona. ¿Y por qué la había encerrado? ¿Y si el barco se hundía cómo saldría de ahí? ¡Qué horror! Había mantenido el tipo hasta ese instante pero el ataque de pánico estaba al acecho y las lágrimas corrían solas a través de sus mejillas como si fueran cristales.





CAPÍTULO 4

MAESTRO DE SABLE, APRENDIZ DE PISTOLA

—¡Carguen la artillería! ¡A sus puestos marineros! —las órdenes del capitán Withian llegaban a Áurea, que seguía encerrada desde los últimos quince minutos. Quince minutos que eran fáciles de decir pero que habían sido muy difíciles de sobrellevar. En ese breve período de tiempo, los cañones habían sido arrastrados hasta las lombardas, los rifles habían empezado a quemar la pólvora y el buque invasor había amarrado dispuesto a abordar—. ¡Prepararos para ser abordados! ¡No les mostréis miedo! ¡Les superamos en número!

Las manos de Áurea se acompasaron al ritmo de los tablones aglutinados de hombres preparados para vivir o morir. Un sudor frío recorrió su espina dorsal, pasando por sus costillas hasta llegar a su pecho. El corazón bombeaba fuera de control mientras que las piernas estaban agarrotadas.

Las rodillas ya no la podían sostener, así que se dejó caer entre el puñado de telas y se hizo un ovillo en un rincón del armario. La respiración se tornó sonora aunque dificultosa, y las venas se hinchaban a cada latido desbocado.

La joven dama se enterró en sus sueños, en su imaginación volátil, llegando a casa de sus padres. Bailando en el salón de los Bennet con un sencillo y agradable pretendiente. ¡Un hombre de verdad! ¿Qué le pasó por la cabeza para desear aquello? Ahora, con un caballero de buen talante que le garantizara seguridad, tendría suficiente. Seguía manteniendo el rechazo a los petimetres, no deseaba a ningún aristócrata empolvado. Pero sí que rebajaba sus expectativas a un hombre corriente, no le hacía falta que fuera de verdad o que anduviera por ahí con aires de macho alfa. Sólo quería escapar de esa realidad a la que había sido condenada sin previo aviso.

Más allá de las paredes que amortiguaban el canto de la guerra, el capitán Withian luchaba con valor contra quien osara invadir su navío. Sin embargo, los piratas eran más feroces y tenían más experiencia en asuntos similares. Por lo tanto, muchos de sus hombres caían como polluelos de un nido.

—¿Dónde diablos estará su capitán?! —questionó el contramaestre, Brian, a su superior; harto de disparar a simples *grumetillos* y con el rifle en mano.

—¡El muy cobarde debe estar escondido en su camarote! —repuso el Teniente Coronel, apuntando a un pirata que saltaba del amarre.

El sonido de la guerra unido con el del mar, era capaz de sofocar el canto de una ballena. Aún con eso, y mientras cargaba el arma, Richard Withian, fue capaz de escuchar el cuchicheo de un gatillo tras su nuca. Alguien lo estaba amenazando.

Se giró lentamente, primero para dar con el cañón de un revólver y luego para enfrentar una

dolorosa realidad. El joven de ojos celestes que le estaba apuntando, le hizo una seña con la mano libre para que lo siguiera. Él, sin más remedio, obedeció, pasando entre medio de hombres envueltos en escaramuzas.

—¿Qué haces aquí? —inquirió el Capitán Withian al llegar a la relativa tranquilidad de sus aposentos principales.

—¿Así recibes a tu único hijo? —preguntó Capitán Vane, alzando su ceja negra y tomando asiento en el sillón del Teniente con gesto ladino.

—¿Qué quieres Darren?

Apretó el entrecejo, buscando en aquellos ojos familiares respuestas a lo que estaba aconteciendo.

—He venido a ofrecerte mi ayuda. He oído por allí —removió las manos indicando lejanía—, que estás buscando el tesoro de Cortés con mis mapas —señaló "mapas" con especial ahínco.

—Son mentiras, ¿quieres los mapas? Toma, cógelos. No sirven para nada. Sólo te los cogí prestados —unió los pergaminos extendidos sobre la mesa de ébano y se los tiró a Darren.

—Vengo aquí, a ofrecer mi ayuda, y así es como me devuelves el favor familiar que te ofrezco... ¡Con mentiras! —subió las piernas sobre la mesa, pisando los papeles con especial desinterés—. Hay dos opciones: la primera consiste en que los dos viajamos hasta tortuga y nos hacemos con el tesoro repartiéndolo en partes iguales... La segunda, te gustará menos —se miró los anillos de las manos, vacilante—. Hundo este navío junto a tripulación, dejándote solamente a ti con vida. Te ato a una madera con el torso desnudo y te envío a la isla de Gran Bretaña. Tus superiores —se levantó, confrontando la mirada severa de su progenitor—, te harán preguntas. ¿Cómo explicarás que un barco pirata haya hundido tu maravilloso navío de guerra? ¿No se extrañarán de que el gran Teniente Coronel no haya limpiado los mares de esa plaga de ratas marítimas? ¿Y cómo explicarás esto? —con un movimiento ágil y acertado desgarró la manga del chaqué rojo, mostrando el tatuaje que relucía sobre el hombro de Richard. El tatuaje de un pirata.

—¡Eres un ingrato! ¡Debí lanzarte al mar cuando naciste!

—Y estoy seguro de que lo hubieras hecho si mi madre no te lo hubiera impedido.

—Detén a tus hombres. Acepto las condiciones.

—Sabia decisión, Capitán Withian.

Con el paso desenvuelto que caracterizaba al Capitán Vane, éste se dirigió a la cubierta para dar las órdenes necesarias al señor Penton, su segundo de abordo.

El silencio roto por las aguas amansadas fue volviendo paulatinamente al galeón, permitiendo escuchar los sonidos más leves.

—Deberás arrizar una bandera inglesa, no podemos permitirnos el lujo de navegar juntos mientras lleves una bandera negra —recordó Richard a su hijo, cuando éste volvió a entrar.

—No hay problema, tan sólo...

El sollozo de un gorrión interrumpió su petición. Buscó a través de la estancia el origen de esas lamentaciones hasta dar con un ropero de madera tallada y cerradura de cobre.

—¿Qué tienes ahí encerrado? —demandó con tono imperativo mientras Richard negaba con la cabeza al ver todos sus planes estropeados por momentos. ¡Quién le mandaría traer hijos al mundo!

—No es asunto tuyo.

—¿Tienes a tu fulana ahí encerrada? ¿Es una nueva práctica fétiche? ¿Por qué no la compartes? Estaremos un tiempo a mar abierto y todos queremos pasarlo bien.

—No es eso —masculló.

Darren Vane dio un salto para llegar al manojito de llaves que colgaba del cuello de su padre, lo

arrancó de un golpe seco y se acercó al armario que seguía emitiendo sonidos plañideros.

—¡Capitán Vane! —entró el señor Penton—. ¿Órdenes? ¿Qué sucede capitán? —se preocupó al ver a Darren dando vueltas al paño de un armario con máxima concentración.

Darren había esperado encontrarse a una fulana altiva con corsé ajustado. Pero en lugar de eso, dio con una sirena acurrucada entre chaqués y camisas de marinero. Toda ella brillaba con luz propia, como si tuviera la espuma del mar impregnada en su piel y el sol la alumbrara permanentemente. Sus tirabuzones blanquecinos caían con suma gracia en forma de velo. ¡Qué hermosa criatura! Se agachó hasta llegar a su altura, tentado de acariciar sus pálidas manos pero se abstuvo a ello, temiendo que desapareciera de su sueño.

—Gorriocillo... —musitó, esperando que alzara la cabeza, quería verla. Quería saber qué aspecto tenía su faz.

Áurea desenterró la cara de sus brazos y alzó lentamente el mentón, mostrando al pirata la belleza única de sus ojos inundados. Darren se perdió en las pupilas ondulantes, buscando la profundidad de las mismas, para darse cuenta de que eran infinitas. Vetas añiles, moradas y oscuras nadaban en aquellos orbes paradisiacos, bellamente confinados entre pestañas perladas y cejas arqueadas.

—¡No me hagas daño! —suplicó Áurea, temiendo que, tal y como le había explicado el capitán Withian, fuera mal tratada por aquellos maleantes.

—No, no me temas —sonó demasiado conciliador para su propio gusto y para el del resto de los presentes. Se incorporó de un brinco, endureciendo las facciones que se habían ablandado por segundos—. Señor Penton, llévela a la Golondrina.

Golondrina era el nombre que le había puesto el Capitán Vane a su barco.

—¡Pero señor! ¡Es una mujer! Es de mal augurio llevar una en un navío —se aquejó el señor Penton mirando con horror a la señorita Talbot.

—¿Tengo que volver a repetírtelo? —le dedicó una mirada severa—. No son más que antiguas supersticiones. Obedece.

—Sí mi capitán.

El barbudo pero bien acicalado señor Penton se acercó a la niña y la cogió en volandas. Ella no gritó, ni se movió, tenía demasiado miedo para eso. En lugar de entrar en pánico, se hizo un caracol sobre los brazos del contramaestre. Esperando su destino, esperando a que todo aquello terminara.

—¿Qué quieres de ella? —inquirió el Capitán Withian.

—La venderé al primer traficante de mujeres que encuentre —repuso Vane.

—Eso pensaba hacer yo. Me costó trabajo coger a esa niña. Deberás darme la mitad de lo que obtengas al venderla si no quieres terminar con mi paciencia y hunda tu barco y el mío yo mismo.

—Te daré la mitad —salió con una ráfaga de viento, haciendo ondular su gabardina encuerada y siguiendo los pasos del señor Penton.

Tal y como había imaginado la sirena estaba hipnotizando a los marineros.

—¡Es una mujer! —se escuchó exclamar a uno.

—Un mal augurio —se asustó otro.

—La dulce carne de una dama —ultimó algún filibustero.

—¡Hay que compartir el botín!

—¡Atrás! —Darren disparó al cielo acallando el barullo que se había formado—. Esta mujer es de mi propiedad y quien ose tocarla deberá vérselas conmigo —bajó el cañón del revólver hasta apuntar al grupo de piratas que observaban como el señor Penton se aferraba al amarre para cargar a Áurea hasta la Golondrina. La tripulación del Capitán Vane se puso a su lado, apretando

los gatillos, retando a la marabunta de hombres que seguían el rastro de la larga cabellera blanca que desfilaba a través de la brisa marina.

Los oficiales y grumetes retrocedieron, volviendo a sus puestos y esperando órdenes del Capitán Withian.

—Le sigo, Teniente Coronel —señaló a su padre, que lo miraba desde el camarote.

Tras eso, saltó con la cuerda, volviendo a su navío con una sonrisa triunfal e incluso algunos dirían, petulante.

La extraordinaria ninfa hecha de espuma centelleante fue tratada con sumo cuidado por la tripulación de la Golondrina.

A pesar de que Áurea había intentado mostrarse lo más valiente desde el inicio de toda aquella locura, el haber presenciado una guerra, aunque fuera desde un armario, había resultado fatal para su equilibrio mental. En el fondo, por muchos arrestos que demostrara tener, no era más que una damisela criada entre algodones y aquello pasaba factura en los momentos más cruentos.

Y aunque estaba convencida de que se repondría, todavía no podía controlar el temblor de sus dedos ni la parálisis de su garganta. Debía darse tiempo a sí misma, pero estar en un nuevo barco con un nuevo capitán tampoco resultaba ser de gran ayuda. ¿Qué quería de ella? ¿Qué ocurriría? Le había escuchado acordar con el Capitán Withian la repartición de las ganancias obtenidas de su venta. ¡Vendida como un vulgar ternero! ¡Qué insolentes eran aquellos hombres! Y sobre todo, ¡cuánta maldad!

Observó a su alrededor, la habían dejado en un camarote solitario. Según había escuchado, el Capitán Vane había dispuesto una recámara para ella sola. Era de agradecer después de tantos días compartiendo techo con Richard. Sintió como poco a poco sus músculos se iban destensando, ocupando aquel espacio que le pertenecía por breves instantes y hasta que decidieran deshacerse de ella. No importaba, llegados a ese punto sólo podía pensar en la tranquilidad de aquella soledad regalada.

Observó una tina vacía, llena de polvo y abandonada. ¡Cuánto daría por un buen baño! Pero se conformó con estirarse en el lecho en posición fetal, saboreando la comodidad de ese colchón desgastado.

—¿Puedo pasar? —unos toques la pusieron otra vez en tensión, sentándose de un impulso.

—Sí...—repuso extrañada por tanta cordialidad.

¡Era él! El hombre alto de pelo negro y ojos celestes. Era el primer pirata hermoso que conocía, aunque aquello carecía de importancia en aquellos momentos. ¿Qué quería de ella? Su cuerpo se agitó cual pececillo en una red.

—No me temas, por favor —notó el pavor de la muchacha, Darren Vane. Cerró la puerta tras de sí y se quedó al lado de la misma, no queriendo invadir el espacio de aquel ser astral. Ni él mismo se reconocía en aquella nueva faceta de hombre piadoso—. Vengo a... —ni si quiera sabía a qué había ido. Sólo se había dejado arrastrar por la necesidad de verla de nuevo—. A saber si necesitas alguna cosa. Como capitán de este barco es mi deber cuidar de los tripulantes.

—¿Incluso de los esclavos? —no retuvo su lengua mordaz, arrepintiéndose en el acto. Bajó el mentón, temerosa de las consecuencias, dejando que el pelo le cayera en forma de cortina.

Las botas del capitán se movieron hacia su posición, reteniendo su respiración a cada paso. Cerró los ojos con fuerza, esperando un bofetón o algo peor. Pero en lugar de eso sintió el roce

considerado del cuero contra su barbilla. La mano de ese hombre había pasado el umbral de su cabellera áurea y se había atrevido a posar la mano sobre su cara. Pero agradeció que no hubiera sido para pegarla. Lo miró con espanto, buscando sus ojos para leer sus intenciones. ¿Querría hacerle eso que los hombres hacían a las mujeres? ¿A la fuerza? ¡Qué horror!

No obstante, al chocar con sus orbes azulonas no encontró esa perversidad que había imaginado encontrar.

—Probablemente esté ante la criatura más hermosa de toda la tierra —entonó Darren con esa voz de socarrón que le gustaba poner—. Quería tocarte para saber si eras real, si tu piel era de porcelana o de vidrio pulido. Tus ojos forman un mundo ajeno al nuestro, al de los mortales... — se perdió en la inmensidad de aquellos orbes confeccionados con zafiros y amatistas.

—¿Qué quiere de mí señor...? —se atrevió a preguntar con voz trémula, bombeando la sangre Cavendish hasta su garganta.

—No soy ningún señor. Soy el capitán Vane, Darren Vane —se apartó de ella y estiró los brazos presentándose con una graciosa reverencia.

—¿Qué quiere de mí, capitán Vane? —volvió a preguntar con más seguridad tras aquel alarde de frescura y desenfado.

—Un pirata nunca menciona lo que desea, por miedo a que se lo roben. Mejor, volvamos al punto de partida, y dígame si necesita algo.

Áurea miró inconscientemente hacia la tina envejecida.

—¡Claro! ¡Un baño! Es lo que toda señorita fina desea. Por cierto, ¿su nombre?

—Áurea —piuló.

—Yo no habría escogido uno mejor —convino sonriente, mostrando una perfecta dentadura inusual en un pirata—. ¿Su apellido? —Áurea no quería desvelar su verdadero apellido, empezó a pensar en uno falso—. Oh no, si va a mentirme no es necesario que me lo diga. Mandaré a preparar su bañera.

En una hora la tinaja estaba repleta de agua caliente y un hermoso vestido le esperaba sobre la cama. Había cerrado debidamente el paño, asegurándose de que nadie pudiera entrar para despojarse de aquel vestido zarrapastroso que llevaba por no mencionar el ya muy sudado camión de dormir.

"¿Por qué se tomaba tantas molestias el capitán?", se preguntó hundiéndose placenteramente hasta que el agua le llegó a los hombros. Lo había escuchado hablar con Richard Withian, inclusive la parte en la que acordaba venderla y repartir el dinero. No podía esperar nada bueno de él.

—Miladi, el capitán quiere que cene con él, en su camarote —escuchó decir al señor Penton desde el otro lado de la puerta cuando ya estaba vestida con un precioso traje de muselina verde con adornos florales. No le encajaba a la perfección pero hacía el efecto de tal hazaña, considerando que debía ser el vestido robado de alguna otra dama.

¿Cenar con un pirata? ¡Estaba segura de que no tenía buenas intenciones! Algo ocultaba tras aquel posado de hombre burlón y desenvuelto.

—Eh... No puedo salir al aire libre, el sol me quemaría —excusó.

—Estamos casi de noche miladi —adujo el contraamaestre, un tanto ofendido por la excusa de la dama tras tantos esfuerzos por parte del joven Darren.

—De todas formas no puedo salir sin un sombrero...Dígaselo al Capitán de mi parte y transmítale mis disculpas —insistió, con la mano sobre la puerta y la seria preocupación de que aquello no bastase.

Y como había sospechado, en menos de dos minutos tenía al Capitán en la puerta.

—Miladi, hemos resuelto el problema de su sombrero. Una gentil dama tuvo la delicadeza de prestarnos uno en Port Royal.

No tuvo más remedio que abrir la puerta si no quería verse envuelta en una situación de descontrol o de peligro. Darren la miraba con aquella mirada triunfal que solía sostener y le entregó un aceptable sombrero de lazo en tonos pastel. Se lo colocó con toda la presteza que le fue capaz de reunir y salió por primera vez a cubierta por su propio pie. El suelo se balanceaba, el suave crepitar de la madera con el mar resultaba incluso bonito. Como si los tripulantes hubieran sido invocados, se arremolinaron a su alrededor, observándola andar.

—Adelante gorrioncillo.

—Gracias Capitán Vane —pasó al camarote, a punto de una catarsis emocional.



CAPÍTULO 5

ALGODÓN Y CUERO

Las dependencias del capitán Vane eran completamente distintas a las de su padre y a las que, por ende, Áurea se había imaginado. No había paredes oscuras ni muebles de estiló rococó, sino que se respiraba un ambiente de desenvuelta modernidad y austeridad necesarias. Estaban llenas de colorido, con macetas y cuadros fascinantes.

La joven pasó rápidamente la vista a su alrededor hasta sentir la presencia de Darren detrás de ella, llenándola de incomodidad y nerviosismo. ¿Por qué y para qué quería cenar con ella ese hombre? ¿Qué quería? ¿Acaso era para asegurarse una buena venta? Quería engordarla. Cebarla como a un cerdo a punto de ser destripado. No había odiado nunca a nadie, pero empezaba a verse en la obligación de hacerlo.

—Siéntese —dijo él, rayando al susurro.

Ella obedeció, tomando asiento en la silla señalada por Darren, llena de recelo. Peinó frenéticamente la falda del vestido para ocultar sus dedos temblorosos y su pulso agitado. Ya había cenado anteriormente con un pirata, pero a Richard Withian ya lo conocía, sabía que era un grosero y que la ignoraba por completo. Pero ése... Ése era nuevo. Y la intimidaba.

—¿Quiere una copa?

—No bebo.

Ella se mostró ofendida pero le dedicó una mirada rápida de arriba a abajo, como si lo estuviera estudiando.

—Pues si no le importa, yo me serviré una.

Abocó una cuantiosa cantidad de líquido amarillento en un vaso tosco. Se sentó al lado de ella, con el gesto desgarbado y la peor posición que Áurea jamás había visto. Incluso peor que la de Richard.

—Es usted una mujer preciosa —soltó sin finuras ni cortesías relamidas, mirándola fijamente a los ojos y analizándola por milímetros con descaro mientras le daba un largo sorbo al licor.

Áurea lo miró callada, se quedó bloqueada por más de medio minuto. Primero, pensando en que la estaba mintiendo. Luego, para darse cuenta de que Darren no tenía por qué mentirla en algo como aquello. Y por último, para elaborar una respuesta adecuada a lo mencionado. No había sido preparada ni educada para aquel tipo de sinceridades abruptas.

—¿Está evaluando su mercancía capitán Vane? —soltó al fin, evadiendo una respuesta más concreta, deseando que algo molestara a Darren. No soportaba su actitud benevolente a sabiendas de sus oscuras intenciones. Prefería mil veces ser ignorada y esperar a su destino sin falsas apariencias. Y aunque todavía tenía el pánico de la guerra en su interior y agradecía haber sido

sacada del dichoso armario, nada podía obviar el hecho de que ese hombre sólo era un vulgar pirata dispuesto a venderla como a una... una mujer de baja estirpe.

—¿Tan terrible me ve? —respondió él, con un ligero toque de ofensa.

—Dijéramos que mi percepción acerca de su persona va acorde con lo que sé sobre usted.

—¿Y qué sabe sobre mí? —dejó el vaso, interesado.

—Sé que es un pirata.

Darren hizo una mueca de incompreensión que luego transformó en burla.

—¿Y tendría el honor de saber en qué categoría me incluye eso? —ironizó, alzando una de sus cejas oscuras, arrastrando la comisura de sus labios con el movimiento y dejado entrever una fina línea de dientes blanquecinos. Incluso los pendientes de sus orejas parecieron brillar de orgullo resentido.

—No me corresponde a mí decir tal cosa —reculó ella, temerosa de las consecuencias. Había deseado molestarlo, pero quizás no había sido una buena idea.

—Por favor, Áurea, no recule en sus propósitos cuando ya los tiene marcados. Prometo no hacerle daño, acláreme en qué lugar me deja ser un pirata.

—Bien...—murmuró, recelosa—. Es un delincuente, un ladrón, un hombre falto de escrúpulos, de modales y de todo cuanto un caballero ha de poseer.

—Y eso me lo dice la hija del tabernero supongo...

—Sabe bien que...

—Sí, sé bien que no es la hija de ningún pobretón ni digno comerciante. Es usted hija de un noble, lo sé por su forma de moverse. Rígida y protocolar. Educada para ser una dulce marioneta.

—¿Disculpe?

—Disculpada. No se preocupe, estoy acostumbrado a que me miren por encima del hombro los de su clase.

Darren sabía que su modo de vida horrorizaría a los de clase alta. No le hacían falta más pruebas que la forma en que tenía esa joven de mirarlo, de desaprobar sus formas. Áurea era la mujer más hermosa que había visto en su vida. Había escuchado a hablar de los albinos en mares portugueses o en las costas africanas, pero no había tenido ocasión de ver uno. Y aunque lo viera, estaba convencido de que Áurea era más bella. Ya no eran sus colores, sino sus formas, su voz y su forma de observar el mundo.

Se sentía como un grano de trigo en el pico de un gorrioncillo. Era común desear una mujer, intentar conquistarla y llevarla al catre. Pero no era sólo atracción lo que sentía por ella, era una mezcla de admiración y devoción. Y de ahí que se sintiera contrariado. Era demasiado tonto pensar que una dama de su posición se fijaría en un mindundi como él. Y aunque podría forzarla, aprovecharse de su posición aventajada dentro de aquel buque, la sola idea de verla sufriendo le era demasiado inconcebible como para poner en marcha tan macabro plan. No podía imaginársela llorando, gritando de dolor o estremeciéndose de horror. No, la deseaba libre. Libre de ataduras, de miedos y de condiciones. Una sirena entregada, amorosa y, sobre todo, que no lo mirara con desdén.

¿Cómo sería tenerla bajo su cuerpo? ¿Enredar los dedos entre sus bucles albinos al ritmo de besos frenéticos? ¿Cómo le sentaría a su corazón poseer a tan bella flor? Se sentía tan embelesado que incluso le recogería el pelo para adornarlo con una estrella y le decoraría las orejas con pendientes en forma de luna.

—¿A qué se refiere exactamente con los de mi clase? —preguntó ella, con el mismo tono ofendido que había puesto él al principio de la conversación.

—Sí, los aristócratas. Aquellos inútiles que se pasan el día abanicándose, viviendo del

sufrimiento de los demás y sintiéndose superiores a todo y a todos. Incluso el servicio debe limpiarles el culo para que no deban ensuciarse las manos con su propia mierda.

Áurea se horrorizó ante aquel desparrame de ordinariéz hacia su estatus social.

—Hasta donde yo sé —trató de recuperar la compostura—. Usted también es un aristócrata. Su padre es Conde.

—Un Conde puede tener muchos hijos, pero es la madre quien determina su legitimidad en una primera instancia.

—¿Quiere decir que su madre...?

—Era una puta. Una prostituta de muelle, de las más baratas y sucias que puedas encontrar. Aún con eso, el gran Conde Withian se fijó con ella y la dejó en cinta. De ahí, nació yo. Nací en la bodega de uno de los barcos de mi padre. Entre medio de ratas y de botellas de ron.

Si alguien pensó que el sonrojo jamás podría traspasar la vidriosa piel de Áurea, ese fue el momento de desterrar semejante idea. Había muchas maneras de decir las cosas pero parecía que el capitán Vane gustaba de usar las peores palabras para ello. Darren iba en contra de todos los ideales de hombre perfecto, rozaba el cariz irritante inclusive. Pero aún con eso, había algo en él que le causaba curiosidad.

—No es necesario que busque en su amplio léxico palabras que puedan formular una respuesta aceptable —continuó Vane, al notar a Áurea completamente atorada.

—Desde bien pequeña he pensado que los bastardos no tienen culpa de lo que los padres hacen. No deberían de ser repudiados ellos, sino sus progenitores.

—No necesito compasión dulce flor —volvió a sonreír—. Sé lo que soy, y no me avergüenzo de ello.

Áurea admiró inconscientemente la actitud vencedora de Darren y lo miró con otros ojos, aprovechando que él tenía los suyos enterrados en el vaso. Repasó la rectitud del puente de su nariz, bordeó los pelos de su barba y se ancló en la nuez de su cuello. Luego, volvió a subir para investigar mejor aquellos párpados delineados con pintura negra. Pero no fue lo suficientemente rápida para evitar ser cazada al vuelo. Darren movió los orbes en su dirección, clavando el filo de sus espadas bañadas en zafiros sobre sus ojos aguados. Sin saber por qué ni tener la protestad sobre su cuerpo, se quedó quieta, hipnotizada.

El capitán Vane sentía arder todas aquellas partes sobre las que Áurea había depositado sus ojos esquivos. El ron terminó de bajar por la garganta con dificultad, desviando la concentración de la bebida hacia aquellos dos pozuelos ahogados en tinta púrpura.

Ambos quedaron embrujados, ancorados en aquel instante de reconocimiento mutuo, de penitencia eterna. Dos almas predestinadas se habían encontrado, se habían reconocido en medio del sinfín de personas indiferentes y se habían unido. Aunque todavía no lo supieran, aunque las diferencias que aquel mundo terrenal les había impuesto fueran inmensas.

Dolorosamente, Darren dejó ir la mirada de Áurea para buscar sus labios, aquellos dos pedacitos de carne tersa y rosada que se entreabrían en busca de aire. De un revuelo, la cogió por la cintura y apretó su nuca, extasiándose de su perfume purificado, de su olor a agua limpia.

Ella no pretendió zafarse, la autoridad de Darren en el agarre era superior a cualquier razonamiento lógico.

—¿Quién eres? —susurró él, a escasos milímetros de su boca.

—¿Y tú? —repuso ella, en tensión.

Debería estar asustada, horrorizada. Pero lejos de ello, se sentía más segura que nunca. Paradójicamente y sin ninguna explicación coherente, los brazos del Capitán Vane le parecían una red de seguridad. No estaba tranquila, estaba nerviosa, pero no tenía miedo. No por el momento.

El cuerpo de Áurea entre el suyo era como el de una dulce paloma enjaulada. Se agitaba de vez en cuando, pero su aleteo no iba más allá de los límites impuestos. Era delgada, pero bien proporcionada. Podía sentir la voluptuosidad necesaria en los lugares necesarios, pero no le hacía falta centrar su atención en algo tan banal. La esencia de la joven era suficiente para estimularlo, su mirada vibrante y sus dedos bien definidos eran suficientes para quedar satisfecho.

—Parece hecha de algodón —confesó sonando más idiota de lo que jamás se había sentido. Pero era cierto, el tacto de sus bucles era esponjoso, el aleteo de sus pestañas delicado y la piel era demasiado suave para ser real, sin mencionar el obvio parecido cromático.

Ella ladeó un poco la cabeza, aceptando el halago con el mismo asombro que el dueño del mismo lo había pronunciado.

—Y usted parece hecho de cuero —dijo ella con la voz entrecortada, señalando con la vista su pelo oscuro y su piel tensada. Pasando por alto el traje encuerado y las pulseras del mismo material. Nadie supo si intentó responder en el mismo tono o si era un halago, pero Vane se lo tomó como un cumplido.

Áurea era sinónimo de todo lo que había odiado y odiaba: la vida de los ricos monarcas. Esa gente que no trabajaba y que se engordaba con el trabajo duro de los pobres. Pero a la vez, era demasiado hermosa como para no desearla, adorarla y...

—La cena —entró de golpe el señor Penton cargado con dos bandejas repletas de delicias culinarias.

Darren soltó a Áurea con un movimiento brusco, casi ofensivo, como si fuera un pecado amar a una mujer.

Los platos fueron dispuestos y las miradas significativas entre capitán y conrtramaestre fueron dadas.

—Una chica como ella jamás se fijaría en alguien como tú.

La ronca voz del señor Penton sonó por detrás del capitán, que llevaba el timón siguiendo a su padre, pero con la vista puesta en Áurea.

Áurea había salido a cubierta por petición expresa de Darren, que había mandado a la tripulación no molestar a la joven. A penas eran unos treinta a bordo, y todos se comportaban más o menos decentemente. Así que la joven se acurrucó en una sombra, bajo su enorme sombrero. Ella agradecía aquel pequeño respiro de libertad que le era ofrecida y, sobre todo, agradecía que los tripulantes no osaran dirigirla la palabra aunque no podían evitar mirarla por razones evidentes. Observaba el mar, ahogándose en su inmensidad infinita. Era una vista espléndida, un regalo de Dios. Hacía buen tiempo, el sol estaba parcialmente cubierto por algunas nubes y la brisa corría con gracia llevando el aroma del océano consigo.

—No es asunto tuyo, Penton —espetó Darren, parpadeando lentamente, con el gesto molesto por la impertinencia de su segundo de a bordo.

—Tiene razón capitán, no es mi asunto. Pero como hombre que lo ha cuidado desde que era un crío, me veo con la obligación de alertarle que se está conduciendo directo a los arrecifes, se va a chocar y se va a hundir. Esa joven no le traerá más que problemas, dolores de cabeza. Una capitán no puede enamorarse de nada más que no sea la mar, sino quiere dejar su barco y quedarse en tierra para siempre. Un pirata no puede enamorarse de una dama de alta alcurnia si no quiere ser

colgado de la primera soga que haya en Inglaterra. Y sobre todo, no puede enamorarse del objeto que pretendía vender su padre. Ya sabe como es Richard, se ha dejado ganar esta vez porque hemos jugado con el efecto sorpresa pero no se confíe. Además está la tripulación, no pueden notarle debilitado por las faldas de una mujer... A los ojos de todos debe seguir siendo una mercancía, un botín que repartir...

—Hace tiempo que dejé de temer a mi padre. De todas formas, descuide, no me estoy debilitando por ninguna falda. Tan sólo es curiosidad... La chica será vendida en el momento oportuno. Sujete el timón en esta dirección, ahora vuelvo.

Descendió el puente de mando, hecho que le permitió llegar al gorrioncillo que mantenía la vista en el horizonte.

—¿Le gusta? —preguntó de golpe, sobresaltando a la dama que le dedicó una de sus miradas desaprobatorias encubiertas.

—Me gusta mucho —contestó quedamente, tratando de esquivar sus ojos penetrantes, evitando mirar el triángulo descubierto que ofrecía la parte superior de la camisa varonil.

Aquella mirada fugaz fue más delatora de lo que habría deseado. A Darren no le pasó desapercibida la forma en que lo había mirado, la forma en la que lo había deseado sin que ella ni si quiera lo supiera.

—¿Qué edad tiene miladi?

—¿No le han dicho nunca que es de pésima educación formular semejante pregunta? —contestó ella sin intenciones de parecer engreída, pero desde la perspectiva del bastardo aquello era como un látigo sobre su espalda de indeseable. El fulgor del agravio pasó como una oleada dibujada en las pupilas de Darren y Áurea se sintió culpable—. Aunque a decir verdad no es nada más que una tontería —sonrió, brillando más que las gotas de agua que caían grácilmente sobre su faz—. Tengo dieciocho años, ¿y usted?

—Dejaré que lo adivine, ¿qué edad diría que tengo? —se pasó la mano anillada por la barba, divertido con la situación.

La pececilla lo miró por largos segundos, aumentando la tensión entre ambos.

—¿Treinta?

Vane dejó ir una carcajada limpia y sonora, una de aquellas que purifican el alma y alegran a los muertos.

—Sé que la vida de un lobo de mar no es fácil, y lo hace ver más viejo de lo que es, pero ahí te has pasado...

—¡Oh! —se llevó la mano sobre los labios, avergonzada.

—No es nada grave...

—Entonces, ¿Qué edad tiene?

—Tendrás que adivinarlo...

—Es usted un tramposo, yo le he dicho mi edad sin juegos ni tretas.

—No se olvide de con quien está tratando.

—¡Capitán! Joe está haciendo de las suyas otra vez —se quejó uno de los marineros señalando a un bucanero borracho que se peleaba con el mástil.

—Tíralo por la borda, verás cómo se espabila —se alejó de Áurea, acercándose a sus hombres—. ¡Vamos Joe! —lo cogió en volandas y lo tiró dentro de un bidón repleto de agua—. No podemos permitirnos este tipo de distracciones. Se acerca una tormenta.

—Pero si raya un sol que quemaría al mismismo diablo capitán —balbuceó el borracho mirando al cielo.

Áurea concordó con Joe, hacia un tiempo estupendo. ¿Cómo podía decir aquello Darren?

A media tarde, nubes oscuras se arremolinaron alrededor de la nave, las olas se encabritaron y el agua empezó a caer por todos lados y desde todos los puntos. La cubierta se inundó, los objetos deambulaban de izquierda a derecha sin rumbo fijo y los filibusteros se amarraban a lo que podían mientras el capitán Vane dirigía la embarcación. Áurea intentó quedarse en el camarino para evitar problemas pero el miedo se apoderó de ella en cuanto una ola chocó contra la pared de su recámara, por lo que terminó corriendo cubierta arriba en dirección a ningún lado. Su pelo se enmarañó, apenas podía coger aire entre tanta humedad y los truenos no la ayudaban a sentirse mejor.

—¡Entre en mi camarote! —gritó Vane al verla en medio de la ventisca—. ¡En mi camarote!

Áurea escuchaba la voz de Darren pero no entendía lo que decía, miró a su dirección. Sólo podía ver su figura, ni si quiera podía ver su cara. Una corriente de agua amenazó con llevársela pero los brazos del señor Penton llegaron a tiempo, guiándola hacia las dependencias del capitán.

—Quédese aquí señorita —la empujó y cerró la puerta con llave para que no pudiera salir.

Pasaron horas eternas, de auténtico pavor y desconcierto. ¡Con lo bonito que estaba todo por la mañana! Así era el mar, impredecible, contradictorio. Supo que todo había terminado en cuanto los primeros rayos del alba despuntaron a través de las vidrieras, entrando cálidamente junto a Vane.

—¿Pero todavía estás con esta ropa?! —se alarmó Darren nada más verla con el vestido pegado a su cuerpo y la piel amoratada.

El capitán había pasado la noche angustiado por Áurea, y si no hubiera sido por su obligación de dirigir la embarcación, hubiera corrido a ver cómo se encontraba. No tenía ni idea qué lo empujaba a proteger aquella mujer con tal fiereza, quizás era su aspecto frágil o su excepcional apariencia. Como buen pirata no podía permitir que un tesoro se perdiera en el fondo del mar, y es que todos los tesoros no podían ser considerados de oro y de plata. En cuanto el temporal hubo amainado, ancló el timón con la cuerda en un rumbo fijo al que marcaba su padre por delante y corrió a ver a la joven. Tal y como había imaginado, estaba tiritando en un rincón, con el pelo enganchado a la cara y el vestido empapado. ¡Iba a coger una pulmonía!

—No tengo otra... —se excusó ella.

—¡Por Dios! No puedo permitir que se enferme —sonó tan urgente que dio a entender a Áurea lo peor. Como si no quisiera perder su botín. ¿Qué otro motivo podría llevar al pirata a mostrarse tan preocupado?

—¡Quítame las manos de encima! —lo abofeteó en cuanto Vane se tiró sobre ella para ayudarla a desvestirse. Darren se llevó la mano sobre la parte en la que había sido amonestado con dureza, buscó en los ojos de la joven alguna explicación pero sólo encontró lágrimas.

¡Una dama jamás se fijaría en un hombre como él! Eran como el agua y el aceite. No la comprendía, ni ella lo comprendía a él.

Áurea juntó el temblor del frío con el del miedo, cerró los ojos con fuerza, esperando el castigo que el capitán Vane le infligiría de vuelta. No había podido soportar el trato de ternero que le había dado. Se había tirado sobre ella, sin ni si quiera mirarla a los ojos. Se había apoderado de su cuerpo, queriendo desnudarla. Por muy placentero que hubiera sido su roce, no estaba dispuesta a ese trato propio de las fulanas. Y aunque tenía muy claro que su destino terminaría siendo el de convertirse en una de ellas, por el momento prefería seguir manteniendo la dignidad. Por mucho que eso significara terminar muerta en manos de un vil pirata.

—¡Abre los ojos! —imperó Darren—. ¡No voy a pegarte maldita sea! ¡¿Qué clase de animal crees que soy?! ¿Acaso crees que por qué me he criado en la calle suelo pegar a las mujeres? Muchas putas me han abofeteado antes que tú —trató de quitarle hierro al asunto, escondiendo el

dolor que verdaderamente había sentido. Aquella hermosa flor no era para él, no sabía ni cómo acercarse a ella. Ella lo temía y lo despreciaba por partes iguales. Y ni él mismo sabía qué quería de ella. Sólo se movía por impulsos, por necesidades nacidas de su alma. Sabía que no podía imaginarla lejos de él desde que la había visto. Y no le importaba que fuera una desconocida ni una petulante dama engreída.

Áurea parpadeó frenéticamente, chasqueando los dientes a punto de entrar en un estado de congelación.

—Ponte esto —sacó del armario una camisa y unas mallas—. No te miraré —se giró con mala cara, confirmando que había sido hechizado por la sirena hasta el punto de convertirse en un retrasado mental sin personalidad ni carácter. ¡Si sus hombres le vieran! Por fortuna nunca entraban en su camarote, y mucho menos después de lo ocurrido. Estarían todos en el fogón, comiendo o durmiendo.

El gorrioncillo se desabrochó la camisola del traje de muselina y luego empezó a deshacer la falda. El ambiente se llenó de las notas acústicas que la tela deslizándose por su piel emanaba. El *friz friz* del tejido empapado cayendo sobre el suelo fue tan seductor como ver a una bailarina exótica sosteniendo un sable con los pechos. Darren sintió la electricidad recorrer su espina dorsal, la única que estaba siendo testigo de la desnudez de la dama.



CAPÍTULO 6

AHOGADOS

—Y a puede girarse, Capitán Vane —entonó Áurea, vestida de grumete con una camisa que le llegaba por debajo de las rodillas y unas mallas de color verde aceituna.

Vane se giró con la pretensión de ignorarla pero le era imposible. La visión de semejante criatura con ropajes tan distintos a los que debiera portar era algo tan inusual y atrayente que sería una aberración no prestarle la atención merecida.

Áurea sintió la mirada oscurecida de Darren sobre ella, por instinto comprendió el peligro y rodeó su cuerpo semidesnudo con los brazos. ¡Si alguien la viera vestida de aquella guisa! ¡Con pantalones y camisa! Definitivamente, estaba perdiendo cualquier rastro del decoro que le pudiera quedar entre bucaneros y maleantes. Si las cuentas no le fallaban, ya llevaba unas tres semanas lejos de su familia. Pero tampoco podía quedarse con aquel vestido mojado puesto, simplemente porque moriría de una neumonía. Era cuestión de supervivencia. Era irónico cuando las costumbres y las normas de educación quedaban relevadas a los instintos más básicos.

¿Quedaba alguna posibilidad de que fuera encontrada? ¿Cómo estarían sus padres en esos momentos? ¿Y Rony? ¡Pobre Rony! De seguro estaría al borde de un ataque de nervios, por no mencionar a su dulce madre. Y papá... Papá estaría hecho un manojo de culpas y remordimientos que nunca se perdonaría. Sólo le suplicaba a Dios que, aunque no la encontraran, aliviara el dolor de sus familiares. Desde la muerte de su tía Audrey había costado mucho recuperar el buen ánimo en la familia Cavendish y no quería ser ella la causante de más pesadumbre.

Darren notó el decaimiento de la joven a través de su mirada absorta y sus labios entristecidos. Y a pesar de que el contorno de sus curvas marcadas por la escasa ropa era muy estimulante, se vino abajo junto a ella. Quería preguntarle qué pensaba, qué sentía o en qué podía ayudarla. Deseaba comunicarse con aquella mujer que se había anclado en sus pensamientos de forma obsesiva pero no sabía cómo hacerlo. Necesitaría un diccionario para poder llegar a ella o simplemente una guía básica de como ser un caballero. No pretendía convertirse en un petimetre ni en un imbécil de alta sociedad, pero la marea lo estaba empujando hacia esa sirena y debía hacer algo al respecto.

—¿Quiere una copa? —fue todo cuanto se le ocurrió decir, cogiendo la jarra y alzando uno de los vasos que reposaban sobre una bandeja de plata.

» Áurea despertó de su desosiego para clavar las pupilas sobre el capitán, que sonreía con aquella actitud fresca que gustaba airear en las peores circunstancias.

—¡Ah! ¡Qué idiota! —se llevó la mano a la frente—. He olvidado que usted no bebe.

Cerró los ojos dramáticamente. *¡Qué absurdo!*, se regañó a sí mismo.

—Lo probaré —sorprendió a su interlocutor—. En resumidas cuentas, poco más me queda por perder. Y dados los efectos embriagantes del alcohol, quizás sea lo que necesite para soportar lo que estoy viviendo.

Vane extendió el licor sin mediar palabra y en silencio observó cómo el gorrioncillo daba pequeños sorbos con el gesto contraído para luego beberse la mitad de la copa de un solo trago.

—¡Eh! Vale, vale... Está bien —le arrebató el objeto de fruición al ver que bebía demasiado rápido—. Esto no es agua, dulce flor —ultimó en tono jocoso dejando el vaso sobre la plata.

—Sé que no es agua, Gran Capitán Vane —hizo una mueca de burla de lo más graciosa, nacida de los efectos del ron que empezaba a subir paulatinamente en aquel cuerpo virgen de todo cuanto se pudiera considerar sucio e inaceptable—. Es ron. ¿No tenían los piratas una canción sobre este brebaje? Que por cierto, tiene un sabor cuanto menos desapacible. Jamás lo volveré a probar —soltó un pequeño eructo silenciado por su mano avergonzada—. He perdido todo resquicio de decoro y de vergüenza que una joven de mi estatus debería tener. ¿Pero qué importa verdad? Seguro que terminaré tirada en una cuneta. Alguien me matará o me suicidará. ¡Pobre mamá! Tantos esfuerzos para criar a su única hija...

—¿No tiene hermanos señorita Áurea? —preguntó él, tratando de desviar el tema a asuntos menos escabrosos.

—Tengo un precioso hermano —se iluminó como una cerilla en medio de la oscuridad—, es alto —se alzó de puntillas para señalar la altura a la que debería llegar Rony—. Tiene el pelo negro y los ojos café.

—¿Más mayor? —siguió preguntando al verla sonriendo. No la había visto sonreír hasta ese momento y no tenía la intención de dejar de hacerlo. Quería ver las comisuras de sus labios ligeramente torcidas hacia arriba, mostrando la fulgurante cordillera de perlas blancas a modo de dientes que poseía esa ninfa de agua.

—Sí, es más mayor que yo... —se detuvo en seco y lo miró apretando el entrecejo—. ¡Por cierto! Eso me recuerda... —removió el dedo índice queriendo parecer amenazadora mientras que con la otra mano se sostenía la cabeza que empezaba a darle vueltas—, que todavía no me ha desvelado su edad. Dice no tener treinta... —lo miró de arriba abajo exhaustivamente, haciendo sudar a Vane—. Pero parece tenerlos.

—Está bien miladi, reconozco mi deuda —sacó un puñado de almendras de un pequeño cuenco y se las extendió a Áurea, señalándole el diván que reposaba en uno de los rincones más bien iluminados del camarote. Era mejor que la joven *grumetilla* comiera y se sentara si no quería terminar cayéndose en redondo, aquel vaso de ron no le estaba sentando demasiado bien, a juzgar por sus tambaleos y su piel cada vez más sofocada.

Áurea dio zancadas vacilantes hasta llegar al diván señalado y se dejó caer sobre él con esa extraña sensación de ganas de vomitar y de mareo insistente. Observó a Darren seguirle los pasos para sentarse a su lado de esa forma tan poco caballerosa en la que solía hacerlo. Las piernas demasiado abiertas, una mano sobre el muslo derecho y el gesto torcido. Lo miró fijamente por un largo tiempo, debía reconocer que era un hombre apuesto. Incluso con esos ropajes y la cantidad de pendientes, collares y anillos que llevaba, sería el hombre más gallardo de la fiesta. Sus orbes amenazaban con tragarse el mar si no fuera por las pestañas oscuras que clausuraban su inmensa fuerza y energía. Era un bello cuadro, con líneas rectas y masculinas, dibujando pelo ennegrecido por los sitios oportunos, en contraste a su tez clara con cierto toque tostado.

—¿Por qué lleva tantas joyas? ¿Por eso que me dijo su padre? ¿Para que puedan enterrar su cuerpo si lo encuentran ahogado en medio del mar? —cuestionó repasando cada alhaja que Darren portaba, recorriendo con sus ojos amatista cada punto resaltado por una gema, plata u oro.

—Acostumbro a quedarme con un recuerdo de cada botín.

Peinó el flequillo que le caía grácilmente por la frente, uniendo los mechones con el resto de la caballera corta.

—¿Quién le corta el pelo? Pensaba que los piratas iban...

—¿Dejados? ¿Desdentados con una pata de palo? Leyendas de piratas pececilla. En realidad somos más atractivos de lo que relatan los cuentos —abrió la palma de la mano, señalándose a sí mismo con aire de trovador renovado.

—No, eso no es verdad. Por lo que he podido comprobar, en general son poco agradados. Comidos por el sol y la humedad, con el pelo alborotado o sin él, y con escasa higiene personal. Pero usted... —clavó sus pozuelos en los de Darren, sumergiéndose en los confines de ese océano inexplorado—, ... usted es... —se acercó más a él, entrecerrando los ojos con la intención de penetrar con más exactitud en las pupilas cada vez más dilatadas del Capitán—, ...es diferente... —susurró, soplando ligeramente sobre los labios masculinos que aguardaban el momento del abordaje—. ¡Entonces! —exclamó de golpe, separándose repentinamente mientras comía las almendras con sumo gusto—. ¿Qué edad tiene?

Vane levantó ambas cejas al unísono, contemplando como aquella muchacha le arrebatava la vida por segundos. Era extraordinaria, magnífica, adorable... No sabía nada de ella, ni si quiera su apellido, pero aquellos datos eran irrelevantes cuando su brújula señalaba una sola dirección: ella.

—Quedamos en que tenía que adivinarlo, ¿recuerda? —apoyó su peso sobre el respaldo, mirándola con el mentón tocando su cuello y los ojos levantados.

—No, disculpe señor pirata. Pero yo no llegué a ningún acuerdo, esa fue su artimaña. Sea usted, por una vez en su vida, digno y honesto. Dígame su edad, no estoy para adivinanzas.

—¿Tiene carácter señorita Áurea!

—¡Soy una Cavendish! —espetó orgullosa, dándose cuenta en el acto de su error. Puso las manos sobre los labios en un gesto aniñado.

—Así que su apellido es Cavendish... He oído hablar de esa familia. ¿Del ducado de Devonshire verdad?

—No le diré nada —se asustó, apartándose de él.

—De poco me sirve saber que es usted una Cavendish. ¿Qué voy a hacer con su apellido? ¿Pedir un rescate para delatar nuestra posición? En estos momentos, sólo me es útil para confirmar mis sospechas acerca de su cuna.

—Parece que lo dice con desdén —se calmó ella, al percatarse que no era tan grave haber delatado su apellido. Al fin y al cabo, en realidad se apellidaba Talbot—. ¿Me odia por ser noble?

—No es odio. No podría odiar a una persona por haber nacido en un lugar determinado, no fue su elección formar parte de esa pantomima. Lo que odio es la corrupción, la tiranía, el egoísmo, las reglas impuestas. Unas reglas hechas para los más favorecidos, para ellos —señaló arriba—. ¿Servir al rey? ¿O a la reina? ¿Para qué? Yo quiero ser libre, mis propias reglas, un ladrón con honor.

—¿Un ladrón con honor? ¿Eso existe?

—Créeme, hay diferentes tipos de ladrones. Y los peores no somos nosotros. Los peores son aquellos que abusan de su autoridad, que dan una imagen perfecta y pulcra de sí mismos mientras por la espalda te saquean. Dicen ser ungidos por Dios, pero son inmorales.

—Si alguien le escuchara... podrían condenarle por traición.

—¿Traición a qué? ¿A quién? Yo no pertenezco a ningún país, a ningún reino. Como ya le dije,

nací en el mar. Libre, libre de condiciones o nacionalidades.

—Pero su padre es inglés y su madre... ¿De dónde era su madre? Es usted bastante alto y su cuerpo... Su cuerpo no parece inglés.

—¿Qué significa eso?

Darren sonrió ladino, las pestañas de algodón se movían inquietas sobre su cuerpo. Áurea lo estaba estudiando, lo deseaba. Lo deseaba tanto como él a ella, pero todavía no lo sabía. Quizás era demasiado ingenua para saber lo que se sentía al enamorarse. Quizás no se había enamorado nunca y no esperaba hacerlo de un maldito pirata. Pero la realidad era que aquella dama, que aquella Cavendish, se estaba perdiendo en sus abismos de la misma manera en que él lo estaba haciendo en los suyos.

—No, no sé qué significa —cerró los ojos con fuerza—. Me siento indispueta... Aquella cosa que he bebido es un pecado. No debería estar permitido que los hombres sensatos la bebieran. ¿Por dónde iba? ¡Ah sí! Su cuerpo es distinto al de un inglés. Es fuerte, parece fuerte... No lo sé con seguridad con tanto cuero y ropajes...

—¿Quiere que me desnude miladi? Con gusto la complaceré —hizo el ademán de despojarse de la gabardina.

—¡No por Dios! Sólo digo que es fuerte pero delgado a la vez, no sé... Como si estuviera esculpido. Esculpido por Dios. Mire, mire como la vena de su cuello se tensa desde este punto hasta este otro —alargó sus dedos pálidos hasta rozar la yugular, erizando el punto que estaba tocando con las yemas. Yemas que quedaron electrizadas, enganchadas a esa corriente sin paredón.

Sólo Dios sabría en qué estaba pensando esa mujer, pero Vane se hizo una idea bastante aproximada como para quedarse sin respiración. La cogió por el antebrazo que sostenía la mano anclada sobre su cuello, en un intento de retener esa sensación. Pero el contacto directo con su piel, sólo empeoró el sudor que se apoderaba de su cuerpo. Tiró de ella hasta hacerla caer sobre él en aquella postura reclinada. Hundió los dedos en su cabellera, deleitándose con su suave contacto y su color inusual. Repasó con sus toscas manos, encurtidas por el timón, cada centímetro de la faz femenina. Rodeó la pequeña nariz, sus mejillas y sus labios. Pero fueron los labios su lugar de extravío, se quedó prendado de ellos.

—Bésememe Capitán Vane, no tiene sentido mantenerme pura si lo que quiere es venderme al mejor postor en cuanto desembarquemos. No ponga esa cara, le escuché hablar con su padre acerca de las ganancias de mi venta. Pero aún con todo lo que usted significa, aunque usted representa todo lo que debería odiar, me siento estúpidamente cómoda entre sus brazos —murmuró con la voz entrecortada—. Quizás, paradójicamente, su beso sea lo más cercano a ese amor que siempre anhelé. Regálememe ese deseo antes de ser utilizada por un hombre que pagará mi peso en oro.

—¿Un beso? ¿Es todo lo que crees que quiero hacerte? —gruñó tratando de sonreír.

—¿Pues qué más puede hacerme?

Entonces Vane lo vio claro. Esa mujer no tenía ni idea de lo que sucedía entre un hombre y una mujer en el lecho. Debió imaginárselo. Una dama inglesa, hija de un Duque, con dieciocho años. Seguro que había sido protegida de todo tema escandaloso que pudiera afectar a su pureza.

¡Era una virgen! No había tenido nunca a una apoyada sobre su pecho, ni si quiera recordaba haber conocido a una. Y aunque aquello de la virginidad estaba muy sobrevalorado, debía reconocer que se sentía extrañamente estimulado, compasionado, cautivado. Apretó su cuerpo vibrante entre sus dedos de ladrón, aspiró el dulce aroma de la inocencia hasta arrebatarle la respiración a Áurea, que lo miraba con los ojos entornados y la boca parcialmente abierta,

esperando a ser besada.

—Así no —concluyó, apartándola dolorosamente de él, incorporándose del diván hasta poder dejarla sentada.

Ella esbozó una mueca de incredulidad y frustración.

—¿Quiere resguardarme para su comprador? ¿Es eso verdad? Ni si quiera es capaz de concederme tan mísero deseo. No sé en qué momento pensé que usted podía ofrecerme un verdadero beso de amor. No soy más que una estúpida —se levantó ofuscada, tambaleando—. Seguro que ni si quiera le gusto, no soy nada más que un monstruo.

—¿De qué estás hablando? —se levantó él también, acercándose a ella con el gesto contrariado.

—Sí, su padre me lo dijo. Que no soy más que un monstruo, una especie rara a la que todos miran. Por eso me secuestró, sabía que debutaba una criatura albina...

—¿La secuestró el día de su debut? ¿Ese día en que las jóvenes de alta sociedad son presentadas?

—Exacto —arrancó a llorar, moviéndose frenéticamente de un lado a otro—. Me arrancó de mi familia, me apartó de todo cuanto conocía. Representa que esos días tenían que ser los más especiales de mi vida. Que un galante caballero me pretendería y pediría mi mano. Pero en lugar de eso... Me drogaron por días hasta encerrarme en una bodega. Luego Richard me tuvo encerrada en su camarote, asustándome con cuentos sobre su tripulación. Decía que me harían daño si me descubrían. No me hablaba, me contestaba siempre con evasivas y el día del asalto me encerró en ese armario, quería que me hundiera con el navío. No me dio la oportunidad de vivir si aquello terminaba mal... Por eso, cuando usted me trajo aquí... Cuando me ofreció mi propia habitación y me permitió salir a cubierta... Pensé que quizás me veía con otros ojos, que me consideraba un ser humano, una mujer incluso. Pero ya veo que no, ya veo que no soy más que ese monstruo del que hablaba su padre... Ya veo que tiene muy claro mi destino y que debe mantenerme pulcra para el villano que decida comprarme...

—No es eso, no... —negó con la cabeza—. No es eso, mujer.

La atrapó de nuevo entre sus brazos, retuvo sus movimientos nerviosos con determinación e incluso limpió sus lágrimas con los dedos gordos, rozando sus párpados y sus ojeras con más delicadeza de la que jamás había pensado que sería capaz de dedicar.

—Entonces, ¿por qué me ha negado el beso que le he pedido? —aleteó las pestañas formando una nube algodonada.

—No se lo negaré una segunda vez.

Atacó su boca con intensidad. A su manera, a la única manera que él conocía. Abruptamente se abrió paso entre los pliegues carnosos de Áurea, saboreando aquel paraje remoto, sintiendo la delicadeza femenina abrirse a su paso. Los labios de la señorita eran suaves, finos, seductores.

Darren dejó ir un ronroneo placentero, nacido de la satisfacción. Las venas de su cuello y sienes se hincharon al ritmo de la tensión de su cuerpo. Estrechó todavía más el cuerpo del gorrioncillo entre el suyo, temiendo que aquel sueño se desvaneciera. Ella era tan delicada, tan quebradiza y fantástica. Le fascinaba.

Áurea notó como sus rodillas perdían la fuerza, aquello que hacía el capitán Vane con ella era demasiado estimulante como para poder soportarlo de pie. Pero él parecía saberlo todo, puesto que en cuanto hizo el primer ademán de dejarse caer, él la retuvo y la levantó del suelo hasta recostarla al diván. Su pecho subía y bajaba descontroladamente, sentía todo el calor del mundo en ella, en su interior. Cada centímetro de su piel palpitaba al ritmo de los envistes de Darren, y aunque por un momento temió sufrir algún daño, la severidad de su invasor no era más que un

añadido a la corriente placentera que navegaba de un cuerpo a otro.

—¿Cómo podría considerarla un monstruo? —musitó él con la voz truncada, separándose de ella para coger aire—. ¿Sabe lo que son las sirenas?

—Ninfas de mar —recordó ella la mitología.

—Eso es usted para mí. Una sirena aferrada al timón de mi vida. ¿Venderla? Sólo hace tres días que la conozco, pero antes de venderla sería capaz de quemar este navío.

Volvió a abordarla, saqueando cuanto tuviera en su interior, devoró cada pedacito de su boca hasta dejarla sin aliento.

—Tengo entendido que el navío de un capitán es su único amor, que el mar es su única pasión... —balbuceó ella recordando las palabras de su padre.

—Hasta que llega una mujer y lo destruye todo. Eres Helena de Troya, Ildico para Atila, Cleopatra para Marco Antonio...

—Ni si quiera me conoce...

—Te conozco lo suficiente.

Se hundió en su boca repentinamente, con urgencia y necesidad. El beso empezaba a cruzar la línea de lo civilizado y sus cuerpos pedían más. Vane respondió a la petición y se lanzó sobre el cuello, devoró la albura con regocijo y especial recreo hasta llegar al hueco entre clavículas, topando con su propia camisa prestada. Se tiró sobre aquel pedacito de tela molesta, gruñendo por su osadía de interrumpir su deleite, y arrancó los botones hasta dejar los pechos turgentes de Áurea al descubierto. La miró buscando alguna respuesta a su atrevido acto, pero la encontró dormida. El ron había terminado de hacer su efecto y se había llevado a Áurea a los confines de la inconsciencia.

Miró de nuevo los senos de la joven, eran hermosos. No eran grandes pero tenían las dimensiones suficientes, su color pálido y su aureola rosada eran un pedacito del paraíso. ¡Qué necesidad de tocarlos, besarlos y mordisquearlos! Luego deslizó la mirada hasta su centro, sólo tenía que bajarle las mallas para descubrir cómo era. ¿Sería blanquecino? ¿Tendría tonos rosados?

Cogió aire con cierto mal estar y enfado, le quitó la camisa sin mirarla demasiado ni tocarla más de lo necesario. Le puso otra que no estuviera rota y la dejó dormir.

Le temblaba todo el cuerpo de insatisfacción. Miró hacía abajo comprobando el resultado de su agonía. ¡Cuán derrotado estaba por esa mujer! Peor no osaría invadirla, no de esa forma... Ella era otra cosa, otro mundo.

Se tiró sobre la cama, sudoroso y terriblemente excitado. La observó dormir plácidamente y se convenció de que aquello era lo mejor.



CAPÍTULO 7

TORTUGA

¡Qué dolor de cabeza! ¡Los ojos parecen que estén hinchados! Y ni hablar de las náuseas...

Aquellos fueron las primeras sensaciones de Áurea al despertar completamente deshidratada y confundida. Tenía la boca seca y pastosa, por no mencionar la sensación de inanición. Se incorporó lentamente de aquel diván en el que había dormido toda la noche y parte del día. Y como si alguien hubiera adivinado que necesitaría agua al despertar, encontró un vaso repleta de ella a su lado. Bebió como si no fuera existir un mañana y luego se arrepintió de todo.

¿Cómo pude beber eso tan asqueroso?! Jamás lo volveré a probar, y me gustaría que fuera prohibido para toda la humanidad. ¿Cómo puede un ser humano dejarse perder en las garras del alcohol? ¡Qué vergüenza! ¿Cómo voy a mirarle a la cara?

A pesar de que los licores tenían ese magnífico efecto de la amnesia selectiva, en Áurea no había calado tan fondo como para aquello. Recordaba al detalle haber pedido un beso al Capitán Vane. Y recordaba perfectamente... ¡Haber sido besada! ¡Y qué besos! Todavía podía sentir aquella sensación estimulante en el fondo de su corazón. Aunque había sido un poco brusco, bruto y todo lo que pudiera empezar por "b".

Se quedó un largo tiempo apoyada en el cabecero, con las manos agarrándose a la tela sedosa del asiento. Rememorando y recapitulando: primero la conversación en la que le desveló parte de su apellido, después la petición del beso, las lamentaciones por la negación del mismo y... finalmente, el beso. Los besos, mejor dicho. Su alma se agitaba junto a su cuerpo al evocar la marea de sentimientos provocada por Vane al adentrarse en su boca.

—¡Vamos marineros! Ya estamos llegando a Tortuga —la voz del culpable de sus remordimientos y sus pesares sonó atronadora, fulgurante.

Le había dicho que no la vendería, que antes quemaría su navío. ¿Sería verdad? ¿Sería capaz de perderlo todo por ella? Quizás aquel pirata fuera un príncipe azul, uno de aquellos sobre los que había leído en los cuentos de hadas. Como el sapo que se convertía en un apuesto caballero al ser besado o como la bestia que se convertía en un magnífico rey después del amor de Bella. ¿Era amor lo que sentía por él? ¿Amor verdadero? ¿Qué otra cosa podía causar ese bombeo descontrolado? Su corazón se aceleraba al recordarle, su respiración se tornaba torpe y sus mejillas... sus mejillas se tornaban carmesí.

Tragó saliva al ver el cambio de camisa. No recordaba esa parte. ¿La había cambiado él mismo? ¡Eso era demasiado! La congoja y el amor dieron paso al enfado. ¿Cómo se atrevía a mirarle...? ¿A mirar sus partes más íntimas? Ni si quiera llevaba corsé. Se levantó de un salto y buscó el vestido, el único que tenía en condiciones. Lo tocó para comprobar si ya estaba seco. No

lo estaba del todo pero serviría. Se lo colocó por encima, usando las mallas como enaguas y la camisa como camisola. Buscó el sombrero hasta darse cuenta de que estaría tirado por su camarote después de la tormenta que tuvieron que sufrir. Miró hacia fuera, hacía un sol que la quemaría en dos minutos. Resopló de impaciencia y apretó los puños.

Vane era muy poco delicado, nada cortés y para nada considerado. ¡Jamás se podía desnudar a una dama que no fuera tu esposa! ¿Cómo se había atrevido a sacarle la camisa? ¡Él no era ni su prometido! Cogió aire un par de veces, serenando su inquietud. ¿Qué importaba a esas alturas? Ella misma le había rogado un beso a sabiendas del futuro que le deparaba. Quizás él... Él había considerado aquello correcto. ¡Cuántas dudas! ¡Cuántos acertijos!

—¡Buenos días *grumetilla*! —entró de sopetón el Capitán, sin tocar la puerta y estremeciéndose a la única ocupante de sus dependencias—. O debería decir... ¡Buenas tardes! —carcajeó—. Veo que ya se ha vestido, señorita Cavendish.

—¡Por favor!

» Gritó Áurea dándose la vuelta para encararlo, para buscar sus ojos. No sabía qué pasó por su cabeza al hacer aquello, mejor se hubiera quedado de espaldas. La visión fresca de Darren era demasiado apabullante, agonizante hasta rallar lo doloroso.

—Por favor —repitió anonadada con voz menos firme de lo que hubiera deseado—. No se burle de mí...Ni me llame señorita Cavendish... No quiero que nadie sepa mi procedencia...

—Está bien miladi, como desee.

Vane dejó ir la pared en la que se había apoyado, acercándose lentamente a Áurea. La joven se sentía vulnerable cerca de él, las defensas caían estrepitosamente por la borda.

—Capitán Vane...—inició con voz trémula al sentir su aroma encuerado a escasos centímetros de ella, al notar su mirada oceánica tratando de tragarla—. ¿Cómo se atrevió a cambiarme la camisa?

—La otra se rompió —sinceró colocando dos dedos debajo del mentón de la joven, rozando deliberadamente cada pedacito de piel que ahí se encontraba.

—¿Y cómo se rompió?

—¿Quiere detalles?

Áurea se quedó sin aliento.

—No quiero detalles —tuvo la fuerza suficiente como para apartar la mano de Darren de debajo de su cara—, o... sí. Quiero saber qué ocurrió. Estoy tan avergonzada Capitán... Debo pedirle disculpas, al fin y al cabo yo provoqué esa situación. Fui yo quien le pidió que...

—¿La besara? Si no me lo hubiera pedido, lo hubiera terminado haciendo de todas formas. Así que el hecho de que usted hiciera la petición, sólo me redime de la culpa —sonrió maquiavélicamente.

—No nos desviemos del asunto en cuestión —removió las manos inquieta, esquivando sus miradas delineadas con tintura oscura.

—Cierto, ¿cuál era el asunto? —se alejó de ella, mirando unos mapas que reposaban sobre una mesa cuadrada—. Ya llegamos...

—¿A dónde? —se olvidó de la camisa, preocupada por su destino.

Dio pasos trémulos hasta llegar a la posición de aquel hombre que había decretado velar por ella la noche anterior.

—A Tortuga.

—¿Tortuga?

—Llamada así por Cristóbal Colón por una de sus montañas que ostenta dicha forma. Fue el refugio de miles de piratas por años, y se dice que en sus profundidades todavía hay tesoros

escondidos.

—¿De verdad cree que el tesoro de Cortés pueda hallarse todavía? Han pasado trescientos años desde que Hernán pudiera enterrar ahí su oro azteca.

—Pasaron años saqueando, birlando y armándose de botines... Piratas, corsarios, bucaneros, filibusteros e incluso marines reales. La mayoría del oro y las alhajas eran enterradas, tiradas al fondo del mar o llevadas a los reinos a pago de los permisos reales. ¿Crees que todo ese caudal ha podido ser desterrado en tan sólo trescientos años? ¿A cuántas personas has visto tener conocimiento de estas circunstancias? Los que nacen pobres, están demasiado ocupados en subsistir y los que nacen ricos, sólo pretenden dominar y ostentar; y aunque escucharan algo acerca de los tesoros, no lo creerían. Sólo algunos pocos albergan dichos mapas, dichas leyendas...

—Le escuché decir que los mapas que conducen a ese tesoro son suyos... ¿Cómo los consiguió?

—Es una larga historia que ahora no hay tiempo de contar. Áurea, se mantendrá usted todo el tiempo pegada a mí, puede que no le gusten mis órdenes o que no entienda mis elecciones, pero si quiere que todo esto salga bien... Debe obedecerme sin condiciones.

—¿Por qué debería hacerlo? ¿Quién es usted para mí? Ya le dije que apenas le conozco... Ya sé que nos hemos... besado. Pero... es muy patente que usted sigue siendo...

—Un pirata —masculó él, dándole el perfil.

—No es sólo eso... Hasta hace bien poco quería venderme... Me está llevando cada vez más lejos de mi familia... Si quisiera salvarme, me llevaría a Inglaterra y me entregaría.

—¿Cree que la vida es así de fácil? —bufó irónicamente, volviendo a enfrentarla.

—No creo nada. No sé nada de la vida... Me he dado cuenta desde el momento en el que abandoné mi zona de seguridad. No sabía ni cómo era un barco, imagínese. ¿Cómo voy a comprender las leyes de los piratas? ¿Su mentalidad? ¿Su forma de obrar? ¿Cómo puedo fiarme de usted?

—¿Si vistiera un traje y me quitara las argollas lo haría? ¿Si le dijera que soy el Duque de no sé qué mierda entonces sería digno de su confianza?

—Tiene que entenderlo... No es nada más que un crimi...

—¡Un criminal! Creí que ya habíamos superado esa fase. Pero no debí olvidar de donde proviene usted ni mucho menos de donde provengo yo.

—No, Vane. —lo cogió por el brazo, intentando detener aquella marabunta de palabras hirientes, crispando el cuerpo de su interlocutor y a la vez, el suyo propio—. No se trata de eso...

—Sí, gorrioncillo, se trata de eso... Por mucho que usted lo intente... Siempre me considerará algo indigno, no se esfuerce... Ha sido criada para eso: para ver la bondad sólo en los de su clase. El resto de los mortales somos unos pérfidos inmorales que no merecemos su atención. Usted representa todo cuanto he odiado y odiaré siempre, pero... —acarició su mejilla, bajando el tono una octava. La miró con más ternura y pasión de las que Áurea habría sabido reconocer en su mundo de ignorancia—, ...pero he sucumbido a usted. La única opción que le queda es confiar en mí, señorita Áurea —se apartó de ella bruscamente, se abotonó la bandolera que portaba la pistola y salió a cubierta—. ¡Atad a la prisionera! ¡Pero que no sufra ningún daño! Debemos mantenerla en las mejores condiciones posibles. ¡Señor Penton! Encárguese usted de ella.

El señor Penton era un hombre de avanzada edad pero que mantenía el vigor necesario para seguir el ritmo de un navío. Sus ojos eran pequeños, su nariz puntiaguda y sus mofletes hinchados. Una barba blanca con tonos grises bordeaba su faz hasta unirse con las patillas de su escaso pelo. Iba vestido con un chaleco lila y una camisa desgastada a juego con unos pantalones de algodón desarrapados.

—Vamos niña, gírese.

Áurea dejó caer las lágrimas silenciosamente y obedeció, permitiendo que el contramaestre la atara. Darren le había pedido que confiara en él, pero... ¿Cómo? Había esperado que luchara por ella, espada en mano... Pero qué tonta... ¡Ni si quiera se usaban las espadas ya! ¿Era alguna treta de las tuyas? Sí, estaba convencida de que era eso. El Capitán debía aparentar una maldad que no tenía, seguro que cuando encontrara la ocasión, se fugaría con ella.

—¡Su sombrero!

Darren lo tiró desde la puerta, haciéndolo volar hasta los pies de Áurea. Ella le miró con los ojos vidriosos, llenos de súplicas, pero sólo obtuvo un guiño de ojo por su parte. Suficiente para calmar su sollozo.

—¡Izad las velas! ¡Prepararos para desembarcar! —desapareció dejando tras de él su aroma particular.

El navío inglés, capitaneado por el Conde de Dorset, amarró en el puerto de Tortuga con los permisos necesarios de los escasos soldados franceses que ahí residían. Junto a él, la pequeña embarcación de Vane hizo lo mismo, ondeando bajo una bandera inglesa y bajo el amparo del nombre de Richard Withian.

—No estábamos informados de que un buque inglés amarraría en nuestras costas —fue lo primero que espetó uno de los generales al recibir a los británicos.

—Ni nosotros, General Gateau —sonrió Richard equipado con su chaqué rojo con botones dorados—. Hemos venido por necesidad, uno de nuestros hombres está enfermo y el médico de abordo no puede ayudarle.

Bajaron a un marinero en una hamaca para dar más fidelidad a las palabras del Teniente Coronel.

—Bien, de todas formas, no tenemos la protestad de negarle la entrada a ningún buque —lo miró con desconfianza el francés, que terminó por retirarse junto a su tropa.

La Isla estaba colonizada por los franceses desde hacía unos cien años, pero parecía que a nadie le importaban esas tierras. Haití pronto las recuperaría como tuyas, y Francia no quería luchar por un pequeño espacio de tierra. Eso decían, en lugar de confesar que eran incapaces de controlarlo todo. Habían soñado con conquistar, con acaparar el mundo entero, pero no se habían dado cuenta de que eran simples humanos. Y que Dios era quien impartía justicia.

Marineros, soldados, grumetes, piratas, maleantes y todos quienes lo desearan, desembarcaron de los buques, estirando las piernas y maldiciendo el suelo agreste. Acostumbrados al suave tambaleo de las tablas sobre las olas.

Richard Withian se quedó con los hombres de más confianza: las dos montañas que habían secuestrado a Áurea, el contramaestre y un par de marineros. El resto se quedaron en el buque o bajaron por turnos a las tabernas. Eran demasiados para ir juntos en busca de lo que habían ido a encontrar. Levantarían sospechas y aunque no había demasiada seguridad ni hombres que pudieran hacerles frente en aquellos lares, era preferible guardar las apariencias.

Darren, por otro lado, permitió a su tripulación desembarcar y saciarse de todo aquello que le fuera menester. Tan sólo dejó a un grupo de vigilantes a bordo de La Golondrina y se rodeó de los

más fiables: el señor Penton, Howall Bonnet, Charles Tew y algún que otro bucanero formal.

En un punto cualquiera del muelle, sobre unas mesas improvisadas y solitarias, ambos escuadrones se reunieron.

—Debemos observar los mapas, para saber a dónde tenemos que dirigirnos ahora —adujo el Capitán Withian, extendiendo un pergamino lleno de signos—. Ya hemos entrado por cabo menor, así que debe estar relativamente cerca.

Tras unos segundos de investigación profunda, comentarios y suposiciones, Darren habló por primera vez con aquel tono irritante de quien lo sabe todo:

—La clave del tesoro del Cortés no se encuentra ahí.

Richard levantó la mirada, molesto y con la ceja torcida. Esparciendo por el ambiente una tensión violenta.

—¿Qué quieres decir? —gruñó al fin.

—Quiero decir —sacó un diario envejecido—, que la dirección a seguir está en estas páginas.

—¿El diario de Cortés? —preguntó el contramaestre de Richard, Brian, con los ojos abiertos.

—No, el diario de Edward Tatch —repuso sonriente, triunfal y haciendo brillar las pupilas con cierto deje de oleaje tempestivo.

—No nos tomes el pelo —se pasó la mano por la calva su padre, incrédulo y con poca paciencia.

—Puede creer lo que quiera gran Capitán —ironizó—. Pero estas son las letras del propio y grandioso Barbanegra, él descubrió el tesoro de Cortés antes que nosotros. Pero según este diario, no lo llegó a coger porque estaba demasiado ocupado huyendo de la guardia inglesa —mostró un rincón de las páginas desgastadas en la que la firma del antiguo pirata relucía victoriosa.

—He oído a hablar de ese diario —convino una de las dos montañas, Rubén, de origen chileno.

—Es verdad, de niño, nuestro padre contaba historias sobre un cuaderno repleto de pistas escrito por Edward, Barbanegra —agregó su hermano, la otra montaña de nombre Roberto.

—¿De dónde lo has sacado? —cuestionó Richard, empezando a creer las palabras de su hijo.

—Digamos que lo cogí prestado de un historiador italiano en las costas de Cerdeña —removió las hojas vacilante, haciendo relucir los anillos que portaba orgulloso.

—Está bien, a ver.

El Capitán Withian extendió el brazo para coger el diario pero Darren lo apartó con gesto ladino.

—No soy tan idiota como para entregarte esto, ya tuvimos suficiente con los mapas... ¿Recuerdas?

Los mapas que habían llevado a Richard hasta Tortuga, los había robado de su propio hijo. En una reunión familiar improvisada, mientras él dormía, los cogió de su zurrón y desapareció sin decir adiós.

—¿Pretendes que nos fiemos de tus directrices?

—Bueno... Yo no pretendo nada que tenga que ver con la confianza... Podéis quedaros mirando los pergaminos si queréis, mis hombres y yo, buscaremos por nuestra cuenta —se levantó del taburete amaderado, seguido de sus lacayos y de la ráfaga de su gabardina.

El viejo Capitán miró las hojas y a su hijo indistintamente, soltó un bufido y se levantó de un salto.

—Está bien—vociferó—. Iremos con vosotros. Pero si nos la juegas...

—¿Te he dado motivos para no confiar en mí? —ladeó la comisura de sus labios.

—Mejor no me hagas esa pregunta. Por cierto, ¿y la chica? Tráela. No hace falta que la llevemos a las costas africanas para venderla. Uno de mis grumetes me ha informado de que existe

una aldea en esta isla, una aldea en la que un comerciante asiático pagaría una gran suma de dinero por la *monstruita*.

Darren cerró los ojos con fuerza, por un momento pensó haber despistado a su padre en cuanto a Áurea, pero hubiera sido demasiado ingenuo creer eso. A Richard Withian no se le escapaban las oportunidades de ganar dinero. Toda la atención recayó en él, esperando su respuesta. No podía negarles el botín, las ganancias de esa transacción. Un pirata que se negaba a compartir, era abandonado o asesinado. Y no podía arriesgarse a lo segundo.

—¡Es verdad!

» Se llevó las manos sobre la cabeza, dramáticamente.

—¡Señor Penton! Suba a la Gaviota y traiga a esa fulana.

Los hombres focalizaron el punto por donde descendería la mujer, convencidos de que Darren estaba tan decidido a venderla como ellos.

—¿De verdad que te habías olvidado de ella? —susurró Richard a la oreja de Vane, apretando los párpados significativamente hasta juntar las pestañas decoloradas por el sol.

—¿Qué insinúas? —endureció el gesto él, enfrentándolo.

Los gritos de Áurea interrumpieron la conversación, era arrastrada con poca conmiseración tablas abajo hasta llegar a tierra firme.

—¡Eh bonita! —le tocó el pelo Rubén—. ¿Te acuerdas de mí?

—¡Aparta tus sucias manos! —escupió Áurea, armándose de valor y de dignidad.

—La sirenita tiene arrestos, ten cuidado de que no te lleve al fondo del mar y te ahogue —se burló uno de los marineros, mirando lascivamente a la dama.

—Yo estaría encantado de que me llevara a sus profundidades —dejó ir un sonido gutural otro.

Darren tembló de impotencia, sosteniendo el aire en sus pulmones para controlarse; gestos que no pasaron desapercibidos por Withian.

—¡Dejad de importunarla! —carraspeó el Teniente Coronel—. No queremos llevar a un cervatillo nervioso al mercado —rio entre dientes—, queremos que nos paguen una buena suma por la furcia. Tenéis a las putas del pueblo para buscar calor.

Los hombres se apartaron de Áurea. Vane miró a su padre y él le devolvió una mirada cargada de significados que no comprendió. Richard no haría nada por ninguno de sus hijos bastardos, y mucho menos ayudaría a que un romance se diera a lugar. Así que el hecho de que él pudiera estar sospechando de sus sentimientos, no era una buena señal.

—¡Id a buscar los caballos! ¡Tenemos trabajo! —ordenó Withian a las montañas que no tardaron en volver con las monturas necesarias.

—¡Capitán! ¡Hemos conseguido estas maravillas! —señaló Rubén a un precioso semental de color rojizo similar a los otros animales.

—¿Habéis pagado un precio justo por ellos?

—Hemos pagado por uno, el resto nos los han regalado.

Las risas corrieron entre los ladrones.

—Tú montarás conmigo —Roberto cogió por el brazo a Áurea, arrastrándola hacia sí.

Vane se llevó la mano al revólver, no soportaba verla en manos de esa sucia rata.

—¡La niña es nuestra! —intervino el señor Penton, que la había estado custodiando hasta ese momento—. La cogimos como botín cuando perdisteis la trifulca.

—Acordamos que nos darían la mitad de las ganancias —medió Richard entre los *grumetillos*—. Rubén, deja que sean ellos quienes la lleven. Trabajan para nosotros.

—¿Trabajar para vosotros? Sueñas demasiado —apartó la mano del arma Vane, al ver como Áurea volvía a las manos de su contra maestre.

—No haga ninguna estupidez —suplicó Will cuando los demás ya habían montado y se habían alejado lo suficiente como para no oírlos.

—Señor Penton, proteja a la niña con su vida si no quiere que cometa una estupidez.

—¡Mujeres! ¡La perdición de cualquier hombre sensato! —refunfuñó el viejo Will, arrastrando a Áurea hasta subirla a su caballo.

Áurea no miraba a ningún lado, llevaba los ojos clavados al suelo, todo aquello era demasiado. Su final se acercaba y su mente no era capaz de reaccionar acorde a las circunstancias. Sabía que Vane estaba procurando su bienestar, pero no sabía cómo lograría huir con ella. Si aquellos asquerosos piratas descubrían que Darren estaba a punto de dejarlo todo por ella, seguramente lo matarían por traidor y ya no tendrían ninguna escapatoria ni posibilidad de salvación.

—Gorrioncillo —escuchó su voz. Levantó los ojos lentamente hasta dar con su semblante, su sonrisa confiada y sus ojos llenos de embustes—. ¿Alguna vez ha visto a un hombre tan apuesto montado en un semental? —se señaló a sí mismo con gesto petulante, removiendo las cinchas.

—¿En serio? ¿Eso es todo lo que se le ocurre decirme en estos momentos? —piuló Áurea, cogiéndose a Will.

—A decir verdad... —se llevó el dedo índice a la barbilla mientras estrechaba el entrecejo simulando preocupación—. Se me ocurre otra.

—¿Cuál? —albergó esperanzas de saber algo sobre su plan de huida.

—Que me encantaría ser ese caballo —señaló los lomos del ejemplar al que Áurea aferraba los muslos con fuerza para no caerse.

—Es usted un...

Pero no llegó a desahogarse porque Darren espoleó y se adelantó al lado de Richard.

—Un insensato —le terminó la frase el señor Penton, negando con la cabeza.





CAPÍTULO 8

DE GORRIÓN A ÁGUILA

Darren cabalgaba al lado de su padre, al frente del variopinto grupo que se había formado espontáneamente. Algunos hombres entonaban cánticos de sobra conocidos y otros se aventuraban a conversaciones sin sentido con el compañero de al lado.

Sólo Richard Withian mantenía la compostura, en silencio y con la mirada al frente. Vane no esperaba nada de ese hombre, nunca lo había esperado, y mucho menos después de la muerte de su madre. Lo había visto en contadas ocasiones y a pesar de que nunca había renegado de él, tampoco se había comportado como un padre debería haberlo hecho.

El Teniente Coronel de la marina inglesa no era más que un fraude. Un hombre que se había cansado de servir al rey, un hombre cansado de las restricciones y de ver morir a hombres en nombre de una persona a la que le importaba una puñetera mierda si vivían o morían. Hacía años que se había pasado al otro bando, al bando de los ladrones. Mantenía el gesto tirante, nadie lo había visto sonreír ni reír jamás. Algunos decían que su corazón se lo había tragado el mar y otros afirmaban que era hijo del mismísimo demonio. Pero Darren Vane sabía perfectamente que no era más que un hijo de perra endemoniado por el egoísmo. Estaba convencido de que ni con todo el oro del mundo, Richard Withian dejaría de ser un maldito cabrón.

El Capitán de la Golondrina miró hacia atrás, Áurea seguía con la cabeza enterrada entre mechones mientras Will llevaba el caballo en silencio y con cara de angustia. ¿Cómo podían escapar? ¿Cómo hacerlo? Si espoleaba su montura y cogía a Áurea montaña arriba, sólo estaría traicionando a su tripulación. El señor Penton sería castigado, y el resto de sus hombres también. Sin mencionar el deshonor que eso comportaba, incluso para un pirata. Si se liaba a tiros con los presentes, tenía el cincuenta por ciento de posibilidades de morir. Y eso no entraba en sus planes. Áurea había calado demasiado hondo en su alma como para permitir su venta. Esa joven damisela con aires innatos de superioridad no podía morir ni ser mal tratada frente a él. Necesitaba soluciones, soluciones viables.

—Ya llegamos.

Richard lo despertó de sus maquinaciones. Señaló un par de casas mal trechas y unas arboledas sospechosas.

—Esos árboles parecen habitados... —convino Vane, indicando unas escaleras de pino que colgaban de las ramas.

Los cantares se apaciguaron dando paso al mutismo y no hubo ninguno de los presentes que no agudizara sus sentidos y se preparara para un posible combate.

Tal y como había imaginado Vane, los ramajes escondían a guerrilleros que no tardaron en salir

a saludarlos con los rifles en mano.

—¿Qué hacéis aquí?

El guerrillero arrugó su frente de color café al formular la pregunta.

—Traemos mercancía para vender —anunció Withian, señalando a Áurea.

Áurea levantó los ojos discretamente para observar a sus posibles compradores y al hacerlo, empezó a tiritar.

—Cálmate niña —susurró el señor Penton, que empezaba a sentir pena por la joven.

El señor Penton tenía una hija, una joven de la misma edad que Áurea. No sabía dónde estaba ni qué se había hecho de ella, pero sentía una extraña aflicción por la dama al recordar a su propia niña. No la veía desde hacía décadas, pero todavía mantenía el recuerdo de sus mofletes y su barriguita abultada.

Los haitianos fueron saliendo de sus cobijos, el grupo que ahí vivía formaba una mafia organizada. Eran traficantes de personas, sobre todo de mujeres y niños. Los vendían para usos sexuales o para esclavistas del sur de América. Aunque el destino de Áurea estaba claro.

—¿Quién es usted? —reclamó otro de los nativos, con la cara cuadrada y los ojos saltones.

—Soy Richard Withian, Teniente Coronel de la armada inglesa.

» Los gritos ofendidos no tardaron en lanzarse al aire, los haitianos no soportaban a los europeos, y mucho menos a los europeos militares. Habían tenido suficiente con la colonización.

—... Pero en realidad soy un hombre libre —continuó—. Un hombre en busca de dinero a cualquier precio. No vengo aquí a luchar por mi país ni por ninguna nación, vengo para que me deis dinero a cambio de una preciosa pieza.

—Un hombre corrupto, que traiciona a su propio país... ¿Cómo podemos fiarnos de ti? —se burló el cabecilla de la mafia.

El Capitán Withian se despojó de su frac rojo quedándose en camisa y tiró sus armas al suelo, desarmándose. Tras eso, levantó las manos y juró estar ahí en son de paz y por fines comerciales. A él, se le unió su tripulación. Y luego, Vane y los suyos tuvieron que hacer lo propio si no querían ser fusilados a las puertas de esa aldea.

Vane entregó su revólver con el gesto dolido, ¿cómo escapar entonces? Las posibilidades de salvación iban reduciéndose por minutos.

—Desmontad y podréis pasar.

Se miraron unos a los otros, no lo tenían claro. Se estaban desprotegiendo demasiado, se estaban vendiendo. En cualquier momento podían ser asesinados con facilidad, pero Richard fue el primero en desmontar y el resto siguieron sus pasos.

Fueron conducidos por caminos fangosos, rodeados por hombres negros, altos y con facciones rectas. Áurea trataba de no hundirse en el barro, hundiendo los botines que Richard le prestó hasta el fondo de los huecos. Sus piernas de porcelana se embarraban a cada paso, y su cara se iba salpicando por momentos. Parecía un lienzo manchado por tintura oscura.

Al final de la senda angosta, encontraron a un puñado de caballeros si es que podían ser llamados así. Atrincherados en unas mesas con libros de cuentas y mujeres desnudas a su alrededor, todos pudieron hacerse una vaga idea de qué tipo de contabilidad estaban haciendo.

A la izquierda, un hombre blanco con bigote puntiagudo y ojos grises. Al centro, un asiático calvo y con bigote largo hasta el cuello. A la derecha, un haitiano cogido a las tetas de su ramera.

—¿Quiénes son estos? —espetó el de la izquierda, un francés.

—Son vendedores señor.

—¿Y qué vienen a ofrecernos? —sonrió con tono lujurioso el asiático, clavando sus ojos rasgados sobre la única mujer que iba con los intrusos.

—Magnífica pieza.

El haitiano se levantó después de soltar a la prostituta con fingido dolor.

Darren siguió sus pasos con la mirada, una mirada escondida, soterrada bajo sus gruesas cejas y sus largas pestañas.

El traficante se acercó tanto a la joven dama, que Áurea pudo sentir su fétido olor a sudor y maleficencia. Los nervios se apoderaron de ella, haciéndola estremecer hasta el punto de no saber ni dónde estaba. Tenía miedo, pánico. ¿Cuándo la sacaría de ahí el Capitán Vane?

—¿Cómo la ves Renaud?

—Una pieza única —alargó la mano para apartar los largos tirabuzones blancos de la muchacha, observando su bella faz—. Enséñame tus ojos.

Áurea no se movió. No por rebeldía ni obstinación, sino por extremo miedo. Estaba bloqueada.

—La rarita no quiere hablar —se incorporó el francés.

—Ten cuidado Claude, no queremos estropear la mercancía —avisó Sao Hang, el chino que salía de su choza en esos preciosos instantes pero que no se había perdido nada de lo que había acontecido.

Claude levantó el mentón de Áurea con rudeza, en busca de sus pupilas. La joven lo miró horrorizada.

—Excelente —musitó Renaud, como si estuviera teniendo un orgasmo.

—Nos interesa —dijo al fin Sao Hang, que observaba de lejos—. Acercadla.

Claude y Renaud arrastraron a Áurea, apartándola del señor Penton, y la hicieron quedarse quieta frente al asiático.

Darren apretó los puños, no podía soportar más aquella situación.

—No te recomiendo que hagas lo que estás pensando hacer —le susurró su padre, mirando fijamente sus puños.

Vane le dedicó una mirada furibunda, llena de rencor y de rabia contenida. El mar amenazaba con desbordarse, con arrastrarlo todo a su paso.

Le arrancaron la ropa, la desnudaron frente a todos. Querían asegurarse de que no tenía defectos. El señor Penton cerró los ojos, por respeto. Pero fue el único en hacerlo, los demás se alegraron la vista con la hermosa visión de la albina al desnudo.

Las venas de Darren estaban a punto de estallar, sólo el sentido común lo estaba deteniendo. ¡*Détente!* ¡*Détente!*, se repetía a sí mismo. La pálida piel de su sirena relucía bajo el sol de Tortuga, sus partes más íntimas se descubrían y no hubo hombre presente que no tuviera el deseo de encamarse con ella.

A Áurea le caían las lágrimas, rodaban por su faz sin esfuerzo, sin darse cuenta. Se sentía humillada, ninguneada. Un objeto sin alma. No sólo la habían despojado de su ropa, sino de su dignidad y feminidad. Trató de taparse con los brazos, estaba avergonzada, ridiculizada.

—¡Basta! —aulló Darren en un golpe de voz seco y contundente. No era capaz de seguir controlándose, ver a Áurea hecha un ovillo frente a todos aquellos asquerosos sin escrúpulos era superior a cualquier sentido del raciocinio.

—Craso error, hijo mío —lanzó al aire Richard Withian, esperando ver a su hijo fusilado en cuestión de segundos.

Los contrabandistas quedaron callados, sus sonrisas ladinas se borraron y el ambiente se volvió oscuro. Una penumbra invadió el lugar, llenándolo de muerte inminente. Los cuervos gonzaron, los sepultureros cogieron el chapo y los religiosos se prepararon.

—¿Quién eres tú?

Sao Hang enfocó al joven que se había mantenido medio escondido en medio de su escuadrón.

—Soy el Capitán Vane.

Darren dio un paso al frente, sabía que iba a morir. Al menos que sus últimas exhalaciones fueran dadas con valentía.

—¿Acaso no has venido aquí para vender a esta mujer? —cuestionó Claude—. ¡Es un engaño! ¡Traición!

—Mis acompañantes no tienen nada que ver —adujo, notando la inquietud y las miradas severas de los piratas presentes que iban a ser castigados por su imprudencia.

—¿Entonces? Oh...No me digas qué... —carcajeó Renaud, comprendiendo lo que estaba sucediendo—. El pirata está enamorado.

Rápidamente, Vane percibió la desaprobación de sus hombres a sus espaldas.

—Un hombre que traiciona a los suyos por una mujer, no es digno de seguir viviendo. Una capitán se debe a su tripulación, yo le ahorraré el esfuerzo de colgarte —Claude apretó el gatillo.

—¡Un momento! —lo detuvo Sao Hang—, deseo hablar con el chico. Ven, acompáñame.

Ante la estupefacción general, Darren acompañó al caudillo asiático a una choza solitaria.

—¿No me recuerdas? —se giró de golpe Sao Hang, dando la cara a Vane.

Los marineros cedieron a los placeres de la carne que la aldea ofrecía, a la espera de nuevas órdenes. Sólo Richard esperaba impertérrito apoyado a una columna.

—¡Capitán! ¿Una botella de ron? —entonó Roberto en una cantaleta jocosa.

—No hay ron —imperó Richard.

» Cogió la botella que el camarero ofrecía y la apartó con vehemencia.

—Ya os he dicho que saciéis vuestros apetitos con las mujeres, pero nada de beber. Necesitamos estar sobrios, no sabemos lo que el necio de mi hijo está hablando con Sao Hang.

—Deberíamos colgarlo —opinó Rubén, con más seriedad de la que estaba acostumbrado.

—¡Nadie colgará a nuestro Capitán! —dijo Howall Bonnet.

Howall Bonnet era uno de los intendentes de la Golondrina, fiel a su capitán hasta la muerte.

—Vuestro Capitán os ha vendido por unas faldas. Aunque vosotros no lo colguéis, el deshonor se sabrá y los demás marineros no querrán navegar bajo las órdenes de un hombre que cambia de sentido como una veleta, nunca mejor dicho.

—En eso tiene razón —expresó Charles Tew sin mirarlos.

—¿Quieres que te parta la cara? —se envaró Howall—. ¿Cómo puedes decir eso de Vane? Sabes que ha dado la cara siempre por nosotros. Si no fuera por él, no podrías pagar la furcia que te está tocando las pelotas —señaló a una voluptuosa haitiana que acariciaba a Charles descaradamente.

—Tranquilos pececillos de agua salada —intervino el señor Penton—. No podemos perder los nervios ahora, debemos mantenernos unidos.

Los guerrilleros haitianos los observaban, aunque Claude y Renaud habían asegurado que eran bienvenidos, la vigilancia no aminoraba.

—Yo digo que deberíamos colgarlo, esta gente no descansará hasta verlo muerto. Y no pienso ser yo quien pague por los caprichos de Vane —insistió otro bucanero al que nadie había hecho caso hasta ese preciso momento.

¿Quién estaba dispuesto a morir por otro? ¿Quién daría su vida por el Capitán?

—No seré yo quien se amotina —negó Howall—. Estoy convencido de que Vane nos sacará de

esta. Como siempre. Su ingenio no puede equipararse a los cerebros de mosquito de algunos...

—¿Me estás llamando mosquito? —reclamó Roberto que notó la mirada insistente de Howall sobre él.

Withian miró al cielo, hastiado de las discusiones banales. Con los brazos cruzados, tiñó sus pupilas de recelo al ver volver a su hijo sano y salvo.

—Caballeros.

Darren Vane entró triunfal a la taberna, estirando los brazos a modo de gloria y con la voz más clara y sonora de lo que muchos habrían deseado.

—¡Vane! —se alegró el señor Penton.

—¡Capitán!

—Muy señores míos —recitó—. Aquí tienen el botín.

Dejó caer sobre la mesa cinco sacos repletos de oro, las monedas tintinearón suculentas. Los piratas olvidaron cualquier agravio ante el resplandor del dinero.

—¿Cómo? ¿No estabas enamorado de ese monstruo? —inquirió Richard, molesto por las alabanzas de los tripulantes hacia su hijo.

—¿Enamorado? ¡Já!

Esbozó una mueca de burla, llena de resolución y sinceridad inamovibles. Dibujó el engaño en sus pupilas, rayando la maldad.

—¿Era todo un engaño? —preguntó confundido el señor Penton.

—Sabía que me pagarían más si declaraba estar enamorado de ella. A los traficantes les gusta poseer almas que ya tienen dueño. Digamos que Sao Hang y yo, llegamos a un acuerdo aceptable basado en una amistad pasada.

—¿Conocías a Sao Hang?

—En efecto, me debía una. Así que he conseguido sacarle un buen pastizal. Por las molestias, me he quedado con un poco más de lo acordado —señaló su bandolera repleta de zurrónes.

—Eres un bandido —rio Charles Tew.

—No, soy un pirata. ¡Que corra el ron! ¡Eh! ¿A dónde vas? —cogió por la cintura a una prostituta de pelo rizado y pechos turgentes que pasaba por su lado—. Hoy vengo con ganas de compañía.

—Y yo estaré encantada de ofrecérsela —repuso en un movimiento felino, sentándose en las piernas de Vane tras comprobar que era el maleante más atractivo que había visto en años.

—Siempre te quedas con las mejores —gruñó Howall.

—No pueden resistirse a mi terrible encanto, ¿verdad preciosa?

La haitiana, en respuesta, se tiró al cuello de Vane ofreciéndole besos escandalosos y tocándole en las partes más rígidas que podría encontrar en un hombre como él.

Richard desapareció del lugar para comprobar las palabras de Darren. Fue en busca de Claude y Renaud.

—¿Mi hijo ha entregado la mercancía?

—La palomita está en las dependencias de Sao Hang, el muy bribón quiere ser el primero en comprobar el género.

—Luego nos tocará a nosotros.

—Lo celebro, por muchos más tratos —cogió una jarra de licor y brindó, echándose a la bebida con los deberes hechos.

Lejos de allí, en el edificio más alto del poblado, Áurea era guiada por mujeres escasas de ropa hacia una habitación. Dos esclavas con caderas anchas y ropajes escuetos, la habían preparado para la ocasión: una buena limpieza, un vestido escandalosamente sugerente y el pelo bien

acicalado.

Al fin, había sido vendida. Darren la había traicionado. Lo había visto salir de esa choza en la que teóricamente luchaba por ella. Lo había visto salir cargado de oro, y ni si quiera la miró al pasar por su lado.

—Es vuestra —fue lo único que le escuchó decir.

"*Es vuestra*", esas serían las últimas palabras que recordaría del hombre al que había entregado su corazón. Sin ninguna compasión, Darren Vane había pisoteado su alma y había estrujado su ser hasta deformarla.

Ni si quiera le dedicó una mirada, una disculpa velada o una súplica de comprensión. Simplemente, se fue con ese aire triunfal que gustaba portar. Había sido utilizada.

Y pensar... Pensar que había confiado en Darren. Jamás debió olvidar que no era más que un pirata. Estaba claro que no iba a morir por ella, y mucho menos iba a renunciar al dinero.

Pasó por un pasillo repleto de espejos, vio su reflejo. El reflejo era una captura instantánea del alma. Se vio dolida, con las mejillas decaídas y los labios torcidos. Daba verdadera lástima. Parecía un espectro, consumido por las injusticias. Pero algo en su interior fue restableciéndose, a cada paso que daba, su vitalidad iba tomando fuerza y color en su faz. El pánico se fue disipando y las convulsiones fueron amansándose hasta dar paso a una marea apaciguada. ¿Querían convertirla en un monstruo? Lo sería.

Nadie vendría a rescatarla. Por mucho que le doliera, sus padres nunca la encontrarían. Su familia edificaría una tumba con su nombre y un nicho vacío. Si quería sobrevivir, debía enterrar su pasado. Sepultar los tiernos recuerdos de su infancia y juventud para dar paso al presente, a la cruda realidad. Se había convertido en un objeto sexual y debía aceptarlo. No estaba preparada para lo que venía, no lo estaría nunca.

No era capaz de imaginarse a Sao Hang besándola. Y se culpó a sí misma por recordar los besos de Darren. Por estremecerse al recordar su contacto, sus labios. Debía aceptar que su corazón ya no le pertenecía, que se había quedado con el pirata. Pero eso no era más que una ventaja, porque sin corazón podría hacer frente a lo que venía. Era cierto que no era más que una ignorante, una joven criada para agradar al marido y coser. No obstante, sus planes iban más allá. No sería un gorrión, sería una águila.

—No te asustes y déjate hacer, el señor es benevolente.

Habían llegado a las puertas de la recámara señorial. Donde el hombre que quería usar su cuerpo la esperaba. Tenía miedo, claro que lo tenía. Pero se armó de valor para enfrentar su destino. Dejó que sus piernas anduvieran solas y se adentró en la alcoba iluminada por velas.

Sao Hang la esperaba con una bata de seda en la que había un dragón pintado. Era alto y corpulento, su pelo era largo y liso mientras que sus ojos eran grandes aunque rasgados.

—Te estaba esperando.

Y con aquella sentencia, las puertas se cerraron tras de ella.





CAPÍTULO 9

TIRAR DE LA PALANCA

Áurea se agitó cual polluelo de águila recién nacido. Verse a solas con uno de los traficantes de esa aldea perdida en los confines del mundo, no era un asunto fácil de digerir. Ni si quiera para una mitad Cavendish. La joven dama tampoco era una mujer voluptuosa o alta, más bien era de complexión delgada y enclenque como su madre. Si tenía algo de vigor era por parte de su padre mitad escocés. Así que no podía hacer como su tía Karen y lanzarse sobre aquel monstruo, por mucho que lo intentara, quedaría hecha pedazos tras el primer golpe.

—He escuchado leyendas acerca de personas así —rompió el silencio Sao Hang con un inglés acentuado. Mirándola de arriba abajo con total descaro mientras se limpiaba las manos en un cuenco de eucaliptus.

—¿Así cómo? —consiguió piular el proyecto de ave rapaz, queriendo desviar la atención de su cuerpo a otros menesteres.

—Blancas, blancas por completo. Tu piel, tu pelo e incluso tus pestañas. Eres única, créeme. He escuchado que las personas como tú tienen poderes, que son capaces de curar a un moribundo.

Áurea valoró seriamente las facultades mentales de aquel personaje que tenía en frente. ¿Cómo podía pensar que tenía poderes? Había escuchado peyorativos y calificativos de todo tipo hacia su persona, pero ése ganaba el premio al más estúpido. Decidió guardar silencio, no sabía a qué se enfrentaba. Si ese tarado pensaba que tenía poderes, quizás quisiera utilizarla de algún modo.

—En algunos países —continuó el pobre perturbado—, los que son como tú son cortados en pedacitos y repartidos entre los hechiceros para sus pócimas y conjuros.

La joven confirmó las sospechas sobre la locura de aquel hombre y temió lo peor.

—Pero no te preocupes, todavía me quedan escrúpulos como para no cometer semejante barbaridad. Si fueras un hombre quizás lo consideraría, pero siendo una fémica... Además, eres bella, más allá de tus colores... Quizás demasiado flaca, pero nada que no se solvente con una alimentación adecuada —se acercó a ella haciendo rozar la camisola sobre los brazos desnudos de la joven, que lo miraba con una mezcla de horror y desprecio—. No tienes pinta de ser una cualquiera...

—Que haya caído en manos de piratas y haya terminado vendida a unos traficantes, no significa que sea una cualquiera; sino más bien una desdichada.

No supo de donde salió aquello, de donde le salió el valor para pronunciar una frase entera con tanto sentido y voz firme. Pero la cuestión era que lo había hecho, había empezado a comer los gusanos de mamá águila y se estaba labrando un futuro como cazadora.

—Por norma general —susurró Sao Hang a escasos centímetros de su pálida faz—, las mujeres

que vienen aquí el primer día, no son capaces ni de pronunciar su nombre. Tiritan en un rincón de la alcoba sin osar mirarme y saben cuál es su lugar. Pero tú —colocó los dedos bajo el mentón femenino—. Tú me miras a los ojos y te atreves a formular preguntas o a contestar insensateces. No sé si debería castigarte o premiarte por ello.

—Prémiamme —contestó ella en el mismo tono de voz, observando la cicatriz que cruzaba la cara del merchante. Con los nervios no había reparado en algo tan visible, pero ahora ya no podría dejar de mirar aquella marca.

Sao Hang vio un destello en ella, una fuerza fuera de lo común, no le tenía miedo. Sí, estaba nerviosa y temía por su futuro, pero no le temía a él. Lejos de ello, le sostenía la mirada e incluso diría que sonreía. Se apartó de ella para poder ofrecerle un trago de ron que ella aceptó gustosamente. La vio tragar aquel líquido de una sola sentada, y aunque sus movimientos eran inseguros y su mirada esquiva, no había pavor. Si ella estaba horrorizada era sólo por sí misma, le horrorizaba encontrarse con lo que podía convertirse si dejaba correr sus instintos. Sí, lo despreciaba, podía leerlo entre líneas. Lo despreciaba por ser un hombre de baja ralea, pero a la vez, ella lo admiraba. Dios sabría por qué, pero esa mujer no era algo habitual ni sus ambiciones lo serían tampoco.

—Tú eres otra cosa —reflexionó en voz alta, pasándose la mano por la cicatriz—. Estaba esperando un cervatillo asustado pero me he encontrado con un lobo hambriento.

Áurea apartó el vaso de ron vacío y lo miró extrañada.

—No le entiendo, señor Hang.

—Lo entenderás con el tiempo. Y no me llames señor, odio esa palabra.

Sao Hang se sentó al borde de la cama, mirando por la ventana.

—Estoy verdaderamente confundida —dejó el vaso sobre una mesa y miró con recelo al asiático—. No quiero tentar a mi suerte, ¿pero debo comprender que no estoy aquí para satisfacer sus apetitos?

—Ven, siéntate aquí a mi lado —le hizo una seña con los dedos de la mano derecha, clavando sus orbes oscuros sobre ella.

Áurea se quedó unos instantes paralizada, había preguntado aquello para terminar con la agonía de lo que iba a suceder. Pero enfrentarse a la realidad era más duro que imaginársela. Dio pasos tensos pero firmes y se sentó a su lado, mirándole fijamente.

—Tu Romeo y yo hemos llegado a un acuerdo —pronunció en voz baja—. Le debía una y se la estoy devolviendo.

—¿De qué está hablando? —arrugó la frente Áurea que no entendía por dónde iban los tiros.

—Vane. No era más que un crío cuando lo conocí. Era el segundo de a bordo del capitán Nelon, un hombre déspota y sanguinario. Nelon era un egoísta mal nacido, y cuando uno es el capitán de un navío, puede ser de todo menos egoísta. Los hombres se amotinan si no los reconoces, si no reconoces su valor en los abordajes y las maniobras durante los cientos de millas que recorren a tu lado. No contento con sus objetivos complicados, con las decenas de muertes que provocaba en cada temeraria misión, era cruel y sanguinario. Cuando uno de los suyos no se comportaba como él esperaba, cuando algún marinero pedía la palabra... Se dice que le cortó la cabeza a uno de sus hombres más cercanos, se la cortó porque el pobre hombre no estuvo de acuerdo con el asesinato de cincuenta hombres inocentes de un barco pesquero.

—Cualquiera diría que usted no es...

—¿Un monstruo? Sí, somos monstruos a vuestros ojos. A los ojos de las monarquías y de los hombres que pretenden manipularnos pero no lo consiguen... Y quizás sea así, quizás sea un animal. No puedo decir que estoy libre de pecado, ¿pero quién lo está? ¿Qué hombre lo está? La

cuestión es que yo navegaba cargado de seda, era un comerciante honrado. De aquellos que pagan sus tributos y navegan bajo la bandera de su país. Tenía una treintena de hombres bajo mi mando cuando avisté un navío que navegaba bajo una bandera pirata. No podía creerlo, los piratas habían sido aniquilados años atrás, exterminados. Tuve que mirar dos o tres veces para asegurarme que mis ojos no me estaban engañando. Hice todo lo posible para escapar, alerté a la tripulación, maniobramos en consecuencia... Pero el *Ranger*, el navío de Nelon, era mucho más rápido. Nos alcanzó en cuestión de minutos. Supliqué clemencia, ofrecí la mercancía sin luchar ni oponer resistencia. Incluso le entregué el libro de cuentas del barco para que pudiera localizar todos y cada uno de los objetos de valor que portábamos. Se llevaron cuanto teníamos, lo cargaron de un barco a otro. Sólo había un joven que no se movía, un joven alto de pelo oscuro y mirada astuta. Él se mantenía apoyado a la cuerdas, mirándolo todo.

—Darren...

—Darren sabía lo que iba a suceder. Sabía que su capitán no se conformaría con robarnos las riquezas. Y yo también lo supe al ver su mirada. En cuanto tuvieron toda la carga a bordo, Nelon hizo un seña. Una maldita seña, no habló ni me miró. No mostró ningún tipo de respeto ni cordialidad a pesar de que yo me había mostrado tan *civilizado* —arrastró la palabra civilizado con desdén—. Mis hombres fueron fusilados, aniquilados a sangre fría. El ardor quemó mis entrañas, mi garganta lanzaba fuego. Desempeñé la daga que portaba atada en mi cintura y se la clavé a Nelon por la espalda. Nunca olvidaré su mirada. No esperó que un simple comerciante atemorizado se atreviera a alzarse contra él. Se arrancó el puñal y me hizo esto —señaló la marca que cruzaba su rostro—. Me llevé las manos instintivamente sobre la cara y cuando volví a mirarlo, me estaba apuntando con su revólver. Era mi fin, el último suspiro de mi vida. Escuché el gatillo, pero no cerré los ojos. Lo miré fijamente. Entonces se escuchó un disparo. Primero pensé que era el mío, que me estaba muriendo pero todavía no lo podía notar. Luego vi como Nelon se desplomaba sobre el suelo, con los ojos abiertos y la espalda chorreando sangre. Busqué a mi salvador, y vi a ese mismo muchacho. El que no se había movido durante todo aquel tiempo. Me miró y luego miró a la tripulación de Nelon. Supe que no lo había hecho por mí, que lo había hecho por él. Pero no me importó, le debía una. Vane tenía el don de la narración, del convencimiento. Había convencido a sus compañeros piratas de que Nelon merecía morir, de que no era digno de seguir siendo su capitán. Fue recibido entre vítores y nombrado capitán, Capitán Vane. Me dio un bote y luego quemó mi navío, no era idiota. No iba a dejar pruebas de lo que ahí había acontecido...

—¿Pero cómo...?

—¿Cómo llegué a convertirme en lo que soy? Remé en aquel pequeño bote durante días, sin agua ni comida, hasta que me encontró un buque de Singapur. Conté lo sucedido pero no me creyeron, no creyeron ni una palabra de lo que les conté. Me ataron y juraron hacer justicia, me llevarían a China y me entregarían como a un traidor. Pensaban que yo mismo había matado a mi tripulación, que había enloquecido. Conseguí escapar, una mujer me ayudó hacerlo. Miao Yi, la esposa del capitán que me había encarcelado. Ella me creía, creía que todavía existían los piratas. No sé cómo lo hizo pero consiguió que algunos de sus hombres me trajeran hasta esta Isla. Fue duro, primero mal vivía en la selva, alimentándome de lombrices y bebiendo del río. Pero un día, Miao Yi, me volvió a buscar. Me encontró y me dio todo cuanto tengo. Construimos esta aldea y empezamos a traficar con todo tipo de bienes.

—¿Dónde está ella ahora?

—Ni idea. Se marchó hace años... No sé si está viva o muerta...

—Pero...

—Se terminaron las preguntas —El rostro de Sao Hang estaba descompuesto, como si la terrible bestia que aparentaba ser hubiera desaparecido—. Le debo una a Vane, y voy a saldar mi deuda a través de ti.

—¿Y cómo pretende hacerlo? —se levantó de un salto Áurea, ofuscada—. ¿Cómo lo hará Sao Hang? He oído como sus compañeros reclamaban las siguientes noches conmigo. Y no creo que su sentido del deber alcance a esos límites, a los límites de romper con todo lo que usted ha edificado aquí. Si se enteran... Si saben que los ha traicionado...Será su fin y el mío también. Lo mismo sucede con Vane, está rodeado de hombres. De los suyos propios. Atado. ¿Cómo pretenden salir de esta?

—No te conformas con ser la princesa a la que rescatar, ¿verdad?

—Hubo un tiempo en el que estaba dormida. Vivía en un mundo de fantasía y de sueños, soñaba con ser esa mujer rescatada por un príncipe. Supongo que las comodidades de mi alrededor me empujaron a eso, sobre todo cuando eres el único bicho raro de tu sociedad. Siempre he sido distinta, rara, un monstruo para muchos... Por todo eso, os comprendo. Comprendo tu historia... Estando aquí, tan lejos de los míos, he encontrado más comprensión que en mi propio hogar. Aquí nadie me mira, nadie se sorprende al verme... Sí, llamo su atención, pero no provoco conmoción. Porque todos luchan por su propia liberación, por su propia distinción. No me conformo con ser la princesa a la que rescatar, porque no soy ninguna princesa. El verdadero culpable de todo esto, es Richard Withian. Él debe pagar por la humillación que me ha hecho vivir.

—¿Así que pretendes vengarte? —bufó Sao Hang a través de la nariz mientras sonreía divertido—. ¿Y cómo piensas hacerlo?

—Con tu ayuda.

—¿Con mi ayuda? ¿Y qué gano yo con eso?

—Un tesoro. Oro azteca.

—¿De qué estás hablando? —se levantó de la cama y se acercó a ella.

—¿Crees que Richard Withian ha venido aquí sólo para venderme? Está aquí porque persigue una recompensa aún mayor. Ha navegado desde Inglaterra, siguiendo una ruta específica marcada en un mapa. Tras eso, desembarcó en esta isla. Me lo dijo, me lo confesó un día. Con su propia boca me desveló sus objetivos.

—¿Por qué lo hizo? ¿Por qué debería hacerlo? —preguntó incrédulo.

—Porque pensaba que yo no tendría la oportunidad de contárselo a nadie que le interesara. Porque pensaba que no era más que un objeto al que utilizar a su conveniencia. Pero te he encontrado a ti. Sao Hang, ayúdame a vengarme de ese hombre que me llamó monstruo con total impunidad y me trató como tal. Ayúdame y te entregaré el tesoro.

—No puedo arrestar a Withian. Por obvias razones. Mis hombres no lo entenderían, sus hombres tomarían represalias y sus amigos ingleses vendrían a tocarnos las pelotas. Richard es un hombre inteligente, un estratega. Juega a dos bandos, tiene dominados a dos mundos. Por una parte, los piratas lo adoran y por otra, los europeos lo consideran un héroe de guerra. Si él decide destruirnos, sólo tiene que chasquear los dedos.

—Te estás olvidando de que hay alguien que puede hacer lo mismo que él.

—Vane no puede ganarse el favor de los ingleses, no es más que un forajido.

—Vane no puede hacerlo, pero yo sí. Estoy dispuesta a arrebatarle todo cuanto posee Richard, es hora de desenmascarar al verdadero villano de mi historia. Es hora de matar a mi Nelon.

—¿Matarás al padre del hombre que jura amarte?

—No puedo perdonarlo, Sao Hang. Me arrancó de mi familia, ha causado un enorme daño en mis seres queridos, me arrastró hasta aquí y obligó a Darren a venderme. Él sospechaba de los

sentimientos de Vane hacia mí. Aún así, no le importó seguir con sus objetivos. ¿No crees que un hombre así debe morir?

—No lo sé, Áurea. Ni lo sé ni me interesa. A mí sólo me interesa el dinero. ¿Cómo podemos llegar hasta él?

—Darren puede ayudarnos, él tiene las indicaciones para llegar hasta el oro azteca. Podemos aliarnos, ponernos de acuerdo con Vane para que nos revele el lugar del tesoro. Como tú conoces estas tierras, nos adelantaremos a ellos y cuando lleguen, mataremos a Withian y nos haremos con su dinero y su tripulación.

—¿Cómo piensas hacerte con su tripulación?

—Con la ayuda de Vane, como tú dices, él tiene la astucia suficiente como para convencer a esos piratas de que su capitán ya no merece ser seguido. Y los que sean más fieles a Withian, los mataremos. Mataremos a toda esa escoria. Tras eso, mandaré un comunicado a Inglaterra, informando de que Sao Hang y Darren Vane me han liberado de mi secuestrador: Richard Withian.

—¿Te creerán?

—Lo harán. Tengo la influencia necesaria como para eso. Ganarás dinero y tu nombre será restituido en el bando de los ganadores. Es más, exigiré que se pague una recompensa por tu valeroso acto. Serás rico, mucho más rico que ahora. Podrás comprarte una casa en el barrio más lujoso de Londres. ¿Trato hecho? —extendió la mano esperando a que Sao Hang la encajara.

—Trato hecho —respondió él, encajando las manos—. Pero debo alertarte de que si me traicionas, te convertiré en lo que debiste ser al llegar aquí.

Áurea aceptó esa condición con un toque de cabeza ligero. Podría haber esperado a que Darren apareciera en su rescate, podría haberse conformado con jugar el papel de la dama en apuros. Pero había descubierto que ella no era esa dama. Había descubierto que en su interior había una gran determinación y poder de destrucción. Iba a jugar sus cartas. Su posición aventajada en Inglaterra, debía servir de baza para salir indemne. Quizás no estaba usando las mejores artimañas y seguramente sus intenciones no eran las más bondadosas, pero sinceramente, le importaba un verdadero comino. Richard había destrozado su vida, aunque volviera a Inglaterra sana y salva, nada volvería a ser como debería haber sido. Conocía demasiado bien a los petimetres empolvados de Londres como para saber que la desdeñarían, que la humillarían.

—Quiero justicia, quiero ver el buque de Richard en llamas. Quiero ver a Richard colgado de una soga y quiero ser yo quien tire de la palanca.

—Vayamos en busca de Darren, de aquí unas horas todos estarán inconscientes por el alcohol o en sus habitaciones fornicando. Aprovecharemos para buscarlo sin levantar rumores.

Sao Hang y Áurea tuvieron que escapar por una escalera auxiliar a altas horas de la noche cubiertos por largas capas que ocultaban sus rostros. Áurea trataba de no perder las palabras que había estado estudiando durante horas para convencer a Darren del plan. Sabía que en cuanto lo viera, no sería la misma. El efecto del Capitán Vane sobre ella era debilitador, aplastante e incluso irritante. Seguía las largas zancadas del traficante con presteza y con sumo cuidado de no tropezar con nada. Los hombres estaban tirados sobre banquetas o sobre el suelo, mujeres dormían sobre ellos y algunos hacían lo impropio públicamente. Trató de no mirar a la mujer de pechos enormes que saltaba sobre un hombre barbudo que no paraba de gemir. ¿Aquello hacían los hombres y las mujeres? ¿Exactamente sobre qué estaba saltando aquella mujer que le gustaba tanto

a ese hombre? Fuese lo que fuese, era suficiente como para ruborizarla.

—Ya llegamos —avisó con un hilo de voz Sao Hang señalando una choza. Áurea agudizó sus sentidos, sobre todo la vista. ¿Dónde estaba Vane? ¡Deseaba tanto verlo! Abrazarlo y sentirse segura entre sus brazos... Sentir su amor y su lealtad incondicional. Entró casi de puntillas en aquel lugar. Richard Withian dormía la mona sobre el suelo, las montañas estaban igual que él o peor y los demás marineros estaban abrazados a prostitutas tan enajenadas como el resto. Ni rastro de Darren. Áurea temió lo peor. ¿Y si lo habían descubierto? ¿Y si estaba en serios problemas? El corazón le dio un vuelco con sólo pensarlo.

Sao Hang se dirigió a una cortina y la apartó descubriendo a Darren. Áurea se sintió aliviada al verlo, su desasosiego aminoró. Allí estaba él, sobre una cama rodeado por los brazos de una mujer de ébano y una botella de ron al lado. Áurea lo observó de arriba a abajo, su pelo desordenado, sus facciones masculinas y su torso desnudo. Seguía amándolo a pesar de la evidente traición. Los pechos de la prostituta descansaban sobre su cuerpo, era evidente que no había pensado mucho en ella durante ese tiempo. Era obvio que si ella hubiera muerto a manos de Sao Hang, a nadie le hubiera importado. ¿Un plan para huir con ella? ¿Cómo? ¿En brazos de otra y borracho? No era más que un bandido. Quizás tuviera alguna intención de ayudarla, pero nada que con mujeres y alcohol no pudiera olvidarse. Al fin y al cabo, ¿qué esperar de un pirata?

—Tengo un plan mejor —susurró Áurea señalando el diario que estaba semi escondido en la camisa de Vane.

—No traicionaré a Vane por tus celos.

—Sao Hang, mi padre puede ofrecerte un título nobiliario si se lo pido. Si me ayudas a salir de esta a mi modo, con mis condiciones... Serás el primer forajido asiático en hacerse un sitio en Inglaterra.

—Estás soñando. No eres más que una niña inexperta.

—No, no estoy soñando —lo miró a los ojos fijamente, transmitiendo toda la seguridad que fue capaz de contener en sus pupilas. Luego miró sus labios, parcialmente marcados por la cicatriz y se atrevió a besarlos. Sao Hang se quedó paralizado, inmóvil—. Y si soy una niña, enséñame.

El hombre aturdido por la influencia femenina, cogió el diario de Darren y leyó las partes necesarias para seguir la ruta hasta el tesoro. Cuando memorizó bien el camino y las señas, devolvió el libro donde estaba. Habían marcado un plan y debían seguirlo.



CAPÍTULO 10

UNA LÍNEA RECTA EN EL MAPA

—*Hola Vane —era su voz, el canto de su gorrión. Trató de abrir los ojos y buscar su bella faz, sus inconfundibles ojos y su amor todavía no reconocido. Finalmente, pudo dejar de ver borroso y dar con ella, con su ninfa de agua. Pero no parecía ella, su mirada escondía algo. La pureza y la inocencia habían dado paso a otro tipo de cualidades, era fuerte y retorcida.*

—*¿Qué ocurre, Áurea? —trató de acariciarla pero ella se apartó.*

—*Me has traicionado. Ya no es necesario que sigas fingiendo... Ahora sé quién eres en realidad —susurró en respuesta, como si quisiera atormentarlo.*

—*¿Qué te he hecho? ¿Por qué me rehúyes? —trató de cogerla pero le era imposible.*

—*Me has hecho parecer débil. Una niña estúpida. Te has reído de mí. ¿Creías que te esperaría? ¿Creías que me cruzaría de brazos esperando tu salvación? Desde el momento en que me viste, debiste saber que sería tu perdición, tu propio demonio.*

—*Lo supe y por eso te amo —se afligió, su corazón dio un vuelco al ver como ella desaparecía entre la neblina.*

—*Voy a destruirte...*

Se incorporó de un salto, con la respiración turbada y la espalda sudada.

¡Malditas pesadillas de borracho!

Miró a su alrededor apoyando las manos sobre el borde de la cama y con las piernas ya puestas en el suelo. Los hombres seguían durmiendo, a juzgar por la tenue luz que se filtraba por la ventana, todavía era de madrugada. La cabeza seguía torturándolo, resultado del exceso de copas durante la noche anterior. Hubiera deseado no terminar inconsciente por el alcohol, pero convencer a su tripulación de que seguía siendo el mismo de siempre, no era un cometido sencillo. ¡Por Dios que apreciaba a su tripulación! Pero Áurea pesaba más. El amor, la paz y la serenidad que sentía a su lado, eran incomparables a las glorias de alta mar, por mucho que éstas fueran gratificantes.

—*¿Ya te levantas mi amor? —ronroneó una voz femenina con inglés torpe. Se giró para verificar la existencia de la haitiana en su cama—. Anoche no quisiste nada conmigo... Me imagino que por la mañana...*

—*¡Ssshhtttt! —la miró con seriedad llevándose el dedo índice sobre los labios—. ¡Cállate! —gritó en un susurro.*

Se levantó presuroso, recogió sus bártulos y luego arrastró a la prostituta hasta el exterior de la choza.

—*Toma, coge este dinero —le extendió una buena suma de oro, más de lo que cualquier mujer*

de vida fácil soñaría con obtener en una sola noche—. Si te preguntan, esta noche hemos follado como locos.

La haitiana cogió el dinero y se lo guardó en un gesto sugerente entre los pechos café. Luego lo miró, Darren no supo si sentía dichosa o apenada.

—Eres un hombre extraño Capitán Vane. Nunca he visto a un hombre que pagara a una mujer por no hacer nada. Oh... ¿No serás de esos? —hizo un ademán femenino refiriéndose al colectivo homosexual—. ¿De esos a los que les gustan otros hombres? ¡Pero no te avergüences! Hay muchos piratas como tú, me consta...

Darren se llevó una mano a la cabeza y la miró con impaciencia hasta hacerle comprender que era mejor retirarse. Una vez a solas, dirigió la mirada al edificio más alto de la aldea. Necesitaba verla, contarle su plan. Abrazarla y decirle que todo iría bien.

Cuando Sao Hang le recordó su vieja deuda, la veleta* giró a su favor. Sao Hang mantendría a Áurea protegida, no la tocaría ni la entregaría a otros postores. Mientras, él iría en busca del tesoro de Cortés con su padre. Una vez obtenido el tesoro y acumulado su parte del botín, entregaría su dinero a la tripulación y nombraría capitán al señor Penton. Según el viejo código de los piratas, un hombre no puede abandonar su puesto sin pagar por ello. Bien, pues él pagaría y luego iría en busca de ella. Sabía que sería difícil renunciar al mar, renunciar a la vida de libertad que había llevado hasta esos instantes de su vida. Pero ella merecía la pena. Merecía la pena arriesgarlo todo por una persona tan transparente, bondadosa e ingenua. Perdería a sus viejos amigos y compañeros de aventuras, los botines obtenidos y escondidos, incluso renegaría a una parte de su esencia... Áurea restablecería esa pérdida, quizás aprendiera a ser un hombre civilizado a su lado.

Pasó por caminos estrechos y polvorientos para emparrarse hasta la alcoba en la que Sao Hang le prometió esperarlo con Áurea. Tenía deseos de encontrarse con ella otra vez y de besarla; de sentir su cuerpo y saborear su peculiar vibración entre sus brazos hasta llenarse de aquel amor puro.

Nada. Nadie. Vacío.

No había absolutamente nadie en las estancias de Sao Hang. Temió lo peor, temió que su viejo deudor no hubiera respetado el trato y hubiera abusado de Áurea. Le parecía extraño, el asiático no le dio esa sensación de traidor. ¿Por qué iba a traicionarle? Si él ni si quiera lo recordaba y fue él quien se ofreció a saldar antiguos compromisos. Fuese como fuese, Áurea estaba sufriendo en aquel lugar. Cargó la pólvora en el revólver y apretó la empuñadura de su espada por si su arma se quedaba sin carga.

Salió de la habitación, pasó por pasillos con los cinco sentidos en alerta. El silencio y la soledad reinaban en aquel lugar. Abrió puerta por puerta pero sólo encontraba a fulanas y a hombres en pelotas. ¿Dónde estaba Áurea? A cada paso que daba se sentía más culpable. No podría perdonarse si la encontraba desecha en el lecho de algún sinvergüenza. Cuanto más lejos la sentía, más se daba cuenta de lo enamorado que estaba de ella y de cuanto estaba dispuesto a perder por su bienestar.

—¿Qué está buscando? —una voz lo detuvo, la voz de una mujer con rasgos salvajes y cuerpo tentador. Darren la enfocó, a juzgar por sus ropajes tenía un puesto de mando dentro de esa casa de putas y esclavas—. Está formando mucho alboroto, por no mencionar que no puede estar aquí.

—Estoy buscando a una joven...

—La albina —lo interrumpió—. Venga conmigo.

Vane siguió el cuerpo ondulante de esa amazona en cautiverio hasta una habitación alejada del pasillo principal.

—¿Y bien? —inquirió impaciente y molesto por sus miradas casquivanas.

—Esa muchacha de piel brillante y mi amo han escapado juntos antes del amanecer. Han llevado consigo algunos hombres. He visto que Claude y Renaud también se han unido a ellos, aunque han discutido bastante antes de eso...

—¡Maldito Sao Hang! ¡A saber qué le estará haciendo a mi gorrión! Debo ir en su busca —se dio la vuelta dispuesto a seguir los pasos de aquellos que le habían robado la mujer.

—¿Gorrión? —lo detuvo la esclava, sentándose en la cama con las piernas cruzadas y una mirada elocuente—. La serpiente se comió al gorrión, hermoso pirata.

—¿Qué quieres decir? —la encaró, volviendo tras sus pasos, confuso por la extraña verdad en la que estaban empapadas aquellas palabras.

—Tu princesita ha sido quien ha liderado el plan de escape. Ella llevaba la voz cantante, muy apoyada por Sao Hang... Por cierto —deletreó el "*por cierto*" con especial entusiasmo.

Darren dio un paso al frente, mirándola incrédulo. Hizo vibrar sus pupilas sobre las de ella y luego apartó la cara rápidamente, acompañando el movimiento de una carcajada nerviosa.

—No te creo, debe ser alguno de vuestros trucos. Ella debe estar escondida por aquí o si no está, se la han llevado a la fuerza. Para revenderla. Sao Hang me ha traicionado, está claro...

—¿Y puedo saber cómo es posible que Sao Hang sepa que vais detrás de un tesoro? El tesoro de Cortés, para ser exactos —se levantó del lecho con la sonrisa empapada de ironía y triunfo.

El mástil de la Golondrina cayó sobre la cabeza de Darren Vane, desfigurándole la cara y arrancándole el alma. Sus ojos se volvieron cansados, angustiados. Enfundó el arma acompañando el acto de una sonrisa, una sonrisa de frustración. Trató de refrenar la impotencia que iba en aumento dentro de su ser en putrefacción, para ello tuvo que apoyarse sobre la cómoda más cercana. Se apoyó con las dos manos y miró a la madera fijamente, haciendo todo el esfuerzo por no convertirse en lo que su padre se había convertido.

—...Y estoy convencida de que Sao Hang no hubiera ido detrás de ese tesoro si no fuera por algún incentivo más a parte del dinero... —continuó la anaconda apretando el cuerpo de ese ser humano que había intentado ser un buen hombre pero que una vez más, las circunstancias de la vida, no se lo permitían—. Tan convencida estoy de ello, que ayer mirando por el hueco de la puerta mientras ellos empacaban sus pertenencias más indispensables para la travesía, vi como Sao Hang apretaba el cuerpo de esa muchacha y la besaba con más candor del que le he visto dedicar jamás a ninguna de nosotras. ¿Quién diría que el viejo Sao Hang caería en el embrujo de una mujer a estas alturas de la vida? ¿Será verdad que los albinos tienen poderes?

La furia en el capitán había llegado a su cúlmine, no era capaz de controlarse, por eso decidió arremeter contra la taza que descansaba sobre el mueble antes que contra la mujer. Tras el estruendo de la porcelana estallando contra la pared, Thais enmudeció, aunque no perdió la compostura ni titubeó.

Thais había sido una de las esclavas favoritas de Sao Hang, ganándose un lugar privilegiado entre el gineceo*. Por eso, se había bañado en bilis cuando vio a Sao Hang abandonarlo todo por esa mujer recién llegada, ni si quiera era una mujer sino una niña a la que ella misma había tenido que limpiar y vestir.

—Le dije que esa mujer sería su perdición —entró el señor Penton, que había estado siguiendo a su capitán por miedo a que se metiera en problemas—. Le dije que en algún momento u otro se hundiría en los arrecifes... Ella jamás se fijará en un hombre como usted. Se lo dije —repitió nervioso—. Cuando Richard descubra que Áurea ha delatado nuestros planes porque usted llegó a un acuerdo con Sao Hang... ¡En el que aseguraba el bienestar de la dama! Cuando la tripulación sepa que los mintió, que llegó cargado de un oro que no ganó en su favor sino en el favor de una

mujer... Nos ha mentido capitán Vane, no acordó un botín por ella sino que acordó una forma de salvarla. ¿Pretendía fugarse con ella y dejarnos en manos de Richard y sus secuaces?

Los ojos de Vane eran dos bloques de hielo, el mar que un día vivió en ellos estaba congelado. Desempuñó su espada e hizo rozar su filo en el cuello del señor Will Penton.

—¿Quieres luchar conmigo? ¿Quieres desafiarme? ¿Quieres ser tú el capitán? —tiró tres preguntas que Will nunca pensó que el joven Darren sería capaz de formular hacia su persona. Lo miró y no encontró nada, Vane se había vaciado. Eso ocurría cuando un hombre solitario depositaba todas sus esperanzas en una mujer y ésta lo traicionaba.

—No, mi capitán —alzó las manos el señor Penton.

Vane volvió a enfundar su espada y salió de aquella recámara siendo otro hombre. Dejó la casa por la puerta principal frente a las miradas de los presentes, sin importarle que pudieran decir o pensar de él. Cuando llegó a la choza, los piratas y su padre lo estaban esperando frente a ella. Lo miraban con recelo. Desenvainó la espada y se puso en posición de defensa.

—¿He fallado a mi tripulación y me he fallado a mí mismo! —gritó. Imaginando a Áurea en brazos de Sao Hang—. Pero no huiré ni ofreceré mi cabeza fácilmente. Quien quiera destruirme que luche conmigo de hombre a hombre.

—¿Nos hemos enterado de que la putilla blanca ha huido con el chino! ¡Que van detrás de nuestro tesoro! ¿Cómo piensas compensarnos? ¿No fuiste tú el que pactó con Sao Hang que tratara al monstruo con delicadeza? ¿No fuiste tú el que acordó que la retuviera en su habitación? ¿No pensaste ni por una sola vez que ella podría jugar sus cartas? ¿No pensaste ni por un momento que ella podría jugárnosla? —discursó Charles Tew, desenvainando su arma y enfrentándose a su capitán.

Iniciaron una escaramuza en la que Vane iba ganando y cuando ya tenía la punta de la espada en la nuez de su compañero, Richard Withian apartó su florete de una estocada.

—No es el momento de matarnos entre nosotros —alzó su espada y luego la guardó—. ¡Mi hijo ha cometido el pecado de dejarse encandilar por una mujer! —se dirigió al escuadrón—. Nos ha traicionado, y yo mismo, aunque soy su padre —simuló una pena que nadie creyó—, deseo verlo colgado del trinquete. Pero muy señores míos, debo reconocer que ahora mismo, Vane nos sirve más vivo que muerto.

—¡Nadie me matará ni ocupará mi lugar sin luchar conmigo antes! —alertó Darren en tono amenazador—. He sucumbido, he cometido un error. Pero dejad que lo repare.

—¿Y cómo lo vas a hacer? —inquirió Howall, el leal marinero que se había sentido defraudado junto al resto.

—Por lo que he podido saber, no son más que quince hombres. Iremos en busca de más hombres de los nuestros, en el muelle.

—Eso nos retrasaría mucho...

—Dejaremos que lleguen primero, que cojan el oro... Pero cuando estén de vuelta, nos encontrarán. Daremos muerte a todos y cada uno de ellos. Renaud y Claude también están ahí. Acabaremos con ellos. Nos haremos con el oro y con las mujeres que están aquí. Podemos tener nuestra base en esta aldea, enriquecernos con el dinero que ofrece este lupanar mientras navegamos en busca de más botines.

—¿Insinúas que conquistemos esta aldea?

—Insinúo de que es hora de que nos respeten, que respeten a los hombres que quieren ser libres. ¿Y qué mejor manera que tomando un trozo de tierra para nosotros? Luego podemos coger a las prostitutas y venderlas en otro lado, hacer lo que queramos... Porqué nadie estará para impedirnoslo.

—¿Y cómo podemos estar seguros de que no volverá a traicionarnos cuando vea a esa mujer?

—¿Qué pregunta es esa? —interfirió el señor Penton—. El Capitán nos está ofreciendo una buena salida, debemos creerle. Hasta el día de hoy no le hemos encontrado ninguna falla, creo que podemos permitirnos darle otro voto de confianza.

Los ánimos se calmaron, los hombres volvieron a la choza para prepararse frente a lo que venía. Darren guardó sus armas y se quedó quieto, pensativo. ¿Qué haría cuando volviese a verla? Había estado a punto de renunciar a todo por ella, pero ella no había estado dispuesta a renunciar a nada por él. Lo había traicionado. Lo había delatado frente a su tripulación a sabiendas que podía terminar colgado de una soga. Y por si fuera poco, le había costado muy poco dirigir sus intereses personales hacia otro hombre. Besar a otro hombre... Y aunque un puñetero beso le importara una mierda, con ella no era así. Con ella...

—Espero que no seas tan estúpido como para cometer el mismo error dos veces —alertó su padre al pasar por su lado, sin ni si quiera mirarlo—. No me importará que seas mi hijo si afectas a mis intereses. Esa mujer puede delatarme frente a los ingleses, y eso no nos interesa ni a ti ni a mí. Es más peligrosa de lo que creíamos y tú le has dado alas para tomar el poder que ansiaba obtener en esta situación. Debes matarla, debe morir. Y si no la matas tú, lo haré yo.

La reina del ébano, la prostituta que había ganado más en una sola noche por hacer nada que en toda su vida trabajando duro, se estaba bañando en el interior de su propia casita hecha de tallos y madera. Se estaba pasando el agua por los rizos cuando notó una sombra alta tras de ella.

—¿Has venido a amortizar el pago? —cuestionó en una melodía sensual, sin necesidad de girarse para saber quién era su observador. Sólo había un hombre con ese aroma de cuero, con esa altura y ese porte.

No obtuvo respuesta por parte de Vane, simplemente la cogió por el brazo y la giró hacia él. Eva, la prostituta, se asustó. Aquel no era el mismo hombre que había dejado por la mañana. Sus ojos estaban consumidos, su alma apagada. Pero luego, cuando Darren ya tenía sus manos sobre sus caderas y había empezado a besarla por donde menos se lo esperaba, se olvidó de su alma y se concentró en su cuerpo.

Vane se desahogó en Eva, dejó correr su rabia sobre ella. Se enterró en su carne con fuertes embestidas con el anhelo de sentir un solo instante de paz o de salvación. Pero cuanto más se perdía en aquella piel, más se llenaba de amargura. Porque con cada embiste, más se daba cuenta de que no sentía nada y de que nunca lo volvería a sentir. ¿Cómo conformarse con la plata después de haber conocido el oro? ¿Cómo vivir con cariño habiendo conocido el amor verdadero? ¿Cómo vivir con placer habiendo conocido el éxtasis? ¿Cómo volver a poner los pies sobre la tierra habiendo estado en el paraíso? Había conocido a la mujer capaz de hacerlo tiritar con una sola mirada, y era incapaz de seguir viviendo con menos.

—Me estás ahogando —avisó Eva con las manos de Darren rodeando su cuello más fuerte de lo necesario. Vane apartó las manos y la besó en el mismo lugar, luego apretó sus voluminosos pechos y siguió empujando hasta saciar su apetito carnal—. ¿Por qué querías asfixiarme?

—No quería hacerlo —repuso él, levantándose para irse—. Quien se estaba ahogando era yo. Ahora me estoy ahogando y siempre lo haré.

—Esa sensación sólo se remedia con una cosa...

—Con la muerte.

—¿La tuya? —se incorporó la prostituta, acercándose a Vane, que ya tenía los pantalones

puestos e iba por la camisa. Ofuscado, irritado.

—La mía después de otra.

—Capitán Vane —Eva se atrevió a coger las manos de Darren entre las suyas. Ni si quiera lo conocía bien, pero lo poco que había podido saber de él era suficiente como para tratarlo de ese modo—. También existe el perdón. Perdona a esa mujer y perdónese a sí mismo...

—No creo que eso sea posible...

Y con aquella última reflexión, salió de esa casa en busca de su montura para traer a más hombres en la aldea. Esperarían a Sao Hang en las montañas, a medio camino de vuelta. Eva observó como aquel pirata se marchaba desde su ventana.

Perdido sea el hombre que caiga en las fauces de una mujer.

Ella se convertirá en una línea recta en su mapa, en una señal prohibida de la que no podrá escapar.

Él no podrá olvidarse de ella. Nada podrá salvarlo, salvo la muerte. No habrá nada a lo que pueda agarrarse ni conseguirá engañarse a sí mismo buscando consuelo en otros cuerpos o mentes.

Ella vivirá en su cabeza, y puede darse por perdido.

Esos fueron los pensamientos de Eva antes de volver a la bañera y a su vida cotidiana con Vane ocupando un diminuto espacio de su corazón y de su memoria.

*Vane significa veleta en inglés.

*Gineceo: era el lugar destinado a las mujeres en Grecia. Como un harén.





CAPÍTULO 11

ESCRIBE SOBRE NOSOTROS

Llevaban andando cuatro días a través de la maleza de la selva. Por delante iba Renaud, experto en el terreno y el mejor guía que podían tener en aquellos lares. Pero en total eran unos quince entre cabecillas y guerrilleros bien armados. La mayoría de ellos eran nativos de Haití, menos Claude, Sao Hang y Áurea. A ratos iban a lomos de los caballos, pero el terreno húmedo y el fango hacían que ir andando fuera la mejor opción. Por eso, las monturas habían sido abandonadas a medio camino o usadas únicamente para cargar el avituallamiento.

Al lado de Renaud, iba Claude. Áurea había podido darse cuenta de que eran inseparables. En medio andaban los guerrilleros y casi al final, ella y Sao Hang.

—Come —insistía Sao Hang a cada poco que podía, la obligaba a comer, a aprender cosas que jamás pensó que aprendería como usar un revolver, orientarse en medio de la nada y a defenderse en un combate cuerpo a cuerpo—. Levanta —le repetía cuando se caía, cuando se debilitaba o ya no podía más. Nunca le ofrecía la mano ni la consolaba, sino que la instaba a enfadarse, a gritar y a pelear—. Lucha —la encorajaba—. Así no, con los puños. Deja de pegar con las palmas, con los puños.

Sao Hang sacaba lo peor de ella. Pero en esas circunstancias, era lo que necesitaba.

En menos de lo que se había imaginado ya sabía dar un golpe certero a la mejilla de un hombre sin dislocarse los dedos y si era sincera consigo misma, se sentía mucho más fuerte desde que seguía las pautas alimenticias que Sao Hang le había impuesto. No se trataba de que no hubiera comido en casa de sus padres, por supuesto que lo había hecho. Platos caros, elaborados y exquisitos. Pero la misma laxitud de su vida monótona había provocado una alimentación caprichosa y poco contundente. Ahora ni si quiera comía platos, comía puñados de arroz o devoraba plátanos. No obstante, esos alimentos rudimentarios le daban la energía suficiente como para atravesar angostos caminos e incluso diría que se estaba engordando.

Cuando paraban a descansar, algunos de los haitianos se prestaban para practicar con ella las artes marciales y Sao Hang hacía de profesor, de maestro. En eso se había convertido ese hombre para ella, en una fuente de conocimiento. Bebía de él y se nutría, había días que ni se acordaba de su hogar. No quería ser desagradecida con su familia ni mucho menos con la posición en la que había nacido, pero formarse al lado de un verdadero hombre estaba siendo muy gratificante a nivel personal. Por supuesto, obviando el contexto de los acontecimientos.

Nadie se metía con ella, incluso habían dejado de mirarla. Sao Hang había dejado muy claro desde el principio que Áurea era asunto suyo y nadie osó contradecirle. Mucho menos después de que ofreciera el tesoro de Cortés como recompensa por la ayuda prestada y de que Áurea jurara

delatar a Richard Withian frente al gobierno inglés, al mismo tiempo que los nombraba a ellos como sus salvadores. Recibirían méritos y serían bienvenidos a la civilización, todo aquello sin que nadie supiera que llevaban a sus espaldas una fortuna. Sao Hang se conformaba con el título prometido y la recompensa que los padres de la joven pagarían por su intervención en el rescate.

Áurea sabía que a lo único que podía ampararse en aquellos momentos eran las promesas. Y de hecho, por ese motivo gozaba de cierta seguridad. A veces temía lo peor, que no pudiera cumplir con nada de aquello que había ofrecido a esos hombres. Le horrorizaba pensar que la matarían como castigo. Pero al menos, lo habría intentado. Habría luchado por su vida y por su destino con honor y dignidad. Otras veces recordaba a Darren. De hecho, pensaba mucho en él. ¿Su tripulación se habría revelado contra él al descubrir el engaño? ¿Habría muerto? Una extraña melancolía la absorbía si decidía recordar el tiempo pasado junto a él.

—Dormiremos aquí —anunció Renaud, señalando a un pequeño claro en el que la vegetación parecía menos espesa. Se estaba haciendo de noche, y a pesar de que ya llevaba más de una noche durmiendo en la intemperie, un escalofrío de miedo recorría su espina dorsal cada vez que debía dormir en un lugar como aquel. No era fácil pensar que cualquier animal pudiera atacarles o que alguna serpiente pudiera morderla. Pero se sobreponía, era otra de las cosas que había aprendido: a sobreponerse.

—Áurea, tú intenta hacer un fuego aquí —señaló Sao Hang a un hueco un tanto alejado del resto del grupo. No era la primera vez que ellos dos dormían separados de los demás, ni sería la primera vez que Sao Hang la besaría y le contaría historias antes de quedar dormida. Él le explicaba las aventuras que había vivido en alta mar, los engaños que había sufrido y las lecciones que había aprendido. Así ella también se instruía y vivía otros mundos sin irse lejos de allí. Tenía una extraña sensación de confort con él al lado, una ilógica percepción de seguridad.

Obedeció, aplicó las técnicas que le había ido enseñando esos días y aunque tardó, finalmente obtuvo el fuego. Estaba orgullosa de sí misma por aquel logro, no era tan fácil encender un fuego en medio de la nada aunque lo pareciera.

—Aprendes rápido —escuchó la voz de barítono tras de ella.

—Tengo un buen maestro —repuso ella con aquella sonrisa que le gustaba ofrecer y que a Sao Hang le gustaba recibir.

—Hoy tenemos arroz con una pequeña ave que Gultier ha podido cazar —señaló a uno de los guerrilleros que bromeaba a la otra punta con su compañero.

—Suficiente —cogió la comida y la puso a cocer tal y como había aprendido a hacer; después, se quedó mirando a aquella gente que bailaba y reía en la lejanía. Incluso Renaud y Claude parecían estar cómodos, hablando entre ellos—. Desde el otro lado de la moneda es difícil saber lo que es tener que sobrevivir con lo que se pueda desde el momento en el que naces. Desde el otro lado del mundo, es difícil imaginar qué hay en estas tierras. Lo único que yo sabía eran las leyendas que la señorita Rothinger me había contado sobre monstruos y héroes. No obstante, ahora me doy cuenta de lo engañada que estaba. Los monstruos, los fantasmas, los villanos... Son hombres —miró a Sao Fang y observó como su cicatriz brillaba bajo las centellas de la hoguera—. Y me doy cuenta de que esos hombres temen a sus propios villanos, unos reyes que los quieren someter, unas personas que los quieren destruir a toda costa... Porque no se arrodillan frente a ellos.

—Yo no lo habría expresado mejor. Cuando estés en el salón de tu casa, ataviada con las mejores sedas y rodeada por criados, escribe. Escribe sobre nosotros y haz que el mundo nos conozca. Tú has vivido en los dos bandos y tú mejor que nadie puede relatar lo que se cuece.

—Y tú me ayudarás a hacerlo —se sentó a su lado y se acercó a su cuerpo, buscando el brazo

que Sao Hang solía colocar por encima de sus hombros, arropándola. Pero esa vez no hubo abrazo —. ¿Qué sucede?

—Una vez estuve enamorado. Una vez amé a una mujer —miró a la lumbre, observando como el pobre pájaro chispeaba entre llamas.

—¿Miao yi?

—Ella misma. Recuerdo la primera vez que la vi: adornada con todo tipo de abalorios que cubrían su frente y con el traje típico de Singapur, parecido a un kimono. Una bata muy elaborada —aclaró para que la europea comprendiera mejor—. Encontré sus ojos negros en medio de una multitud que sentenciaba mi destino. Me encerraron en una prisión de barco, su propio marido ordenó aquello. Pero ella venía a verme a escondidas, por las noches se escapaba y hablábamos durante horas. Ella tenía su propio grupo de hombres fieles, por eso podía permitirse aquello. Un día, ordenó que abrieran la puerta de mi celda. Nos tocamos, dimos a conocer nuestros cuerpos uno al otro, hicimos el amor... Era hermosa. Era de estatura corta, piel pálida y cara redonda. Sus labios estaban bien delineados y su aroma a jazmín embriagaría al hombre más cuerdo. Su pelo era largo, negro y sedoso... Ordenó que me liberaran y que me trajeran a esta isla. Luego vivimos juntos por un tiempo en la aldea. Me levantaba viendo su rostro y me iba a dormir velando sus sueños. Había encontrado la paz tan ansiada por cualquier hombre. Hasta que... —tuvo que aclararse la garganta para poder continuar—. Hasta que su marido vino para buscarla. Primero luché contra él pensando que quería matarla. ¿Qué hombre no lo haría después de saberse traicionado de aquella forma? Pero cuando tenía el filo de mi espada en la garganta del capitán Zheng, Miao Yi salió corriendo de nuestra casa y se tiró sobre el cuerpo de su marido. Lo amaba, seguía amándole.

—¿Entonces por qué vino contigo? No tiene sentido —una lágrima resbaló mejilla abajo.

—Porqué me amaba. Me quería... Pero no de la misma manera en la que amaba a Zheng. Se interpuso entre él y yo, arriesgando su vida a pesar de que me había jurado que lo odiaba. Aparté mi empuñadura y luego vi cómo se marchaba, al lado de él.

—Por eso no sabes si está viva o muerta...

—Por eso sé cuál es mi sitio. No puedo enamorarme de ti, porque por mucho que me quieras —cogió la faz femenina entre sus dedos—, darás la vida por Vane. No quiero que me ames Áurea, sólo quiero lo que me has prometido. Quiero una posición en Inglaterra y dinero.

—¿Pero cómo...? ¿Quién ha dicho que te ame? ¿Quién ha dicho que ame a Vane? Yo no soy Miao Yi, no sé de qué estás hablando. ¿Es una de tus enseñanzas? ¿O una de tus amenazas? —cuestionó aturdida por la tristeza de Sao Hang.

—Vane vino a mí suplicando que te protegiera, Áurea. ¿Crees que un hombre cómo él pediría semejante cosa? Sé que desconoces muchas cuestiones. Sé que en tu mente todavía estás en la corte inglesa. Pero Vane no es un caballero, no es un jodido hombre de bien. Es un hombre que roba, mata y jura no amar a nadie. Y no es porque sea el típico hombre malo o le guste dárselas de rebelde. No, él ha crecido en un burdel. Entre prostitutas de muelle y marineros poco dados a la cortesía o a la compasión.

—Entiendo, ¿pero por qué no hizo como tú? Tú dejaste las cosas claras a tus compañeros desde el principio... Él podría haber hecho lo mismo...

—Jamás. Nosotros somos traficantes, hombres de aldea que viven de la compra y venta. Capitanes retirados, mercenarios refugiados o esclavos huidos. Vane es el capitán de un barco pirata, se debe a su tripulación. Nosotros no nos debemos a nadie, podemos contar los unos con los otros. Retarnos, separarnos y matarnos si las cosas se ponen muy feas. Pero los piratas tienen un código. Un código que prohíbe a Vane actuar como le dé la gana. Si decide abandonar la

tripulación, debe pagar una alta suma de dinero. Su esencia es otra...

—Pero nada justifica que estuviera borracho... ¡Y con otra mujer! Justamente la noche en la que me entregó a ti... ¿No debería haber estado un poco preocupado?

—Los hombres...

—No me importa como sean los hombres. Me importa qué quiero yo —lo cortó, haciendo brillar sus pupilas—. No te pido que te enamores de mí Sao Hang, tampoco lo espero. Ni yo pretendo amarte. Si dices que mi corazón está con Vane, no te lo puedo negar. Pero otra parte de mí, está contigo. Y quiero que sigas siendo lo que has sido para mí hasta ahora. Pero por favor, no compares historias... No lo hagas —cogió la mano masculina que todavía estaba sobre su cara y la acarició con delicadeza. Luego extendió la mano y pasó los dedos sobre la cicatriz de Sao Hang, haciéndole cerrar los ojos y olvidar sus tormentos.

El asiático se cernió sobre ella, ocultándose tras unas rocas y la besó con fulgor.

—Sé que no puedo hacerte sentir lo mismo que te hacía sentir Vane. Sé que tratas de olvidarlo con cada beso que te doy —musitó separándose de ella—. Sé que actúas por despecho, sé que si no fuera por esa prostituta sobre el cuerpo del pirata no estarías aquí conmigo...

—Todo lo que dices es cierto. Pero el resultado es que estoy aquí contigo y que sabes toda la verdad. No te escondo nada, sabes cuales son mis sentimientos. Nuestra situación. Lo único que no sabemos es cuál es nuestro futuro...

—Hablas como una adulta por tu corta edad...

—He tenido que adelantarme un poco en el tiempo debido a las circunstancias —se permitió bromear con aquel talante atrevido que le era genético—. Después de haber sido secuestrada en la cama de uno de los Condes más importantes de la monarquía, he aprendido a no hacer planes. A no coger demasiado aprecio a lo que me rodea. Sí, amo a Vane aunque sea osado hacer tal afirmación con lo poco que lo conozco... Pero ahora mismo, deseo saber, aprender. Puedo morir en cuestión de días... Tú mismo puedes matarme si te fallo, ¿por qué negarme a vivir?

Sao Hang pasó su mano por el hueso maxilar de Áurea, rozó aquella parte con deliberada lentitud.

—No quiero seguir siendo la niña de la que todos se burlan Sao Hang. Quiero que me hagas una mujer. Y no por qué piense que seré una mujer completa al entregarme a ti, sino porque el conocimiento de aquello me han escondido durante años, me hará más preparada a la realidad que estoy viviendo.

—¿Quieres usarme? —rió entre dientes el traficante de mujeres—. Eres verdaderamente osada. Llegaste a mí para que yo te usara y al final me estás usando tú a mí.

—Como ya he dicho, tengo a un buen maestro...

Sao Hang rozó sus labios con los de ella, haciéndola estremecer. Luego se adentró en su cavidad y la devoró.

—¿Quieres saber lo que sucede entre un hombre y una mujer? —preguntó él, separándose de ella y buscando sus pupilas dilatadas por la excitación.

—Sí, quiero.

—Cuando los hombres se duermen... Ahora cenemos.

Cenaron tensos, con los ojos puestos en aquellos compañeros de viaje que no se durmieron hasta las tantas. Ellos aparentaron dormir en sus zurroneos, pero cuando ya no se escuchaba a nadie, Sao Hang se acercó a Áurea y la llevó de nueva tras las rocas. Ahí acomodó unas cuantas telas donde pudieran tumbarse libremente.

Besos y más besos dieron a lugar hasta que la ropa empezó a sobrar. Sao Hang se despojó de su camisa y luego ayudó a Áurea a sacarse la suya. Rozó sus pechos, los acarició y luego los besó

con fruición. Deslizó la mano hasta la falda, y tocó sus muslos por debajo de ella.

—Esto es terriblemente abrumador —se azoró Áurea al notar la mano de Sao Hang tan cerca de su intimidad y a la vez sentirse tan complacida por ello. Un agradable cosquilleo invadía sus partes más íntimas, por no mencionar el goteo de sus entrañas hacia el exterior.

Sao Hang la estimuló reteniendo sus ahogos con su mano libre y ella llegó al cúlmene en cuestión de minutos. Rozó el cielo con las puntas de los dedos.

—Áurea, debo avisarte de una cosa... —habló en un tono gutural Sao Hang—. Si entro dentro de ti, se notará. Sé que para vosotras, las damas... Eso es muy importante, y si tienes intenciones de volver a tu casa, puede ser...

—Hazlo, hazlo de una vez —suplicó ella, sudorosa.

Sao Hang obedeció, lentamente.

—Te dolerá un poco, pero sé paciente. Sólo es así la primera vez...

Áurea sintió un pequeño calambre pero pronto se disipó con el cariño que él le ofrecía. Luego observó como Sao Hang salía de ella y llegaba al éxtasis sobre su barriga, ayudado de sus manos.

—¿Por qué has hecho eso al final? —preguntó cuando sus respiraciones se hubieron acompasado.

—Si no lo hubiera hecho, podría haberte dejado embarazada.

Áurea abrió los ojos como platos.

—Ahora lo comprendo todo.

—Me alegro —se giró él, dándole la espalda para dormir. Áurea hizo lo mismo, pero con la precaución de vestirse antes.

Pero por mucho que lo intentó, no durmió nada. Se sentía vacía, estúpida. Y seguro que si contara su historia a alguien también lo consideraría así. Pero, ¿qué haría otra persona en su lugar? Sólo podía pensar en Darren y en lo que le había arrebatado si algún día llegaban a estar juntos. Le había arrebatado el orgullo de ser el primero. Pero... Él la había traicionado antes. No podía olvidarlo dormido junto a esa mujer mientras ella corría entre cuerpos inconscientes para ir en su busca.

¿Y si hubiera sido Darren quién le hubiera hecho todo aquello? ¿Cómo hubiera sido? Sí, había sido muy placentero lo que Sao Hang le había ofrecido, pero debía reconocer que un solo beso de Darren le había transmitido mucho más. Ahora entendía lo que era el placer carnal y el amor verdadero. ¿Sería que Darren hizo lo mismo con esa haitiana? ¿Estaría buscando sólo el placer? Había esperanzas... Tampoco podía recriminarle nada a él, ni él podría hacerlo a ella. No les unía nada más que unos días llenos de vibraciones y emociones. Si le hubiera pedido matrimonio... Entonces sí debería sentirse culpable. Pero no era el caso... ¡Oh, Dios mío! ¿Sería pecado aquello que hizo? Los remordimientos se apoderaron de ella y así fue como no pudo dormir y el día siguiente tuvo que andar como un muerto viviente por toda la selva y con las miradas extrañas del resto de los transeúntes.

¡Qué complicada era la vida! ¡Qué pruebas imponía Dios! ¡Y qué fácil era sucumbir a los deseos más bajos! Sobre todo en los peores momentos...

—Camina —imperó Sao Hang detrás de ella al ver que no se movía, parada en una cuesta como si fuera a dormirse—. Levanta.

Ella lo obedeció, como siempre. Y siguió el ritmo, agarrándose a las ramas si era necesario para poder continuar. No esperaba ningún tipo de delicadeza por parte de aquel hombre que había sido tan íntimo la noche anterior. Las cosas estaban claras entre ellos dos y los sentimientos también. Tampoco lo odiaría si llegado el momento decidía matarla por no haber podido cumplir con las promesas.

Existen ese tipo de relaciones. Relaciones en que las mentes y los cuerpos se conocen, pero las almas son indiferentes la una a la otra.

Existen esos cariños nacidos de las peores situaciones, en los que cada uno de los integrantes del mismo, tiene muy claro que los sentimientos no influirán en el transcurso de los acontecimientos.

Ese era mi caso y el de Sao Hang, ambos sabíamos perfectamente qué nos depararía el futuro y hasta donde podían llegar nuestros sentimientos. Éramos dos monstruos unidos por una causa.

Sao Hang fue mi maestro, el hombre verdadero con el que siempre había soñado. Pero mi alma y mi corazón no apuntaban hacia su dirección.

Mi brújula sólo tenía una indicación: Darren Vane. Y no importaban mis errores ni mis pecados. Estaba resuelta a pedir perdón a Dios y a convencer a Vane. Aunque en esos momentos, no lo quisiera admitir. Movida por los celos, por las inquietudes propias de una joven enamorada.





CAPÍTULO 12

LA EXPEDICIÓN

—¿Estás seguro de que las indicaciones eran estas? —preguntó por tercera vez Renaud a Sao Hang, ondulando la voz hasta el punto de empaparla con desconfianza.

Se encontraban en las coordenadas exactas que Sao Hang había podido memorizar del diario de Vane. Sin embargo, no había rastro del tesoro.

Ni una triste moneda ni mucho menos un fugaz destello que no fuera de otra cosa que el piquete cavando. Habían perforado un amplio cuadrilátero (diez metros de longitud, seis de anchura y dos de profundidad). Si no se salían con la suya, al menos podrían usar el boquete para una fosa común. Porque en eso se convertiría aquella llanura cuando los hombres perdieran las esperanzas y descubrieran que lo habían perdido todo por un sueño de falsas promesas.

—Es la tercera vez que te contesto, Renaud —repuso Sao, crispando la crinera y mirándolo con seriedad—. Sí. Estoy seguro, convencido.

—No es que queramos dudar de ti, *amigo* —dijo Claude, en un claro intento de demostrar todo lo contrario a su ofrecimiento—. Pero llevamos todo el puñetero día cavando sin parar y sólo hemos encontrado tierra y lombrices —tiró la pala, ofuscado. Con las mejillas coloreadas y soltando todo tipo de improperios en francés.

Áurea observaba la escena desde una sombra, se había mantenido debajo de ella por largas horas. Primero, por la evidente repulsa al sol abrasador que estaba cayendo y segundo, porque estaba valorando las vías de escape. Los ánimos se estaban caldeando y ni rastro del dinero prometido.

No tardarían en culparla a ella, en acusarla de estafadora. Y si no hacían eso, simplemente la usarían de chivo expiatorio sobre el que descargar toda su frustración.

Dedicó miradas fugaces hacia la gran catarata que caía a escasos metros de su posición. Ciertamente y si no fuera por la penosas circunstancias en las que se hallaba, se hubiera deleitado con aquellas maravillosas vistas. El agua caía majestuosamente desde las colinas formando un bello lago que no detenía su curso en esos límites, sino que continuaba deslizándose hasta el mar.

La vegetación se arremolinaba entorno a tan bello alarde de vida y esplendor, formando una bahía idílica que invitaba a ser disfrutada a modo de bacanal. Pájaros saltarines de diversos colores embellecían tan hermosa estampa con sus danzas ensayadas y sus picos gráciles, ultimando el cuadro con pinceladas de peces inquietos y mariposas orgullosas.

¿Por qué no tirarse río abajo? Era una apuesta arriesgada, pero si lograba ser conducida por las corrientes hasta el mar, llegaría a las poblaciones que se estrechaban en la costa y podría solicitar ayuda a los oficiales franceses que ahí se encontraban. Sí, era una idea temeraria; pero más

factible que la de esperar a una manada de hombres rencorosos a punto de cernirse sobre ella. Sabía nadar, su hermano Rony le había enseñado en el lago de Carlisle. Así que tenía posibilidades de salir de esa situación si decidía enfrentarla.

Miró al tumulto de guerrilleros rodeando a Sao Hang, estaban demasiado ocupados discutiendo entre ellos como para darse cuenta de sus intenciones.

No lo dudó, no lo pensó una segunda vez. Era su oportunidad. Empezó una carrera sin aire, con todo el oxígeno contenido en el interior de su cuerpo para que propulsara sus piernas a la máxima velocidad posible. El corazón, celoso, se puso al mismo ritmo que el de las extremidades e inició un bombeo a modo de cántico nervioso. Áurea veía el agua, estaba a punto de tocarla, de sentir su pureza y su sensación reparadora. También escuchaba los gritos a sus espaldas y las piernas de los haitianos iniciando su persecución. No había tiempo para girarse y comprobarlo. Puso todo su empeño en huir, en escapar de ahí.

—¡Áurea! —diferenció la voz de Sao Hang entre la algarabía—. ¡Áurea, no! —sonó desesperado.

Cogió impulso para saltar al vacío, clavando el pie derecho sobre la tierra, pero cuando iba a despegar el vuelo, el suelo se vino abajo.

Caía al fondo de insondables precipicios con la velocidad creciente de los cuerpos abandonados en el espacio. Tan sólo las paredes rugosas le daban la fricción necesaria para que la caída no fuera totalmente libre, salvándola de una muerte segura.

Un interminable descenso, llenando el cuerpo de Áurea de emoción y de fatiga, llevó a la joven a topar, al fin, con un suelo arenoso.

Quedó clavada boca arriba. Con la espalda sobre la arenilla y los muslos desgarrados. Sus cervicales no estaban mucho mejor y se lo hacían saber a base de palpitations dolorosas. Se quedó por unos largos segundos en esa posición pasiva. Asimilando lo sucedido. Luego, se atrevió a abrir los ojos para mirar el agujero del que se había caído. Era un túnel que alguien había edificado y que, haciendo alarde de su buena fortuna, le había tocado a ella descender por él sin previo aviso.

Trató de incorporarse a pesar de la tortura que eso suponía para su magullada musculatura y agradeció enormemente haber sido entrenada por tantos días. Estaba convencida de que la antigua Áurea estaría formando parte del polvo si no hubiera comido y luchado para fortalecer su cuerpo.

Los arañazos cubrían su cuerpo por completo, tiñendo su bonito lienzo blanco de rayas escarlata.

—¡Áurea! ¡Áurea! —el eco de Sao Hang repicó contra las frágiles paredes del túnel, asustando a la improvisada exploradora y apartándola de la boca del túnel con un salto despavorido. ¡Sólo faltaba que le cayera una piedra a la cabeza!

—¡Estoy aquí! —respondió sin más remedio, puesto que iba a necesitar de su ayuda para salir del agujero—. ¡Ayúdame a subir! —pidió con el típico descaro de alguien que ya no puede perder nada más a parte de la osadía.

—¡Ni hablar! —contestó Sao—. ¡Bajaremos! ¡Has encontrado el camino al tesoro!

La voz del mercader estaba cargada de esperanzas y de agitación, pero Áurea sólo veía oscuridad y piedras a su alrededor. ¿Qué pretendían encontrar en ese pozo?

En cuestión de veinte minutos aquellos hombres de los que había intentado escapar, estaban junto a ella. Unas cuantas miradas de reproche, algún que otro insulto y amenazas como ingrediente principal.

No esperó encontrarse de nuevo con Sao Hang cuando tomó la decisión de saltar por el precipicio, y mucho menos tan pronto. Su expresión era difícil de descifrar, sus cálidos ojos se

entornaban con severidad pero la luz que se emanaba de ellos era templada.

—Entiéndeme —susurró ella, sosteniéndole la mirada—. Era cuestión de tiempo que pagarais vuestro desencanto conmigo. No quería causarte más problemas...

Como toda respuesta a esa confesión apenada, Sao Hang se llevó el dedo índice sobre los labios para indicarle que se callara. Ella estuvo a punto de ofenderse pero retuvo su lengua mordaz al percatarse de la excelente acústica de ese espacio reducido, se escuchaba todo aunque se hablara en voz baja y no deseaba que Renaud o Claude supieran más de lo necesario. Templó sus sentimientos y se armó de serenidad y valor para continuar con el plan principal: encontrar el oro, llegar a la civilización, pedir indultos para los forajidos y volver a casa.

—Se escucha la cascada —murmuró Sao Hang hacia nadie pero con la intención de hacer llegar su percepción a todos.

El murmullo del agua resbalando rocas a través se filtraba por las hendiduras que aquella pared porosa pudiera tener.

—Estamos detrás de ella —convino Renaud, colocando la mano sobre el muro del este, verificando la humedad del mismo.

—Eso significa que estamos a decenas de metros por debajo de las coordenadas que nos mencionaste, Sao Hang —agregó Renaud, iluminando con su antorcha a un pasillo estrecho que se adentraba en la pared oeste.

Áurea sospesaba que era una mala idea adentrarse en un lugar como ese. ¿Y si no soportaba el peso de los hombres? ¿Y si se perdían? ¿Y si había algún extraño animal?

Tampoco tenía otra opción. Respiró hondo la humedad cargada de polvo del ambiente y siguió los pasos del grupo.

—No debemos actuar como imprudentes —alertó Claude, señalando algunos peldaños quebradizos de la galería subterránea—. Será mejor que nos separemos un poco para no concentrar el peso en un solo punto.

Marcharon en fila, a través de estrechos senderos precedidos por Renaud, que seguía siendo el guía aunque no tuviera ni idea de a qué se enfrentaba. Aquellas cosas que se hacen por costumbre. El camino cada vez se hacía más difícil, los fragmentos de roca se desprendían pero había que seguir sin descanso. No podían permitirse el lujo de parar.

—¡Mirad! —exclamó en un grito ahogado uno de los hombres, señalando hacia un punto cualquiera del techo.

Los observadores siguieron su dedo. Se trataba de un escrito en letras antiguas, alguien lo había tallado sobre la roca años atrás.

—¿Qué pone?

—¿Qué idioma es?

Áurea se acercó al mensaje.

—Se trata de latín, dice: "*Forest fortuna adiuvat*", *Hernán Cortés*.

—¿Y qué significa eso? —preguntó Sao Hang.

—La fortuna sonríe a los valientes. Lo escribió Hernán...

—Entonces vamos bien —los orbes de Claude se iluminaron llenos de optimismo.

Sao Hang respiró tranquilo después de haber tenido que lidiar con la desconfianza de sus camaradas durante las horas anteriores. Ahí estaba la ratificación de sus palabras y su merecido reconocimiento.

La energía cargada de resolución se escampó entre los presentes que no tardaron en dedicar palabras de agradecimiento a su compañero asiático. Podían sentir el olor del oro, el perfume de la riqueza. Era cuestión de continuar.

Desafortunadamente, en cuanto dieron un paso más al frente, un fuerte crujido detuvo su trayectoria. El chasquido provenía de sus pies, de la superficie sobre la que estaban andando.

Áurea se fijó en que la tonalidad de la piedra había cambiado, ya no era el color grisáceo empolvado sobre el que habían estado andando anteriormente sino que se trataba de un color azulado con tonos blancos. Se arrodilló para tocar el material, era frágil. Se quebraba con cualquier mínima presión.

—Estamos sobre una placa de moscovita —susurró Áurea, temblando cual estalactita recién formada al viento.

—¿Moscovita? —preguntó horrorizado uno de los haitianos, que no tenía ni idea de qué era pero le estaba sonando muy mal.

—Sí, me lo contó mi tía Gigi. A mi tía Georgiana le encanta la ciencia, la medicina y esas cosas... Y aunque no soy muy buena memorizando datos, recuerdo perfectamente esta parte de la lección porque me parecía muy poética, un recurso digno de usar si algún día decidía escribir una historia. La moscovita es un silicato de formación muy delgada.

—¡Explícate! —se alteró Renaud, sintiendo como sus pies formaban pequeñas grietas por segundo.

—Que se va a romper, cualquier mínimo cambio de presión sobre esta placa será nuestro fin.

Los cuerpos se tensaron, se pusieron rígidos, temiendo que la respiración provocara el derrumbamiento de ese lugar.

Áurea limpió con sus manos la placa, hasta poder ver lo que había debajo de ella. Nada, oscuridad. Lo que significaba que si caían, caerían al vacío. No estaba dispuesta a otro salto por los aires. Se puso de pie lentamente y observó el miedo en las caras de aquellas personas. De aquellos humanos que un día le parecieron monstruos y que en esos momentos, le parecían tan indefensos.

Miró a Sao Hang, era el único que mantenía su postura habitual. Espalda recta, mano sobre la empuñadura y mirada juiciosa.

"La fortuna sonríe a los valientes", ahora comprendía la frase que Cortés había dejado a escasos metros de su succulenta guarida.

—Movámonos lentamente —sugirió Claude, dando pasos cautelosos con las piernas extremadamente abiertas para reducir el número de pasos que dar hasta la boca del siguiente pasadizo.

Áurea sabía que aquello no funcionaría, eran demasiados. Demasiado peso sobre algo demasiado endeble. Sólo había una opción. Se le encogió el corazón, no deseaba la muerte de ninguna de aquellas personas. Pero debía escoger, ser valiente.

Cogió la mano de Sao Hang de un salto inesperado, él no opuso resistencia. Como si hubiera estado pensando lo mismo que ella, ambos cogieron carrerilla en dirección a la salida. El estruendo detrás de sus cuerpos veloces era ensordecedor: la lámina se fracturaba por centímetros causando gritos de pavor y de muerte. Cada vez quedaba menos suelo sobre el que sostenerse, Sao Hang dio un último salto quedando salvado en tierra firme pero Áurea no le había seguido. Se habían soltado las manos a medio camino para poder correr con más facilidad y Áurea ya no estaba. De hecho, no quedaba nadie. Estaba completamente solo. Y el único testigo de ese suceso, era el hueco que había quedado.

—¡Sao Hang!

—¡Áurea!

El antiguo capitán se cernió sobre el precipicio para determinar de dónde provenía la voz ahogada de aquella mujer. Entonces la vio sostenida en un saliente de la roca. Se estaba

aguantando con toda la fuerza de sus manos mientras su cuerpo estaba tendido sobre el vacío.

—¡Ayúdame!

Sao Hang no lo dudó, extendió su barriga sobre el granito y tendió su enorme mano a Áurea.

—¡Cógete a mi mano!

—¡No puedo!

Estaba asustada, terriblemente asustada. Si dejaba de sostenerse en aquel saliente para coger la mano de Sao Hang, corría el riesgo de que su otra mano no soportara su peso y cayera antes de que pudiera llegar a ella.

—¡Cógete a mi mano! —repitió Sao Hang.

—¡Me caeré si lo intento!

—¡Confía en mí!

"La fortuna sonríe a los valientes".

Áurea cogió todo el impulso que su alma fue capaz de reunir y mientras sostenía su cuerpo con una sola mano por fracciones de segundo, se catapultó hacia la mano de Sao Hang. Era todo o nada. Si Sao Hang no cerraba el puño a tiempo, la fuerza de la gravedad la tiraría hacia abajo sin contemplaciones con el mismo impulso que había cogido para ir arriba. Rozó la piel de su única posibilidad de salvación, rozó sus dedos y luego su palma.

Sao apretó el puño con fuerza.

La cogió, la retuvo. Y luego tiró de ella hasta hacerla llegar a terreno horizontal. Quedaron exhaustos, mirando al techo.

—Gracias —suspiró Áurea en cuanto recuperó el aliento. Besándolo con eterno cariño y agradecimiento. Él se dejó hacer y la abrazó.

—Será mejor que continuemos.

—Sí.

Solos y sin más compañía que la del uno con la del otro, siguieron a través del conducto hasta dar con unos escalones. Descendieron sin apenas luz, se guiaban por el tacto con los riesgos que eso suponía. Pero no les quedaba otra opción. No podían volver por donde habían venido.

El tintineo del agua flotando libremente entre rocas llegó hasta ellos después de haber bajado más de cien peldaños.

—Hay agua —habló Áurea, sintiendo sus pies inundados.

—Por lo visto, hemos llegado al final de la escalera. Debemos nadar.

—¡Si no vemos! No sabemos lo que hay en estas aguas... Ni si quiera sabemos si hay salida... ¿Y cómo volveremos si no encontramos nada por lo que continuar? ¡Podemos perdernos en medio del agua! Nos cansaremos y nos ahogaremos —el pánico se había apoderado de Áurea y con razones.

—Colibrí —notó las manos de Sao Hang bajo su mentón aunque no podía verlas con exactitud—. Podemos volver a subir las escaleras y esperar a que la muerte nos visite por inanición o tirarnos por el precipicio para acelerar el encuentro. La otra opción es continuar, nadar recto con la esperanza de vivir. Dime, ¿qué decides? Decidas lo que decidas yo te seguiré.

—Si Barbanegra encontró el tesoro y salió de aquí para poder escribirlo, significa que tenemos más posibilidades de vivir si continuamos —expresó tras unos serios minutos de silencio y reflexión—. Nademos.

El agua se abría a cada brazada de sus invasores. Era fresca y parecía limpia por su olor a pura vida. Trataron de nadar en línea recta, lo hicieron por un largo tiempo hasta que a Áurea se le engarrotaron los dedos de las manos y una pierna.

—Apóyate a mí.

Se colgó del cuello de Sao Hang y flotó encima de él durante varios minutos hasta que escucharon el estallido de una catarata cercana.

—Me parece que nos toca otro magnífico descenso —adujo Áurea un poco harta de tanta profundidad. ¿Llegarían al centro de la tierra?

—Cógete bien.

Fueron arrastrados por la marabunta de agua que salía disparada hacia abajo dando de bruces con un manantial iluminado. Un rayo de luz se colaba desde novecientos metros, las mil facetas del cuarzo recubierto por mica lo reflejaban y lo esparcían como una lluvia de centelleos. Esa luminosidad era lo bastante intensa como para permitirles descubrir que habían llegado al tesoro de Cortés. La bolsa de cuarzo en la que se encontraban, era lo suficiente amplia como para resguardar miles de monedas de a ocho. Y no sólo era el oro, también había esmeraldas y rubíes.

Sao Hang nadó hasta la orilla, y quedaron en ella como dos masas inertes. No lo habrían conseguido si no fuera por la capacidad de aguante de Sao. Cualquiera hombre común se hubiera quedado a medio camino, ahogado. Pero era el conformismo paciente del asiático su mayor característica y por lo tanto, su mayor virtud.

—¿Quién podía imaginar que había todo esto aquí abajo?

Estaban más estupefactos que maravillados. Sus ojos podían pasearse a lo largo de aquel mar cerrado captando cada detalle del mismo. La luz era blanquecina, metálica, idílica. Era una especie de aurora boreal. Si giraban sus cuerpos, encontraban arena fina. Y encima de ella, riquezas por doquier.

—¿Cómo podremos cargar todo esto? Y lo más importante... ¿Cómo lo sacaremos de aquí?

Áurea se puso de pie, andando sin titubeos hasta el cofre central. Un cofre enorme, tan largo como una persona y estrecho. Se erguía sobre un pequeño altiplano hecho a medida. Y en torno a él, todo el oro y joyas que uno pudiera fantasear. ¿Por qué tanta importancia a ese arcón?

Clavó sus ojos añiles sobre aquel rincón, y andaba poseída por su magnetismo. No fue hasta que tocó el frío metal del cofre, que su mente se abrió y se dio cuenta de que no era un tesoro. Sino una tumba. ¡Un nicho cubierto de oro y plata! Repasó con las yemas el grabado que en él había, leyéndola con suma concentración: "*Mea máxima fortitudo, H.C*".

—Sao, aquí hay alguien enterrado.

Sao Hang se acercó, tan hipnotizado como Áurea por el ataúd.

—¿Qué pone ahí? —señaló la inscripción.

—Mi mayor tesoro, H. C; lo que supongo que será Henán Cortés. ¿Por quién se tomó tantas molestias? ¿Por qué haría todo esto para enterrar a alguien?

—Por una mujer. Mira, aquí hay más letras.

Áurea se fijó en el escrito que bordaba la sepultura en un elegante cromo tallado, decorado con diamantes.

"Dilectus iacet corpus, natus est amor curae. Diligitus plena values. Hic iacet Malinalli Tenépatl".

—No sé tanto latín como para traducir todo eso. No suelen enseñarnos esta lengua muerta, sé lo básico gracias a mi tía Gigi. Me enseñó algunas cosas. Más o menos... Dice que aquí descansa el cuerpo de mi amada. Un amor nacido del cuidado. Un amor lleno de valores... Aquí descansa Malinalli Tenépatl. Según lo que recuerdo de su historia, él estaba casado con Catalina Suárez... Era estéril y no le dio ningún hijo...

—Pero La Malinche sí que lo dio.

—¿La Malinche?

—Conozco su leyenda, es una de las historias que se cuentan en alta mar cuando los marineros

se aburren. Hernán Cortés llegó a México, concretamente a la población de Tabasco. Ahí luchó y ganó. En la rendición de la ciudad, se le entregaron veinte mujeres entre otras reliquias. Entre ellas, estaba Malinalli. Malinalli sirvió de intérprete a Cortés, se alió con él. Algunos la llamaron traidora, aunque muchos otros sólo vieron el resultado de dos razas unidas por la fuerza. De su unión nació uno de los primeros mestizos, Martín Cortés. En el mismo año que nació él, la esposa legítima de Hernán, Catalina, murió en extrañas circunstancias. Pero según tengo entendido, cuando Hernán volvió a España, casó a la Malinche con un capitán. Para protegerla. Y él no se casó con ella...

—¿Sería que amaba a su legítima esposa? ¿Sería que Catalina se suicidó al saber su engaño?

—Son suposiciones...

—¿Sería muy osado abrir el cofre?

—Estás hablando de profanar una tumba.

—¡Es historia! ¡Una leyenda! ¿Te irías de aquí sin verificar que su cuerpo se encuentra dentro? Tampoco pretendo robar los huesos, luego la cerraremos sin que nada hubiera sucedido.

Empujaron la pesada tapa entre los dos, pero lejos de encontrar un esqueleto, se encontraron con más escaleras.

—Puede ser la salida...





CAPÍTULO 13

LA VELETA

Sao Hang llenó el zurrón de monedas por si no podían volver, Áurea lo imitó cargando su saco de rubíes, esmeraldas y algún que otro maravedita. ¿Quién podría resistirse? Ni si quiera el más rico lo haría. El dinero ha sido y será siempre algo adictivo, succulento y demasiado estimulante como para renunciar a él.

—Algunos hombres se quedaron fuera, esperando a nuestro regreso. Deben ser unos tres o cuatro en total. Pero serán suficientes para cargar todo esto hacia el exterior, en varios viajes... Siempre y cuando encontremos la salida, por supuesto.

—Creo que debe estar por aquí —respondió Áurea, iniciando el descenso cauteloso de la escalinata hallada en el interior del arcón.

—Ten cuidado —alertó Sao, siguiéndole los pasos muy de cerca.

Bajaron peldaño a peldaño con extrema precaución, no había cabida para errores en un lugar como ese. Y mucho menos después de lo vivido.

Llegaron al suelo sin dificultad pero no se atrevieron a pisarlo sin antes comprobar su solidez y resistencia. Una vez verificado el aguante de la superficie sobre la que iban a depositar sus cuerpos, se adentraron en aquella bóveda parcialmente iluminada por algunos rayos tenues y huidizos. Áurea sospesó que aquella escasa pero muy gratificante iluminación se debía a alguna grieta. Una grieta por la que escalar y salir de ahí, lejos de la humedad de la antesala.

—Se trata de una especie de cripta... —convino la *gorrioncilla*, dirigiendo la mirada al centro del salón. Otro sepulcro se erigía horizontalmente encima de un pedestal, decorado con esculturas y todo tipo de gravados suntuosos, por no mencionar las bonitas baldosas que se esparcían durante tres metros de distancia del foco principal.

—Ahí, y esta vez sí, debe estar enterrada Malinalli —adujo Sao Hang.

—Fíjate en el tallo de las rocas que hay detrás, configura una escena...

En efecto, la roca posterior al ataúd, era una bella estampa esculpida a mano. A la derecha, hombres con armaduras. A la izquierda, hombres con ropajes indígenas. Y en medio, una mujer. Debía ser ella. Era representada con los ropajes típicos de México, una larga túnica y un peculiar sombrero puntiagudo. Su faz era bella. Líneas rectas, mentón delgado y nariz estrecha. El pelo, largo y liso hasta las caderas.

Áurea sintió una curiosidad desorbitante por acercarse a ella, a su cuerpo inerte. La Malinche había sido una mujer tan fuerte como para que se siguiera hablando de ella trescientos años después. Sí, quizás muchos la consideraran una traidora; pero Áurea sólo veía a una mujer que se adaptó a las circunstancias, a una mujer enamorada...

Anduvo hasta ella, hasta sus restos. Y dejó correr los dedos por encima del arcón metálico con el extraño deleite de quien descubre algo inesperado. ¿Quién le hubiera dicho a ella, una aburrida dama inglesa, que encontraría el cuerpo de esa valerosa mexicana? Por simple casualidad, en busca de un tesoro que le salvara la vida. Y resultó que el mayor tesoro que escondía ese cobijo, no estaba hecho ni oro ni de plata.

Tiró de la puerta, no tenía intenciones de tocar nada de lo que encontrara ahí dentro. Pero quería verla, necesitaba hacerlo. El esqueleto se mostró frente a ella. Áurea se impactó, jamás había topado con la muerte tan directamente. Huesos y polvo. Era todo lo que quedaba de aquella persona. Tras el estupor inicial, pudo observarla con menos impresión y más conciencia.

Portaba ropa, un vestido que debió ser blanco aunque ostentaba un color crema por el paso de los años. Decorado con cenefas rojas y largo hasta los tobillos. Sus pies estaban desnudos pero su cuello y su frente sostenían alhajas de incalculable valor. Un precioso collar de perlas doble y una diadema de oro con fleco plateados. Pasó la mirada de arriba abajo, un par de veces. Incluso tres veces. Entonces vio algo que llamó su atención.

—Sostiene un libro entre las manos —se extrañó al reconocer un pequeño bloque de notas entre las falanges—. Es un diario, mira: "*diarium*" —leyó, fascinada—. Debe contener su verdadera biografía, los auténticos motivos por actuar como lo hizo, los detalles de su relación con Cortés...

—¿Vas a cogerlo? —preguntó Sao, que se había mantenido alejado estudiando la zona.

Áurea enfocó aquel pedacito de historia por largos minutos, con el gesto serio, pensativo. Incluso llegó a extender la mano para tocarlo, y lo tocó. Pero no lo movió, ni si quiera lo cogió.

—No, no seré yo quien coja este diario —apartó su cuerpo de La Malinche—. Algún día alguien lo encontrará, y esparcirá sus memorias por el mundo. Pero no seré yo... Ni hablar. Lo que sucediera entre Hernán y ella, sólo los concierne a ellos dos —miró a Sao con intensidad—. Ayúdame a volver a cerrar el ataúd.

Devolvieron todo cuanto habían encontrado a su estado original. Pero al abandonar el altar, una de las baldosas que decoraban el suelo elegantemente, se vino abajo como si de un pistón se tratara. Debido a la presión de los pies de Áurea en aquel punto. La resiliencia de la misma, empujó la baldosa hacia arriba de nuevo. Un botón.

La bóveda crujió espantosamente y el polvo empezó a caer por raudales desde cualquier vértice.

Los dos pobres desgraciados que habían osado tocar la tumba de Malinalli, vieron como el techo empezaba a moverse hacia abajo, con la intención de reducir el espacio a la nada.

—¡Va a aplastarnos!

—La curiosidad mató al gato, querida mía —rio entre dientes Sao Hang, cogiéndola por la mano y empujándola hacia el este.

Áurea no entendió qué pretendía Sao Hang, lo más lógico hubiera sido volver por las escaleras en dirección al pequeño manantial del que habían descendido. Pero en lugar de eso, corrían hacia una pared sin sentido. No lo vio, hasta que no lo tuvo delante. Era una grieta lo suficiente espaciosa como para cruzarla a rastras. Se tiró boca al suelo y con la ayuda de los antebrazos se impulsó hacia delante, repitió aquel movimiento con Sao detrás de ella, durante varios metros hasta llegar a un túnel en el que pudieron ponerse de pie.

La piel de sus brazos estaba ensangrentada por la ruda fricción a la que había estado expuesta por tanto tiempo, había usado la fuerza de sus extremidades superiores para llegar hasta allí y la camisa se había desgarrado con el primer estirón.

—Deja que te ayude —dijo Sao, incorporándose después de ella. Rasgó su camisa, mostrando su torso trabajado, y cubrió las heridas más escandalosas con ella. A modo de vendaje.

—Sao... —runroneó ella en respuesta, agradecida por el tierno gesto.

En cuanto Áurea tuvo los brazos bien cubiertos, siguieron. No podían detenerse, cada minuto contaba. Cada minuto que pasaban sin agua y sin comida, alejados de todo tipo de vida, era decisivo.

Durante una hora, anduvieron por ese pasadizo que parecía no tener fin. Un paso tras otro, sin detenerse. Áurea perdió el control sobre sus piernas después de dos horas. Los tobillos empezaron a funcionar por sí solos, y era como una máquina andante con el gesto cabizbajo y la mirada puesta en los adoquines.

—Ahora nos toca subir todo lo que hemos bajado.

—¿Qué?

Áurea levantó la cabeza y miró aquello que había provocado las palabras de Sao Hang. Una escalinata empinada, que parecía no tener fin. ¿Cuántos escalones tendría aquello? Cuando estaba en el manantial, calculó que se encontraban a unos novecientos metros de profundidad. Si cada peldaño tenía una altura de veinte centímetros, estaban frente a unos cuatro mil pasos altos.

—Nos faltarán las fuerzas —adujo ella, espantada.

—¿Pero también nos faltará el valor? —sonrió él.

La improvisada exploradora dedicó una mirada de soslayo a Sao. Era un hombre increíble, parecía no desfallecer nunca. Su temple y su aguante eran dignos de admirar. Él era el hombre con el que siempre había soñado, un hombre de verdad. Hermoso, sensual, paciente, educado, sabio, fuerte, tierno, protector... Pero cuando pretendía abrirle su corazón por completo, el recuerdo de Vane la invadía ferozmente.

Iniciaron el ascenso. Áurea ponía un pie detrás de otro, peldaño tras peldaño. Minuto tras minuto, hora tras hora. Hasta que cayó desplomada. No lo podía soportar más, estaba oscureciendo. Las grietas ya no iluminaban. Y su cuerpo estaba exhausto. Sus piernas estaban dormidas, no sentía los dedos de los pies y sus caderas pedían clemencia. Ni si quiera podía seguir manteniendo los ojos abiertos, necesitaba desmayarse o morirse. Cualquiera de las dos opciones le parecía razonable.

Entonces una fuerza abrupta la levantó del suelo, no podía ver qué era. Pero sabía perfectamente que se trataba de Sao. Su aroma a eucalipto era inconfundible e imperecedera, no importaba que hubiera andado durante un día entero. La fragancia permanecía impregnada a su cuerpo.

Sao Hang cargó a Áurea sobre sus espaldas y no se detuvo. En medio de la oscuridad, continuó ascendiendo. Ya conocía la altura de los peldaños, por lo que era sistemático en sus movimientos.

—¿Por qué lo haces? —preguntó Áurea tras unos minutos, con un hilo de voz, con los ojos todavía cerrados y apoyando su mejilla sobre la espalda que la cargaba—. ¿Por qué no me dejas aquí? Ya tienes el oro... ¿Tanto te importa el indulto real?

—He vivido quince años fuera de la ley desde que perdí mi barco, podría vivir quince más —el barítono repuso.

—¿Entonces? Sao... Sálvate tú. Déjame, tan sólo dificulto tu salida...

—Calla Áurea, calla.

Áurea obedeció, entrando en un profundo sueño.

Despertó por el ruido del agua resbalando entre los peñascos. Su mente fue la primera en despertar. Después, paulatina y angustiosamente, levantó los párpados con serias dificultades. Lo primero que vio fueron sus blancas pestañas; y lo segundo, el destello lunar sobre el arroyo.

Sao Hang la dejó sobre una piedra erosionada por el paso del agua, completamente lisa y seca. Y él, se dejó caer a su lado.

Estaban dentro de la catarata. Aquella de la que, Áurea, había pretendido saltar por la mañana. Detrás de ella, para ser exactos. Era una cueva con un pequeño arroyo rodeado por diminutas plantas y piedras degradadas. En la boca de la gruta, el agua caía en forma de cortina dejando pasar los tenues rayos de la luna.

Áurea se incorporó hasta quedar sentada. Pasó los ojos por aquel hermoso lugar.

—Lo hemos conseguido, lo has conseguido...

Al no obtener respuesta giró hacia Sao de golpe.

—¡Sao Hang! —se desesperó al verle con los ojos cerrados, inmóvil.

Tocó su cara con la palma de la mano extendida, acarició con el pulgar las comisuras de sus labios y descendió hasta su cuello constatando que tenía pulso.

Su pelo liso y oscuro estaba alborotado, invadiendo parcialmente sus mejillas y su frente. Áurea se lo apartó e incluso se lo peinó delicadamente, colocando mechón por mechón detrás de sus orejas.

Deshizo los vendajes que Sao Hang le había hecho en los brazos y acercándose en el arroyo para beber, los limpió. Obtuvo unos paños limpios, los estrujó bien y los pasó por el cuerpo empolvado, arañado y ensangrentado del hombre perfecto. Limpió su faz, con deliberada dilación. Refrescándolo. Libró su cuello de cualquier impureza que pudiera tener, y luego pasó por cada centímetro de su torso desnudo. Lentamente, afectuosamente. Era hermoso, bien proporcionado y definido. Sus hombros eran anchos, sus clavículas robustas y sus pectorales fornidos. Le quitó las botas y le limpió los pies, masajeándolos para aliviar su tensión.

—Descansa, Sao.

El ceño fruncido de Darren Vane junto a sus labios apretados, eran la bandera bajo la que más de cincuenta hombres cruzaban la selva. Habían decidido avanzar un poco más y llegar hasta las coordenadas exactas en las que debía estar el tesoro. Eran muchos y ellos, eran muy pocos. Así que, básicamente, podían hacer lo que les diera en gana. Y no era necesario esperarlos a medio camino para emboscarlos, irían a por ellos.

No habrían llegado a esos extremos si la venta de Áurea se hubiera realizado comúnmente. No hubieran llegado a ese punto, si los haitianos no hubieran salido a buscar lo que les pertenecía a ellos: el tesoro de Cortés.

—Recuerda que nuestro objetivo principal es la chica —arrastró sus cuerdas vocales, Richard Withian, dirigiéndose a su hijo—. Si ella escapa y me delata, caeremos todos. La monarquía inglesa descubrirá la tapadera, sabrá que no he terminado con los piratas... Y después de sentenciarme a muerte, irán a por vosotros. Ten por seguro que no duraréis mucho cuando decidan hacerlo. Todo está a nuestro favor, tenemos hombres, armas y munición. Llegaremos pronto. La verás pronto... —Darren no lo miró, llevaba sus ojos grises clavados al frente mientras dirigía a su montura por el terreno resbaladizo—. Mi tercera amante era hermosa, lista, dulce... Pero era creyente en Dios cuando yo era un maldito demonio, un anticristo. Por lo general era una mujer cabal, pero tenía algunos ejes de locura. Cada noche debíamos pedirle a Dios que nos perdonase, si no lo hacíamos, no podíamos dormir. Estaba prohibido irse a dormir sin rezar... Hace cinco años que no sé nada de ella, ni si quiera sé si todavía vive.

—¿De qué mierda me estás hablando? —espetó Darren, con el mal humor que lo iba caracterizando desde que salieron de la aldea.

—Hasta el día de hoy, sigo rezando por las noches. Un maldito bastardo, padre de otros

bastardos. Un corrupto, ladrón y asesino. Pero, ¡Dios! No puedo dormir sin pedir perdón. La mujer tiene ese poder, Darren. Te deja huellas, te influye y te deforma a su gusto.

—No tenía ni idea de que fueras un poeta —se burló Vane—. Ni mucho menos un devoto ¿Has venido ahora a confesar tus pecados, tus miedos, tus debilidades? Sé perfectamente lo que debo hacer, y lo haré. Y no voy a pedir perdón a Dios por ello.

—Sólo quiero confirmar que tendrás lo que hay que tener para mantenerte firme en nuestros propósitos.

La mirada de Vane estaba cargada de sinsabor, amargura y bilis. Le había hecho daño. Áurea lo había traicionado.

—Señor, ¿puedo hablar un momento con usted? —solicitó Will Penton.

Darren se apartó de su padre y se colocó al lado de su contramaestre.

—Capitán. Debo admitir, muy a mi pesar, que quizás haya contribuido a su perdición.

—Otro con enigmas... Habla claro.

—Me siento culpable por haberle recriminado su decisión de quedarse junto a esa mujer. No debí enfadarme con usted al saber que quería dejar la tripulación...

—Tenías razón, no debes torturarte.

—Capitán, yo lo crié desde pequeño. Su madre, Itzel, me lo confió cuando no era más que un muchacho. Lo he llevado conmigo desde entonces, aprendió a mi lado cualquier asunto relacionado con el mar. Aunque su padre contribuyó en algunas ocasiones y viajes... Se crio usted entre putas y marineros de baja ralea. Lo vi sufrir cada vez que su padre partía para no verlo durante meses, quizás años. Lo vi sufrir cada vez que su madre tenía que atender a un cliente poco educado. Se hizo amigo de las prostitutas del muelle, las únicas que le dedicaban un poco de afecto. Comía las sobras del burdel, y a veces se llenaba el estómago con algún que otro pez que yo pescaba para usted. Rápidamente aprendió a ser hábil en la calle, a robar y a llegar acuerdos beneficiosos. Aprendió a llevar el timón, y tras mucho esfuerzo, consiguió su propio navío: La Golondrina. Se ha pasado la vida de un lado para otro, de unos brazos a otros. Lo he visto saquear, matar y emborracharse entre las tancas. Ha estado siempre vacío, Darren Vane.

—¿A dónde quieres llegar?

—Quiero llegar al punto de que si existe una mínima posibilidad de que pueda ser feliz, de que pueda encontrar esa estabilidad tan necesaria para cualquier ser humano, hágalo. Olvídense de estúpidas traiciones provocadas por el miedo y la confusión. Olvídense del cabrón de su padre. Deje el orgullo...

—Fuiste tú mismo el que me dijo que Áurea nunca se fijaría en un hombre como yo.

—Me equivoqué. Y viendo los arrestos que tiene esa mujer, sólo confirmo mi error. Hay una luchadora, una mujer humilde... Debajo de esa postura de dama remilgada. Es inteligente, arriesgada y valerosa...

—Es una sucia traidora. Cambia de sentido como una...

—Veleta. ¿Se acuerda? Tenía ocho años, pero no tenía apellido. Los niños se burlaban de usted, lo llamaban bastardo entre otros peyorativos correlativos. Lo encontré llorando en una esquina llena de meado de perro y vómito de borracho.

¿Por qué lloras Darren? El tío Will ha llegado cargado de peces esta vez. Seguro que podré cocinar uno entero para ti. Anímate.

No quiero animarme. Quiero morirme...

¿Cómo puede decir eso un niño de ocho años? Estás lleno de vida.

No tengo apellido, soy un maldito bastardo. Un engendro sin padre... Mi padre no me reconoce. No me quiere... Ni si quiera estoy convencido de que Richard sea mi padre. Mi madre

se pasa el día con hombres...

Eres hijo de Richard, créeme. Jamás vuelvas a dudar de la palabra de tu madre. Si no tienes un apellido, puedes crear el tuyo propio.

Will Penton cogió al pequeño en brazos y lo cargó muelle arriba hasta llegar a unas casas hermosas. Se sentaron delante de ellas, sobre unas rocas.

¿Qué es eso que hay ahí arriba?

Una veleta. Sirve para indicar la dirección del viento. Las mejores casas tienen una arriba del techo.

Es libre, gira libremente.

Exacto.

Entonces ya sé mi apellido: Darren Vane.

No habría escogido uno mejor para ti. Sé libre pequeño Vane, libre para decidir sobre tu propia vida. Alza el vuelo como un gorrión, como una golondrina... Y ve a la dirección que te marque el viento.





CAPÍTULO 14

CONFESIONES DE UN AMANTE TRAICIONADO

El catalejo le mostró la imagen que quería ver: Áurea. Sin necesidad de luz ni de más iluminación que la propia mujer que ocupaba el centro de la esfera.

Estaba cambiada. Sus ropajes eran distintos: portaba una falda marrón atada con un cinturón ancho, un chaleco ajustado y una camisa bordada con hilo blanco. Su peinado era menos elaborado: los tirabuzones caían por todos lados, cubriendo sus pechos y su espalda de bellos mechones blancos. Desordenados, con el flequillo humedecido. Y su intacta piel estaba manchada: tenía arañazos por doquier, incluso en la cara y los brazos.

Su mirada era seria, contundente y no parecía tener miedo a nada. Muy distinta de como la recordaba, pero al fin: ella. Ella en otra forma y actitud, pero ella. Áurea.

Habían llegado a las coordenadas mencionadas en el diario de Barbanegra al amanecer, los piratas estaban ocultos entre los árboles, estudiando el terreno y poniéndose en situación.

Podían ver a cuatro haitianos armados al lado de una fosa. Al parecer ya habían cavado para sustraer el tesoro. ¿Pero dónde estaban las monedas? ¿Dónde estaban los demás hombres?

También comprendieron que no quedaba rastro de Claude ni de Renaud. Sólo estaba el asqueroso carroñero de Sao Hang. Se mantenía al lado de Áurea, descamisado y apoyado en un palo para poder andar. Estaba débil y disponía de una sola arma en la bandolera. Un revólver de corta distancia.

Parecían estar discutiendo algo, acalorados. Agudizaron el sentido del oído para escuchar mejor.

—¿Dónde están los demás? —interrogó uno de los guerrilleros—. Ahí iban mis hermanos, mis hermanos de sangre —se refería a dos haitianos que habían descendido con el resto del grupo.

—Lo siento mucho, Piento, pero tus hermanos han muerto. Nos hemos encontrado con muchas dificultades ahí abajo. ¿Acaso yo mismo no soy una prueba? —señaló su cuerpo magullado y cansado.

—¡Seguro que los habéis matado vosotros! —se aceleró otro, apuntándoles con el arma.

—Baja el arma Rounta. Sabes perfectamente que estás diciendo una idiotez.

—Aquí hemos venido a por oro. No hemos venido para lamentarnos —intervino Áurea, con la voz ronca y abriendo los ojos con estudiada lentitud—. Hemos encontrado lo que íbamos buscando. Seremos ricos y tendréis los indultos que os prometí. Tenemos dos opciones: la primera es que nos matáis y nos llevamos a la tumba la localización de las alhajas para que podáis llorar y vengar a vuestros queridos hermanos, quienes ya están formando parte del abismo; la segunda, es que nos calmamos, asimilamos lo sucedido y vamos a por lo que falta. Saliendo victoriosos y construyendo una tumba de plata en honor a los fallecidos por la causa.

Los guerrilleros soltaron el aire por la nariz, enfundaron los rifles y decidieron escuchar.

—Bien... —continuó la reina de los forajidos—. Ahora, debemos construir una pasarela. Atando una rama al lado de la otra con cuerdas. No sé cuántos metros debe tener el hueco exactamente. Quizás sería mejor que bajáramos y los calculáramos más o menos.

—No será necesario. Yo calculo que son unos cinco metros —habló Sao Hang, sorprendido ante la renovada habilidad de Áurea para desarrollarse en asuntos escabrosos. Se estaba convirtiendo en la mujer que debía ser, dejando atrás a la niña.

Se pusieron manos a la obra, talando arbustos y atándolos con presteza y brío. Sin saber, por supuesto, que tenían a cincuenta saqueadores observándoles. El único que podría haberlo adivinado era Sao, pero estaba tan adolorido que tan sólo podía pensar en terminar con todo aquello.

—Así que han muerto... —Vane miró de reojo a Richard Withian al escuchar aquello.

Raras veces el capitán Vane miraba directamente a los ojos, sólo lo hacía cuando algo realmente le importaba. En general, sus miradas eran esquivas, frías, macarras...

—Dejaremos que trabajen, que bajen donde tengan que bajar y nos guíen hasta las joyas. Los seguiremos de cerca y atacaremos en el momento oportuno.

Vane asintió y se sentó de espaldas a la posición en la que se encontraba Áurea, apoyado en el tronco de un árbol y cerrando el catalejo de un movimiento brusco y firme.

¡De qué manera había hablado Áurea! ¡Con qué valor y decisión! Esa mujer se había adaptado perfectamente a la situación que le había tocado vivir... No parecía una mujer secuestrada ni mucho menos vendida a un traficante, era una mujer empoderada. Una luchadora que llevaba las riendas de su penosa situación. Una dama aislada de sus comodidades que no le importaba ir con el pelo deshecho y la cara ensangrentada. Una persona digna de admirar. Porque otra en su lugar, hubiera esperado a su destino de forma pasiva.

El plan era el siguiente: cruzar el hueco que la moscovita había dejado con la ayuda de la pasarela inventada a base de ramajes, llegar al oro, cargarlo en sacos y escalar la roca de la catarata para poder volver por el mismo camino. No podían salir por la cripta puesto que ésta había quedado tapiada gracias a la autodestrucción de la baldosa.

No había nadie del grupo que no supiera escalar, excepto Áurea. Pero aprendió rápido a hacerlo. Sao Hang le enseñó las bases de la escalada y ella, con su ferocidad innata, ya cargaba pequeños sacos de monedas peñasco arriba. Se sentía fuerte, determinada e invencible. Y le era inevitable recordar las viejas historias de sus tías. Aunque, según le habían contado, tía Audrey pondría el grito en el cielo si la viera actuando de ese modo. Pero de raíz, los preceptos eran los mismos por los que ella luchó en su día: vencer. Vencer, sobrevivir en un mundo de hombres hecho para hombres. ¡Pobre muchacha secuestrada! ¡Ni hablar! Era el momento de demostrar que incluso una mujer arrancada de su hogar, podía ser más fuerte que su enemigo.

La historia de las Cavendish era conocida y contada de generación en generación: cinco hermanas que lucharon por sus ideales, cinco mujeres llenas de valentía y únicas. Personas que decidieron revelarse, cada una a su manera, contra el sistema patriarcal. Audrey, la mayor de ellas, había conseguido heredar un título nobiliario; Bethy, su madre, había luchado por su amor en contra de las críticas; Karen, su mayor influencia, era una de las mellizas y la que más guerra dio en su momento. Karen era una rebelde innata, fuerte por dentro y por fuera, que escapó a Francia y abrió su propia escuela de medicina. Gigi, la otra melliza, se convirtió en doctora a pesar de las reticencias de sus compatriotas. Y Elisa, la pequeña Cavendish, era el pilar que sostenía a toda la familia tras la muerte de la mayor. Ahora ellas eran las mayores, las matriarcas. Y sus descendientes, aunque portaban los apellidos de sus maridos, trabajaban para seguir manteniendo el listón alto.

Los tenues rayos de luz que pasaban por las grietas del manantial, iluminaban el ascenso de Áurea, la hija del sol tal y como algunos la llamaban. Mientras que su larga cabellera quedaba suspendida en mitad de la nada. Era hermosa aquella sensación, pero la vista lo era todavía más. Áurea significaba oro. Y así parecía, un oro reluciente, que competía con el sol para brillar, haciéndole pequeño y ganando ella.

Sao la miraba desde abajo, ¡qué criatura más fascinante! Desde dentro hacia fuera, Áurea era excepcional. Era la luz en su estado puro, sin matices ni vetas de colores. Un relámpago blanco y vibrante. Perfecto y puro. Una luminosidad encerrada en una botella de vidrio transparente.

Sí, Áurea podía cometer errores debido a su temprana edad, pero iba al paso de convertirse en toda una señora, y si estirábamos el término, en una señora de los forajidos. Si continuaba por ese camino, tendría a toda la isla de Tortuga comiendo de su mano. Aunque claro, eso no sucedería. Porque en cuanto tuviera la oportunidad, Áurea volvería a Inglaterra, con los suyos.

Iba sola, había terminado de escalar el peñón y ya estaba nadando con la ayuda de las antorchas que habían sido colgadas de las paredes. No veía perfectamente porque era un lugar muy oscuro y dos o tres fuegos no era suficientes para alumbrarlo todo. Los hombres estaban cargando alhajas o subiendo el túnel hacia el exterior. No iban en grupos porque habrían tardado demasiado. Sino que cada uno trabajaba como una hormiga independiente. Reuniendo el capital en un solo punto y bajando y subiendo en repetidas ocasiones.

Nadó por un buen rato pero ya estaba acostumbrada a ese trayecto por lo que no le era costoso llegar al otro extremo, donde las escaleras la conducían de nuevo a la sala de la moscovita, tal y como había sido nombrada por unanimidad.

Sentía una extraña paz haciendo aquello, era como si estuviera más cerca de su hogar. A cada brazada que daba en medio de aquel lago, más soñaba con ver a su madre pronto. Tocó la piedra del primer escalón y salió del agua, completamente empapada, pero no hacía frío. Isla de Tortuga parecía estar en verano siempre. Se apretó un poco los tirabuzones para que el exceso de agua cayera e hizo lo mismo con la falda. Recolocó su saco y dio un paso al frente, pero algo la detuvo.

Un fuerte olor a cuero. Una tensión conocida. Un desequilibrio emocional en respuesta a esas sensaciones.

Levantó la cabeza, estaba oscuro. Completamente oscuro a decir verdad. No habían colocado antorchas en ese lugar.

Una pequeña llamarada que duró lo que dura un suspiro, apareció dos escalones arriba, seguida de un foco de luz permanente. Esa era la iluminación de una pureta encendiéndose. Y después de la primera calada, Darren Vane descendió hasta su posición.

—¿Me has echado de menos? —preguntó a escasos milímetros de su faz, haciéndola vibrar. Sólo veía la silueta de su mentón y sus labios. Gracias a la fluorescencia del puro que llevaba colgando en el lado derecho de su boca.

Era más alto de lo que recordaba. Imponía mucho más. Si forzaba las pupilas, incluso podía vislumbrar el destello de sus ojos grisáceos. Aquellos ojos tintados de azul con vetas grises que se intensificaban en los peores momentos. Como el mar, que adquiere una tonalidad gris cuando se enfurece bajo la tormenta.

El perfume encuerado se filtró despiadadamente a través de sus poros, atrapándola en su infinita locura. Digno de manicomio era aquello, digna de ser encerrada en un sanatorio. Darren Vane hacía lo que quería sobre su estabilidad mental. Insustituible. De pronto sintió el remordimiento del engaño con Sao. ¡Él era y sería su único amor! No lo conocía, no sabía nada él. Sabía mucho más de Sao Hang, había aprendido mucho más de él. Pero no importaba, la marea de sentimientos y el corazón a punto de salirle por la boca eran testimonios de a quien amaba verdaderamente. Sin importar quien fuera el capitán Vane ni qué hubiera hecho. Se perdió en su belleza, en su rostro hercúleo esculpido por Dios.

¡Quería besarlo! Tirarse a sus brazos y vivir de nuevo. No sabía lo muerta que había estado hasta ese momento. El estómago pedía clemencia, revolucionado a mil por hora. Y sus piernas amenazaban con flaquear si no se agarraba a algo. Perdió el equilibrio, pero fue sostenida por el principal enemigo de su sentido común. Vane la retuvo entre sus brazos, quitándose el puro de la boca.

—He venido para matarte.

La besó despiadadamente, se adentró en sus labios sin ninguna compasión. Como si quisiera hacerle daño. Se la estaba comiendo, como un tiburón hambriento lo haría. La necesitaba, estaba

necesitado de ella. Y no importaba dónde estaban ni qué habían hecho antes de encontrarse. Sólo importaban sus almas, su sed insaciable y su pasión sin límites. Áurea era fuego, fuego quemando una vela hasta consumirla. El oxígeno se hacía insoportable en medio de ellos dos, respirar había quedado en un segundo plano. La presión que ejercía Vane sobre su lengua era dolorosa, pero el placer era superior. Fue apretada sin miramientos contra su torso, deliberadamente asfixiada. Los fuertes brazos de su carcelero limitaban cualquier movimiento que pudiera hacer, pero ni si quiera quería moverse. Si le hubieran dado a elegir un momento para morir, ése hubiera sido el perfecto. Morir en brazos de Vane sería una forma muy placentera de hacerlo.

—Yo debería matarte a ti... —respondió ahogada, en cuanto Vane soltó sus labios amoratados por la presión. Los había soltado por instinto de supervivencia, por el instinto básico de respirar cuando los pulmones se quedan vacíos. Había vaciado cada respiración dentro de ella, llenándola de su energía y de su veneno mortificador.

Sus respiraciones estimuladas hasta límites insondables, eran la sonata principal de ese túnel. Áurea buscó su boca, y lo besó de nuevo. Se perdieron el uno en el otro, tocando sus almas y dándoles su merecida paz. Ella sintió como el alma abandonaba su cuerpo y se introducía en el de él para saludar la suya.

—Me traicionaste —espetó él, cargado de bilis; empujándola hasta hacerla caer en el lago; donde la luz de las miserables antorchas cumplían con el cometido de mostrar a la mujer frente al animal.

—¿Yo? —se indignó ella—. Eres un ser despreciable, un animal que no evoluciona —escupió, recordándolo al lado de esa prostituta la noche en que fue vendida.

Vane desenfundó su pistola y la apuntó.

—Me vendiste frente a mi tripulación. No confiaste en mí, no me esperaste —habló, acercándose al lago y mostrando su rostro descompuesto por la traición.

Áurea no reconoció al hombre que tenía delante, no había rastro de aquella actitud jocosa y satírica. No quedaba nada de la frescura que un día caracterizó al capitán Vane. Era un trozo de carbón consumido por la cólera y el rencor.

—Te fuiste con la sucia rata de Sao Hang. Cambiaste de intereses fácilmente para salvar tu vida, para volver a tu castillo... No te importó que un muerto de hambre fuera colgado por los suyos. Después de haberlo arriesgado todo por ti... ¿Qué esperar de los de tu calaña? No soy más que un número más en la multitud de despreciables. Una marioneta en los intereses de los seres superiores, de los aristócratas.

—¡Sí! —aceptó, tratando de flotar en el agua—. Es cierto que llegaste a un pacto con Sao Hang para resguardar mi vida. ¿Pero cómo podía estar segura de que vendrías para sacarme de ese prostíbulo? ¿Cuánto tiempo hacía falta para que otros hombres reclamaran mi cuerpo en su lecho? ¡Tú estabas muy ocupado! ¡Tenía que coger las riendas de mi destino! ¡Sobreponedme! ¡Luchar y aprender! Tu padre me arrancó de los brazos de mis padres, me habéis conducido por guerras y millas de barco hasta venderme. ¿Qué esperabas? Di, Darren Vane. ¿Qué esperabas de mí?

—¡Esperaba confianza! ¡Que confiaras en mí! Fui a buscarte al día siguiente de tu venta...— seguía sosteniendo el revólver en su dirección—. Abandonando a los míos, a punto de renunciar a mi propia esencia, fui a buscarte en la habitación de Sao Hang. Pero tú ya te habías ido, no pudiste esperar ni una maldita noche por mí. Pensaste que era como los demás. ¡Un pirata! Sí, soy pirata. Pero te amé. Te amé y tú me destruiste.

Áurea abrió los ojos, rota por la confesión. Darren alzó una ceja, confundido. La miró por largos segundos en la misma posición, no podría matarla aunque quisiera. Antes se pegaría un tiro a sí mismo. Sólo estaba haciendo el ridículo. ¿Qué quería demostrar con aquella arma? Troya había caído por Helena hacía muchos años y aquello sólo era la agonía de un pueblo derrotado.

Ella estudiaba sus movimientos, reflexionando sus palabras. ¿Habría juzgado mal? ¿Lo habría juzgado por ser quién era?

Con los mechones blanquecinos cubriendo su faz parcialmente, centelleando en medio de la oscuridad mientras flotaba en medio del agua cristalina, parecía un ser mágico. Una criatura legendaria. Lo más insólito eran sus orbes azules, empapados de vetas liliáceas.

—¡Vamos! ¡Vete! —Darren enfundó el revólver con un movimiento tosco, dedicándole una mirada exhaustiva para memorizar su belleza—. Busca a Sao Hang y salid de aquí. Él te ayudará.

—¿Qué?

—Vienen cincuenta hombres hacia aquí —explicó con una mirada difícil de explicar, con lágrimas formando un cristal sobre sus pupilas endurecidas por el dolor de la pérdida—. Vienen para acabar con vosotros, para saciar su sed de sangre. Es difícil escapar de la crueldad una vez has entrado en ella... Quieren que te mate, saben tus planes. Los sospechan. Escribirás una carta a la Corona Inglesa y delatarás a mi padre, tras él, caeremos todos. Antes de que eso pase, quieren terminar con su mayor amenaza actual, tú. Tú eres la persona que amenaza su libertad, nuestra forma de vida.

—¿Por qué no me matas tú? —preguntó, confirmando sus planes de acabar con Richard Withian y los suyos.

—No puedo, tú me has destruido. Y destruirás todo cuanto amo. La libertad de los hombres, la voluntad de un grupo por huir de las reglas injustas... Pero...Vete, Áurea. Asumiré mi destino, ya sea en manos de mi tripulación o en manos de los tuyos. Sólo espero que tengas el coraje suficiente como para asistir a mi ahorcamiento cuando tu reina decreta mi muerte. Cuando esté colgando de la soga, buscaré tus ojos y moriré en ellos... —le dio la espalda, desapareciendo en medio de la oscuridad, abatido.

—¡¿Por qué te acostaste con ella?! —gritó a la nada, con la esperanza de volverlo a ver. Sí, deseaba que Richard Withian muriera, pero no Darren. Él no. No imaginaba un mundo sin él. Ella no pretendía acabar con nada. ¿Querían ser piratas? ¡Adelante! Sólo quería justicia contra quien había roto su vida en dos.

—¿Qué? —volvió sobre sus pasos.

—La noche en que me vendiste...Fui a buscarte a tu choza... Pero te encontré borracho y con otra mujer. ¡Por eso me marché! ¡Eres un hipócrita! ¿Preocupado por mí? ¡Por eso no confié en ti! No tuvo nada que ver quién eres o qué eres. Me sacaste de tu vida por tus acciones no por tu posición. He vivido con maleantes durante los últimos dos meses y casi me siento uno de ellos. ¡Mírame! Estoy cargando un tesoro, robando reliquias de interés mundial. No, no es eso, Darren. Sólo quiero justicia.

Darren necesitó un minuto para atar cabos, y a medida que iba comprendiendo lo sucedido, sus ojos se iban tornando añiles hasta rozar una mueca burlona con sus labios. Pero no hubo tiempo para una respuesta, el trote de un grupo armado descendía la escalinata a velocidades temerarias. ¡Eran ellos! Darren miró atrás y luego a Áurea.

—¡Hijo! ¿Has dado con ella? —era la voz de Richard Withian acercándose.

Recuerdo la mirada de Vane sobre mí en ese preciso momento. Y recuerdo que en ese mismo instante, supe que no moriría mientras él viviera.

Nuestros seres astrales se habían unido mucho antes de que nuestros cuerpos físicos llegaran a esta tierra, y sólo era cuestión de tiempo que esa unión diera sus frutos. En forma de sacrificio y amor inexplicable.

·Diario de la Reina de los Forajidos·





CAPÍTULO 15

PLATILLOS DE UNA BALANZA

Vane le hizo una seña a Áurea para que se hundiera bajo el agua. Ella obedeció y buceó hasta la parte más oscura con brazadas cuidadosas. Escuchó el eco de las voces repicar contra la masa líquida, así que decidió sacar la cabeza hasta la nariz para poder observar y escuchar mejor. Valiéndose de la protección que ofrecía aquella esquina sin ápice de luz.

Estaba indecisa, lo más lógico hubiera sido volver al manantial y avisar a Sao Hang del peligro. Sin embargo, la confesión de amor que le había hecho Darren, la retenía en ese lugar.

La traición parecía haber perdido sentido en aquellos instantes. No quería que le sucediera nada malo a Vane. No lo soportaría. Quería conocerle. Quería tener conversaciones con él de la misma forma que las había tenido con Sao. Y sobre todo, deseaba conocer los motivos por los que se había acostado con la prostituta aquella fatídica noche. ¿Habría sido por placer carnal? ¡Oh! ¡Qué mal se sentía por haber perdido la virginidad con otro que no fuera él! Sí, quería a Sao Hang, lo apreciaba profundamente. Pero nada era comparable con Darren, nada ni nadie.

De todas maneras, no debía mortificarse por algo que deseó hacer en ese momento. Y Sao Hang era un hombre del que tampoco renegaría. No, él no merecía su desprecio. Sao había sido muy bueno con ella, un hombre de verdad. Había aprendido de todo aquella coyuntura y ahora sabía qué quería realmente. Sólo suplicaba a Dios que Vane la perdonara si algún día... Si algún día llegaban a amarse en la intimidad. Pero antes tendría que perdonarlo ella, con lo referente a la haitiana.

Vio a Darren de pie en los lindes de los escalones, casi metido en el agua. Girado de frente a los hombres que venían en su busca y captura.

—¡Darren! ¿Dónde está la chica?

Áurea tembló de rabia, no soportaba la presencia de Richard Withian. Había visualizado su muerte de tantas formas posibles que verle vivo resultaba repulsivo e indignante. Estaba convencida de que ni si quiera amaba a Darren. Sí, era su padre. Pero un padre jamás obligaría a su hijo a cometer atrocidades. Un verdadero padre no obligaría a Darren a matarla, y mucho menos conociendo sus sentimientos. Richard no tenía corazón, lo comprobó durante los días en los que vivió con él. Siempre serio, siempre a la defensiva.

—No está —mintió Vane, firme. Con el gesto impertérrito y los pies inamovibles sobre donde estaba. En su mirada no había nada, ni engaño ni emoción. Tan sólo sus pestañas parecían bailar al son del escrutinio de Richard.

—¿No me estarás mintiendo, verdad?

Una multitud de hombres de todos los talentos llegó detrás del Capitán Withian, asustando a Áurea verdaderamente. ¡Eran muchos! Ni si quiera cabían todos juntos en el túnel, a pesar de que era bastante ancho. ¡Estaban perdidos! ¡Oh! ¿Por qué Darren los había traído? Sí, por el amor a su tripulación. Por el objetivo en común de vivir una vida lejos de los tejemanejes de los reinos. Por la rabia que sintió al notarse traicionado. ¿Ahora qué debían hacer? ¿Qué haría Vane? ¿Qué camino tomaría Darren?

Richard investigó con la vista pero no encontró nada porque cuando Áurea sintió su mirada cerca, se volvió a hundir y no salió hasta asegurarse de que ya no miraba en su dirección.

—Tenemos que cruzar el lago en línea recta, nos lo ha confesado uno de los haitianos a cambio de perdonarle la vida.

Pero antes de que pudieran meterse en el interior de la laguna, Sao Hang apareció. Nadando tranquilamente, como solía hacerlo. Sin importarle que tuviera por delante a dos kilómetros de travesía o a un puñado de soldados hambrientos de sangre.

No se ocultaba ni hacía el más mínimo aspaviento en dirección contraria al enemigo; sino que parecía volverse más valiente a cada brazada que daba en su dirección. Los hombres enmudecieron, no tenían palabras ante el valor que Sao estaba demostrando tener. Incluso Richard parpadeó dos veces, incrédulo. El pelo negro de Sao se confundía con el agua cristalina, largo y liso, siempre perfecto. Como él.

Sus brazos atléticos apartaban el agua con ímpetu, su rostro bien definido se mostraba inquebrantable mientras que los ojos del mismo, estaban llenos de sabiduría y saber hacer. Incluso en esa situación, incluso con todo el viento en su contra. Sao Hang era una roca a la que sostenerse, unos ideales en forma de hombre. Un ser inusual e incomparable.

Nadie supo por qué no se le disparó nada más verlo. Ninguno de los presentes comprendió por qué se le dejó llegar hasta su posición sin pronunciar palabra. Fuere como fuere, Sao Hang salió del agua goteando y se incorporó lentamente hasta chocar con los ojos de Richard Withian.

—¿Dónde está la chica? —preguntó el verdadero villano de la historia, mirando a Sao con admiración velada.

—No lo sé.

—Mientes. Sabemos que está contigo.

—He dicho que no lo sé —repitió con cierto tono de hastío, llevándose las manos sobre la daga que siempre portaba colgada de la cintura—. Y aunque lo supiera, no te lo diría.

—¿Ah no? ¿Y puedo saber por qué? —se burló Richard—. ¡Ah! Otro que ha caído bajo el embrujo del monstruo. Siempre me he preguntado qué tiene ese engendro. Sinceramente —se dirigió a los filibusteros que esperaban órdenes—. Para mí resultó bastante fatídico llevarla en mi barco, no paraba de hablar... Y de preguntar... ¡Ni si quiera tiene un buen par de tetas! —los oyentes soltaron risotadas burlonas.

Darren apretó los dientes y colocó la mano sobre el revólver.

—Aunque le des oro a un mono, tratará de morderlo —repuso pausadamente Sao Hang, en respuesta a los insultos hacía Áurea, que lo había escuchado todo con el resquemor en la garganta.

—¡Hablarás! —se enfureció Richard, dando un golpe sobre la mejilla de Sao con la empuñadura de su escopeta, haciéndolo caer de rodillas al suelo—. Di, ¿dónde está ella?

Sao negó con la cabeza aunque sabía perfectamente donde estaba la joven.

Ni si quiera Áurea se había dado cuenta de la mirada fugaz de Sao hacia su dirección. Sólo Vane había cazado ese detalle. Y sólo Vane estaba apreciando el esfuerzo del chino para encubrir al gorrión.

Ante la respuesta negativa del hombre, Richard volvió a propinarle un duro golpe sobre la cara, ensangrentándola. Preguntó repetidas veces con el mismo resultado. A cada impacto sobre Sao, a Áurea se le encogía el corazón, dejando caer lágrimas silenciosas sobre el lago. Al quinto golpe, cuando Sao ya tenía toda la cara roja dio una brazada con el intento de detener aquella locura. No soportaba ver a ese hombre sufriendo, y mucho menos por ella. Pero algo detuvo su avance, el grito desgarrador de Richard Withian bajo la daga de Sao Hang.

Richard se confió tanto, estuvo tan seguro de que Sao estaba derrotado, que no vio al cuchillo afilado que se clavaba en sus costillas hasta que sintió la hoja en sus entrañas. Sao Hang lo había apuñalado entre la novena y la decena costilla.

El revuelo tardó fracciones de segundo en darse: todos a por el atacante de Richard; pero cuando iban a disparar, Darren se posicionó frente a Sao Hang. Salvándole la vida por segunda vez.

—¿Qué diablos haces? —le demandó con la voz entrecortada su padre, sosteniéndose de pie con serias dificultades y manteniendo la mano sobre el puñal que tenía clavado.

—¡Habéis seguido a este hombre hasta aquí! —señaló Vane a su padre, ignorándolo por completo—. Ahora yo os digo que me sigáis a mí—detuvo su discurso, encarando a todos y a cada uno de sus oyentes—. No es más que un viejo que os llevará a la deriva, ni si quiera ha sabido protegerse. ¡Sí! ¡Soy joven y he cometido muchos errores! Pero no permitiré que matéis al único hombre que puede desvelarnos dónde está la chica. La chica es lo que nos interesa ahora. Confíad en mí, y os daré más de lo que mi padre os ha prometido.

Áurea comprendió cómo funcionaba la mente de Darren al escuchar sus declaraciones en medio de la guerra y el caos que se había desatado. Era un estratega, un hombre que se quedaba siempre en un segundo plano hasta darse a valer en el momento decisivo. No, no era perfecto. Pero era

astuto e ingenioso, a la par de pragmático y buen orador. Fácilmente podía ser mal interpretado si no se conocían todas sus facetas e intenciones.

—Tú no puedes proporcionarnos lo que él nos proporciona —repuso una de las montañas, fiel a Richard, con el rifle todavía en dirección a Vane.

—¿Protección frente a la Corona?

—Exacto —agregó Roberto.

—La damisela tan sólo quiere delatar a Richard, sin él de por medio, la chica no delata a nadie. ¿Quién es vuestro principal obstáculo entonces? ¿Protección? ¿Qué mejor protección frente a la Corona, que la hija de un Duque? Nada más y nada menos que la hija del Duque de Devonshire, ¡Una Cavendish! ¿No creéis, que si prometemos devolverla a casa, podríamos pedirle algún favor? ¿Para qué matarla? ¿Qué ganamos? ¿Protegerlo a él? —señaló a Richard—. ¡Que nos deba un favor! ¡Y uno de los gordos! Entonces así podremos prosperar, quién sabe. Incluso nos den alguna base en la que atracar libremente. En pago por devolver a tan preciada joya de la realeza... —ironizó—. Muchos de vosotros ni si quiera sabíais de la existencia de la niña en vuestro barco. Richard actuó a vuestras espaldas. Con la intención principal de quedarse con todas las ganancias y repartirlas entre él y sus secuaces —indicó a las montañas, los hermanos chilenos.

—¡Eso es verdad! —exclamó uno de los marineros del Capitán Withian—. Yo nunca me hubiera arriesgado a llevar una mujer a bordo. El Capitán Richard no tuvo en cuenta nuestra opinión...

—¡Desagradecido! —masculló el aludido—. Hijo, ¿amotinarte contra tu propio padre?

—¿Padre? William Penton es más padre para mí que tú —al señor Penton le brillaron los ojos, orgulloso—. No estuviste nunca a mi lado, y si me hubieras podido matar al nacer, lo hubieras hecho...

—Siempre estoy a tiempo... —dijo, burlón—. ¡Disparad a los traidores!

Pero ni un gramo de pólvora fue descargado, nadie se atrevió a hacerlo porque unos se apuntaban a otros. Se habían formado dos bandos: el de los seguidores de Vane y el de los partidarios de Richard.

Se hubiera podido encender un cigarro con el ambiente, tenso. Tenso era poco. Miradas fugaces de un hombre a otro, rifles apuntando a compañeros, gatillos desbloqueados...

Estaban todos tan concentrados en matarse unos a otros que ninguno vio a Áurea nadando hasta los escalones. Tan sólo repararon en ella, cuando salió del agua.

Una mujer empapada de arriba abajo, blanca como un sorbo de leche y con los ojos más surrealistas que se pudieran describir. Por no mencionar el pelo largo y pegado a su cintura. La mayoría de los hombres, que no la habían visto antes, dieron un paso atrás, asustados. Imaginaron que era una criatura fantástica de la cueva, una alma en busca de venganza o de protección del lugar. Una ninfa enfadada por tanto alboroto.

—Soy Áurea Cavendish —habló con más entereza de la que habría soñado jamás, siguiéndole el plan a Vane—. Escuchadme bien todos, no tengo nada en contra de vosotros. Y sé —se acercó a uno de los muchachos que la miraba embelesado—. Que muchos de vosotros tampoco deseáis mi muerte —bajó el rifle que el joven sostenía, ejerciendo presión desde la boca—. No quiero que nadie muera hoy —enfocó los ojos de otro más mayor, alargando la mano hasta hacer lo mismo que con el anterior—. Todos somos hombres, humanos. Y todos merecemos vivir. No delataré a nadie, a nadie salvo al infame que me secuestró —señaló a Richard Withian, que la miraba con rabia, odio e inquina—. Podéis matarme, aquí estoy, frente a vosotros. No es necesario que hoy se derrame más sangre que la mía propia —Darren Vane dio un paso al frente tratando de detenerla, pero ella le hizo una seña con las manos, pidiéndole que la dejara continuar—. Matadme, si es lo que deseáis. Pero viva os soy mucho más útil. Si me lleváis de vuelta al hogar, pediré indultos para todos y cada uno de vosotros. Mencionando vuestro gran valor al luchar contra el corrupto de Richard Withian. Daré compensación económica a vuestro navío, y podréis repartíroslo como mejor os plazca. Podéis votar a un nuevo Capitán, el Capitán Vane. ¿Queréis un hombre que os ofrezca la misma protección que Withian? ¡Darren es el indicado! Al llegar a Inglaterra, se le concederá un título. Y reclamaré que sea el mismo que el de su padre. Por derecho, por compensación. No mencionaré nunca vuestros flirteos con la piratería, os lo aseguro. Os doy mi palabra.

—¿Cómo podemos confiar en ti? ¿Por qué deberíamos hacerlo? —preguntó uno, en medio de la multitud—. Tú no eres uno de nosotros, eres uno de ellos. De los que quieren colgarnos de una sogá... Los de tu calaña no son de fiar, miladi.

Áurea se quedó sin argumentos.

—¡Yo confío en ella! —espetó Vane, dando otro paso al frente, posicionándose al lado de Áurea.

—Su perspectiva acerca de esta mujer no es la misma que tenemos nosotros, por evidentes razones... No es desconocido su interés por ella...

—¡Si Vane confía en ella, yo también! —exclamó Will Penton, al que muchos respetaban por sus años en alta mar y por haber servido en diferentes buques con excelente lealtad.

—¡Yo también! —se unió Howall Bonnet, el joven siempre fiel a Vane, un hábil soldado.

A la ola de confianza se fueron incorporando más partidarios hasta sumar una mayoría frente a los pocos que se quedaron sosteniendo el viejo cuerpo de Richard.

—Entonces, muy señores míos, nos vamos —Darren cargó a Sao de un hombro, ayudándolo a andar y Áurea se quedó entre Will Penton y Howall Bonnet.

—Un revólver, un revólver —pidió Richard cuando la tripulación ya lo había abandonado. Roberto se lo entregó con diligencia. Darren Vane, su hijo, era el único que quedaba en su campo de visión puesto que la mayoría ya iban por la sala de la moscovita. Sostuvo la mira por largos segundos, incluso desbloqueó el gatillo, pero Dios sabría por qué, al final no disparó—. Tengo asuntos más importantes de los que ocuparme ahora mismo, sacadme este puñal de una vez.

—Tome, señor, beba —le ofrecieron una cantimplora de ron—. Bébaselo todo, será mejor que caiga inconsciente.

Richard Withian había perdido esa batalla. Richard, un hombre consumido por la codicia. Un hombre repudiado por su anciana madre, la Condesa Viuda de Dorset. Sin esposa y con una larga lista de hijos no reconocidos ni valorados. Un corrupto. Un paria de la sociedad. Un hipócrita. Decía luchar por unos ideales pero en realidad sólo quería llenar sus arcas, robar, destrozar... Hay almas perversas, almas con necesidad de romperlo todo sin motivo aparente.

Darren Vane no odiaba a su padre, pero no lo amaba. No lo podía amar porque le había causado más dolor que dicha. No le había dado un apellido ni valores, ni si quiera comida cuando estaba hambriento. Por eso, apenas sintió remordimientos cuando lo dejó tirado en el suelo de aquel túnel.

Por mi parte, había sobrevivido, una vez más. Una vez más, había conseguido poner de mi parte a los enemigos. Enemigos, que se iban convirtiendo en amigos. Amigos, que daban la vida por mí sin pensarlo. Por eso, recuerdo que en esos instantes, sólo podía mirar a Sao. Temía por su vida, temía que muriera de un momento a otro. Sao me había entregado todo cuanto tenía. Primero, sacándome de esas cuevas con dificultad. Y después, negando mi posición a Richard. Y estoy convencida, de que cuando clavó el puñal a Richard, no le importó ser tiroteado.

·La Reina de los Forajidos·





CAPÍTULO 16

MANTENTE A SU LADO

—¡Sao Hang! —pio Áurea, en cuanto Sao cayó al suelo por su propio peso. Darren y algún que otro compañero lo habían cargado hacia la salida, pero no se sostenía en pie. Era poco viable llevarlo hasta la aldea, no aguantaría. Estaba agotado, herido y no parecía tener más fuerzas para seguir luchando o aguantar el ritmo de una tripulación. Sus compañeros, Renaud y Claude habían muerto, y ya no quedaba nadie de los suyos más que algún que otro haitiano poco dado a ofrecer ayuda. Los piratas lo toleraban, pero todavía no le habían perdonado por el ataque a Richard Withian.

Áurea se tiró sobre su cuerpo, manchándose la ropa y las manos con su sangre. Pero no le importaba, no le podía importar nada de eso. Sao estaba débil y ni si quiera abría los ojos. Su garganta estaba abarrotada de sensaciones, de lágrimas sostenidas y de un grito aullador. Quería romper en llanto, gritar a la nada y sacudir el cuerpo de Sao Hang con desesperación, pero tenía a una treintena de hombres estudiándola. Valorando sus actitudes. Debía mostrarse fuerte, serena. ¿Pero cómo? ¿Cómo podía evitar la rotura? Su cuerpo se estaba partiendo en dos, y sólo buscaba la mirada de Sao. La mirada de su maestro, del guía.

Apretó sus mejillas ensangrentadas, haciendo resbalar los dedos entre la sangre. Richard lo había golpeado con la cantonera del rifle en repetidas ocasiones, causándole graves contusiones. Odiaba tanto a ese hombre... Lo quería ver muerto. Pero por el momento no podía hacer más. Si pretendía matarlo, todo lo que había ganado se giraría contra ella. Por mucho que hubieran votado por Vane como Capitán, nadie vería con buenos ojos que su antiguo líder fuera asesinado por una mujer aristócrata.

Vane observó la faz de Áurea a través de la cortina blanca de su pelo. Le caían lágrimas en forma de gotas limpiadoras. Limpiaban la cara de Sao. En silencio, extendió la cantimplora de agua que portaba. Áurea la aceptó, y con mucha delicadeza limpió la piel de Sao Hang.

—Sao Hang... ¿Me oyes? —preguntó en forma de susurro, muy cerca de sus oídos. Sao se removió pero no contestó.

Los hombres se arremolinaron a su alrededor, era algo insólito ver a una dama limpiando a un forajido. Era algo impensable ver a la hija de un Duque llorando por un hombre sin apellido ni

hogar. No era simple amabilidad o aquella diligencia propia de los ricos hacia los pobres. No, era sentimiento. Un sentimiento puro, cargado de misericordia y respeto.

—Señora, podemos fabricar una tumbona —propuso uno de los marineros con los dientes rotos y el pelo hecho rastas.

Áurea levantó la mirada lentamente, purificando aquel ser a través de su mirada.

—Sí, señora, mire: cortaremos aquellas ramas y lo llevaremos hasta la aldea, allí quizás puedan curarlo... —agregó otro bien calvo que le faltaban dos dedos.

—¿Harían eso? —preguntó ella, sonriendo a media altura, sin pretensiones de manipular ni salirse con la suya. Con el corazón limpio y alegrándose verdaderamente por Sao.

—Lo haremos —ultimó Howall Bonnet, dándole un golpe certero al cañizo más cercano.

En pocos minutos Sao Hang fue cargado sobre la litera y llevado a través de caminos. Áurea no se separó de él ni un instante, andaba a su lado y en ocasiones le dedicaba palabras de aliento.

Darren quedó maravillado con la bondad de esa mujer, viendo lo mismo que el resto de los presentes: una señora para todos. Aunque, por otro lado, no podía evitar sentirse un poco contrariado. Él sabía que entre ella y Sao Hang había algo más que compañerismo. Se lo contó Thais, la esclava del prostíbulo. Se habían besado, según su informadora. ¿Pero qué más? ¿Habrían hecho algo más? Sabía que Áurea no sentía lo mismo por Sao que por él, lo notaba en sus movimientos y sus miradas.

Con él, ella se ponía nerviosa. Temblaba de emoción, de amor nacido del vientre. Y con Sao, parecía confiada, tranquila y serena. Eran dos amores diferentes, estaba claro. ¿Pero cuál prefería ella? Se sentía dolido, pero no era el momento de volver atrás. Sino de mirar hacia delante, si había decidido no matarla en cuanto la encontró en la cueva era porque la amaba. Y la amaría hasta al final, a pesar de cuales fueran sus sentimientos o sus decisiones... Ya no podía culparla de ser egocéntrica ni de mostrarse altiva, ni podía recriminarle que lo insultara por ser pirata. Todo lo contrario. La prueba estaba en la forma que estaba cuidando del traficante.

Pasaron cinco días antes de llegar al poblado. Cinco días en los que Áurea no se despegó de Sao Hang, dándole de beber y limpiándolo cuando era necesario. Durmió cerca de él, anduvo a su nivel e incluso se hizo amiga de los diferentes hombres que lo cargaban por turnos. No tuvo muchas ocasiones de hablar con Vane.

Vane estaba siempre ocupado con la tripulación, maquinando estrategias y organizándolo todo para el viaje a Inglaterra. Llevaban a cuestas parte del tesoro de Cortés, botín que sería repartido entre los dos navíos y sus miembros. Pero antes, dejarían unos cuantos al mando de la aldea de haitianos. Al haber quedado ésta desprovista de todo tipo de vigilancia, era el lugar perfecto para que asumieran el control de la misma. Valiéndose de sus lupanares y de los beneficios de los mismos, así como algunos estaban dispuestos a asentarse ahí y guardar su fortuna para gastarla como les placiera.

—¿Qué le ha pasado a nuestro señor? —se alteró Thais al ver entrar a Sao en un camastro,

totalmente amoratado y descompuesto—. Seguro que ha sido culpa tuya —se removió la anaconda en dirección a la albina.

—Cállate y avisa a un médico —espetó Áurea. No le caía en gracia esa mujer desde que pisó el prostíbulo. Fue una de las esclavas que la vistió para visitar a Sao y siempre la miraba de forma extraña.

—Aquí no hay médicos.

Áurea se tornó morada, con la imposibilidad de volverse más pálida y transparentando sus venas.

—Pero hay curanderas —cortó Vane, que sabía de la inquina de Thais hacía Áurea. Por celos, Thais era la salvaje enamorada de Sao, eternamente.

—Iré en busca de ella...

¡Qué sorpresa! ¡Cuando Eva apareció cargada de potingues! Áurea la reconoció al instante, era la prostituta de ébano que se había acostado con Vane.

—¿No hay nada mejor? —soltó su lengua bífida acompañada de la atrevida bravuconería genética.

—Áurea... —trató de calmar la situación Vane—. No es momento para esto... —señaló el moribundo.

—Miladi, haré todo lo que pueda. Se lo aseguro —sonrió Eva con su habitual comprensión infinita.

Áurea la miró de arriba abajo con desdén y luego ordenó que trasladaran a Sao a una habitación donde pudiera ser atendido con propiedad. Thais corrió detrás de Eva y ella prefirió quedarse fuera, no soportaba a esas mujeres.

Los tripulantes se dispersaron en busca de tranquilidad y calor femenino, dejando a Vane y Áurea en medio del pasillo del lupanar.

—Será mejor que salgamos —advirtió Darren después de que un orgasmo llegara hasta ellos en forma de onda expansiva—. ¿Qué te ocurre? —pasó los dedos por debajo de la barbilla de Áurea, una vez en la choza que les había sido prestada.

—No tolero a tu amante, me parece una engreída —vomitó, nueva en eso de los celos.

—¡Pero si ni si quiera ha hablado! —rio entre dientes mientras dejaba la chaqueta de cuero sobre la cama, quedando en camisa fina y pantalones encuerados.

—¡Encima la defiendes! ¡Qué desfachatez! Bueno... Tampoco tengo derecho a reclamarte nada. No soy tu prometida, ni nada por el estilo... Sólo soy una más en tu larga lista de conquistas.

—¿En serio? ¿Ahora me vienes con ésas? —ladeó la cabeza, sonriendo entre la sorna y el

cinismo, enamorado del entrecejo arrugado de Áurea. Hipnotizado por sus bracitos nerviosos y extasiado por sus celos encantadores. Se acercó a ella hasta no dejar más que un centímetro entre ambos, haciéndola callar.

Enmudeció en el acto, Darren estaba demasiado cerca. Su fragancia se apoderaba de su ser, como lo había estado haciendo durante todo el trayecto. Con la diferencia de que ahora ya no cuidaba de Sao. Con la tranquilidad de que Sao estaba en buenas manos. Ahora podía perderse en Vane, aunque una parte de su corazón estuviera con el pobre Hang.

—¿Por qué te acostaste con ella? Por la mañana me dijiste que confiara en ti... Me besaste. Y por la noche te encuentro con ésa...

—¿Sabes lo que es una obra de teatro? Debía aparentar ser el más feliz lejos de ti. No podían dudar de mis sentimientos. Si sospechaban que los había engañado... No hubieran tardado en despojarme de todo, y por lo tanto, de quitarme la oportunidad de ir en tu búsqueda al día siguiente. Teníamos que venderte y lo hice con ese pacto que ya sabes... Después había que celebrarlo, ¿y qué pirata sería si no me hubiera emborrachado y acostado con una mujer? —Áurea apretó los labios, molesta por esa pregunta—. Pero no me acosté con ella esa noche, sólo lo aparenté.

—¿Cómo? —se agitó la paloma, clavando los zafiros sobre el mar infinito de Darren.

—Que no hice nada con ella esa noche, ella te lo puede confirmar.

—No, no le voy a preguntar eso... Todavía me queda un poco de dignidad.

—Entonces, ¿me crees?

Áurea lo miró con intensidad. ¿Cómo no iba a creerlo? Después de haberlo visto en acción frente a su padre, de manipularlos a todos a su antojo, era fácil pensar que hubiera podido simular una noche de desenfreno para despistar. ¡Eso sólo acrecentaba sus remordimientos! Hasta el momento se había sustentado en aquel engaño. Pero ahora que el engaño no tenía cabida, ¿cómo soportar lo que había hecho? ¡Pobre Sao! Si supiera cuánto se arrepentía de aquello, seguramente se sentiría ofendido. Pero no era por él, no era por su culpa. Sino por la suya propia, por sus sentimientos.

Vane notó las defensas de su presa por el suelo y atacó sin miramientos. Retuvo a su gorrioncillo entre los brazos, apresándolo con deliberada meticulosidad. Áurea se puso a temblar, como siempre que Darren la tocaba. Tembló bajo su aliento y luego se dejó llevar por sus cálidos besos.

—Yo... Te quiero, Darren —confesó por primera vez, en un momento de separación necesaria para las funciones vitales.

Darren sintió como la catarata de sangre brotaba desde su corazón hacia cada punto de su ser, reviviendo, fertilizando cada parte que fue dormida por tormentos y sufrimientos. Quizás era aquello a lo que llamaban felicidad y lo estaba experimentado después de veintisiete años de haber nacido.

—Hay algo de mí que siempre has querido saber —dijo sin juegos ni artimañas, abriéndose a ella, aunque fuera en cosas simples y llanas.

—¿Tu edad? —sonrió iluminando cada espacio de la casita.

—Creo que ya te toca saberlo, tengo veintisiete años.

—Son nueve más que yo... No está mal.

—Es mejor que los dos seamos jóvenes, así podremos vivir y crecer juntos...

—Sí... —aceptó Áurea, acorde con aquellas promesas de futuro.

Vane la cogió en volandas para depositarla sobre el lecho, se cernió de nuevo sobre su boca hasta dejarle los labios rojos. Repasó con la mano sus mechones e incluso se atrevió a tirar de ellos. Áurea dejó ir un pequeño gemido, le encantaba todo aquello. Era como rozar el edén. No podían parar, hubiera sido un crimen contra todas las historias de amor y pasión que hay escritas.

Darren recorría cada pedacito de su faz con los labios, incluso pegaba la nariz para poder emborracharse de su aroma femenino. Bajó hasta el cuello y le arrancó los botones de la camisa como ya lo había hecho una vez. Pero con la diferencia de que en esa ocasión, Áurea sí estaba en pleno uso de sus facultados. Se sintió tímida porque Sao no le había visto los pechos y no recordaba a nadie que se los hubiera visto tampoco.

Pero Darren parecía querer tragárselos de una sentada. Los estaba devorando con frenesí y ella, en respuesta, atrapó su cabeza y la pegó todavía más a su cuerpo, obligándole a no dejar de besarla ahí. Era sumamente placentero y sentía cada punto de su cuerpo tenso. Incluso sus partes más íntimas estaban estimuladas con todo aquello.

—¿Cómo lo hacen los de tu sociedad para casarse? —preguntó de golpe Vane, dejando sus senos con la respiración acelerada y mirándola con la mirada oscurecida.

—Normalmente, el pretendiente pide permiso al padre para cortejar a la dama, el cortejo dura entre tres y seis meses y luego le pide la mano —explicó molesta por la detención—. Pueden estar prometidos durante un año, incluso año y medio. ¿Por qué?

—Porque quiero hacerte mi esposa. Quiero que te cases conmigo...

Aquella punzada de remordimientos volvió en Áurea. Darren quería casarla antes de poseerla. ¡Pero ella no merecía ese reconocimiento! No era digna de tanta formalidad ni respeto.

—Darren... No quiero hacerlo a nuestro modo. Quiero que lo hagamos al tuyo... No necesito que pidas mi mano...

—Señora, Sao Hang ha despertado y pregunta por usted —irrumpió Eva, con el gesto comedido y quedándose en la puerta sin pasar del umbral.

—Ahora salgo —contestó con una renovada simpatía hacia ella. Eva asintió y se retiró. Áurea

se incorporó de un salto, atándose la camisa de nuevo y levantándose para irse.

—¿Qué hay entre tú y él? —la detuvo Vane por el brazo, un tanto ofuscado por tener que ver a Áurea al lado de ese hombre en cada momento. Sí, estaba dispuesto a aceptar lo que hubiera habido entre ellos dos. Pero quizás no estaba dispuesto a renunciar a la felicidad que acababa de conocer, ya no quería seguir viéndolos juntos...

—Vane... —se abochornó Áurea, bajando la cabeza—. Sólo es amistad. Yo... Yo te quiero a ti. Sólo me preocupo por su bienestar, ha dado mucho por mí... Le debo mi preocupación.

—Lo que ha dado ese hombre por ti es a causa de algo más que una simple amistad. Sé sincera conmigo, por favor.

—Ahora... Ahora no puedo, Vane. Me necesita —se zafó de su agarre y huyó atrapando el aire en sus fosas nasales.

Áurea se apresuró por llegar hasta Sao, era una gran alegría saberlo despierto de nuevo. Eva debía ser verdaderamente buena en las artes medicinales.

Lo encontró igual que como lo dejó, con la única diferencia de que parpadeaba lentamente.

—Sao... —se acercó a él, arrodillándose a su lado.

—Áurea... —la miró a través de una fina línea dispuesta por los párpados exhaustos.

—Descansa, ya has hecho suficiente... —le tocó la cabeza con afecto bajo la atenta y molesta mirada de Thais.

—Retírate, por favor —pidió Áurea al notar su maliciosa presencia. La esclava obedeció, no tenía otro remedio—. He apartado una parte del tesoro para ti, Sao Hang. Se ha visto bastante reducida con tantos hombres... Pero todavía queda la compensación económica de mis padres y el título prometido...

—Escúchame con atención —buscó sus manos y Áurea se las ofreció, apretando los nudillos entre sus dedos—. Mantente al lado del Capitán Vane en todo momento, él procurará tu entrega y tu seguridad. No confíes en nadie más que él. Richard Withian no descansará hasta recuperar lo que es suyo y si puede tomar represalias, lo hará —explicó con voz tan baja que Áurea tuvo que acercarse a su boca para escucharlo.

—¿Pero por qué me dices todo esto? ¿No vendrás tú con nosotros? —se alteró la joven.

—Oh, colibrí... —hizo una mueca cercana a la sonrisa.

—No me gusta la forma en la que estás hablando.

—Lo que no te gusta es descubrir que pronto ya no estaré a tu lado...

—No quiero perderte, Sao Hang. Significas mucho para mí... Eres el compañero que siempre deseé, un hombre genuino, lleno de valores que enseña algo a cada paso... —se tiró a su pecho,

abrazándole.

—Soy lo que siempre deseaste pero no soy lo que deseas ahora —Áurea se revolvió, incómoda ante la verdad—. No puedo seguir vuestro ritmo y vosotros tenéis que partir lo antes posible. Darren y los que lo siguen deben llegar a los barcos y convencer a los hombres que quedan ahí de sus planes. Lo mejor es zarpar antes de que Richard se restablezca. La esperanza de los hombres no debe menguar, debéis aprovechar el calor de su decisión.

—¿Qué estás diciendo? ¿Pretendes que me vaya sin ti? —se apartó de él, buscando su mirada cansada.

—Eres, con toda seguridad, lo mejor que me ha pasado desde que Miao Yi me dejó.

—Yo no te dejaré...

—Lo sé, sé que no me dejarías. Aunque eso supusiera entregarme un corazón que no me pertenece. Tu corazón pertenece a Darren Vane. Pero eso está bien —la cogió de nuevo por el brazo al sentir su aflicción—. El mundo necesita sangre nueva, fresca y joven. Como la tuya y la de Darren.

—Tampoco eres tan mayor —refunfuñó, reteniendo el puchero que estaba a punto de dejar correr.

—No, es cierto. Pero me siento un anciano. Ya he vivido bastante. Tuve una infancia feliz en el pueblo de mis padres, estudié y di honor a mi familia. Me nombraron Capitán y surqué varios mares. Me hice hombre en la mar, aprendiendo de aquí y de allá hasta el suceso que ya te expliqué. Me enamoré, perdí y escampé hijos por doquier. Ahora, a estas alturas, todavía quedaba sitio para alguien importante en mi vida: tú. He luchado por ti y ahora quiero que sigas tu camino.

La cara de Áurea estaba empapada, no concebía la idea de dejar a Sao solo. No, después de todo lo vivido.

—No voy a irme sin ti, me niego.

—Entra en razón... Llegará un día en el que te casarás, tendrás hijos y harás cenas en tu mansión de Inglaterra. Verás llegar a Vane cargado con tu primogénito en las espaldas e iréis a navegar con frecuencia junto a vuestros amigos. Eres muy joven, Áurea. Y yo no soy tu compañero. Seré tu compañero cuando escribas sobre mí en ese diario del que un día hablamos. Pero no seré nada más que un bello recuerdo lleno de sabiduría... Con el tiempo, tu dolor por mí desaparecerá. Siempre me has obedecido, esta vez también debes hacerlo. Vuelve al lado de Vane y quédate con él hasta el fin de tus días.

—Vendré a buscarte, cuando todo esto acabe. Vendré con el barco de mi tío Asher, él fue Almirante de la marina Inglesa y tiene un navío. Vendré a por ti y te llevaré a Inglaterra para cumplir mis promesas —explicó entre hipos ahogados en un tormento desesperado. Se le hacía insoportable abandonarlo. Le dolía la garganta y le temblaban las comisuras de los labios.

—Vete, Áurea. Debéis partir de inmediato.

Aurea se levantó con las piernas trémulas, depositó un casto beso sobre los labios de Sao mientras acariciaba su pelo y abandonó corriendo la estancia, rompiéndose en mil pedazos.





CAPÍTULO 17

CONOCIENDO AL AMIGO

Llegaron con el oro de Cortés a los navíos, cargado por caballos que simulaban portar viandas. Convencer a los hombres de a bordo fue relativamente fácil. Se aumentaron las reparticiones y se dieron buenos argumentos abalándose con el poder de Áurea en Inglaterra.

La tripulación de *La Golondrina* accedió de buen grado al nuevo rumbo, pero el buque inglés no estaba conforme con dejar atrás al Capitán Richard Withian, Conde de Dorset.

—No nos compete a nosotros juzgar al Capitán Withian —observó el segundo de abordó, Brian. Un oficial condecorado podrido en la corrupción.

—Él ha arriesgado todo por cuanto hemos luchado. Ha secuestrado un miembro de la realeza británica sin previo aviso y por su propio interés. Es lícito que devolvamos a la chica bajo los preceptos mencionados —explicó Vane, a ese hueso duro de roer.

—¿Cómo voy a explicar que he dejado a mi Capitán en esta Isla?

—No tiene por qué explicarlo, diremos que lo abatimos entre todos. En favor de la joven dama. Ella es suficiente testigo. ¿Acaso usted tenía conocimientos de los planes de Richard?

Brian cojeó, dedicando una mirada severa a Darren Vane. Aunque le pesara, tenía razón. No había sido informado de aquellos planes con antelación. Y eso que él era el segundo de a bordo y debía conocer esos detalles. Habían arriesgado inútilmente sus posiciones, sus intereses... No merecía la pena secuestrar a una dama. Y menos a Áurea Talbot.

—Lo cierto es que no supe de la existencia de la señorita hasta el día en que usted se la llevó a su navío. Si no hubiera sido por su aparición, quizás nunca lo hubiera sabido. Al fin de cuentas, es un acto de traición. El Capitán debió confiarme esa información. Aunque pienso que no me lo dijo porque sabía que no estaría de acuerdo. Sí, para nadie de los que estamos aquí, es un secreto que yo sea un corrupto. Recibo pagos de piratas a cambio de mi silencio, saqueo algún que otro botín interesante y me tiro a la mala vida con frecuencia... Pero no secuestro a mujeres que podrían ser mis hermanas —miró a Áurea, avergonzado—. Disculpe todo lo ocurrido, Lady Talbot.

—¿No dijo que era una Cavendish? —espetó uno de los marineros que escuchaba la conversación, asustado por si habían sido engañados.

Áurea negó con la cabeza, si algún día pretendió mantener en secreto su identidad, ya no merecía la pena. Notó la mirada confundida de Vane sobre ella.

—Lord Kensith, explíqueles mejor mi descendencia. Creo que ha habido una confusión —decidió tomar como testigo al contramaestre para que nadie dudara de ella.

—La señorita Áurea es una Cavendish, su madre es Elizabeth Cavendish, hija del décimo Duque de Devonshire. Sólo que su apellido es Talbot, porque su padre es el Marqués de

Salisbury, Robert Talbot.

—Gracias por la aclaración, Lord Kensith. ¿Ahora ya podemos partir?

—¡Vamos marineros! ¡Ya sabéis lo que hay que hacer! —vociferó Brian.

—Señor Penton, usted dirija la embarcación de *La Golondrina*. Yo debo quedarme en el buque de mi padre para marcar el rumbo —ordenó Darren.

Will Penton afirmó con un toque de cabeza y subió al barco pirata que ondearía bajo la bandera inglesa como navío mercader. Tenían un largo camino por delante y mucho tiempo para pensar en qué iban a contar.

Áurea lo tenía claro: Richard Withian la secuestró con la ayuda de las montañas y otros secuaces (los que se habían quedado con él). Fue vendida a los traficantes, pero los mercaderes, capitaneados por Darren Vane, hijo de Richard, la encontraron y la salvaron. El resto de la tripulación se ofreció a ayudarla, abatiendo al Capitán Withian de un golpe con arma blanca.

Sí, no estaba muerto. Y podía ser peligroso mentir a las autoridades, pero era la única forma de justificar el hecho de que no fuera con ellos. Si algún día aparecía, no le daría la oportunidad de contar su versión de lo ocurrido. En cuanto su familia supiera lo que ese hombre le había hecho, ellos mismos se encargarían de enterrarlo vivo.

¡Tenía tantas ganas de ver a su madre! ¡De fundirse en su cálido abrazo! Deseaba contarle todo a su padre y que la regañara por haber cometido tantas temeridades. Pero sobre todo, ansiaba con todo su corazón, poder reencontrarse con su hermano.

¿Qué diría tía Karen?! ¿Cuándo le contara sus hazañas? ¿Qué diría tía Gigi cuando le explicara que había usado sus conocimientos en los peores momentos? ¿Y tía Elisa? Con su habitual pragmatismo seguro que soltaría algún comentario ingenioso haciéndoles callar a todos.

¡Oh! Aquello que había vivido era digno de incorporarlo al historial familiar. Sí, estaba feliz por el viento que soplabla a su favor. Por las renovadas esperanzas de volver al hogar.

Pero por otro lado, sentía una gran congoja por Sao Hang. Lo había dejado solo. Tenía algunos hombres y algunos haitianos a su alrededor, pero nada parecía ser suficiente.

Él estaba muy débil y temía lo peor... Pensaba volver. Quería verlo una vez más, asegurarse de que estaba vivo. Devolverle los favores y agradecerle todo cuanto había hecho por ella.

Sentía el compañerismo de aquella gente, su admiración y su sencillez. Y sabía que nada volvería a ser igual. No podría serlo de ninguna forma. Mucho menos después de haberse convertido en un monstruo entre monstruos. Aquel era su lugar.

¿Cómo podría soportar los protocolos ingleses? ¿Las conversaciones vacías? ¿Cómo lidiar con esa frialdad? Cuando entre los forajidos había sinceridad, aunque ésta a veces fuera hiriente o propia de gañanes. Se había acostumbrado rápidamente a una conversación directa, sin finuras ni adornos. Se sentía parte de aquella gente y los sentía su familia.

Las cenas alrededor del fuego, las risas y los bailes... Los problemas solventados entre todos, la humanidad existente en el fondo de esos corazones. Más humanos que aquellos que se jactaban de ser avanzados. No eran educados y la mayoría no sabían ni leer ni escribir. Pero todos tenían historias que contar. Cada uno tenía un granito de arena que aportar en la comunidad. Y no importaba si tenían los dientes rotos o si les faltaban dedos. Sabía que tía Karen la comprendería, tía Gigi también. Pero no estaba convencida de que su madre lo hiciera. Seguramente tratarían de retenerla una vez volviera a casa, pero ya no podrían hacerlo.

Debía hablar con ellos para que otorgaran un título a Vane, quizás el de su propio padre podría servir. Estaba claro que no era tan sencillo ni las cosas funcionaban de ese modo, pero iba a intentarlo. Iría en busca de la abuela de Vane, buscaría su apoyo.

Aquello era pensar en demasiadas perspectivas de futuro. Demasiados planes. De momento

debía concentrarse en la vuelta y en las explicaciones. Luego vendría lo demás. Si algo había aprendido con todo aquello, era a no hacer estrategias de larga duración. No servían para nada. La vida era imprevisible.

La cuestión era que había sobrevivido. Había salido victoriosa de un fatídico secuestro. Llevaban el oro a bordo y los hombres habían depositado su confianza y sus esperanzas en ella. No podía fallarles.

—¿En qué piensas? —preguntó Vane, sacándola de su epígrafe.

Ya habían iniciado el rumbo, ella se mantenía en cubierta, con un gran sombrero regalado por Eva y un vestido comprado en el poblado de Tortuga. Se veía hermosa, radiante. Llena de vida. Lejos había quedado aquella niña indefensa, era toda una mujer con mucho por aprender y mucho camino por recorrer. Lucía tonos añiles en su traje de algodón fino, a juego con la gran pameleta color crema. Incluso traía guantes, había podido dar con unos. Y eran un alivio para escapar del sol. Botines y medias. Toda una dama preparada para volver a la civilización, para volver a su mundo. Sólo los rasguños de su cara la delataban.

—Pienso que me será muy difícil volver —lo miró, surcando las pestañas oscuras que amenazaban con iniciar un baile virulento—. He estado demasiado tiempo en el mundo real como para volver a ese lugar repleto de surrealismos y nimiedades. No creo que pueda soportar a nadie más que mi propia familia, y eso no es suficiente en una sociedad como la mía.

—Han pasado casi cinco meses...

—Lo único que me empuja hacia ese destino, es mi sangre, mi hogar. Y por supuesto, cumplir con mi pacto.

—Estoy decidido a pedir tu mano en cuanto lleguemos —confesó Vane, soplando sobre la nuca de Áurea mientras miraba hacia el horizonte—. ¿Cómo es tu padre? Para hacerme una idea...

—Creo que podéis llevaros muy bien. En su juventud era apodado el salvaje.

—¿Y eso? —rió entre dientes el pirata.

—Es medio escocés, y para los ingleses eso es como ser una especie de hombre de las cavernas. Lo cierto es que mi padre es bastante rudo, no es muy afín a los convencionalismos. Por eso pienso que podéis encajar perfectamente. De todas formas, Vane —tomó su mano, haciendo correr la tensión desde su cuerpo hasta el de él—, diga lo que diga mi familia, estoy dispuesta a...

—No, no lo digas. Todavía no te lo he pedido como es debido.

—Darren...No es necesario...

—Permíteme hacerlo como es debido. Tú serás la única cosa correcta que he hecho en mi vida; y por eso, no quiero actuar abruptamente. No quiero que pasen los años y digas: "No tuve un cortejo...", "No tuve una pedida de mano...". Para las mujeres estas cosas son muy importantes... O eso me contaban las muchachas del lupanar de mi madre, siempre se quejaban de no haber podido tener nada en su juventud de lo que enorgullecerse. Déjame construir una relación con buenos cimientos. Más allá de la pasión que desborda nuestros cuerpos —apretó los nudillos contra la palma de su mano, acariciando con ahínco esa zona hasta tensar cada pelo de Áurea.

—Capitán Vane, es usted el mejor pretendiente que una dama pudiera tener —sonrió ella, removiendo uno de sus tirabuzones blancos en el aire.

—¿Sería tan amable de cenar conmigo? Esta noche, en las dependencias del Capitán.

Áurea no tenía demasiados buenos recuerdos de esas habitaciones. Richard se lo había hecho pasar muy mal en ese lugar. Pero no quería estropear las buenas intenciones de Vane, así que aceptó y se retiró a su camarote para descansar.

—¡Señora! —la voz de Howall Bonnet, el fiel marinero de Darren, repicó contra el agua de su tina—. El Capitán la está esperando...

—Ahora mismo salgo —se incorporó de un salto, no quería hacer esperar a su cita. ¡Ya era de noche! Se colocó el otro vestido que había podido comprar gracias a una de las monedas de Cortés y peinó su pelo en forma de un bonito semirrecogido. Iba de color púrpura suave, con adornos florales en el escote y en las mangas.

Al salir, se encontró con Vane. La estaba esperando, ataviado con un chaqué marrón brillante con aspecto encuerado y una camisa negra con el cuello blanco. ¡Se había arreglado! Darren Vane vestido con sus mejores galas. Incluso se había cambiado los pendientes, portaba una bonita lágrima de ónice negro en la oreja izquierda y un pequeño diamante en la derecha. Sus dientes estaban más blancos que de costumbre y su barba bordeaba el mentón con una gracia sutil que sólo él podría portar.

—Miladi —extendió la mano, llevándose la otra detrás de la espalda mientras erguía su postura. Áurea quedó sorprendida con aquel despliegue de buenas formas, no tenía ni idea de que Vane supiera hacer eso. Colocó los dedos sobre los de él, con el defecto protocolar de que ni uno ni el otro, llevaban guantes. No era necesario; no, entre ellos.

Los piratas hicieron un corrillo a su alrededor sosteniendo velas en sus manos, y Áurea no pudo evitar el sonrojo. ¡Era toda una velada! Una de aquellas noches míticas, mejor que las del Buckingham Palace.

Sostuvo la respiración con dificultad mientras sus piernas andaban solas por donde Vane la guiaba. Al contrario de lo que pensó, no entraron en el camarote de Richard. Subieron unos escalones hasta llegar a una especie de altillo en cubierta, iluminado por la luna creciente. Desde él, se veía el mar abierto. Las olas ennegrecidas repicaban contra el casco de proa, chispeando sobre el mantel rojizo que, muy elegantemente, decoraba la mesa. Una mesa que había sido dispuesta en el centro, con dos candelabros que bailaban de izquierda a derecha al son de la marea.

Darren corrió una de las dos sillas, indicándole que se sentara. Ella aceptó y esperó a que él tomara asiento. Lo hizo con estilo, con buen porte e incluso galantería. ¿Se lo habían cambiado? ¡Ese no era Vane! Tenía que ser un impostor.

Howall Bonnet y Robinson Rouson, un joven aprendiz, subieron tras ellos y empezaron a entonar una canción bastante bien afinada y muy bien acompañada por el tamborilete de Craig Perkuson, un viejo lobo de mar con el pelo completamente blanco y la cara rasgada.

Áurea no tenía palabras para tanta dedicación. ¡Esos hombres hacían todo eso por ella! Y no les importaba su estatus social ni su aspecto. Simplemente obraban con el corazón, libres de condiciones.

Al terminar el ritmo, aplaudió con frenesí y dedicó halagos de sincero agradecimiento a los tres miembros del grupo musical.

—¿Te ha gustado?

—No tengo palabras... —repuso Áurea con los ojos vidriosos y la mano sobre el pecho.

—Señores...La cena.

El cocinero llegó cargado de succulentos platos que Áurea devoró. Había pasado semanas comiendo arroz y fruta. Aquello era un manjar digno de reyes. ¡No podía evitar recordar la dieta de Sao! ¡Cómo la había engordado! Ahora era una mujer fuerte y que comía con apetito.

—Bien... Veo que tenías hambre —dijo al fin Darren, después de que su compañera dejara el hueso de la ternera sobre el plato.

—Ay, disculpa —se llevó una mano comedida sobre los labios en posición de dama remilgada.

Una posición que ya no le quedaba nada bien.

—No tienes que pedirme perdón. No tienes que pedirme perdón por nada —cogió sus manos después de que Áurea se las limpiara en un cuenco de agua bañada en limón—. De ahora en adelante no quiero que existan motivos para las disculpas. Las cosas entre nosotros no se han desarrollado comúnmente, me imagino que en tu sociedad no deben besarse ni tocarse hasta el matrimonio... —Áurea se agitó, removiendo las falanges entre las de Vane—. Te encontré encerrada en un armario, te llevé a mi navío y me enamoré de ti. De hecho, me enamoré a primera vista. Luego, mi padre complicó las cosas... Con lo de la venta. Confundimos las situaciones... Nos odiamos, y nos castigamos. Pero no tuve el valor de matarte. ¿Cómo matar a la persona que guarda mi corazón? Sería un suicidio —sonrió con la comisura de los labios ladeada, penetrando en la mirada de Áurea a través de su corriente marítima—. Me explico muy mal... Quiero decir, que he sido un completo idiota. Y ahora pretendo no perder lo que sé que me hace feliz, tú. Desde que mi madre murió, no he sentido el calor de un hogar. Si es que algún día lo tuve... Pero en tu mirada encuentro la lumbre de un salón, el olor de una sopa hecha con amor, el candor de una casa repleta de vida...

—Oh... Vane... No sé qué decir —bajó la mirada, mirando a los lados, para luego volver a mirarlo y depositar sus pozuelos añiles sobre los de él—. Sé que nos conocemos poco, que apenas hemos compartido unos momentos de pasión desenfrenada... Pero yo siento lo mismo que tú. Me siento viva a tu lado...

—Yo también —se levantó de un salto el Capitán para tomarla entre los brazos, saltándose cualquier norma del decoro que pudiera existir. La levantó con un gesto enérgico y la hizo girar en una balada compuesta por el murmullo del mar en medio de la noche. Bailaron bajo la luna por minutos, cuerpo con cuerpo. En silencio.

—¿Dónde has aprendido todo esto? —musitó Áurea, después de que Vane iniciara un compás digno de un Duque.

—Mi madre siempre me dijo que debía prepararme para las finuras del mundo de mi padre. Las cortesanas que visitaban el burdel me instruían en lo básico. Las cortesanas son mujeres que trabajan en las cortes, y saben desenvolverse en ellas...

—Entiendo... ¿Por qué pensó tu madre que debías prepararte? Quiero decir... Tu padre... —no supo cómo terminar la pregunta sin parecer ofensiva.

—Supongo que siempre tuvo la esperanza de que mi padre me reconociera... —respondió, haciéndola girar en torno a él.

—¿Amas a tu padre?

—No. No lo amo. Pero es mi padre... Como él tampoco me ama, pero siempre me llamó hijo...

Áurea miró al suelo, incómoda. ¿Sería capaz de matar a Richard después de esa respuesta? Recordó las palabras de Sao Hang: ¿serás capaz de matar al padre del hombre que amas?

—Una vez me dijiste que tenías hermanos...

—Sí, pero no los conozco... Lo único que sé es que son más pequeños que yo... Hijos de francesas, italianas, japonesas e incluso africanas.

—¿De dónde era tu madre?

—De Jamaica, pero vivía en Inglaterra cuando conoció a Richard.

—¡Ahora entiendo tu cuerpo! Tan alto y bien proporcionado...

Se dio cuenta de su error demasiado tarde, Vane soltó una sonora carcajada.

—Sigues siendo un gorrioncillo —musitó Darren, acercando los labios a su cuello hasta besarlos. Recorrió la cordillera de su garganta con la nariz pegada a ella. Aspirando su aroma y regándola de las caricias que sus toscos labios dejaban tras el recorrido.

Áurea dejó ir un suspiro propio del estremecimiento, con la piel erizada y los vellos en punta. Con la mano temblorosa, buscó el espacio que quedaba entre la mandíbula y el gaznate masculino. Aferró su mano ahí, con la intención de repasar la barba que dibujaba vetas negras. Era plácido el cosquilleo que se dedicaban mutuamente. Un tintineo vacilante del verdadero estallido de trompetas que estaba por darse.

Sus ojos se encontraron junto al destello lunar que atrapó ese instante. Se bañaron en el agua ocular hasta necesitar una unión más física que fue dada a través de un beso. Un beso sin poesía que pudiera describirlo. El roce de dos mareas vivas. Ni toda la espuma del mar en la cara ni toda la brisa en el pelo, hubieran podido ser tan placenteras como aquel beso.

Era un beso inacabado, una muestra de amor que daba ganas de más, ganas de pechos escotados y perfumes impregnados.

Fueron guiados por el viento hasta la recámara del Capitán, recámara que no tenía nada que ver con lo que recordaba Áurea. Las mantas habían sido cambiadas, los objetos negros habían sido retirados y el aire era fresco, masculinamente sensual.

Besos y más besos con olor a roca perfumada de esencia marina. El semirrecogido de Áurea estaba deshilachado, Vane hacía todos los esfuerzos para ello. Colocaba sus manos entre sus mechones y tiraba de las vetas blancas con delicadeza estudiada. Llegó un momento en el que el lazo era molesto, y fue retirado con cierta rabia. Tirabuzones desordenados cayeron sobre el cuerpo vibrante de la sirena, dándole ese aspecto astral que Vane amaba.

Parecía hecha de espuma, el mar había tomado forma de mujer.

Sintió celos de la tela que rozaba la piel femenina, y arrancó la camisa con su acostumbrada ansiedad. Rompiéndolo todo a su paso hasta dar con la desnudez anhelada.

La quería entera, sin recortes ni disimulos. Se cernió sobre el nácar de sus senos, estimulando a la dama que quería hacer su esposa. Se regodeó con la tirantez de sus puntos álgidos y los gimoteos que ella le regalaba a modo de felicitación por su buen trabajo.

Áurea no tenía los pies en la tierra, se había elevado a las nubes, fundiéndose en ellas en forma de luz. Las caricias eran embriagadoras, los besos apabullantes y las miradas... Las miradas eran de otro mundo. Oscurecidas, palpitantes, posesivas...

La tumbó sobre la cama para llegar a sus piernas, pasó los dedos por encima de la malla de sus medias después de haberle sacado los botines. Lo de Áurea era un goteo, un suspiro húmedo. Incluso ella cooperó para deshacerse de la falda. Permitiendo a Vane verla por completo, sin restricciones.

Darren la miró por largos instantes, quería retener aquella imagen en su memoria. La desnudez de su futura esposa.

Pero cuando iba a unir su cuerpo con el de ella, notó miedo. Sintió que el pavor se apoderaba de su amada, que sus labios se comprimían y sus ojos estaban al borde del llanto. ¿Qué había ocurrido? ¿Qué había cambiado? Ella estaba preparada, no la había asustado. Pero... ¿Qué ocurría?

—¿Qué te ocurre? —susurró él en la cóncava de su oreja pálida—. ¿Voy muy deprisa? Puedo esperar...

Pero Áurea rompió en llanto y se aferró a una almohada, dándole la espalda.

—¿Te he asustado? —insistió él, sintiéndose verdaderamente ruin y cubriendo el cuerpo de Áurea con su chaqué. Se tumbó a su lado y la abrazó—. No llores más, por favor. Y habla conmigo... ¿He hecho algo mal? Bueno... Sé que debemos esperar al matrimonio para esto... Pero me dejé llevar y...

—¡No eres tú! —sollozó Áurea—. Es mi culpa... No soy digna de ti...

—¿De qué estás hablando? Estás confundida...

—No, Darren... No merezco tanto respeto...





CAPÍTULO 18

NADA SERÁ LO QUE PARECE

—¿Cómo puedes decir que no mereces respeto? —reiteró Vane, apoyado sobre su codo y tratando de ver la faz de Áurea. Ella seguía de espaldas a él, aferrada a un cojín. Aunque estaban tumbados, a Áurea le daba la sensación de estar al borde de un precipicio. A punto de terminar con todo. A punto de que Darren la odiara.

Aún con eso, necesitaba ser sincera con Darren antes de que se unieran físicamente. No quería que se enterara cuando ya estuviera en su interior, sería demasiado violento y muy poco considerado hacía él. Según había escuchado decir a su madre, en repetidas ocasiones, los hombres aman a las mujeres pudorosas y recatadas. En cuanto Vane supiera lo de su virginidad, seguro que la repudiaría. La rechazaría.

Y él estaba siendo tan considerado y cortés, que era imposible sentirse todavía más culpable. El argumento de su noche con la prostituta había perdido el sentido por completo. Y tan sólo quedaba el engaño al descubierto. Sin justificaciones ni excusas.

—Yo... —se giró hacia él pero no lo miró, enterró su faz en el colchón—. Tengo que confesarte algo, antes de que... Primero, quiero decir que a quien yo quiero es a ti... Que nunca he sentido algo parecido a lo que siento cuando estoy contigo... Aunque no me creas, yo sólo respiro cuando estoy a tu lado.

—Eh... —cogió su cara y la apartó de la tela, obligándola a mirarlo—. Te creo.

—¡Oh, Darren! ¡Estoy tan arrepentida! —rompió otra vez a llorar.

—¿De qué?

—Es demasiado vergonzoso para decirlo... No me atrevo a pronunciarlo...

—Entonces, no lo digas. No me lo cuentes. ¿Crees que necesito que te confieses ante mí? ¿Soy un maldito cura? Tu actitud sólo es la confirmación de lo que ya sospechaba. ¿Te entregaste a Sao Hang, verdad?

Áurea abrió los ojos, a punto de perderlos en el transcurso del abrupto movimiento. Sus

mejillas se tornaron carmesí y el pulso la hizo sorda por unos segundos.

—Vane... —musitó en tono de disculpa.

—No puedo negar que me molesta —se posicionó de cara al techo, con las manos detrás de la nuca—. Pero estoy convencido de que lo hiciste por despecho. Creíste que me había acostado con Eva y no quisiste quedarte atrás. Es algo típico de las personas inmaduras, desahogarse en otros brazos. Y luego arrepentirse... Yo tampoco he sido un santo. No, con esto no quiero decir que no sientas afecto por Sao Hang, sé que lo aprecias... Pero también sé que no vibras a su lado, que él no te hace suspirar ni te hace sonrojar. Eso sólo lo puedo hacer yo...

—¿Quieres decir que me perdonas?

—No es una cuestión de perdón, sino de comprensión. No ha sido fácil para ti... Te llevamos lejos de tu hogar y confundiste los sentimientos... Estabas asustada... Hiciste lo que creías mejor —reflexionó en voz alta mientras Áurea lo observaba—. No voy a dejar de amarte por esto, gorrioncillo. Ni quiero que te sientas culpable por mí. Quiero que seamos felices, que nos olvidemos de las terribles circunstancias en las que nos hemos conocido. Tampoco yo no actué bien... Estoy seguro de que si te hubiera pedido la mano, no lo hubieras hecho. Las mujeres prometidas son un resguardo. Pero en esos momentos, sólo pensaba en mí. En mí y en mi tripulación. No fue hasta el día en que te encontré en el túnel, que me di cuenta de que debía entregarte más.

—Trataré de olvidar mi error y ser feliz —se incorporó, apoyándose en el codo para ver la cara de Darren—. Aunque nunca podré perdonarme a mí misma... Quería que fueras el primero...

—Y seré el primero. El primero en hacerte volar... En hacerte tocar el cielo. Pero ahora más que nunca, estoy dispuesto a esperar al matrimonio.

—¿De verdad? —sonrió ella, limpiándose las lágrimas con las yemas de los dedos.

—Por supuesto, quiero hacerte mía sabiendo que eres mi esposa. En eso, seré el primero también. El primero en acompañarte al altar, el primero en darte un hijo, el primero en hacerte el amor sin que arrepientas...

—Eres el hombre que toda mujer desea, Darren Vane.

Se abrazaron en el mutismo de la unión que se había establecido. Fue difícil resistir a la tentación, pero al final cayeron dormidos. Durmieron plácidamente, uno al lado del otro. Amándose en el sueño, en la inconsciencia y la paz de espíritu.

Los días a bordo del buque inglés fueron un soplo de aire fresco sobre la vida de Áurea. No tenía que preocuparse por ser agredida o insultada. Y lo mejor de todo era tener la certeza de que pronto llegaría a casa.

Se hizo conocedora de cada rincón del navío. Se sentaba en los sitios menos esperados, observando el mar. Refrescando su mente e inspirándose para sus primeros escritos. Siempre había tenido una imaginación desbordante aunque mala memoria. Por eso corrió a escribir las sucesos más relevantes de su aventura en un bloque de notas que, Brian Kensith, había tenido la amabilidad de ofrecerle.

Escribía durante horas cada detalle que pudiera recordar. Desde el momento en que Richard Withian apareció en la bodega hasta el día en que Sao Hang le había dicho que tenía que irse.

Los marineros y filibusteros la trataban con simpatía, aunque siempre había algún que otro cascarrabias que detestaba su presencia por su condición femenina. Se había hecho con los términos marineros e incluso ayudaba en la cocina o a limpiar la cubierta. Era una más del grupo en todos los sentidos e incluso los más antipáticos la llamaban "Señora".

A Darren le encantaba la facilidad de Áurea para ganarse los corazones de los tripulantes, así como estaba orgulloso de la fortaleza que demostraba tener en cualquier tesitura. En numerosas ocasiones, le enseñaba a llevar el timón. Navegaban uno al lado del otro, él le enseñaba los grados y los nudos y ella aprendía paulatinamente. Incluso en los días de mejor temporal, ella portaba el timón bajo su vigilancia.

Por las noches se encontraban y se dedicaban las caricias más placenteras. Se besaban hasta el amanecer y se despertaban empapados en sudor. Era extremadamente duro cumplir con la promesa de resguardarse hasta el matrimonio, pero merecía la pena. Darren Vane se había arrepentido en algunas ocasiones de esa propuesta, pero al día siguiente siempre se levantaba orgulloso de haber superado un día más. Aplacaba el mal humor con la belleza de Áurea en su cama y con el candor de su mirada ingenua en mitad de la travesía.

Seis meses. Ese era el tiempo que llevaba su hija desaparecida.

Elizabeth Talbot, Marquesa de Salisbury, había caído en una profunda depresión desde hacía tiempo. Vestía el negro riguroso y las arrugas de sus labios se acentuaban cuando hablaba. Los ojos verdes que un día brillaron con luz propia estaban apagados y tan sólo su cabellera dorada seguía resplandeciendo.

Perder a su única hija era una desgracia para la que no había sido preparada. Y ya tuvo suficiente con la muerte prematura de su hermana mayor, Audrey. No le encontraba sentido a nada de lo que la rodeaba, había días en los que ni si quiera tenía ganas de levantarse de la cama.

Pasaban por su mente miles de recuerdos y echaba de menos a demasiadas personas, entre ellas, a su padre y a la Baronesa Viuda de Humpkinton.

—Bethy, es la hora —anunció Georgiana, otra de las hermanas menores de la Marquesa. Georgiana era licenciada en medicina y portaba una cabellera rojiza escandalosamente sensual. A pesar de los años, conservaba su porte y su voluptuosidad características.

Al no hallar el cuerpo de la hija del Marqués, se había establecido oficiar una ceremonia a un

nicho vacío. A pesar de que nadie sabía qué había ocurrido realmente. ¿Estaría perdida por los confines del mundo? ¿La habrían matado? No se había reclamado un rescate por ella, así que suponían lo peor.

Elizabeth se levantó ayudada por Karen y Georgiana y salió de la recámara para encontrarse con su última hermana: Elisa Hamilton.

Se fundieron en un abrazo sentido y siguieron el camino hasta el recibidor. En él estaban Robert Talbot y Roderick Hamilton, buenos amigos desde la juventud.

—Siento mucho todo esto, señora —habló el Duque de Hamilton, dirigiéndose a su cuñada por "señora", tal y como siempre lo había hecho.

—Roderick, agradezco que hayas podido venir. Sé que estás muy ocupado —trató de sonreír en balde, aceptando el beso que su cuñado le depositaba sobre el dorso de la mano.

—¿Cómo no iba a venir? Siento a Áurea tan hija mía como la pequeña Cathaline...

Robert apretó los párpados, recordando a su única niña. ¡Tanto la había cuidado y mimado! Y ahora tenía que despedirse de ella a través de una caja vacía. Era desolador, inexplicable. Sentía que había fallado a su hija, que no la había protegido.

—¡Mamá! —irrumpió Ronny, abriendo la puerta principal de la casa con tanta fuerza que hizo chocar el pomo contra la pared. Tras él, iban Asher Stanley, el marido de Karen y Conde de Derby y Edwin Seymour.

—¿Qué ocurre? —se sobresaltó Elizabeth, abriendo los brazos para recibir a su primogénito.

—¡Hemos encontrado a Áurea!

Elizabeth se desmayó entre los brazos de su hijo y fue llevada al diván más cercano por su esposo. Brianna la despertó con sales y cuando abrió los ojos, el verde volvía a deslumbrar a sus interlocutores.

—¿Habéis encontrado a mi hija?

Robert miraba impaciente a sus cuñados, agitado y lleno de esperanzas.

—El Capitán Richard Withian nos ha mandado una misiva —inició Asher, quien fuera Almirante de la marina inglesa—. Por lo visto, la piratería todavía sobrevive y el Capitán dio con un navío de esta índole. Cuando lo abordó para terminar con sus fechorías, encontró a Áurea maniatada en su bodega.

—¡Mi niña! —Bethy se llevó una mano sobre el pecho.

—¡Condenados! —escupió Karen.

—Deben pagar por lo que han hecho —ultimó Gigi.

—Dejad que termine de hablar —cortó Elisa, con su tranquilidad innata.

—Los piratas la llevaban a bordo para venderla, aunque no se sabe cómo consiguieron secuestrarla... La cuestión es que Richard la encontró a tiempo.

—¡Que Dios bendiga a Richard Withian! —convino Robert.

—Pero por desgracia, no pudieron acabar con los desalmados traficantes y tomaron posesión de su navío. Por lo que ahora, Áurea va a bordo de un buque inglés capitaneado por un infame pirata de nombre... Capitán Darren Vane. Por lo visto, una pieza en alta mar. Buscado por cientos de delitos y crímenes deliberados contra la Corona. La tripulación se ha puesto de su lado y su plan es devolver a la joven.

—¿Devolverla? —se extrañó Elisa.

—Sí, quiere devolverla. Ha sabido que se ha metido con quien no debía y se dirige hacia aquí. Pretende hacernos creer que ha sido él quien la ha salvado de Richard e incluso, tiene la osadía de pedirnos indultos y compensación económica. Los tripulantes están a su favor por el dinero que les ha prometido.

—¿Y dónde está Richard ahora?

—Lo dejaron mal herido cerca de una Isla llamada Tortuga, los franceses lo han ayudado.

—¡Esto es indignante! ¡Ese tal Vane quiere manipularnos! —se enervó Robert—. El único indulto que le daré es colgarlo de la primera soga que encuentre.

—Salimos de inmediato hacia ellos, no dejaremos que sigan teniendo posesión de nuestra sobrina —intervino Edwin—. Con el navío de Asher y la ayuda de algunos hombres, interceptaremos su nave y cogemos a ese tal... Capitán Vane.

—Sí, por favor —se levantó de un salto Elizabeth—. Id a buscarla. No puedo ni imaginar por lo que estará pasando nuestra dulce e inocente Áurea. Tanto tiempo lejos de su familia, de los suyos...

—Iré con vosotros —afirmó Karen y nadie la contradujo, ya no estaban en disposición de contradecirle nada a la Condesa.

—Yo tengo que esperar a que Thomas llegue con las niñas, me quedaré aquí con Bethy —explicó Gigi.

—Está bien, entonces iremos: Edwin, Asher, Karen y yo —resumió Robert.

—No, yo también vengo —se ofreció Roderick, entrenado en las artes de la guerra y fiel protector de Robert por costumbre.

Pasaron por al lado del ataúd vacío, subieron a los caballos y se dirigieron al puerto con presteza.

—Ojalá la encuentren sana y salva —dijo Alice Seymour, abrazándose a su hermana Mary.

—Estoy segura de que lo harán —respondió ella, ondeando su mirada fría por el salón mientras su tía Bethy ordenaba retirar todos los objetos de luto.

—¡No quiero nada de luto! —vociferaba la Marquesa—. ¡Mi hija está viva!

Incluso subió corriendo las escaleras del castillo para cambiarse de ropa y ponerse un bello traje de color esmeralda.

—¡Tan Bethy! —rio Gigi.

—¿Por qué te ríes de tía Elizabeth, mamá? —inquirió Perla, una de las joyas de Norfolk.

—Es verdad. Tú siempre dices que no debemos reírnos de nuestras hermanas —agregó Ámbar.

Cuando las Cavendish y las hijas de éstas se reunían, se formaba un alboroto digno de ser estudiado aparte. Unas lloraban, otras se consagraban a Dios mientras las últimas se burlaban de todo. Era normal que Áurea hubiera sobrevivido en un mundo tan diferente, porque su familia era algo bien excepcional.





CAPÍTULO 19

ASÍ NO SE TRATA A UNA DAMA

—Y a estamos llegando a Inglaterra, tan sólo nos faltan tres semanas —informó Darren Vane a Áurea Talbot.

—¡Tengo tantas ganas! Ganas de ver a mis padres y a mis tías. Ganas de que pidas mi mano y nos casemos cuanto antes... —suspiró, cogiéndole las manos llena de dicha.

—Espero que tu padre me acepte —se peinó el flequillo, nervioso—. Tengo esperanzas después de la historia que me contaste sobre tu tía Elisa. Si tu tío Roderick, siendo un mercenario, tuvo cabida entre la familia... Quizás perdonen mi pasado de pirata.

—¿Renunciarás a tu esencia? Ser pirata es mucho más que robar y delinquir... —Áurea se dio cuenta de lo mucho que había cambiado su percepción acerca de la piratería—. Es un modo de vida, una rebeldía y un anhelo de libertad. Es vivir entre iguales, sin conversaciones vacías ni veladas superfluas.

—No tengo otro remedio si pretendo casarme con la hija de un Marqués.

—¿Has pensado en hablar con tu abuela? Quizás ella sepa algo del testamento de tu padre... Cuando lleguemos todos creerán que está muerto. Quizás te reconoció... Y si eres un Conde, después de casarnos... Podemos volver aquí, a este mundo.

—No tengo muchas ganas de hablar con una mujer que nunca se preocupó por mí. Me consta que sabía de mi existencia, pero mi abuela no es más que otra estúpida aristócrata. Un culo fino que se cree mejor que nadie. Sobre todo, mejor que un bastardo.

—Pero eres su nieto... Eres su sangre... No sé Darren, no me gusta que tengas que renunciar a una parte tan importante de tu vida...

—¡Capitán! ¡Un barco se acerca por estribor! —alertó el vigía desde la cola.

La brisa dio paso a una bruma espesa de color verdoso. El silencio se tornó atronador y los pájaros alzaron el vuelo dejándolos solos.

Áurea se acercó a Craig Perkuson para que le diera el catalejo, pero en cuanto estuvo a pocos centímetros del viejo músico, una flecha le atravesó el gáznate. Dejando la punta de la misma de cara a Áurea y provocando un gorgoteo de sangre que manchó el vestido de la joven.

—¡Diablos! ¡¿Quiénes son?! —vociferó en un ataque de cólera, mientras el viejo Perkuson caía desplomado.

—¡Su navío se llama "*La Pantera*"! —contestó el vigía siendo disparado pocos segundos después.

Áurea no lo podía creer. ¡Eran sus tíos! ¡Por Dios! ¡Estaban matando a sus amigos! La pólvora perforaba a esos hombres sin compasión. ¿Quiénes eran para cometer semejante atrocidad? ¡Por

lo menos deberían haber hablado!

—Áurea, agáchate —se tiró Darren sobre ella—. Estamos siendo atacados por un navío inglés. No lo comprendo...

—¡Ella nos ha traicionado! —alarmó uno de los bucaneros, señalando a Áurea mientras cargaba la pólvora en su escopeta—. Cuando fue a las tiendas del poblado, mandó una misiva a los suyos... ¡Nunca debimos confiar en una noble! ¡No somos más que ratas para ellos!

—¡No! —negó ella con rotundidad—. ¡Jamás os traicionaría! ¡Para mí no sois ratas! Quedamos en que no mandaríamos ninguna misiva por miedo a confusiones, que esperaríamos a poder hablarlo en persona...

—Nuestra Señora no es de ese tipo —abogó Howall Bonnet—. Ella no es una noble, es una pirata. Seguro que ha sido Richard con la ayuda de los franceses —explicó, atrincherado detrás de una bota y disparando hacia el enemigo.

Áurea temió que Karen resultara herida con aquella bala que disparó Howall Bonnet, pero a su vez, temía por la tripulación.

—¡Cargad la artillería! —ordenó Vane.

—¡No!

—¿Cómo qué no? —repuso él, molesto.

—Es mi familia —contestó ella, con la mirada cargada de sentimientos contrarios.

—Si es tu familia, ¿por qué no han hablado con nosotros? ¿Por qué nos atacan sin preguntar?

—¡No lo sé! ¡No lo sé! —negó, desesperada, viendo como los forajidos caían uno tras uno. Como moscas sin importancia. ¡Sentía tanta impotencia! ¿A nadie le importaban esas vidas? ¿No merecían un juicio justo?

—¡Buena puntería Karen! —alabó Robert a su cuñada, dándole una palmada sobre el hombro.

Entre Karen y sus cuñados existía ese tipo de camaradería. Entrenaban juntos y se retaban habitualmente. Por eso, para nadie resultaba extraño que la Condesa de Derby estuviera en primera fila haciendo uso de su arco y de su escopeta.

—¡Ya no veo a Áurea! La he visto hace un momento, al lado de un maleante... Pero el Capitán la ha cogido.

—¡Es el momento de abordar! —anunció Asher—. ¿Sería mucho pedir que te quedarás aquí?

—¡Por favor, marido mío! ¿Después de dieciséis años todavía haces esas preguntas? —respondió ella, aferrándose a uno de los cabos dispuesta a saltar.

Edwin, ataviado con una gabardina negra y luciendo una barba canosa, se aferró a otra cuerda.

—Será mejor que detengamos el fuego, los que queden vivos merecen tener un juicio justo —habló, mirando a Robert significativamente.

—No podemos matar al Capitán, las leyes de alta mar lo prohíben —explicó Asher, leyendo las intenciones del Marqués de Salisbury.

—Trataré de controlarme. ¡Vamos Roderick!

Abordaron el navío empapado de sangre, clavando sus botas sobre la cubierta de forma sonora. Se habían asegurado de disparar sólo a hombres. Por lo que esperaban encontrar a Áurea en la bodega.

Anduvieron a través de los cadáveres, abriéndose camino a tiros cortos y a golpes de espada. Los piratas luchaban ferozmente, Roderick iba por delante. Como gigante que era, se llevaba a dos a la vez en cada paso. Asher iba al lado de su esposa, batallando espalda contra espalda. Edwin y Robert iban por el flanco derecho. Y el resto de los hombres, detrás de ellos.

Cuando creían tener la situación dominada, vieron a su niña en medio de la multitud. La albina, con la cabellera más larga de lo que la recordaban, sostenía una espada en las manos y los miraba

desafiante.

—¡Áurea! —exclamó su padre, al ver a la niña de sus ojos, feliz de encontrarla sana y salva. Pero Áurea no corrió a sus brazos ni sonrió al verle, Áurea se mantuvo de pie al lado de un hombre alto y de aspecto exótico.

La pequeña no parecía la misma. Su mirada era fuerte y sostenía la espada de forma profesional. Sus tíos detuvieron la masacre y concentraron su atención en ella. En especial, Karen.

—Pequeña... —musitó Edwin, alargando la mano para que se acercara a ellos, para recibirla en un abrazo necesitado. Áurea fue amamantada por su difunta esposa durante varios meses y, por eso, le guardaba un cariño especial.

—¿Cómo habéis podido hacer esto? —cuestionó la Señora de los Forajidos, con los ojos llenos de lágrimas y un nudo en la garganta. Firme en su posición de defensa, inamovible al lado de un Capitán Vane desarmado. Darren había escogido la rendición. No pretendía luchar contra la familia de su amada, sería incapaz de dañar a los suyos. Además, estaba desolado. No podía creer que el padre de Áurea hubiera sido capaz de matar a tantas personas sin ni si quiera preguntar. Se había metido en la boca del lobo, aquella gente no era como Áurea. Aquella gente se creía con el derecho de arrebatar la vida de quien no ostentara un título.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Robert Talbot, confundido.

—¡Mira a tu alrededor! —señaló los cuerpos inertes de los que habían sido sus leales compañeros durante meses, incluso Howall Bonnet había muerto—. ¡Has matado a mi gente!

—Estás confundida —decretó su padre, moviendo la mano en un gesto conciliador—. Ellos te habían secuestrado. Te han arrancado de tu familia. Nosotros somos tu gente. No sé qué mentiras te habrán contado pero imagino que Richard Withian...

—Oh papá —se lamentó Áurea, dejando caer una lágrima mejilla abajo; aquella mejilla que Robert había besado tantas veces—. Siento verdadera lástima por ti. ¿Has creído las palabras del perro de Richard?

—Él ha sido quien nos ha informado de tu paradero, es el Conde de Dorset —argumentó, bajando la espada y buscando algún resquicio de la niña que recordaba en aquella mujer que lo estaba retando.

—No, papá. Richard Withian fue quien me secuestró. Y Darren Vane y esta gente a la que acabas de matar, han sido los que me han ayudado a escapar.

—Lo que imaginaba, te han llenado la cabeza de mentiras —Áurea sintió la sangre hervir. ¿Pero por quién la estaban tomando? ¡La estaban tratando como a una enferma mental! ¿Qué sabían ellos de la verdad? ¡Eran unos idiotas! Aunque le doliera pensar aquello de su padre y de sus tíos.

—¿El Capitán? —preguntó Asher, en su función de Almirante.

—Lo tiene delante, *señor* —habló el hombre al que Áurea custodiaba, arrastrando el señor de forma despectiva.

—Queda arrestado por su deliberada comisión de crímenes contra la Corona, entre ellos el secuestro de Áurea Talbot. Hija del Marqués de Salisbury. Se le dará un juicio justo antes de que sea condenado a la horca.

—¡No os lo llevaréis!

—¡Áurea! ¡Entra en razón!

—He oído a hablar de estos casos, las personas secuestradas suelen confundir el papel de su secuestrador y llegan a idolatrarlo —explicó Edwin—. Creo que a nuestra sobrina le está costando discernir la verdad de la mentira. Incluso puede ser que la hayan chantajeado si no se ponía de su lado... Será mejor que la reduzcamos y la llevemos a casa, allí podrá poner sus ideas en orden. Su madre la ayudará.

—¡Tío Edwin! ¿Tú también? ¡Qué pena dais! No sois más que unos monstruos. Habéis llegado aquí, cargados con toda vuestra prepotencia y preponderancia para arrancar la vida de decenas de hombres sin previo aviso. Monstruos.

—¿Monstruos? ¿Nosotros? Ya veo que no estás en tus cabales. ¡Cogedla! No le hagáis ningún daño —imperó Robert a sus secuaces—. En casa te espera tu madre. Esta gente te ha lavado el cerebro, quiero ver a mi hija. Y no quiero ver a una mujer manipulada por los verdaderos monstruos de todo esto.

Uno de los soldados se posicionó frente a Áurea, pero ésta levantó la espada, dispuesta a defenderse hasta el final. El lacayo sólo quería desarmarla, así que levantó su arma suavemente con la intención de dar una estocada sobre la empuñadura de la dama.

No obstante, sus pretensiones fueron fallidas en cuanto la pelinegra detuvo el sentido de su hoja con una sola estocada.

—¡Karen! —dijeron los hombres al unísono, viendo como la Condesa de Derby se posicionaba entre ellos y Áurea, con gesto beligerante.

—Si mi sobrina dice que Darren Vane es quien la ha salvado, yo creo a mi sobrina.

—¡Por favor! ¡Karen! No es más que una niña confundida por las mentiras de este infame pirata —se alteró Asher, señalando a Darren.

—Karen, no es el momento de ideales surrealistas —negó Edwin con la cabeza.

—Repito: si el Capitán Vane es bueno para mi sobrina, es bueno para mí.

—¡Es un asqueroso pirata! —escupió Robert, lleno de rabia.

—¡Es mi prometido! —gritó Áurea, con el corazón lleno de amor por Darren Vane.

Un silencio tenso, de aquellos que hubieran sido cortados con el filo de un cuchillo, invadió la cubierta de ese navío bañado de muerte.

Roderick relajó su posición viendo a su esposa en Áurea. Cuando él no era más que un delincuente, también fueron puestas en duda sus intenciones. Incluso Edwin lo metió en la cárcel.

Karen dedicó una mirada fugaz a Darren Vane, no parecía un mal tipo a pesar de sus pintas. Asher guardó silencio mirando hacia otro lado. Y Edwin miró la cara descompuesta de su viejo cuñado, Robert.

—¿Tu prometido? —balbuceó el Marqués de Salisbury, tratando de asimilar aquella información—. ¿Cómo que tu prometido? ¿Acaso le he dado mi permiso? ¡Se ha sobrepasado contigo! ¿No te da vergüenza quedarte detrás de una mujer? ¿Necesitas que mi hija te defienda?

—Ya llegan los alardes de masculinidad —Karen clavó la punta de su espada sobre los tablones y se apoyó en ella, aburrida.

—¿Quieres retarme? —Darren no contuvo su lengua mordaz. Era suficiente con tener que ver a sus amigos tendidos sobre el suelo—. He decidido rendirme por respeto a Áurea. No sería capaz de matar a su padre.

Áurea asimiló aquella afirmación.

—¿Cómo te atreves? —se ofendió Robert—. ¿Acaso crees que me ganarías? No eres más que un niño.

—Y usted un vejstorio.

Edwin tuvo que llevar sus ojos a otro lado, si seguía mirando la cara de Robert estallarían en una carcajada. Asher siguió con su estudio del viento.

—¡El muchacho tiene agallas! —rió Roderick abiertamente, llevándose una mirada para nada afable del Marqués.

—¡Tú no estás prometida con nadie! ¿Lo has entendido bien, Áurea? No eres más que una muchacha confundida, no sé qué te habrá hecho este... Este indeseable, ni quiero saberlo ahora

mismo. Vendrás a casa y este hombre será juzgado como merece. Ya habrá tiempo para las explicaciones.

—¡Me ha salvado!

—Aunque eso sea así, un sólo acto de bondad no redime a un hombre de una vida llena de delitos —explicó Asher, volviendo a la seriedad del asunto mientras Edwin afirmaba con la cabeza.

—Entonces yo tampoco debería haber sido perdonado —habló Roderick, un tanto molesto por esas palabras.

—Lo tuyo no se puede comparar —aclaró Robert—. Eras un Duque arrancado de su hogar. Este personaje no es más que una rata.

—¡Basta! No consiento que sigas dirigiéndote así a mi prometido.

—¿Otra vez con lo de...? ¿A dónde vas?

—¡Al abordaje! —gritó Aurea alzando su espada en dirección a otro navío que llegaba justo en ese momento, era "La Golondrina", que había navegado unas cuantas yardas por detrás de ellos y que habían esperado órdenes pacientemente.

El Señor Penton seguido de la auténtica tripulación de Darren Vane saltaron sobre la cubierta, eran muchos y estaban llenos de energía. El Marqués de Salisbury y los suyos no podrían hacer nada más que perder algunas vidas en el intento. Y había demasiados vínculos familiares en esa escaramuza como para arriesgarse a semejante desgracia.

—Hija mía... —dijo un paso hacia delante Robert—. No sabes lo que haces.

—Has cometido un grave error, papá. No debiste creer a Richard Withian antes que a mí —Áurea cogió a Darren por el brazo y lo empujó hacia Will Penton—. Llévoslo ahora mismo.

—Sí, señora —obedeció el señor Penton.

—Tía Karen, gracias. Explícale a mamá lo sucedido, dile que estoy bien... Que soy feliz y que no quiero volver a un mundo en el que los hombres son monstruos —pronunció aquello entre lágrimas, por el dolor de saber que no volvería a ver a su madre ni a abrazarla.

—Ronny te está esperando... —susurró Robert, con la mirada ausente. Viendo como su única y verdadera hija saltaba al otro barco y ponía rumbo lejos de él al lado de una cincuenta de forajidos, incluidos los pocos que se habían podido salvar del buque inglés.

—Eso os pasa por menospreciar a las mujeres, es que no aprendéis... —ultimó Karen, volviendo por donde había venido.

—Creo que hemos errado en nuestras percepciones... Tú hija ha salido tan testaruda como tú y tan valerosa como las Cavendish. No es ninguna enferma ni ninguna princesa a la que rescatar —dijo Edwin, cogiendo a Robert por los hombros.

—¡Hija! ¡Vuelve! —se zafó del agarre de su amigo y corrió a la baranda del barco para que Áurea pudiera escucharlo—. ¡Vuelve! ¡Te creo! ¡Perdono al Capitán Vane!

—No te oye —se acercó Roderick—. Lo único que podemos hacer es ir en busca del verdadero villano de todo esto.

—Richard Withian.

—Es la única forma de recuperarla y de aclarar las cosas.

—¡Rumbo a Isla Tortuga! —imperó Asher a los marineros.





CAPÍTULO 20

HECHA DE ESPUMA

Áurea pasó horas cuidando de los heridos. Sin descanso y aplicando lo poco que había aprendido de su tía Gigi. Llevaba el vestido manchado de sangre, la frente sudada y las comisuras de los labios tensadas. Pero no le importaba, prefería trabajar que pensar.

—Señora, ¿por qué no descansa un poco? —preguntó el señor Penton, colocando su mano sobre la de la joven y tomando asiento frente a ella.

—No puedo —contestó, terminando el vendaje que le estaba haciendo a uno de los muchachos más afectados.

—¿Sabe? Yo tengo una hija. Debe tener unos treinta y cinco años ahora mismo. Tiene el pelo rojo, como su madre.

—No tenía ni idea, señor Penton. ¿Y cómo está ella? ¿Está casada?

—No lo sé, hace décadas que no sé nada de ella... Pero todavía la siento mía. No importan los años que pasen ni las circunstancias que viva, la llevo tan presente en mi corazón... Es mi hija. Mi sangre, carne de mi carne. Daría mi vida por volver a verla una sola vez.

—¿Qué ocurrió?

—Ella se apartó de mí, no quería tener nada que ver con un padre pirata. Su madre era una doncella y ella aspiraba a ser lo mismo. Tú sabes cómo tienen que ser las chicas que cuidan a los señores, deben ser muchachas sin ningún tipo de mancha negra.

—Esa niña no lo merece, señor Penton. No se puede abandonar a un padre por su modo de... ¡Oh! ¡Señor Penton! ¿Está tratando de darme una lección? No son casos comparables, mi padre se ha comportado como un verdadero estúpido. Mire al pobre Jimmy —zarandé al joven que tenía entre manos—. Todo es por su culpa. ¿Cómo ha podido matar a todos esos hombres? ¡No! No tiene perdón. Y no creer a su propia hija... Dígame, señor Penton, ¿Usted dudaría de la palabra de su hija?

—Un padre cuando ve a sus hijos en peligro puede volverse demasiado protector, hasta el punto de convertirse él mismo en el causante del dolor. Él no comprendía la situación...

—Ya basta señor Penton, no deseo seguir hablando de mi padre. Incluso Howall Bonnet ha muerto... —ultimó, dolida, clavando su mirada sobre Darren.

Darren llevaba el timón hacia Isla Tortuga, era el momento de ajustar cuentas con Richard Withian. ¿Venderlo a la Corona? ¿Para que lo colgaran? ¡Había llegado demasiado lejos!

Notó la mirada de Áurea sobre él, una mirada intensa y profunda. Nunca olvidaría el modo en el que lo había defendido frente a su familia. Trató de no mirarla, pero al final cayó. Cayó en el abismo que creaban sus ojos amatista y se perdió en él. Nadó en la oscuridad de sus pupilas,

tratando de no ahogarse. Bebió del agua de sus glóbulos oculares e intentó dejarlos secos, pero era imposible.

El señor Penton se levantó del taburete y se acercó a Darren, ofreciéndose para llevar el timón.

—Vaya, hable con ella. Yo llevaré el rumbo.

—Gracias Penton.

Darren caminó hacia la albina con los ojos puestos en ella, no miró ni una sola vez hacia los escalones que tuvo que descender para llegar a su posición. La brújula sólo señalaba una dirección: Áurea. Y la veleta, en consonancia, también apuntaba hacia ella. En silencio, puso sus dedos sobre su brazo, rozando deliberadamente aquella pequeña porción de su cuerpo. Ella se erizó e incluso tuvo que dejar a Jimmy si no quería abrirle otra herida. Vane, la cogió suavemente por el codo, y la guio hasta la intimidad del camarote principal.

Se miraron por largos minutos, parcialmente iluminados por unas pobres velas. No decían nada, pero hablaban. Sus ojos se comunicaban poesías elaboradas y metáforas hermosas. Mientras que sus cuerpos se estremecían, temblorosos por aquella vorágine de sensaciones.

Vane rompió dolorosamente con aquel vínculo visual y se apartó de ella en busca de algo. Removió objetos hasta dar con una cajita de terciopelo azul envejecida. En ella, había unas iniciales grabadas: *I. W.*

—Áurea Talbot —pronunció el Capitán, hincando la rodilla sobre el suelo y levantando el mentón—. En vista de los recientes acontecimientos y considerándote una persona libre que toma sus propias decisiones, me gustaría saber si me aceptas como esposo. No tengo ni títulos ni más posesiones que este navío, pero tengo mi corazón y mi vida. Tómalos, son tuyos. Acéptalos junto a este anillo...

Áurea tuvo que apretar los párpados para retener las lágrimas. No podía creer que después del horror vivido, Darren Vane conservara sus nobles intenciones para con ella.

—Sí, acepto —contestó, dejando ir una risa nerviosa.

—Permíteme —se incorporó Darren, tomando la alianza y deslizándola a través del dedo anular femenino.

—¿Cómo sabías mi talla? —susurró, sorprendida.

—Tienes las mismas manos que mi madre.

—¿Este anillo era de tu madre? —se llevó la mano sobre el pecho, aferrándola con la otra. En un intento de retener el valor sentimental de esa joya.

—Fue lo único que le regaló mi padre cuando yo nací.

—¿Se casaron?

—No, no me consta. Pero le regaló esto... No sé en qué precepto.

—Ahora... Estamos prometidos, Darren Vane —lo abrazó, sintiendo su calor. Relajando los músculos que se habían mantenido en tensión durante todo el día.

—Y antes del siguiente amanecer, estaremos casados.

—¿Cómo? —rio Áurea, separándose de él y buscando la burla en sus ojos. Pero no había rastro de broma ni de jocosidad, sino una determinación abrumadora.

—El señor Penton sigue siendo un Capitán, aunque aquí esté bajo mi mando. Él nos casará. Vamos, ve. Prepárate.

—¡Oh, Darren! ¡Soy tan feliz! —dijo un brinco lleno de alegría—. ¿Pero no será desconsiderado? —se frenó—. Piensa en los hombres heridos...

Darren Vane salió del camarote dejando el aire de su gabardina tras de él.

—¡Señores míos! Tengo algo que anunciarles... Esta bella señorita de aquí —la levantó en volandas en cuanto ella se acercó a él, haciéndola sonrojar—, ha aceptado ser mi esposa.

Los vítores no tardaron en correr entre los presentes, que veían con muy buenos ojos la unión de Áurea con el Capitán. Áurea había demostrado ser uno de los suyos y no había motivos para rechazarla.

—¡Esta misma noche se oficiará la boda! —continuó Vane—. ¡Señor Penton! ¿Hará los honores?

—¡Por supuesto! —lanzó el sombrero al aire el viejo Will, dichoso de ver a su pequeño casado con tan buena mujer.

—¡Qué corra el ron! Y tú... Ve a prepararte —la dejó en el suelo y ella obedeció, corriendo a su recámara, aquella que había ocupado la primera vez que estuvo en "*La Golondrina*".

¿Qué se iba a poner? Había dejado todos los vestidos en el buque inglés. Sólo portaba ese traje azul manchado de sangre y polvo... Tomó asiento en el borde de la cama, considerando seriamente casarse en camisón.

Como si el cielo se abriera ante ella, le vino el recuerdo del vestido que le regaló Richard Withian la primera noche del secuestro. Lo había dejado en un compartimiento después de que Darren le regalara otro. Rebuscó desesperada, con la esperanza de que siguiera en el mismo sitio.

¡Diana! Estaba en el mismo sitio en el que lo dejó. Lo desplegó. Era de tul color coral con flores bordadas en el escote y a lo largo de todo el vestido. Las mangas eran caídas y la falda en forma de bola. Le iba un poco grande pero trataría de ajustarlo. Pidió hilo y aguja en el fogón, donde hacían las comidas y los cocineros siempre tenían enseres de todo tipo. Puso en práctica lo aprendido en las clases de costura, aunque de poco le sirvió puesto que sólo le enseñaron a bordar.

Tras estrechar la cintura, cosió sobre ella algunos adornos marítimos a modo de cinturón. Unas conchas que había encontrado por la cubierta y dos estrellitas de mar secas en las que nadie había reparado por demasiado pequeñas.

En las mangas bordó una bonita cenefa en forma de olas y luego roció el traje con un perfume que Jimmy le había regalado en compensación por su ayuda.

Como velo, usaría el camisón. Lo rasgó y le dio forma hasta que tuviera aspecto de mantilla; después, lo ató a una corona hecha a base de red y caracolas. Limpió los botines y le dio un refregón a las medias que no tardarían en secarse en la ventana del camarote.

Sólo le quedaba asearse, se metió en la tina cargada de agua caliente por uno los muchachos. No tenía ninguna flor que añadir en el agua, como solían hacer las novias. Pero no importaba, se conformaría con las gotas de ese mismo perfume regalado.

El señor Penton tuvo la delicadeza de llevarle un espejo y aunque estaba desgastado por los bordes, le sirvió para acomodar su pelo en forma de trenza. Trenza que también engalanó con trocitos de nácar y cáscaras bonitas.

—¿Está lista? —picó a la puerta Charles Tew, que ya no dudaba ni de su Capitán ni de su Señora.

—Sí —contestó con un hilo de voz, agitada. Se dio un último repaso, confirmando que todo estuviera en su lugar. ¿Le gustaría a Darren? ¿Le agradecerían los adornos que había escogido?

Era de noche cuando la sirena salió de su cueva. No hubo hombre a bordo que no quedara embelesado. Los corazones más duros se enternecieron. Parecía una ninfa cubierta por coral y objetos marítimos. Un ser mágico, astral.

Darren notó una parálisis momentánea de sus funciones vitales en cuanto la vio. Iluminada por un séquito de velas que habían sido dispuestas para la ocasión. Áurea no era alta, pero tenía la estatura idónea para llevar cualquier vestido y que le sentara de maravilla. Su cuerpo era lo suficiente voluptuoso para resultar atractivo y su faz era de otro mundo. Sus colores era de

ensueño y sus actitudes llegaban al paraíso. Perfecta en todos y cada uno de los sentidos. Parecía la novia del mar, y cierto era que el propio mar estaba celoso de Darren. El océano se hubiera casado con ella sin dudarlo.

Un pequeño gorrión piuló en medio de la noche, en lo alto del palo mayor. Y Áurea llegó a Darren con una sonrisa trémula y una mirada histórica. Ahí estaba su esposa, la mujer que tanto había soñado. Hecha de espuma y decorada con conchas.

Cuando vivía en medio de la calle, con unos pantalones rotos y el estómago vacío, jamás imaginó que se casaría. Y mucho menos con tan bella flor. Era delicada pero fuerte, despistada pero inteligente, inocente pero atrevida, dama pero pirata. ¿Podía pedir más? Sólo le quedaba hacerse devoto a Dios y darle gracias por tan gran bendición.

El señor Penton no quería romper el momento pero se vio obligado a carraspear después de varios minutos de silencio roto por la brisa.

—Eh, sí —se recompuso el Capitán Vane—. Empiece, por favor.

Los piratas, filibusteros y marineros se colocaron a su alrededor. Siendo testigos de algo insólito y maravilloso.

—Queridos hermanos, estamos esta noche reunidos en "*La Golondrina*", para unir a estos jóvenes en matrimonio. No haré un discurso demasiado largo, porque no estamos acostumbrados a ello. Por lo que directamente, formularé las preguntas que aquí nos atañen —Áurea levantó una ceja y luego recordó que estaba frente a un pirata—. Capitán Darren Vane, ¿acepta a esta mujer como su legítima esposa?

—Sí, acepto —contestó rápido y ágil, reteniendo las finas manos de su inminente mujer entre los dedos.

—Áurea Talbot, ¿acepta a este hombre como su legítimo esposo?

Áurea removió las pestañas a modo de alas de mariposa y luego buscó los ojos oscuros de su esposo.

—Sí, acepto.

—En mi condición de Capitán, yo os declaro: marido y mujer. Puede besar a la novia.

Charles Tew se limpió una lágrima a escondidas mientras el resto de los presentes lanzaban los gorros al viento y gritaban todo tipo de alabanzas.

Darren Vane se cernió sobre Áurea y la besó fervientemente, cogiéndola por la cintura y encorvándola hacia atrás, arrancándole el aliento sin piedad. Ahora era suya, le pertenecía. Su esposa, la mejor mujer que pudiera navegar a su lado.

Repartieron jarras de ron y comieron diferentes viandas que habían sido preparadas con presteza por los cocineros. Áurea bailó con casi todos los invitados de su boda, muy sutilmente y cada compañero de baile a su manera. Todos se sentían extrañamente orgullosos de poder compartir una pieza con ella. Ese era el don de Áurea, ser tan extraordinariamente inalcanzable como humilde y cercana.

Al fin, cuando el delirio del licor había poseído a los hombres y muchos caían rendidos en las hamacas, Áurea y Darren se retiraron a su camarote.

Vane había preparado la estancia para la ocasión con una manta de color verde satinado sobre la cama y algunas velas estratégicamente dispuestas.

La recién esposa temblaba de emoción y sentimiento. Sí, ella no era virgen. Pero no había yacido con un hombre más de una vez. Y mucho menos en esas condiciones, en las que ambos se desnudarían y disfrutarían el uno del otro. No sólo era el gozo, sino el profundo y eterno amor que se dedicaban el uno al otro. Una relación basada en la comprensión mutua y en las esperanzas de futuro.

Darren dio los pasos necesarios hasta llegar hasta ella, a escasos milímetros de su faz. La miró como si fuera la primera vez que la estuviera viendo. Estudió el nacimiento de su pelo albino, el puente de su nariz pequeña y la forma de corazón de sus labios. Luego, con las yemas de los dedos, repasó esas mismas partes con anhelo.

Deslizó las falanges a través de su cabellera y deshizo la trenza, dejando caer los abalorios en un suave tintineo. Recorrió la ladera de su cuello, erizándolo a su paso. Tocó con afecto los bordados en forma de ola y luego tiró de las mangas hasta descubrir los pechos femeninos.

Áurea dejó ir un fuerte suspiro, producto del aire que había estado sosteniendo. Darren era asombroso y diferente. Estaba enamorada de su pelo negro, de su barba corta y de su tez parcialmente tostada. Se deshacía ante su porte y su torso definido. Amaba la anchura de sus hombros, la firmeza de sus muslos y la robustez de sus manos. Apreciaba la infinidad de sus orbes azules con gradaciones grisáceas, sus pestañas espesas y negras aunque mínimamente decoloradas por el sol y su mentón varonil.

El Capitán la levantó como si fuera una pluma y la colocó sobre el lecho, proporcionándole comodidad entre almohadas y terciopelo.

—Te amo, Áurea Vane.

—Yo te amo más, Darren Vane.

El orgulloso pirata aprovechó la apertura de la boca femenina para abordarla, se adentró en ella como si nunca lo hubiera hecho. Acarició sus senos, y jugó con su pelo. Ella respondió hundiendo los dedos en su cabellera oscura para luego deslizarlos hasta el triángulo invertido que ofrecía su camisa. Quería verlo, necesitaba ver lo que escondía detrás del algodón.

Vane leyó sus deseos y se arrancó la ropa, dejando a la vista un torso trabajado y marcado por cicatrices. De hecho, Vane tenía varias. En una ceja se marcaba un pequeño corte, en el mentón otro y en los pectorales varios.

—¿Qué te sucedió? —musitó ella a media voz, besando cada punto de dolor pasado.

—Pelears de barrio, de marineros, de piratas...

—¿Y esto? —señaló el dibujo de una veleta sobre sus costillas.

—Me lo hice en un viaje...Pero dejemos las preguntas para después —la cogió en un movimiento casi agresivo y la puso debajo de él, invadiéndola. Le arrancó lo que quedaba de vestido, deleitándose con su desnudez. Extasiándose con el conocimiento de sus colores más íntimos.

Besó su cuello con hambre, hundió la nariz en su piel y le dedicó todo tipo de juegos amorosos hasta que estuvo preparada, entonces la hizo suya con fuerza e impetuosidad.

Áurea sintió la invasión de Darren en su cuerpo, cada mínima partícula de su ser se tensó, incluso su alma se mantuvo en vilo hasta que fue catapultada hacia el mismísimo edén. Sudaron y se ahogaron por largos minutos hasta que cayeron rendidos uno al lado del otro.

Había sido la unión de dos amantes llenos de pasión, de energía y fervor. El reencuentro definitivo de dos almas que fueron predestinadas miles de años atrás. Se miraron, en el desasosiego, con los ojos entornados y el corazón en calma.

Aquella fue mi primera verdadera vez. No hay palabras suficientes, ni gestos, ni miradas en este mundo...Para describir los sentimientos que invadieron mi cuerpo esa noche. Aún hoy, si cierro los ojos y evoco ese momento, siento un millón de hormigas recorriendo mi cuerpo de forma caótica. Suben por mi garganta y pretenden apoderarse de ella, dejándome sin voz. Sin respiración. Darren Vane me había demostrado qué era el amor genuino, la confianza ciega y el perdón auténtico. Me enseñó qué era la vida, y cómo vivirla.

Había dejado a mis padres atrás, con el peso que eso suponía, con los remordimientos del

dolor infringido sobre los míos. Pero no podía perdonar las atrocidades cometidas a mi gente. No soportaba el cariz soberbio que adquirían sus formas y sus palabras, no toleraba su autosuficiencia y prepotencia. Y, por encima de cualquier cosa, era imperdonable que no me hubieran creído después del horror vivido junto a Richard Withian.

·La Reina de los Forajidos·





CAPÍTULO 21

EL ORIGEN DE LA LEYENDA

Richard Withian, a sus pasados cincuenta años, descansaba en uno de los lechos que los franceses le habían prestado. Cuando sus hombres más fieles le arrancaron el puñal de las costillas y lo cosieron, llegaron con serias dificultades al poblado de Tortuga, cerca de la costa. Donde los pocos militantes franceses todavía vagaban.

Los europeos, al verle llegar en esas pésimas condiciones, no tardaron en pedirle explicaciones. No en vano, él era el Teniente Coronel de la Marina Inglesa. Lo primero que se le ocurrió contar fue que el Capitán Darren Vane, un conocido maleante de los mares, se había apropiado de su navío y de su tripulación. No solamente eso, sino que dicho infame pirata, llevaba a bordo un miembro de la realeza británica secuestrado. En concreto, Áurea Talbot, hija de los Marqueses de Salisbury.

Los franceses, en su habitual diligencia por aparentar ser los más correctos, no tardaron en ofrecerle una cama y un rápido mensajero al pobre Teniente. El mensajero en cuestión, plasmó lo dicho anteriormente sobre el papel y salió a toda prisa hacia Inglaterra. Era obvio que él sólo llegaría antes que dos barcos cargados de gente y objetos varios.

¡Qué satisfacción! Cuando saboreó la venganza desde la tranquilidad de su habitación. Estaba realmente orgulloso de sus facultades mentales para superar las peores situaciones. Siempre había sido un hombre astuto, con pocos escrúpulos y en general, de baja calaña. Llevaba surcando los mares cuarenta y cinco años. Cuando era un muchacho, su padre lo llevaba a bordo, enseñándole cuanto fuera menester. Eran honrados marineros ingleses, luchadores por la patria. Un Conde y su heredero, impolutos.

Toda esa bondad y buen hacer en nombre de Inglaterra se torció el día en el que su padre fue brutalmente asesinado por un grupo de alemanes. En una de las rencillas entre la corona Inglesa y los Coburgo. Nadie, absolutamente nadie, se hizo cargo de esa muerte. Incluso esa rencilla no fue más que eso, una pequeña disputa. Porque la actual Reina de Inglaterra, estaba casada con un alemán y el reino en general era muy amigo de los Coburgo. Simplemente, a nadie le importó que su padre muriera por una estúpida discusión. Su propia madre, dijo que su padre había muerto de forma honorable. ¿Honorable? Un tiro por la espalda y se acabó.

Honorable hubiera sido morir en un combate cuerpo a cuerpo con un verdadero enemigo. Pero ni una sola lágrima ni un solo resentimiento acudieron al rostro de esa impertérrita mujer, cuando él, estaba cargado de todo ello. No comprendió, y seguía sin comprender, por qué los hombres daban su vida gratuitamente por las causas ajenas. No figuraban ser más que un número en las filas de los reyes, un peón en su juego de ajedrez, una marioneta en los hilos de los más poderosos...

Él, por su parte y desvinculándose por completo de cualquier cosa que no tuviera que ver directamente con su persona, lo tuvo claro desde el momento en el que su padre fue enterrado: no daría su vida por la Corona. Y así fue como se tornó en lo que era. Un hombre que tenía a dos mundos bajo sus pies. Mirando por su propia seguridad y bienestar, llenando las arcas familiares de oro robado y sobornos. ¿Acaso los monarcas no hacían lo mismo? Él no era un hipócrita y quizás fuera la única cualidad de la que pudiera jactarse. Sí, era un corrupto, y se enorgullecía de ello. Menospreciaba a los perfectos aristócratas y se burlaba de su propio título.

Su madre, de nombre Mary, tan perfecta en todo incluso en el nombre, lo había repudiado años atrás. Frente a la impoluta sociedad en la que se movía, pero lo que ella desconocía era que, en realidad, le había hecho un favor. No deseaba compartir su tiempo con ella y mucho menos con los vecinos. Y sabía perfectamente, que si la impoluta Mary hubiera tenido otro hijo, ya no ostentaría el rango de Conde. Y él, por su parte, tampoco había renunciado a él, porque le era muy cómodo joder al enemigo desde sus vísceras.

Pasó años navegando de un lugar a otro en misiones falsas de las que siempre volvía victorioso con alguna treta o manipulación. Todo iba perfectamente bien hasta que una mujer alta, de pelo negro y ojos oscuros, apareció en su vida. Itzel, era su nombre. La encontró en uno de los burdeles del muelle de Portland, Inglaterra. Era una maldita prostituta, pero se metió en sus entrañas como si de un veneno se tratara. Ni si quiera hablaba bien el idioma, la bella dama provenía de una zona rural de Jamaica donde el criollo estaba extendido.

Pero nada parecía importarle a Richard Withian, cada vez que atracaba en ese puerto, debía visitarla. Necesitaba verla y sentirla. No importaba que la *madame* del burdel le ofreciera otras chicas más jóvenes o mejor preparadas, él gastaba todo el dinero en la misma. Si cerraba los ojos y volaba hasta Itzel, todavía sentía su mirada embaucadora sobre él, el olor de sus rizos de ébano y sus pechos cuantiosos. ¡Qué mujer! ¡Qué belleza de tez tostada! ¡Qué *mulata* más amorosa!

Pasaba horas observándola, a veces tan sólo pagaba por verla limpiar la ropa o cocinar uno de esos arroces con habichuelas tan ricos.

—Richi —decía ella, con ese tono de voz edulcorado—. Richi —repetía.

Ella no le tenía miedo, al contrario, en ocasiones parecía burlarse de él. Y a Richard le encantaba ver a Itzel hacer y deshacer a su antojo. Su enamoramiento para con ella llegó a límites tan insondables, que incluso pretendió hacerla su esposa. Compró un anillo de oro con un diamante incrustado, en el que grabó las iniciales "I. W". Itzel Withian.

Estaba nervioso, su manos le sudaban, parecía un niño pequeño robando galletas de la cocina. Se acicaló para la ocasión, un buen traje y botas nuevas. Unas gotas de perfume y la cajita de terciopelo azul en el bolsillo.

Itzel pasó días, incluso meses, sin recibir la visita de ningún otro hombre que no fuera Richard. Desde que los transeúntes sabían que el Capitán Withian la rondaba, y pretendía pedirle la mano, ningún caballero había osado acercarse a ella de nuevo. Y eso hacía feliz a la jamaicana, quería dejar ese modo de vida. Quería estar en brazos de Richard. Él era todo lo que una mujer pudiera desear: valiente, libre y buen amante; además, fiel y afectuoso. Deseaba que le pidiera la mano cuanto antes, sobre todo en esos momentos. Momentos en los que llevaba a su hijo en el vientre.

Un día, mientras limpiaba la ropa en un pequeño porche que ostentaba el burdel por la parte trasera, vio cómo se acercaba una dama encapuchada. Era de corta estatura, pálida e iba ataviada con un vestido costoso a la par de suntuoso. En cuanto se sacó la capucha y dejó ver sus ojos

azules con vetas grises, supo inmediatamente de quien se trataba: la madre de Richard.

—¿Eres Itzel? —demandó Mary, a media voz y mirándola a disgusto. Itzel estaba acostumbrada a esa mirada, era aquella que las damas de "bien" le dedicaban.

—Sí, señora. Yo misma —repuso ella, con toda la dignidad que fue capaz de reunir.

—Así que eres tú...

El desprecio se intensificó en sus pupilas.

—He sabido, por fuentes fiables, que mi hijo viene hoy a pedirte la mano —Itzel dio un respingo. Sí, sabía que Richard iba a pedirle matrimonio, pero no sabía que iba a ser en ese mismo día. Inmediatamente se incorporó, deseosa de ir a prepararse para la ocasión. Había estado cosiendo un vestido de color rosa pálido para cuando llegara el momento—. Pero no aceptarás —continuó la péfida señora, dibujando la confusión en aquella joven enamorada—. No aceptarás si no quieres ver a Richard muerto. No, no me malinterpretes. No soy yo quien quiere matarlo, aunque motivos no me faltan, son algunos nobles que consideran su actitud insultante. ¿Casarse con una prostituta? ¡Encima no eres blanca! Mi hijo perdió la cabeza el día en que su padre murió. Y no he podido hacer nada para recuperarlo. Pero tampoco voy a permitir que tire su vida por la borda, casándose con una... *Cualquiera*. No, no llores. Sé que debe ser penoso perder la oportunidad de ganar semejante posición, pero yo te daré el dinero suficiente para que no te sea tan doloroso —extendió dos sacos cargados de monedas de oro—. Toma, acepta esto. Tiene que ser suficiente para una mujer como tú. Y espero que cumplas con el trato: debes negarte. Si no lo haces, y te casas, él morirá. Y después, lo harás tú.

—Señora —Itzel musitó entre lágrimas—. Llevo en el vientre a su nieto.

Mary no hizo ningún gesto, ni si quiera sus párpados se movieron de lugar.

—¿Y? ¿Mi nieto? No. Un bastardo, hijo de una prostituta. Mi nieto será el que engendre una buena dama inglesa, respetuosa y debidamente casada con mi hijo. Mátalo. Quédalo. Me da igual.

A Itzel le tembló el corazón al escuchar aquella frialdad, aquel menosprecio y aquella poca humanidad. Su garganta se atoró, y no pudo hacer otra cosa que romper en un llanto lastimoso. No estaba acostumbrada a tanta maldad, a tanta repugnancia en un solo ser humano.

—Sólo haz lo que te he dicho —tiró los sacos al suelo y se dio media vuelta, dispuesta a irse sin ápice de remordimiento.

—Un momento, *señora* —arrastró el "*señora*" de forma despectiva—. Llévase este dinero, no lo quiero —levantó los zurrónes y los tiró a los pies de Mary, con rabia e impotencia.

Volvió a su habitación, cargada con la ropa mojada. Ni si quiera la había tendido, y se quedó sentada por largas horas. Reflexionando las palabras de la madre de Richard. ¡Tenía razón! ¿Cómo iba a casarse una prostituta con un Conde? ¡No era más que un sueño infantil! Y aunque se arriesgara a ello, no podía arriesgar la vida de su hijo.

Unos toques bien conocidos repicaron contra la madera de la puerta. Era él.

Richard entró, inquieto y con las manos sudorosas. Llevaba un traje y unos zapatos nuevos.

—Itzel... —suspiró el Conde, acariciando los rizos de la jamaicana—. ¿Qué te ocurre?

La prostituta se observó en el espejo. No llevaba el vestido rosa, sino una camisa descosida y una falda remendada. Nada era como lo había soñado por tantas veces. Sólo Richi era el mismo que el de sus sueños. No quería hacerlo sufrir, no quería que le pasara nada malo... Lo amaba tanto...

—Nada, Richi —se sobrepuso, aparentando una desenvoltura que no sentía—. Tan sólo que he oído por ahí que quieres pedir mi mano, espero que sea una broma —se esforzó en reír, en burlarse.

—¿Una broma? ¿Por qué debería serlo? —Itzel leyó el daño que estaba causando en aquel hombre, supo que le estaba arrancando una parte de su ser—. No se trata de ninguna broma. He venido a preguntarte —se arrodilló y sacó la cajita azul—, si quieres ser mi esposa.

La joven titubeó por una milésima de segundo, pero las amenazas de Mary le vinieron a la mente rápidamente.

—¿De verdad? ¿De verdad, Richard? ¿Por qué te haces esto? ¿Acaso crees que las prostitutas se casan? Levántate, haznos un favor a los dos.

Supo que había matado aquel hombre en cuanto sus ojos dejaron de ser azules para ser totalmente grises. Supo que se había quedado con su corazón en cuanto las comisuras de Richard ya no sonreían, sino que se mantenían neutras, serias.

—He oído rumores de que estás embarazada —habló, con la voz cargada de resentimiento y dolor—. ¿Es mío?

—Ay, por favor, como si yo lo pudiera saber... —contestó ella, de espaldas a él, no era capaz de mirarlo. Si lo hacía, se desplomaría. Luego sintió una brisa recorrer su espina dorsal, seguida de nada.

Richard se había ido, dejando en aquella habitación cualquier rastro de sentimiento o emoción, dando paso a su leyenda. La leyenda del hijo del demonio.

Pasaron cinco años sin que Itzel tuviera noticias de Richard, hasta que un día lo vio aparecer completamente borracho. Quería verla, y ella no podía negarse. Había pagado una cuantiosa suma de dinero a la *madame* por sus servicios.

—¿Me has echado de menos? —entró en su recámara, sin ningún tipo de cortesía ni amabilidad, cogiéndola por la cintura.

—Claro, Richi —contestó ella, devolviéndole el abrazo a pesar de su rudeza.

—Te negaste a ser mi esposa, pero no puedes negarte a ser mi puta —la tiró sobre la cama, cerniéndose sobre ella hasta arrancarle el corpiño y la falda—. ¿Te crees muy lista, verdad? —la besó, perdiéndose en los confines de ébano y adentrándose en ella sin miramientos, pero a Itzel no le hacía daño. No se lo podría hacer de ningún modo, porque lo amaba. Y sabía que aquel monstruo lo había creado ella.

A la mañana siguiente, el Capitán se incorporó con los ojos entornados por el exceso de alcohol y se dispuso a vestirse para marcharse. Cuando ya tenía las botas puestas, un niño de pelo negro y ojos azules con vetas grises entró por el balcón.

—Mamá, mamá... Tengo hambre.

Itzel dio un salto, tratando de ocultar al pequeño pero Richard ya lo había visto. Se acercó a él, en silencio, apartándola de un empujón para poder verlo mejor. Era suyo, si no tuviera el pelo negro, se estaría mirando a sí mismo cuando era pequeño.

—Me lo negaste —se giró hacia ella, más muerto que vivo con el ardor en su alma.

—Richard... Yo... —el labio le temblaba, despavorida por la reacción que pudiera tener aquel hombre herido.

—Tú, eres hijo mío, niño —sentenció, mirando fijamente a Darren—. Eres un bastardo, pero hijo mío —le tiró una moneda de oro y se marchó.

Richard iba en repetidas ocasiones a verlos, algunas veces pasaban meses y otras años, pero siempre volvía. Darren se llenaba de dicha cada vez que veía a su barco atracar, pasaba días estudiando las entradas de los navíos para saber en qué momento llegaba su padre.

¡Papá! ¡Papá!

Gritaba él cuando lo veía descender del buque, y él siempre le contestaba, sin mirarlo: "hijo mío". No lo miraba, no lo abrazaba ni le preguntaba por su estado, pero lo reconocía como suyo.

Y eso fue suficiente para el pequeño hasta los diez años. A partir de esa edad, dejó de esperar su llegada, dejó de nombrarlo y de adorarlo.

Todo iba perfectamente bien para Richard Withian en la tranquilidad de esa alcoba francesa con adornos haitianos hasta que Itzel lo visitó en sueños.

—Has mandado a tu hijo a la horca, ¿no tienes honor? —decía ella, en medio de un humo espeso, removiendo sus caderas como solía hacerlo.

—¿Hijo? ¿Qué hijo? ¿No te acuerdas de que fuiste tú la que me separó de él? Es mi hijo, pero no lo siento como tal. Por tu culpa. El odio que tengo hacia ti, nubla cualquier sentimiento paternal...

—Él es tu sangre, tu carne... Mi sangre, mi carne... El fruto de lo que un día fue nuestro amor...

—Un pirata debe hacer cosas de las que no siempre estará orgulloso...

—¡Papá! ¡Papá!

Una vorágine lo absorbió hacia arriba, despertándose. Su hijo estaba vivo, y no sólo eso, sino que después de dos meses había vuelto. Miró por la ventana y lo vio. Lo estaba esperando, acompañado de un ejército entero. Y los franceses le dejaban paso.

—¡Richard Withian! ¡Salga! —vociferó Darren Vane al lado de esa albina.





CAPÍTULO 22

LA REINA DE LOS FORAJIDOS

Darren y Áurea Vane llegaron a la Isla de Tortuga, después de dos meses, con intenciones de luchar. Era el momento de hacer frente a Richard Withian. Los hombres que algún día estuvieron en contra de matar al Capitán Withian, como Brian Kensith, ya no opinaban lo mismo. Después de saber que el corrupto los había vendido frente a la Corona, a través de una misiva, estaban más preparados que nunca para hacer frente a ese viejo y traicionero lobo de mar. El viento soplaba a su favor y el sol brillaba más fuerte que de costumbre.

Los franceses fueron los primeros en recibirlos nada más poner un pie sobre el desgastado muelle.

—¡Alto! Vuestros nombres —solicitó un muchacho con inglés pésimo y chaqué azul.

—Soy Darren Vane —contestó el joven Capitán, sin ninguna intención de ocultar su identidad.

Los soldados europeos se pusieron en guardia de inmediato, dispuestos a arrestarle. ¿Cómo se atrevía a volver? ¿Después de haber robado el navío del Teniente Withian?

Un grupo de militares formó un corrillo alrededor del pirata, pero los bucaneros también se posicionaron en consecuencia. Aquello iba a ser una auténtica escaramuza. Charles Tew desbloqueó el gatillo de su revólver, Will Penton desenfundó su espada y Darren Vane levantó el rifle.

—¡Deteneos! —salió Áurea del barco, cruzando la pasarela y llegando al muelle con un atuendo de grumete y el pelo al viento—. ¿Con qué cargos se acusa a mi esposo?

—¡Señorita! —se escandalizaron los soldados, al ver a la dama vestida con pantalones.

—Por el secuestro de Áurea Talbot y...

—¡Yo soy Áurea Talbot! —imperó la joven, alzando el mentón—. Y este hombre aquí presente, no me ha secuestrado. Quien lo hizo, fue Richard Withian.

—¡Es una impostora! —gritó el caudillo galo, mirándola de arriba abajo con arrogancia.

—¡Pretende embaucarnos! —escupió otro, menospreciándola.

—¡Arrestadla!

Como era de esperar, ninguno de los patriotas creyó que aquella joven ataviada con una camisa larga y unas mallas, fuera la hija del Marqués de Salisbury. Mucho menos después de haberse referido al pirata Darren Vane como su esposo.

Vane disparó contra el primer hombre que trató de coger a su esposa, lo hizo en la pierna, hiriéndole de gravedad.

—¡Alto! —la voz de Robert Talbot, que acababa de bajar de su buque inglés, onduló a través de la humedad de Tortuga.

La tensión se disipó en su dirección, recayendo toda la atención sobre el Marqués.

—¿Papá? —musitó Áurea, sorprendida de verle.

—¿Cómo os atrevéis? —preguntó Edwin, al lado de su cuñado.

—¡Señores! —dieron un paso atrás los reclutas al ver los sellos que aquellos hombres ostentaban en sus manos: el del marquesado de Salisbury y el del ducado de Somerset.

—Esta niña es mi hija —Robert llegó a Áurea y se posicionó al lado de ella, sin mirarla, retando a los franceses.

—Y mi sobrina —Edwin se colocó al otro costado, casi rozando el codo de Darren.

—Mil disculpas, señores. Lo sentimos mucho, pensamos que...

—Pensamos que este pirata nos estaba engañando —el caudillo cogió por sorpresa a Darren, reteniéndole entre golpes.

—¡Parad ahora mismo! —llegó Karen al lado de su esposo Asher—. Este joven es amigo nuestro.

—¿Cómo? —los galos no podían creer lo que acababan de escuchar.

—¡Es mi marido! —exclamó Áurea dejando en el aire aquellos silencios tensos que solía provocar.

Robert giró la cabeza con tanta fuerza que por poco se deja las cervicales en el movimiento, Edwin no pudo evitar recordar los dolores de cabeza vividos con las Cavendish y el resto de los presentes trataron de quitarle hierro al asunto mirando hacia otros lados.

—Podrías haber esperado un poco para esa noticia —susurró su tía Karen al llegar frente a ella, con una sonrisa picarona.

—La cuestión es que estamos buscando a Richard Withian —explicó Asher Stanley, el Almirante—. Tras una ardua investigación —mentira, sólo tenían la palabra de Áurea pero no podía argumentar eso—. Hemos llegado a la conclusión de que el verdadero culpable del secuestro de nuestra protegida es el corrupto Richard Withian. Darren Vane fue quien salvó a la señorita Talbot.

Vane fue soltado de inmediato y sus hombres dejaron de ser asediados.

—Gracias —Áurea miró de reojo a su padre, agradeciéndole su intercesión.

—Entonces, vayamos a por el villano —sentenció Roderick.

Anduvieron a través de caminos polvorientos, pasando entre casas coloniales y calles parcialmente adoquinadas hasta llegar a una plaza, pero lo que allí vio Áurea, le cambiaría la vida para siempre. Un punto de inflexión definitivo, un punto sin retorno que no era más que la confirmación de lo que se había ido desarrollando.

Sao Hang estaba muerto dentro de una jaula gigante, expuesto a los cuervos y a todo tipo de animales que quisieran alimentarse de su carne putrefacta. De pie, apoyado a los barrotes y con claros signos de haber sido colgado.

—No, no, no puede ser —negaba ella en shock, cayéndose de rodillas mientras su alma volaba lejos de su cuerpo—. No es posible... No puede serlo... Sao Hang..

Los ojos amatista de Áurea Vane se tornaron azules, como si los zafiros quisieran incendiarse.

—No mires, Áurea. —la abrazó su tía, tratando de apartarla pero ella se mantuvo firme en frente de Sao Hang, mirando su rostro descompuesto y su cabellera negra tan bien peinada. Su cuerpo estaba cubierto por esa camisa verde que solía llevar, y sus manos todavía olían a eucaliptus.

—Señor, no sabía que en estos lares se continuaran practicando esta clase de castigos salvajes —espetó Robert, molesto por lo que aquel muerto colgado en el aire estaba causando en su hija.

—Normalmente lo hacemos para avisar a los demás. A modo de castigo ejemplar. Era un

traficante de personas, una mala pieza a la que le seguíamos la pista desde hacía años. Richard Withian nos ayudó a cogerlo. El muy canalla estaba escondido en una aldea... Puedo asegurarle de que este monstruo merecía este castigo.

—¡Cállate! —aulló Áurea en un grito desgarrador, de profundo dolor e impotencia. ¿Quiénes eran ellos para cometer esas atrocidades? ¿Cómo habían podido quitarle la vida de esa forma tan poco honrosa?—. Él... —sostuvo las lágrimas—. Él era una gran persona.

—¿Lo conocías? —se sorprendió Edwin junto a los demás presentes, menos Darren y los forajidos que sabían perfectamente el aprecio que la Señora profesaba a Sao Hang.

—¡Claro que lo conocía! ¡Por Dios! —se levantó del suelo y se acercó a su cuerpo inerte, sin importarle su aspecto ni su olor—. Era... Era... Mí... *Amigo*.

—Áurea, no podemos matar a ningún francés. Sería empezar una guerra entre países —alertó Karen en su oreja.

—¿Quién ha hecho esto? ¿Quién lo mató? —reclamó Áurea, girándose hacia los soldados galos con las pestañas empapadas, llena de bilis y hiel al tiempo que desenfundaba su espada.

—Fue el verdugo del pueblo señorita.

—¿Pero quién dio la orden? —removió la cabeza dejando que sus tirabuzones blancos ondearan libremente.

—Yo, miladi —dio un paso al frente el caudillo francés, un hombre de mediana estatura y nariz achatada.

Áurea lo miró por largos minutos, estudiando su cara y luego blandió la espada. Sus familiares tocaron las empuñaduras de sus armas, dispuestos a defenderla. Darren Vane y la tripulación hicieron lo mismo. Pero Áurea no blandió la hoja en dirección al ejército azul, sino en dirección a la cuerda que sostenía la jaula de Sao Hang. Después, dio un golpe certero a su cerradura, liberando el cuerpo que allí yacía. Antes de que cayera al suelo, lo abrazó. Y lo acompañó lentamente hacia la superficie, acariciando su faz. Tomó la daga que todavía guardaba en su cintura y la escondió entre los pliegues de la ropa.

—Dadle sepultura —dijo, levantándose del suelo.

—Pero...

—He dicho que le deis sepultura —dedicó una mirada cargada de furia, imperiosidad y furor a ese hombre que había matado a su maestro.

—Por favor, cumpla las órdenes de mi hija. Si ella pide que sea enterrado, hágalo. No es de buen creyente tener a los muertos sin enterrar —intervino Robert, aun sabiendo que no podía inmiscuirse en los asuntos políticos de Francia ni en como ese país trataba a sus colonias.

Se enterró a Sao Hang debidamente mientras Áurea lloraba desconsoladamente frente a los ojos impresionados de sus familiares. ¿Áurea llorando por un traficante? ¿Áurea retando a un soldado francés? ¿Áurea casada con un pirata? Áurea ya no era una dama inglesa. Era su niña, su hija, su sobrina, su pequeña... Pero no una aristócrata. ¿Cómo volvería a su mundo? ¿Cómo volvería a casa? Ella los odiaba. Quizás no odiaba a sus padres ni a sus tías, pero sí al resto. No era la rebeldía de Karen ni el desdén de Roderick hacía la monarquía, era odio. Sin más.

Darren acompañó a Áurea durante el mísero entierro que le fue dado al pobre Sao. Un agujero y dos paladas de tierra dadas con malas ganas. Pero al menos, tenía un lugar físico en el que reposar. Áurea valoró el apoyo que su marido le ofreció. No lloraba por la pérdida de un amor, lloraba por la pérdida de un gran hombre que le había enseñado todo cuanto sabía. Lloraba por la pérdida de un caballero que había dado su vida por ella en repetidas ocasiones. ¡Oh! ¡Sao Hang!, se lamentaba la joven.

En aquellos instantes odiaba a Richard Withian más que nunca. Todo había sido por su culpa.

Aunque el asqueroso caudillo francés también pagaría por su horrible crimen, ese fue el juramento que hizo sobre la tumba de Sao Hang.

—Vengaré tu muerte, cueste lo que cueste... —habló sobre el puñado de tierra que cobijaba a su leal compañero.

—Ahora vayamos a por Richard, será juzgado en Inglaterra —decretó Edwin, con la esperanza de ir equilibrando la situación tan tensa que se había creado entre Francia e Inglaterra en Haití.

—Sí, es a lo que hemos venido —convino Asher—. Vamos a por el traidor.

—Los acompañamos —se ofreció el caudillo, de nombre Paul.

Volvieron sobre sus pasos hacia la plaza de la discordia.

—Allí está él —señaló Paul a una de las ventanas de una casa señorial—. Le prestamos una habitación, pensando que decía la verdad...

—Lo comprendemos, gracias de todos modos —aceptó el gesto de buena voluntad Roderick, Duque de Hamilton.

—¡Richard Withian! ¡Salga! —vociferó Darren Vane al lado su esposa.

Un perfil sombreó la ventana en cuestión a modo de respuesta.

—¡Señor! ¿Qué hacemos? —cuestionó Roberto al Capitán Withian—. Estamos rodeados. No tenemos salida...

—¡Luchar! —exclamó la otra montaña, revólver en mano y mirando a los otros hombres que temblaban viendo su final cerca.

Richard, en silencio, se vistió. Se colocó su cazadora de cuero negro y repasó su barba canosa frente al espejo con un temple digno de admirar.

—Vienen buscándome a mí. Salid por la puerta trasera y huid.

—¿Pero...? ¡Señor! ¿Qué dice? ¿Cómo podemos dejarlo aquí? Venga con nosotros.

—No es factible. Tardarían menos de diez minutos en cogernos. Iros, es una orden.

Las montañas lo miraron con los ojos como platos, reacios a huir. Pero una orden era una orden, y si Richard Withian ordenaba que huyeran, lo harían. Richard vio como los chilenos salían a paso dudoso, dejándole solo después de muchos años. Siempre había estado rodeado por su tripulación, por un hombre u otro. Pero era el momento de la verdad, de enfrentarse con su destino.

Salió tranquilamente de la casa, con el gesto neutro e incluso vacilante. Desarmado y de frente al ejército que lo estaba esperando.

—Hijo mío —fue lo único que dijo, abriendo los brazos en dirección a Darren Vane.

¿Hijo? Ni los franceses ni los ingleses esperaron aquello. Comprendiendo todavía menos los motivos de Richard Withian por hacer todo lo que hizo.

Edwin Seymour, como antiguo Teniente de la Armada Inglesa, fue quien arrestó al corrupto bajo los cargos de prevaricación.

Cargaron al prisionero en el buque inglés, para evitar represalias hacia el Conde. Aunque había quedado claro su papel en la historia y ya nadie dudaba de su autoría en el secuestro de Áurea Talbot, no podían tomarse la justicia por sus manos. ¡Era un Conde!

Que asco le daba a Áurea todo aquello. Vomitivo.

—Hija, ¿viajarás con nosotros?

—Papá —clavó su mirada albina sobre los ojos negros de su padre—. Te agradezco que me hayas creído, que hayas venido a ayudarme...

—No tienes que agradecerme nada, soy tu padre. Te amo, hija mía —la abrazó, y ella le devolvió el afecto, cerrando los ojos con fuerza y sintiendo el calor paterno.

—Yo también te amo. Os amo a todos... Pero... No viajaré con vosotros... Lo haré al lado de mi

esposo.

Robert miró al joven Darren, que esperaba a un lado por Áurea.

—Acércate, muchacho —imperó, haciendo un movimiento con la mano para que se acercara. Darren obedeció, al final de cuentas, Robert le sacaba más de veinte años—. Prométeme que llevarás a mi hija a casa. Su madre tiene que verla... Sé... —se le hizo un nudo en la garanta—. Sé que mi hija ya no quiere estar con nosotros, pero es nuestra niña. ¿Entiendes?

—Sí, señor. La llevaré a su casa, frente a su madre. Lo prometo.

—Bien —cogió las manos del Capitán Darren y se las apretó junto a una mirada significativa. Su hija había elegido, se había casado sin esperar ningún tipo de consentimiento. Y él ya no era nadie para anular aquello, si no quería dañar a Áurea. Sólo le quedaba la tranquilidad de saber que Darren Vane era un pirata pero no era quien había secuestrado a su pequeña. En el fondo, era un buen chico. Podía sentirlo.

Ya estaban todos a bordo, a punto de zarpar. Habían quedado que saldrían al mismo tiempo, dirección a Gran Bretaña. Pero Áurea cortó una de las cuerdas del velamen principal sin que su familia lo viese.

—¡Papá! —gritó, haciendo llegar su voz a la otra embarcación que ya había soltado amarres—. ¡Nuestro navío no puede salir hoy! ¡Se ha roto una cuerda!

—¿De qué estás hablando? —se acercó Darren a ella, viendo como su preciosa vela ondeaba sin atadura alguna.

Robert la miró con intensidad, a sabiendas de que se trataba de una treta. Su hija quería volver al poblado y vengar a ese tal Sao Hang.

—Déjala, Robert —abogó Karen, poniendo la mano sobre el hombro de su cuñado—. Ya no es nuestra. Ha escogido el bando. No por eso dejaremos de amarla...

—¡Te espero en casa! —contestó Robert, después de escuchar a su cuñada, con el corazón en vilo y el alma partida. Pero debía comprender que su momento había terminado, era el momento de la nueva generación. Y Áurea tenía derecho a escoger su vida, a tomar las riendas de su destino. Él, la había protegido y amado hasta este momento, y lo seguiría haciendo. Pero ya no le necesitaba. El gorrión había salido del nido con la tranquilidad de que estaba en buena compañía.

—Vamos a por Paul —Áurea se giró hacia Darren—. Vamos a enseñarle que no puede matar a un ser humano con tanta poca consideración sin ninguna consecuencia.

—¡Esta es mi chica!

La besó, cogiéndola por la cintura y levantándola en un giro casi poético.

Paul Russeaux tomaba su baño diario en medio de la noche. Por fin se había librado de los ingleses y de los condenados piratas. Un poco de paz en su isla.

Cogió un cuenco de agua y se la tiró por la espalda, haciendo resbalar las gotas gustosamente por la piel. No tenía frío porque siempre hacía que le llenaran la tina con agua hirviendo, como a él le gustaba. Su carne se blandecía más rápido y sentía mejor el cosquilleo del jabón.

De pronto, notó una sombra detrás de él, una sombra demasiado brillante para ser oscura. Pero no tuvo tiempo a girarse porque en cuanto movió el cuello, Áurea Vane, la hija del Marqués inglés, hizo correr el filo de la daga a través de la tierna carne de su cuello.

—Por Sao Hang —pronunció la Reina de los Forajidos, antes de clavar hasta el fondo su puñal, arrancándole la vida sin piedad para luego tirar su cuerpo al agua.

La muerte de un hombre tan honorable como Sao Hang, me hizo entender, definitivamente,

que yo no tendría un lugar entre la sociedad de la que provenía. Sería completamente incapaz de compartir una taza de té con la vecina y hacer ver que no sabía nada. Aparentar que desconocía las injusticias que se cometían en nuestro nombre.

Sao Hang, el hombre que me había salvado de Richard, había sido colgado sin un juicio ni espera alguna. Pero Richard Withian, por su condición de Conde, iba salvaguardado en el buque de mi padre. A la espera de que un juez lo sentenciara.

¿Qué clase de mundo era ése? ¿Quién dictaba las leyes que sólo favorecían a algunos? No, yo no era Lady Áurea. Yo era una pirata, una forajida, uno de los monstruos que atemorizaban a los aristócratas. No era rebeldía ni osadía, era justicia. Luchar por la libertad, el honor de los hombres sin título y los derechos humanos igualitarios.

Sao Hang no había muerto en balde, yo no podía permitir que eso ocurriera. Y la mejor forma de rendirle homenaje, era contando su historia al mundo a través de una dama que había renunciado a todo tipo de sueños por un modo de vida real.

·La Reina de los Forajidos·





CAPÍTULO 23

UN DESAFÍO A LA TIRANÍA

El gesto de arrugar la frente y juntar las cejas se había repetido tantas veces en Richard Withian, que no tenía que hacer ningún esfuerzo para que los surcos aparecieran en dichas partes. Las laderas verticales de sus labios, las que iban desde la nariz hasta las puntas de la boca, también rayaban su faz.

Era un hombre consumido por el sol, con las pestañas completamente decoloradas y la barba desgastada. Cuando empezó a perder pelo, decidió raparse, haciendo resaltar los aretes de sus orejas. No era un hombre feo. Sus facciones eran duras, bien proporcionadas e incluso bellas. Mantenía una espalda ancha y un cuerpo trabajado que sintonizaba con su altura. Hay que decir que algunas damas lo calificarían de atractivo.

—¿Cómo se considera frente al delito de prevaricación del que se le acusa? —preguntó en un tono casi sistemático, aquel hombre sentado arriba de una tribuna, con una peluca gris y una toga negra.

—Culpable —contestó sin más. Sin un ápice de remordimiento ni de miedo.

—¿Cómo se considera frente al delito de corrupción del que se le acusa?

—Culpable.

Al parecer, su extraordinario alarde de sinceridad causaba una gran conmoción entre el público presente, puesto que cada vez que juraba ser culpable, una ovación de indignación recorría la platea.

—¿Cómo se considera frente al delito de secuestro del que se le acusa?

—Culpable.

Pudo sentir la mirada de Elizabeth Talbot, la Marquesa de Salisbury, clavada sobre su cuerpo. Y supo, que si las miradas mataran, ya estaría muerto.

Elizabeth esperó por meses el regreso de su hija, pero en cuanto vio a su esposo llegar sin más compañía que la de sus cuñados, su mundo se derrumbó. Le contaron que su hija estaba bien, que había escogido formar parte de una banda de piratas y que, incluso, se había casado. Si Áurea era feliz, ella también. Pero la sensación de pérdida nadie se la podía aliviar. Había perdido a una hija, a la única que tenía. Y si buscaba a un culpable, lo tenía delante: Richard Withian. Además, el muy canalla, confirmaba ser el autor de todos aquellos crímenes con tanta frialdad, que daban ganas de asesinarlo lenta y dolorosamente.

El juicio, como no podía ser de otra forma, fue muy corto. No había nada que objetar si el mismo acusado confesaba ser culpable de todo cuanto se le atribuía.

—Por la presente, declaro a Richard Withian, Conde de Dorset, culpable de traición a la

Corona. Y el castigo por dicho crimen, es la pena de muerte. Será fusilado según dictan las leyes.

El pequeño hombre con lentes más grandes que su faz, dio un golpe con el mazo y dio por concluida aquella penosa historia.

Richard fue puesto en una celda a la espera de su final. Estaba sentado, con las piernas abiertas y las palmas de las manos juntas. Los grilletes del cuello y de las muñecas, tampoco le permitían hacer virguerías ni soñar con comodidades.

Quedó sorprendido ante la cantidad de visitas que puede tener un hombre poco antes de morir.

La primera, fue la de Elizabeth Talbot. Una mujer hermosa a pesar de los claros signos de cansancio y sufrimiento que se marcaban en su rostro. Tenía el pelo dorado, era delgada y andaba con la espalda tan recta que Richard pensó, por un momento, que se iba a caer.

—Quería verle a solas. ¿Sabe quién soy? —inquirió Bethy que, aun queriendo parecer fría y dolida, su voz no podía dejar aquel matiz dulce que siempre le acompañaba.

—Es la madre de la niña.

—Soy la madre de la esposa de su hijo, la abuela de sus futuros nietos. Nietos a los que no conocerá. Porque morirá. Sé que le importa bien poco, ¿por qué debería de importarte? Si ni si quiera le importa su hijo...

—¿Cómo sabe que no me importa mi hijo?

—Porque si lo hiciera, no habría arrancado a una hija de sus padres. Si supiera lo que es amar a un hijo, no se hubiera atrevido a secuestrar a una niña en la misma habitación que sus padres la dejaron durmiendo. Es usted un monstruo, un canalla y estaré presente en el momento de su ejecución —ultimó, dirigiéndose a la puerta.

—No esperaba menos. De hecho, espero una gran afluencia para entonces.

Se estaba burlando de ella. Encima, tenía el descaro de reírse frente a sus narices. Después de todo el dolor infringido, el culpable de todos sus males se mofaba de sus palabras. En un arrebato que no supo de donde le nació, dio un par de zancadas cargadas de rabia y propinó un fuerte puñetazo en la mejilla de Richard. Aquella era la primera vez que Elizabeth pegaba a alguien y sintió que sus nudillos tendrían que ser amputados, pero no importaba. Lo único que le satisfacía era la cara que se le había quedado a ese macarra de tres al cuarto.

—No se hablará de ti, yo me encargaré de que tus generaciones futuras no sepan nada sobre Richard Withian. ¿Pensabas que pasarías a la historia? ¿Qué serías una clase de leyenda? No, no serás más que un malvado animal al que nadie recordará ni querrá recordar. Te pudrirás en un nicho al que nadie irá a visitar y arderás en el infierno sin piedad.

—Si ha venido hasta aquí, Señora Talbot, esperando a que le pida disculpas... A que ruegue clemencia —levantó la cabeza con el labio roto y la mirada seria, frunciendo el ceño—. Siento decepcionarla. Siento no poder fingir el arrepentimiento que usted está buscando. No estoy arrepentido... Soy lo que soy, he hecho lo que hecho... Nada más. No le pediré que le dé un recado a mi hijo o que les cuente historias a mis nietos al lado del fuego... No haré nada de eso.

Elizabeth lo miró de arriba abajo con desprecio, hasta rozar el asco. Y salió con un golpe de viento, ondeando la falda impolutamente peinada que portaba.

La siguiente en honrarle con su presencia fue una anciana de sobras conocida: Mary Withian.

La Condesa Viuda de Dorset iba ataviada de negro riguroso con todo tipo de encajes, guantes y complementos. Ella, sin duda, era una de las señoras más respetables de su círculo social. Con el pelo gris debidamente recogido en un moño petrificado y su cofia oscura, entró en esa celda donde su único hijo esperaba a la muerte.

—¿Qué haces aquí? —espetó Richard, ladeando la comisura de sus labios hasta esbozar una mueca jactanciosa. No la soportaba, no tenía un ápice de aprecio por esa mujer. Siempre había

sido una mujer fría, distante y sacrificada por "el que dirán". Muy civilizada en todos los sentidos.

—Cuántos años sin verte, Richard —tomó asiento en el banquillo de en frente; mirándolo fijamente a través de sus ojos grisáceos, rodeados por centenares de arrugas—, desde que tu padre murió, supe que tú habías muerto con él. Todo lo demás sólo ha sido el cuento agónico de un hombre sin vida. Te embarcaste en un sinfín de desaciertos, buscando este momento. El momento en el que alguien terminara contigo. He oído que ese alguien ha sido tu propio hijo... Ese bastardo nacido de esa... *Cualquiera*.

El Conde removió las pupilas sobre su madre, si es que podía nombrarse de aquel modo.

—¿Cómo sabes que Darren es hijo de Itzel? Yo jamás te lo conté.

—Me lo contó ella misma —confesó, mirando hacia la pequeña ventana rota por los barrotes—. Supe que querías pedirle matrimonio... No podía consentir que mi casa fuera ocupada por una prostituta, encima no era ni blanca... Antes prefiero que el título de tu padre caiga en manos de tus primos. ¿Un bastardo? ¿Un niño engendrado en un lupanar?

—¿Qué hiciste? —preguntó Richard, sin moverse ni inmutarse, presumiendo de aquel temple que lo caracterizaba.

—La advertí. Le dije que si se casaba contigo, todos morirías. Tú, ella y el niño.

Richard soltó el aire por la nariz en una risa irónica, girando la cabeza hasta darle el perfil a su madre.

—¿Has venido a confesarte frente a un hombre moribundo? ¿Ante un hombre del que ya están cavando su tumba? ¿Delante de un hombre, que su nombre ya está escrito en el libro negro? —se levantó de un salto y colocó los grilletes alrededor del cuello de Mary. La anciana poco pudo hacer ante la fuerza de su hijo, ni si quiera tuvo tiempo a gritar. Fue brutalmente asfixiada. Asesinada en manos de su propia sangre.

Richard observó el cuerpo inerte de esa maldita mujer a sus pies. Sí, él no era una buena persona. Habría podido escoger miles de opciones y siempre escogía la más cruel. La más ruin. Pero a esas alturas de la vida, lo último que le importaba era el cariz de su naturaleza. El recuerdo de Itzel fue suficiente para nublar su mente y terminar con aquella asquerosa liendre que se creía superior por tener un título y ser blanca. ¿Morir en una cama? ¡No! Ella merecía morir en sus manos. Pagar por sus crímenes atroces en nombre de la falsa moralidad.

—¡Guardias! ¡Guardias! —alertó a los militantes que estaban sentados a unos metros.

—¿Pero qué ha hecho?! —exclamaron horrorizados al ver el cuerpo de la anciana en el suelo.

—Culpable —dijo sin más, volviendo a tomar asiento en el mismo sitio.

—¡Señor! Pero...

—Culpable... —repitió, aburrido.

¿Qué podían hacerle? Lo único que hicieron al respecto, fue atar sus manos con unas cadenas más gruesas que, a su vez, fueron atadas a la pared para que no pudiera moverse. Lo dejaron inmóvil, incluso para mear, debía hacerlo encima de los pantalones.

Cuando ya no sostenía su propia cabeza, dejándola caer hacia delante con los ojos cerrados y recorriendo mentalmente toda su vida, llegó el notario.

—Buenas tardes, Lord Withian. Me han mandado para recoger sus últimas voluntades. Aunque he de alertarle, que debido a sus atroces crímenes, éstas serán revisados por un juez que determinará su validez.

Richard levantó los ojos, sin mover la cabeza, mirándolo con hastío.

—Si no van a tomar en cuenta mis últimas voluntades. ¿Para qué coño ha venido? —preguntó, lentamente y raspando las cuerdas vocales hasta oxidarlas.

—Yo... —dijo un respingo hacia atrás el letrado—. Es el protocolo. Usted forma parte de la realeza británica...

El preso escupió al oír aquello, dando a entender al notario que no siguiera por ese camino. Así que el pobre Thomas dio media vuelta, dispuesto a marcharse por donde había venido.

—Espera —recapacitó Richard en el último momento—. Tengo una última voluntad, coge asiento y escribe.

Thomas obedeció, sentándose lo más lejos posible de él; en aquella celda ya había muerto una persona y no quería que fueran dos. Poco le importaban las cadenas de más de veinte quilos que retenían al animal.

—Usted dirá —ofreció, con la pluma en la mano.

—Yo, Richard Withian, Conde de Dorset y orgulloso pirata; dejo todo cuanto tengo: mis posesiones, mi título y mi fortuna a mi único hijo legítimo. Lo encontrarán por el nombre de Darren Vane, aunque su apellido es el de Withian. Confío en que el juez tenga a bien considerar el amor de este monstruo hacia su hijo. Mi hijo es un buen hombre, marcado por algunos errores, pero que con la compañía correcta, como es la de su esposa, puede ser un gran Conde.

Thomas miró de reojo a aquella alma extinguida mientras cerraba su carpeta. Incluso las peores personas amaban a alguien y Richard era un ejemplo.

—Adiós, Richard Withian.

—Adiós.

Los religiosos no pasaron del umbral, siendo brutal y descaradamente echados por el pecador.

Ya no quedaban más visitas. O eso pensó él, cuando en medio de la noche, casi rozando la madrugada, sintió un fuerte olor a cuero mezclado con algodón.

—Papá...

—Hijo mío.

—He escuchado que has armado un buen alboroto hoy.

—Si no, no sería yo. ¿Qué estás haciendo aquí? —se incorporó como pudo, en busca de la mirada añil de su vástago.

Darren se acuclilló a su lado, mostrándole el rostro gracias al rayo lunar que penetraba por la ventanilla.

—He venido a despedirme de mi padre —Vane enterró sus pupilas en las de su progenitor con cierto deje de lástima.

Richard sabía que sus últimas voluntades no serían leídas hasta que decretaran su muerte a través de un médico. Una absurdez más en el protocolo inglés. Aún con eso, decidió no decirle nada a Darren sobre el asunto. Si se lo dijera él mismo, en aquellas circunstancias, estaba convencido de que Vane rechazaría todo cuanto le había legado. Así que era mejor esperar a que le llegara una carta, en la tranquilidad de su alcoba, al lado de su esposa.

—Me han dicho que te has casado —carraspeó.

—No gracias a ti, precisamente —recordó Darren.

—Es cierto. Pero aún así, me alegro, hijo. Me alegro.

¿Richard Withian dedicándole unas palabras amables? ¿Alegrándose de su matrimonio con Áurea? ¿Era real? ¿O era producto de la agonía?

—Papá...Yo... Hubo un tiempo en el que te amé de veras. Podría sacarte de aquí, tengo a mis hombres...

—No. Eres una buena persona, esa es la diferencia entre tú y yo. Tú eres como tu madre... Tengo lo que merezco, y si me sacaras de aquí, tu querida mujercita no te lo perdonaría. He vivido suficiente, ahora te toca a ti. Vuelve al lado de tu esposa, engendra hijos y vive tranquilamente. Sin

remordimientos por un viejo que ganó lo que obtuvo.

Vane miró por largos segundos a Richard Withian, le dio dos palmadas en el hombro y salió junto a las sombras.

La aurora despuntó junto al canto de los gorriones, dichosos de ver nacer un nuevo día. El rocío empapaba las flores y los árboles parecían regalar el oxígeno a quien pasara.

El patíbulo se rodeó de una multitud hambrienta por el placer de ver morir a alguien. Al frente de ella, estaban los Talbot y sus familiares más allegados; esperando a que su niña fuera vengada.

En un lado, pero en las primeras posiciones, estaban Darren y Áurea Vane. Encapuchados. Áurea todavía no se había presentado frente a su madre porque estaban siendo buscados por la milicia francesa y no quería inmiscuir a su familia. Pero podía verla, con el rostro endurecido, a la otra punta. Deseaba que la viera, ver su sonrisa de nuevo, sentir sus cálidas manos sobre su rostro y perderse en un abrazo sentido. Pero no era posible. No, si quería proteger a su familia de los casos de corrupción que estaban saliendo a la luz. Cualquier persona que tuviera relación con un maleante, podía ser considerado un traidor.

Richard Withian no tardó en aparecer, maniatado y llevado por dos hombres. Los abucheos del pueblo dieron su inicio, formando parte de un circo más que de una ejecución. El sentenciado no se inmutó por los insultos, miró en un punto fijo sin pestañear. Ni si quiera miró a las personas que presenciarían su muerte.

El ejecutor dio su discurso, enumerando los motivos por los que ese hombre debía morir. Narrando su vida en la piratería y su infinidad de fechorías.

—...Hombres que no han sido hombres, sino bestias que se rigen por sus propios instintos en contra de cualquier tipo de civilización y progreso...

—¡Asesino! —gritó un pueblerino.

—¡Traidor! —vociferó otro.

—¿Unas últimas palabras? —fue lo único que escuchó Withian al final del monólogo.

Se hizo un silencio sepulcral durante unos segundos. Levantó una ceja recorriendo la vista, por primera vez, entre el público.

Elizabeth y Robert Talbot, sus hermanas y los esposos de las mismas, Helen Bennet... Su hijo, lo reconoció por las manos llenas de anillos. Y Áurea, a la que reconoció por el anillo de Itzel brillando sobre su dedo anular.

—¿Algo que decir? — insistió el director de aquella obra de teatro.

—¡Me suscribí a un código hace años! —habló Richard para sorpresa de todos—. Un código que desafiaba a la tiranía. No justifico mis crímenes ni la violencia empleada para los fines en los que he creído hasta hoy. No justifico el dolor de esas madres que enterraron a sus hijos por mi culpa, así como tampoco pretendo justificar el sinfín de asesinatos cometidos con estas manos. Pero estos hombres que me han traído aquí, para ajusticiarme públicamente, no pretenden darme una lección a mí. Sino a vosotros. Quieren que sepáis, qué les ocurre a las personas que se niegan a ser esclavizadas. ¿Quién ha matado a mis hijos? ¿Yo? ¿O el rey con sus inútiles batallas? ¡Unas batallas que no nos competen! Unas batallas que no llenan nuestras barrigas... —el clamor generalizado se tornó en una bruma densa de empatía y los tomates podridos fueron arrinconados, ya nadie quería humillar a Richard Withian—. Vamos, hijos de perra, disparad —ultimó, mirando a los soldados con los rifles.

—¡Carguen! —ordenó el caudillo—, ¡Apunten! —Áurea tomó la mano de su marido entre la

suya. A pesar del placer que sentía en esos momentos, del sabor de la venganza que estaba experimentando, no podía ser tan egoísta como para no apoyar a Darren en esos momentos en los que se iba a quedar huérfano—. ¡Disparen!

El infame pirata cayó sobre la hierba húmeda, sin más dilación ni preámbulos. Así era la muerte, no dejaba nada después de ella. Sólo recuerdos.





CAPÍTULO FINAL

Su mayor enemigo había muerto. No había sido colgado de una soga, tal y como lo había soñado, pero se conformaba con el tiroteo certero sobre su cuerpo. La sangre derramada sobre los hierbajos que sostuvieron el cuerpo de Richard Withian, fue suficiente deleite para el odio que sentía y siempre sentiría hacia el padre de su esposo.

El fallecido Conde de Dorset había causado mucho dolor en su vida. Primero, con el secuestro. Pero eso ya no era nada comparado con las decenas de vidas perdidas por su egoísmo. Howall Bonnet y el viejo Perkuson, entre otros, murieron debido a sus mentiras. Sin mencionar la dolorosa y traumática muerte de Sao Hang.

Pero no por eso, se alegraba de la pena de Darren. Darren llevaba días cabizbajo, intentaba mostrarse como siempre, pero era evidente que el fusilamiento de su padre le había afectado.

—¿Cómo estás? —Áurea se acercó a Vane, colocando una mano sobre su hombro y haciéndole cosquillas en la cara con sus tirabuzones.

Se encontraban en la tranquilidad de su navío, en el linde de la frontera inglesa, donde no podían ser atacados fácilmente.

—Bien —la cogió por la cintura y la sentó en su regazo, electrocutándose en el transcurso de la acción—. No estoy así por la muerte de mi padre... Estoy así por la guerra en la que nos encontramos.

—¿Qué guerra? —questionó Áurea, mirando hacia el relajado horizonte.

—La guerra contra a civilización. Nos extinguimos y la ejecución de Richard Withian es un claro indicio de ello. Nos quieren sometidos, no quieren a hombre libres vagando por el océano. No se trata de los saqueos ni de la violencia empleada, se trata de un modo de vida a punto de extinguirse. De hecho, ya estaba extinguido. Nosotros sólo somos una mal trecha secuela.

—Pareces derrotado. No estoy de acuerdo... Nosotros somos la semilla que los antiguos frutos dejaron caer. Podemos hacer renacer el código pirata, hay muchas personas... Por ahí, que piensan igual que nosotros. Los podemos reclutar y formar una flota propia. Una flota invencible desafiando a la hipocresía y a la mediocridad aristocrática. Hubo un tiempo en el que los reyes nos usaban, “corsarios”, nos llamaban para suavizar el apelativo auténtico. Estoy harta de que nos usen a su antojo... De que cuando algo ya no les sirva, lo aparten de su camino sin consideraciones.

—¡Señor! ¡Un emisario quiere subir! —anunció Charles Tew, observando un bote que se aferraba a las cuerdas de *La Golondrina*.

—Que suba.

Un hombre bien acicalado con un gorro caro y un bonito lazo en el pelo, entregó una misiva a Darren Vane.

A Darren Withian,

En base a la última voluntad del fallecido Conde de Dorset, aquí abajo escrita:

Yo, Richard Withian, Conde de Dorset y orgulloso pirata; dejo todo cuanto tengo: mis posesiones, mi título y mi fortuna a mi único hijo legítimo. Lo encontrarán por el nombre de Darren Vane, aunque su apellido es el de Withian. Confío en que el juez tenga a bien considerar el amor de este monstruo hacia su hijo. Mi hijo es un buen hombre, marcado por algunos errores, pero que con la compañía correcta, como es la de su esposa, puede ser un gran Conde.

Se le cita al Palacio de Buckingham para recibir el título de su padre, con la condición de que comparezca con su esposa, Áurea Withian, hija de los Marqueses de Salisbury.

Firmado,

Yo, La Reina.

Darren leyó un par de veces la carta tras una mirada inverosímil. Luego, se la pasó a Áurea, que tampoco podía creer el contenido de aquel sobre.

¿Darren convertido en Conde? ¿Y ella en una Condesa? ¿Visitar el Palacio de Buckingham? ¿Ser el foco de interés de un puñado de petimetres con mallas hasta las rodillas?

Áurea buscó alguna respuesta en el rostro de su esposo, pero no la encontró. Los ojos añiles de Darren habían adquirido una tonalidad oscura y sus labios expresaban inquietud.

—¿No te estarás planteando...? —inquirió la joven con cierto desdén mientras el emisario real esperaba a unos metros considerados—. En mis planes de vida, no entra tener que volver a ese mundo. No lo soportaría. No soporto a esa gente ni sus condiciones estúpidas. Mucho menos después de lo vivido.

Darren la miró fijamente, estudiando sus pupilas y cayendo en ellas en forma de precipicio. ¿Qué quería él?

Él no deseaba ser un amanerado culo fino de la aristocracia inglesa, pero era más inteligente jugar a dos bandos. Tal y como lo había hecho su padre. Sí, sería muy complicado hacer tal cosa después de la mancha negra que había dejado Richard Withian sobre su cabeza. Pero con los años, y con cierta discreción, podría ayudar a los suyos desde una posición muy aventajada. Además, esta vez tenían el respaldo de la familia de Áurea. Ellos no permitirían que su niña acabara juzgada por traición aunque la vieran cagándose encima de la corona real.

—Áurea, ven un momento, tenemos que hablar... —ofreció, cogiéndola por el brazo suavemente con la intención de guiarla.

—¡No! No me digas que... ¡Por Dios! ¡Vane! Ni si quiera me gusta el apellido “Withian”. No quiero ser la Condesa de no sé qué mierda y tener fingir que me interesa la nueva sombrilla de Lady “Asquerosa”.

—Áurea —insistió, en la intimidad del camarote—. Por favor, escúchame —imploró a una mujer con los brazos cruzados y el gesto completamente enfurruñado—. Sé que es muy poético seguir navegando en los mares sin un rumbo fijo porque en cualquier momento la milicia francesa puede cogernos y fusilarnos. Sé que es tentador volver a Isla Tortuga, a la aldea de Sao Hang, a la espera de que el ejército haitiano nos eche a patadas... Reconozco que a mí me encanta estar todo el día en mi barco y a la noche follar con mi esposa en el camarote. Pero no es una vida. No lo es. ¿Entiendes? Es lo que te decía de la guerra entre la civilización y nosotros —captó la atención de su mujer—. Esto —cogió la carta de las manos femeninas y la levantó en señal de muestra—. Es una oportunidad. La oportunidad de cambiar nuestros apellidos y de dejar de ser perseguidos por

los franceses. La oportunidad de ofrecerles a estos hombres los indultos que les prometiste. La oportunidad de apoyar una causa desde un lugar muy aventajado... Tal y como lo hacía Richard.

—¿Qué crees? ¿Qué no tendrán el ojo todo el día puesto sobre nosotros? ¿Después de todo lo ocurrido?

—Claro que lo tendrán, pero no para siempre. Finjamos ser un matrimonio reinsertado. Ellos confían en ti. Más que en mí. Por tus antecedentes familiares... Y por tu aspecto de niña buena — la cogió por la cintura y la apretó contra su torso—. Áurea, ¿cuánto tiempo falta para que te quedes embarazada? ¿Quieres tener a nuestro hijo en una bodega? ¿Quieres destinarlo a una muerte segura? ¿O deseas que quede huérfano? Piensa en el futuro. A mí, menos que a nadie, me apetece tener que ponerme unas mallas y peinarme el pelo hacía atrás. Pero... Hice una promesa a tu padre. Le dije que te llevaría frente a tu madre... ¿No quieres verla? Esta es la oportunidad de reunirte con ella...

—Darren... —se acercó a sus labios, tensa por su cercanía—. Eres un magnífico orador —Lo besó, acariciando los puntos más recónditos del pirata con la lengua y luego, lo dejó respirar.

Vane la observó, estaba más hermosa que nunca. El pelo alborotado, las mejillas sonrojadas y los pechos ocultos tras una camisa. La levantó del suelo, pegándola a la pared en un acto casi agresivo, besándola en el aire. Apretándola entre él y el tabique.

Áurea se dejó quitar la camisa mientras con los pies tiraba las jarras y lo que pudiera haber encima de los muebles más cercanos. El pulcro emisario dio un respingo al escuchar el estruendo, considerando seriamente si aquel matrimonio estaba en problemas.

No había lugar para las palabras en esos momentos. Sólo los cuerpos hablaban entre ellos. Áurea apretaba las uñas contra los brazos de su exótico esposo y él apretaba sus partes más endurecidas en el interior femenino, con ansias, prisa y desenfreno. Los embistes eran dados con alevosía, puro deleite casi psicópata. Uno detrás de otro, de pie y contra la pared. Hasta que su sirena blanca tocó el cielo, momento de redención, momento de paz en el que Darren también se dejaba ir a otro mundo.

Se recompusieron tan rápido como les fue posible y salieron a cubierta con las camisas mal abrochadas y los pelos completamente desordenados.

—Dígale a la Reina que iremos.

Elizabeth Talbot se sentaba cada mañana en el lecho de su hija, en medio de aquella recámara que todavía olía a ella. Sí, sabía que Áurea estaba bien. Pero no era suficiente. Sentía que la había perdido. Hacía un año que no la veía, que no podía abrazarla ni sentirla en su regazo. Nada había acontecido de la forma en la que una madre sueña. No hubo preparación para su boda ni consejos de última hora. Nada. Las manos vacías después de dieciocho años velando por su pequeña y única hija. ¿Estaría embarazada? ¿Discutiría con su esposo? ¿Sabría llevar un matrimonio?

Cerró los ojos, imaginándola a su lado. Imaginando su voz de gorrión.

—Mamá —escuchó piular. ¡Cuán lejos llegaba su melancolía! ¿Estaría perdiendo el juicio?—. Mamá.

Abrió los ojos dejándose la córnea por el camino. ¡Era ella! ¡Su niña!

—¿Áurea...? —se levantó lentamente, con las piernas trémulas.

Áurea estaba frente a ella, parada cerca de la puerta. Su pelo estaba mucho más largo, cuidadosamente atado con una trenza. Sus pómulos se habían ensanchado y su cuerpo era más voluptuoso a la par de fuerte. Era una mujer, pero su niña. Su niña, porque seguía teniendo las

mismas pestañas blancas ligeramente curvadas. Su niña, porque seguía teniendo las manos tan pequeñas como las suyas. Su niña, porque seguía mirándola con el amor de una hija.

—¡Oh, mamá! —corrió Áurea, tirándose sobre Bethy, abrazándola como si jamás lo hubiera hecho. Empapándose de su candor y de su aroma dulce. Dejando que las lágrimas de su progenitora le limpiaron el rostro y que su abrazo la retuviera en aquel mundo. ¡Una paz incomparable!

—Hija mía... ¿Dónde has estado? Te he esperado por tanto tiempo...

—¿Me has esperado?

—Como siempre. Como cuando te escapabas con tus primas o ibas con tu padre.

—Y yo he vuelto a tu lado, como siempre.

—Déjame que te vea —la apartó, tomando sus mejillas entre sus manos marcadas por los años—. Has crecido...

—¡Hermana! —entró de golpe Rony, incrédulo y pletórico.

—¡Rony! —se tiró a sus brazos, extasiada por reencontrarse con su hermano.

—Mamá, he venido para que me ayudes —dijo después de abrazos y palabras llenas de amor.

—¿Qué puedo hacer por ti?

En ese momento aparecieron Robert y Darren, que habían esperado pacientemente al otro lado de la puerta.

La Marquesa de Salisbury observó aquel joven ataviado con una gabardina encuerada, las orejas agujereadas y llenas de pendientes, las manos repletas de anillos y mitones negros... No era el marido que había esperado para Áurea, pero su mirada le transmitía buenas sensaciones. Y no podía negar que fuera apuesto. Era bello, pero demasiado... Pirata.

—Hemos sido convocados por la Reina... —explicó Áurea—. Quieren reconocer a Darren como Conde.

—Ya veo. Tenemos un largo trabajo por delante —convino Elizabeth, acercándose a su yerno—. Bienvenido a la familia.

Dos horas más tarde, Darren Vane estaba sentado en medio de un fastuoso salón en el que cabrían cien hombres, atendiendo una larga lección de lo que era apropiado y lo que no. Áurea era un señoritinga estirada y lo estaba descubriendo. No le negaría que tuviera alma de pirata pero su esencia era la de una deleznable aristócrata. “*No encorves la espalda*”, “*Tienes que hacer la reverencia así*”, “*El tercer cubierto de la izquierda es para el pescado*” ... ¡Qué hartos estaban y sólo acababan de empezar! Iba al paso de convertirse en un hombre irritable y desgraciado, como el resto de los nobles.

—¿No es suficiente con lo que me enseñaron las cortesanas? —espetó al fin, después de cuarenta y cinco minutos de “*apropiados y no apropiados*”, sin importarle que su suegra estuviera presente. Elizabeth se llevó una mano sobre los labios, sobresaltada. Pero la risa de Áurea fue suficiente para olvidar aquellas palabras.

—No para un Conde...

—Si me viera el señor Penton...

El señor Penton se había quedado al mando de *La Golondrina*, gestionando el tesoro de Cortés y esperando los indultos prometidos. La mayoría de los tripulantes querían su parte del botín y pisar tierras inglesas sin miedo a ser arrestados. Deseaban comprar una granja y formar una familia. Y Darren cumpliría sus deseos en cuanto fuera nombrado Conde.

Después de una semana de clases y enfados, el Capitán Vane fue ataviado con un elegante traje de chaqueta negra con chaleco gris y cuello de volantes. Su pelo fue cortado debidamente junto a su barba. Y...

—No, los pendientes no.

—Pero Darren... Los Condes no van por ahí con pendientes en las orejas...

—Mi padre iba con ellos.

—Y todos sabemos cómo terminó —insistió Áurea.

—Que no me los quito, si quieres me los cambio por otros más sofisticados y *apropiados*. Pero no...

—¡Oh! ¡Está bien! No quiero discutir más, como si quieres ponerte una pata de palo y llevar un loro en el hombro... ¡Ya me da igual! —lo cierto era que Áurea amaba como le quedaban los pendientes a su esposo y tampoco quería deshacerse de ellos.

—Ahora te toca a ti —ultimó Bethy, mirando a su hija con anhelo. Deseaba verla vestida con el vestido más caro y suntuoso que pudiera existir y había mandado a confeccionar uno, expresamente para la ocasión. A falta de boda, celebrarían la invitación de la Reina como tal.

Un baño en una tina de porcelana cubierta por pétalos de rosa. Briana, la doncella pelirroja de su madre, atándole el corsé más cómodo del país. El camisón de algodón satinado cubriendo su pálida piel. Y, finalmente, la crinolina y su correspondiente ostentosa falda por encima. Cuando se miró en el espejo, no se reconoció. Antes de su aventura lejos de casa, sólo había vestido conjuntos de muchacha casadera. Y aquel era el primer atuendo de casada que portaba según su estatus.

Era de color azul marino, con mangas largas que jugaban con transparencias mientras que la falda era abultada y enorme.

—Este color favorece el brillo de tus ojos —dijo Bethy, dejando correr una lágrima orgullosa.

—¿Qué le hacemos al pelo? —preguntó Briana—. Levantando aquellos tirabuzones desordenados e infinitos.

—Un recogido. Un moño decorado por horquillas de éstas —la madre señaló unos bonitos adornos que portaban perlas en las puntas.

Briana, tan paciente y afectuosa como siempre, se puso manos a la obra tratando de domar aquel pelo salvaje. Después de una hora, la caballera estaba atada y emperlada.

—Estás lista —ultimó la fiel doncella, mirándola con admiración. Estaba más hermosa que nunca, sobre todo después del maquillaje correctamente aplicado. Resaltando sus pómulos con polvos rosados y delineando sus ojos con un poco de mejunje oriental.

—Todavía no —intervino Elizabeth, colocando un hermoso collar de diamantes y zafiros en el cuello de Áurea.

—¡Mamá! —exclamó la joven, tocando aquella lujosa joya con la que podría comprar cuatro casas con sus correspondientes tierras—. ¡No es necesario! ¡Es demasiado! Me siento demasiado superflua.

—Este collar lo compré poco antes de tu debut, con la intención de regalártelo el día de tu boda... Permíteme el capricho de vértelo llevar hoy. Por favor...

Áurea ladeó la cabeza, observando a su madre a través del espejo. No podía negarle ese deseo y no lo haría. Permitió que Briana terminara de atarle el collar y se levantó dispuesta a hacer frente a la Corte.

Darren Withian estaba harto de esperar en el vestíbulo al lado de su suegro, Robert Talbot. ¿Cuánto tardaban esas mujeres en arreglarse? ¡Con lo rápida que era Áurea poniéndose la camisa y las mallas de grumete!

—Acostúmbrate —Robert le dio una palmada en la espalda, leyéndole los pensamientos.

—No sé si podré...

Pero fue interrumpido por la aparición de su esposa arriba de las escaleras. ¡Espectacular!

¿Cuánta belleza podía reunir un mismo ser? El vestido azul marino le sentaba de maravilla sobre su pálida piel. Sin mencionar los demás adornos... Quedó tan bloqueado que ni si quiera se percató de que Áurea ya había llegado a su lado.

—¿Nos vamos? —preguntó ella, despertándole de su ensoñación.

—Sí —se aclaró la garganta—. Vamos... —extendió su mano enguantada, aceptando la de su esposa sobre la suya. Dos guantes unidos por un objetivo: conquistar la Corte.

Salieron seguidos de los Marqueses de Salisbury, quienes los acompañarían hasta la Reina.





EPÍLOGO

Si no hubiera sido por los argumentos de Darren, yo jamás hubiera vuelto a esta condenada vida de frivolidades. Detesto las sonrisas fingidas, los protocolos interminables y las conversaciones vacías. Odio los resquicios de soberbia que adornan la vida de los aristócratas. Yo ya no formo parte de ellos, ni quiero hacerlo.

Afortunadamente, después del nombramiento de Darren, no hemos vuelto a pisar la Corte ni ningún otro lugar público. Mucho menos después de que el reciente Conde de Dorset regalara a sus invitados toda clase de improperios durante la cena ofrecida en su honor, jurando estar "hasta los mismismos cojones de tantos cuchillos" y sacando, después de aquella hermosa confesión, su navaja para cortar el Roast Beef. Aquello sirvió para teñir el rostro de Elizabeth de rojo intenso mientras Karen explotaba en una carcajada y la Reina aparentaba no haber oído nada en memoria de la difunta Audrey.

Vivimos en la mansión que Richard Withian legó a mi marido. Lejos de cualquier atisbo de humano que ostente un título o ínfulas de noble irritante. Los piratas viven a nuestro alrededor, después de los indultos ofrecidos, la gran mayoría de ellos se establecieron en nuestras tierras. Cuidando de pequeñas casas o trabajando el terreno, mientras forman familias y viven una vida medianamente honrada a la vista del mundo.

Lo que desconoce el mundo es que somos nosotros, los que financiamos las incursiones rebeldes del sur de Inglaterra. Abogando por una república en la que el pueblo pueda votar y escoger a su soberano. Lo que desconoce el mundo, es que todos los veranos subimos a bordo de La Golondrina y volvemos a ser quiénes éramos. Lo que no tiene que saber el mundo, es que cada año visitamos la aldea de Sao Hang, donde Thais y Eva, se han adueñado de los lupanares y son las madame del lugar.

El tesoro de Cortés fue repartido entre la tripulación, Darren y yo renunciamos a él. Consideramos que teníamos suficiente con lo que habíamos heredado de nuestros padres. Lo único con lo que me quedé, fue una pequeña estampita de oro en la que pone "La Malinche", en recuerdo a lo que Sao Hang y yo descubrimos en esa cueva del tesoro.

El señor Penton vive cerca de nosotros, dice que le duelen las piernas de estar tanto tiempo sobre tierra. Y que odia la granja profundamente. Pero se le pasan todos los dolores cuando ve a Briana, su hija. Briana ha perdonado a su padre, como no podía ser de otra forma después de que la hija de su señora se casara con un pirata. Y yo lleno mi corazón de dicha cuando los veo juntos. Me alegro por el señor Penton, se lo merece.

—Mamá, ¿qué haces? —interrumpió su escritura la nieta de Elizabeth, Itzel.

Itzel era una niña de seis años, con el pelo rizado pero blanco. Con los ojos añiles y vetas grises pero bordeados de pestañas negras. Era especial, única y tan bella como dos mundos en uno

solo.

—Escribo un diario.

—¿Un diario? —preguntó la pequeña, extrañada.

—Sí, el diario de la Reina de los Forajidos, cuando seas mayor...Lo entenderás.

—He estado investigando por el desván —desveló, como quien acaba de hacer una travesura.

—¿Cuántas veces te he dicho que no puedes ir allí?

El desván era el lugar donde todas las pertenencias de Richard Withian seguían intactas. Tesoros robados, alhajas extraordinarias y libros en idiomas inentendibles.

—Lo sé... ¡Pero mira qué he encontrado! —extendió el retrato de una mujer de tez morena y pelo rizado. Era una mestiza.

—¿Y esto? —inquirió Darren Withian, que acababa de llegar con su primogénito en los hombros. Cogió la imagen en un arrebato de añoranza.

—¿Quién es?

—Es mi madre —respondió con la voz rota y los ojos vidriosos.

—¿Qué? —preguntó Itzel nerviosa, a sabiendas de que llevaba el nombre de su abuela—. A ver, otra vez...

Darren le dio el retrato y en el transcurso del movimiento, vio que había algo escrito en el anverso:

"Mi amada Itzel, R.W".





¡Gracias nuevamente por dar tu tiempo para leer esta novela!
Si lo has disfrutado, por favor deja tu opinión en Amazon. Estaré muy agradecida...

También puedes poner tu reseña en Goodreads (Abajo el enlace).

¡UN ABRAZO!

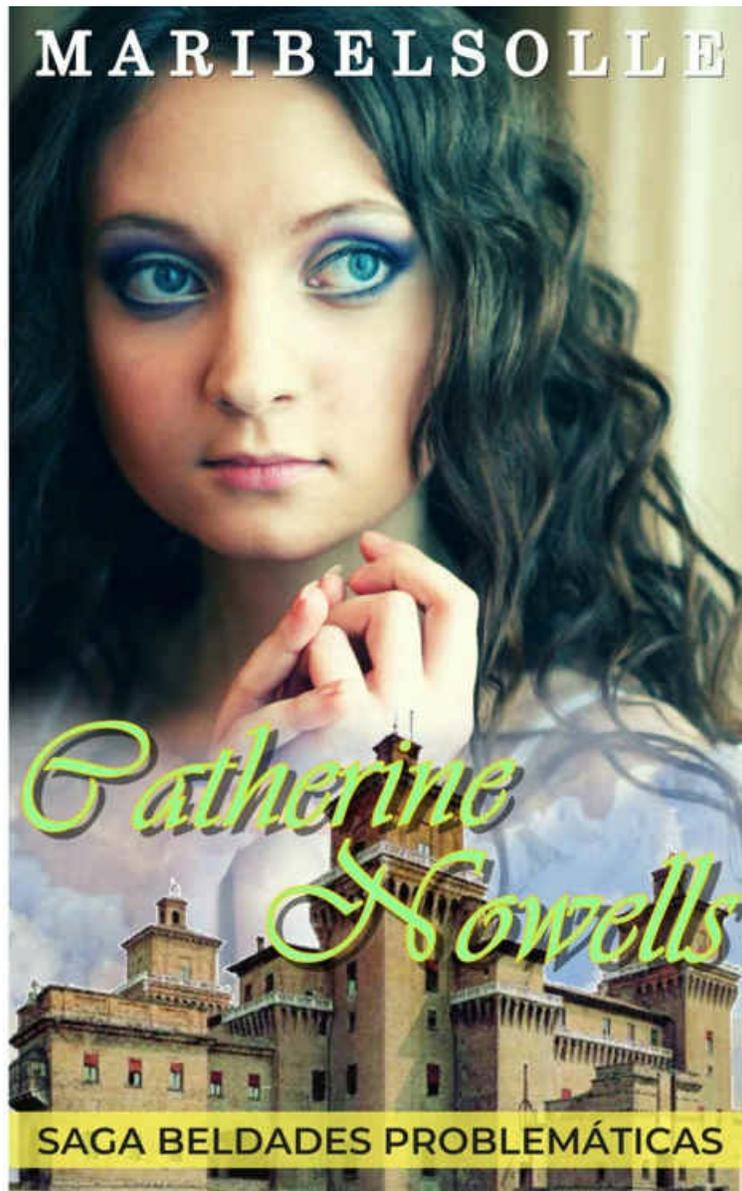
<https://www.goodreads.com/book/show/43819060-esencia-del-astro>

www.maribelsolle.com

Agradecimientos

*A mi querido marido, a quien amo con todo mi corazón y es mi mayor fuente de inspiración.
A mis Astros Bellos, mi comunidad de lectoras, siempre tan entregadas y alentándome a continuar.*

>>Si te ha gustado *Áurea*, esta novela también te encantará



★ ¡La Primera Entrega de [la Saga Beldades Problemáticas!](#) ★

Una Novela Llena de Humor

Una historia satírica

Catherine Nowells es una villana de la época victoriana. Pero a pesar de ser cruel, también se enamora.

«¿Una mujer perversa tiene derecho a encontrar la felicidad?»

«¿Conoces a alguien que sea caprichoso?»

«¿A dónde nos puede llegar el egoísmo?»

Catherine Nowells lo había intentado todo para conquistar el corazón de Marcus Reynolds.

Lo había ido a buscar a su propiedad, lo había perseguido, espiado desde un armario e incluso se había desnudado frente a él.

La joven dama con el padre arruinado, no era capaz de discernir si lo que la ataba a uno de los caballeros más libertinos de Inglaterra

era amor u obsesión; sin embargo, tenía claro que no quería dejarlo escapar bajo ningún concepto. Sólo había un problema y era que su familia no podía seguir manteniéndola ni seguir costeando sus temporadas, así que si no lo conseguía ese año, lo perdería para siempre. *¿Te atreves a entrar en el mundo de Catherine?*

RESEÑAS EXTERNAS

- Goodreads

“Este libro es excepcional, muy original la forma que tiene la autora de enfocar el personaje principal, Catherine. Es como leer el libro de maléfica...”

“Me ha encantado. ¡¡¡¡¡Mis felicitaooooones!!!!”

“Terminas deseando que tenga un final feliz...”

- Wattpad:

“Lo amé, adoro tus libros y seguiré esperando más de las beldades problemáticas y su descendencia...”.

“Me encantó, de las mejores que he leído. Felicidades, eres una gran escritora”.

“Me encantó esta historia!!!! Bueno todas tus historias son maravillosas!!! Espero a Diana Towson”.

“Que hermosa novela la verdad. Me encantó!!”.

“Felicidades estuvo buenísima me fascinó eres estupenda”.

“Me encantó lo amo lo odio otro poquito después volví a amarlo”.

“Ha sido una novela especial para mí”.

• BIBLIOGRAFIA Maria Isabel Salsench Ollé

[· Piel de Luna I SAGA DEVONSHIRE](#)

[· Tirabuzones del Sol II SAGA DEVONSHIRE](#)

[· Ojos del Anochecer III SAGA DEVONSHIRE](#)

[· Manto del Firmamento IV SAGA DEVONSHIRE](#)

[· Esencia del Astro V SAGA DEVONSHIRE](#)

[· Catherine Nowells SAGA BELDADES PROBLEMÁTICAS](#)

• NOTA DE LA AUTORA

Como siempre me gusta resaltar, trato de hacer novelas diferentes. En este caso, la protagonista es totalmente la antítesis de lo que estamos acostumbrados. En cualquier historia normal ella sería la mala. Pero la gracia está en que los malos también se enamoran. He tratado de implantar algunos rastros de comedia en este escrito para que mis lectores pasen unos momentos amenos y desenfadados.